

Henry Cristian Heinisuo Berná

A photograph of a coastal landscape. In the foreground, there are two large, light-colored concrete blocks with blue graffiti. The left block has 'HELENA' written on it, and the right block has 'MONTOYA' written on it. There are also two smaller, rectangular concrete blocks in front of them. The background shows a body of water with a boat in the distance, and a hazy, yellowish sky. The foreground is filled with dry, brown grasses and twigs.

HELENA MONTOYA

Narcotráfico en el Estrecho

HELENA MONTOYA

Henry Cristian Heinisuo Berná

A la nostalgia, que es perra y puta; pero tiene razón.

Ⓣ Helena Montoya(c) Henry Cristian Heinisuo Berná

Licencia: [Todos los derechos reservados](#)

Identificador: 1808138041532

ÍNDICE

Capítulo 01. Temporal de levante.

Capítulo 02. «Los Gallos».

Capítulo 03. «Los Herreros».

Capítulo 04. Haberte conocido.

Capítulo 05. Cuando vengas.

Capítulo 06. Las siete alcaldesas.

Capítulo 07. Gibraltar.

Capítulo 08. De Madrid.

Capítulo 09. La arena.

Capítulo 10. El viento.

Capítulo 11. Se fue.

Capítulo 01. Temporal de levante.

*“Yo no le temo a los vientos
Ni a los grandes temporales,
Yo le temo a tus ojillos
Cuando dejan de mirarme”.*

«Que viene el coco y te comerá» recordaba que le cantaba su madre cuando era pequeño y no conseguía que se durmiera. Por las calles de La Línea de la Concepción se decía que Rafael Montoya «Catalán» podía llevar unos siete años sin dormir, aunque no era el coco lo que le preocupaba; más bien el, cada vez más habitual, consumo de cocaína. Aquel mes de junio la Real Balompédica Linense jugaba la liguilla de ascenso: «si todo sale bien, el año que viene estaremos en segunda B y, con un poco de sacrificio, en un par de años podemos volver a jugar en segunda», pensaba mientras veía en los informativos los equipos rivales a los que se tendrían que enfrentar. Eran las deportivas las únicas noticias locales que le interesaban; el resto: narcotráfico, pateras cargadas con inmigrantes, alijos incautados en el puerto de Algeciras y delincuencia callejera, lo conocía de primera mano y odiaba ver cómo los medios tergiversaban la realidad.

El teléfono sonó a las seis y media de la mañana, Catalán apagó el televisor y respondió a la llamada.

—Dime, Cabello.

—Los capitanes están cancelando las salidas de los ferrys en el Estrecho; por lo visto, dicen que va a entrar un temporal de los buenos; aunque aquí en tierra todavía no se mueve la rama de un árbol. Sólo queda operativa una salida para Tánger desde Algeciras; el puerto de Tarifa lleva cerrado desde anoche.

—Perfecto. Despierta a Ezequiel, os espero en mi casa.

—Creo que está despierto, Catalán —mintió—. Antes le he escuchado tocando la guitarra.

—Cabello, no me engañes. Sé que anoche estuvo de fiesta, estará

durmiéndola; sólo espero que, por lo menos, esté en casa contigo.

—Sí, Catalán. Tardamos veinte minutos.

Cabello colgó y se dirigió gritando a la habitación de su hermano.

—¡Ezequiel! ¡Rápido, hijo de puta! ¡Tenemos que estar en El Zabal en diez minutos!

Ezequiel abrió los ojos mientras masajeaba su enorme y blando torso con ambas manos. A duras penas conseguía traer la mente y la mirada a la realidad después de una noche de exceso de alcohol.

—¿Has hecho café? —preguntó afónico y casi sin fuerzas mientras tiraba al suelo las sábanas con sus largas y rechonchas piernas—. Qué locura, hermano. Qué locura la *gachí* que me ligué anoche. Decía que era *abogá*, pero *pa ser abogá* tenía dos tetas como dos balones de *furbo* —dijo riendo mientras salía desnudo de la cama—. Voy a mear y nos vamos. No te preocupes, no haremos esperar al jefe. No voy a hacerte quedar mal con tu novio —irónico.

—Venga Ezequiel, voy arrancando el coche mientras te despejas. Te veo fuera en cinco minutos, ni uno más o entro y te saco a puñetazos.

Dieciséis minutos después llegaban a las puertas del chalé donde vivía Catalán. Sobre una parcela de novecientos metros cuadrados en terreno no urbanizable había construido una vivienda de dos plantas con dos piscinas; una pequeña situada a la entrada y otra con las medidas oficiales de una piscina olímpica en la parte trasera. El patio era custodiado por dos perros de raza American Stanford, que corrían sueltos alrededor de la casa y que, de cuando en cuando, se lanzaban a la piscina pequeña de la entrada para combatir el calor. La puerta corredera se abría a los ojos de Cabello y Ezequiel mostrando cuatro coches: tres potentes todoterreno con tracción a las cuatro ruedas que tenían los bajos llenos de barro y un Porsche Carrera de un limpio impecable. Todos de color negro.

—Buenos días, jefe. ¿Cómo va eso? —preguntó Ezequiel con una sonrisa cansada, sin ocultar su evidente resaca. Catalán no respondió y entregó un fajo de cincuenta billetes verdes a Cabello.

—Esto es para Yousseff. Os está esperando en la cafetería Velázquez, en Algeciras.

—¡Joder, Catalán! Aquello es Marrakech, ¿no podíamos haber quedado en otro sitio en que hubiera menos moros? —dijo Ezequiel mientras se agachaba torpe y despacio a recoger una pelota de plástico que había quedado encajada bajo uno de los coches.

Catalán hizo como solía hacer e ignoró las palabras de Ezequiel.

—Yousseff os va a dar las llaves de una parcela en el barrio de San García, en la playa del Chinarral; también las de una lancha que tiene allí guardada. Tenéis hasta esta noche para organizarlo todo.

—¿Tiene *gasofa*? —preguntó Cabello mientras contaba los billetes.

—Eso es lo único que tenéis que averiguar. Si veis que está seca tendréis que repostarla vosotros.

—¿*Toavía* están vigilando las casas de Palmones y Campamento? —preguntó Ezequiel.

Catalán seguía sin dirigirse a Ezequiel; no le gustaba que, estando sometidos a tanta vigilancia como habían estado en los últimos meses, los miembros de su clan andasen, como hacía él, por los bares despreocupados y gastando fuertes sumas de dinero a la vista de cualquiera.

—Vale, Catalán, hermano. Vamos ya para allá —dijo Cabello.

Ezequiel arrastraba su resaca por el patio de la casa mientras jugaba con los perros. Lanzaba la pelota de plástico para que la trajeran de vuelta, estos corrían y se empujaban el uno al otro hasta que, no se sabía si por calor o por torpeza, alguno de los dos caía al agua de la piscina, entonces se reía y premiaba al que se mantuviera seco acariciándole la cabeza.

—Por cierto, Ezequiel —reprendió Catalán—. ¿Tú no deberías estar ensayando en vez de estar por ahí de fiesta? Te vas de gira dentro de tres semanas con el puto Miguel Poveda.

—Estuve tocando anoche, jefe —contestó Ezequiel—. En la peña «Fosforito» de Los Barrios.

—No hablo de tocar para cuatro borrachos en esa peña de aficionados. Te estoy diciendo que tienes que practicar, joder. Vas a subirte a un escenario con profesionales y vas a actuar para un público de verdad, no para un puñado de viejos alcohólicos.

—Ya, llevas razón, jefe. A partir de mañana me pongo con eso —dijo mientras uno de los perros se sacudía el agua junto a él, salpicando el impoluto Porsche.

Los hermanos Cabello se montaron en el todoterreno y pusieron rumbo a Algeciras. El viaje, de apenas quince minutos, lo hicieron totalmente en silencio, con la música de la radio sonando y sumergido cada uno en sus pensamientos. Redujeron la velocidad de ciento sesenta kilómetros por hora a cincuenta en una zona controlada por radar, justo a la salida de La Línea. Cabello recordó la teoría que le contaron una vez de que ese radar estaba ahí para que los habitantes de Gibraltar redujeran la velocidad y tuvieran que leer

la inscripción que, bajo el nombre del pueblo de San Roque, rezaba «donde reside la de Gibraltar», en referencia, según le contaron, a una figura religiosa de origen gibraltareño que guardaban en San Roque. «Vosotros nos habréis robado el peñón, panda de ladrones ingleses hijos de puta, pero vuestra virgen nos la quedamos nosotros», parecía decir. Dejaron a un lado las refinerías con sus infinitas chimeneas que apuntaban al cielo. Llegaron a Algeciras en hora punta por el acceso norte; las retenciones habituales de los trabajadores que colapsaban los accesos a primera hora de la mañana se veían incrementadas por la cantidad de vehículos que llegaban al puerto y no podían viajar a Marruecos debido a las cancelaciones de los barcos provocadas por los fuertes vientos. La ciudad se movía ralentizada y apenas conseguían avanzar sin desesperarse a lo largo del paseo marítimo. Además de calles llenas de coches les llamó la atención la cantidad de personas de todas las razas que caminaban por aquella zona. Las palmeras empezaban a tambalearse empujadas por las fuertes rachas de viento. «Un temporal en pleno mes de junio, a dónde vamos a llegar», dijo Cabello mientras negaba con la cabeza. Ezequiel no contestó y siguieron en silencio la prolongada avenida hasta que consiguieron acceder y estacionar en un parking cercano a la cafetería en que habían quedado con Yousseff, su desdeñado socio marroquí.

—La verdad es que manda cojones que teniendo tantas *guarderías* tengamos que *arquilarle* una al puto moro de mierda de Yousseff —dijo Ezequiel mientras se bajaban del coche—. Como esto siga *asín* cualquier día nos veo pillándole el hachís a él.

Cuando salieron del parking pudieron sentir la potencia y el sabor del viento de levante; salado y salvaje. Cabello sonreía mientras caminaba luchando por mantener el equilibrio en cada intersección de calles en que la tempestad lo vapuleaba. «Puedo sentir cómo va subiendo poco a poco el viento, se va a meter un temporal de los buenos, parece mentira que estemos en junio —repetía—. Tenemos tres días por delante, tres días».

Cabello y Ezequiel caminaban esquivando camareros y mesas de aluminio cuando vieron a Yousseff al final de la cafetería sentado en una mesa con otros dos marroquíes que compartían desayuno: mortadela, queso, pan y aceitunas. Los tres bebían té moruno que servían de la misma tetera. Cuando Yousseff advirtió la presencia de los dos hermanos se levantó y ocupó una mesa vacía que había junto a la cocina.

—¿Qué tomáis, café? ¿Preferís té de Marruecos? Aquí lo hacen bueno, amigo.

Aunque Yousseff llevaba desde los ocho años en España aún tenía el acento árabe, parecía que se resistía a renunciar a él; lo hacía para no olvidar de dónde venía, quién era o quién había sido. Ahora todo era distinto a cuando llegó, ganaba dinero legal con una tienda 24h que tenía cerca de aquella cafetería en la que vendía alcohol, hielo y Coca Cola a los chavales españoles, «un kit de botellón», decía siempre. Todo el dinero legal que ganaba lo mandaba a su madre, que vivía en Marruecos. El dinero que no podía declarar se lo quedaba para él; para pagar el alquiler, para los coches, para las mujeres: para vivir como siempre había soñado.

—No, gracias, Yousseff. Shukram, shukram —dijo Cabello mientras se ponía la mano en el pecho como sabía que hacían en el norte de África en señal de agradecimiento—. Otro día mejor, hoy tenemos algo de prisa. Tenemos mucho que hacer y poco tiempo.

La cafetería Velázquez de Algeciras le parecía a Cabello lo más parecido que debía haber en España a la Torre de Babel; personas de todas las nacionalidades comiendo y hablando en todas las lenguas imaginables: conductores de camión árabes, europeos de vacaciones que esperaban la llegada del ferry a Tánger, funcionarios y militares que volvían a sus puestos de trabajo en Ceuta, africanos descalzos que comían con las manos, españoles que leían la prensa o veían los programas matinales.

—Llevas razón. Lo primero es el trabajo, amigo —dijo exagerando el acento árabe, ya de por sí bastante marcado—. Aquí tenéis: las llaves de la casa. Y esta de aquí es la de la verja que da a la playa.

—¿Tú no las vas a usar estos días? Ni la casa ni la goma, me refiero.

—No, *Cabillo* —dijo sonriendo—, mi contacto está de vacaciones. Se ha ido a La Meca con toda la familia.

Cabello y Ezequiel asintieron; sabían lo importante que era para los musulmanes aquel viaje.

—Se habrá ido porque no se olería que iba a entrar este temporal en pleno junio; nuestro proveedor lo sabía desde la semana pasada y tiene mercancía preparada para nueve viajes. Van a ser tres días de mucho trabajo, sin dormir, sin comer y sin follar.

—¡Jajaja! —rio de forma exagerada Youssef— Vais a saber lo que es un Ramadán.

Los tres rieron y se despidieron. El viento entraba en la cafetería y levantaba las servilletas y los periódicos de las mesas de aluminio. Los camareros daban por imposible el recogerlas y el suelo del local parecía el de

un vertedero: latas de refrescos, envoltorios de bocadillos, cucharillas de café y sobrecitos de azúcar entre los que los gorriones buscaban alimento.

Los dos hermanos salieron de la cafetería y, mientras Ezequiel se encendía un cigarro, su hermano dirigió la mirada hacia la torre de control de capitania marítima.

—¿Ves esa torre tan alta, hermano? Desde ahí controlan las entradas y salidas de buques de la bahía. De todo el Estrecho, en realidad.

—¿Cuando nosotros entramos y salimos también? —preguntó Ezequiel con una sonrisa en la cara.

—Pues por ahora no. Pero dentro de poco dirigirán todo nuestro tráfico desde ahí arriba. Cuando el Estado quiera su parte del pastel.

Ezequiel miró a su hermano y asintió sin entender bien por qué lo decía. «Pues mientras que se jodan», dijo mientras les dedicaba una peineta.

—¡Que os den por el culo, maricones! —gritaban caminando de espaldas hacia el parking.

Inspeccionaron la vivienda desde la que organizarían los viajes en aquellos tres días de temporal. Cabello vio que la casa tenía indicios de haber sido, no hacía mucho, el hogar de una familia pija que, al ver cómo la zona se llenaba de narcotraficantes, decidió malvenderla. «Es importante llevarte bien con los vecinos, vivas donde vivas; eso no lo puedes conseguir si tus vecinos son narcos que insisten en que vendas», sabía de buena tinta; lo había visto otras veces (tantas veces). El viento zarandeaba la cancela que separaba la playa de la vivienda. Había siete metros desde la orilla hasta la entrada trasera al garaje en que se guardaban las lanchas y unos cuantos montones de garrafas de combustible apiladas.

—Esos siete metros habrá que hacerlos corriendo; necesitamos cuatro tíos aquí y otros cuatro en Puente Mayorga. Llama a Cojo y que los mande. Y dile a Pollo que necesitamos que se mude aquí hoy mismo.

Ezequiel afirmó con la cabeza y realizó dos llamadas de teléfono de no más de cinco segundos cada una: «tienes que venir; te veo en media hora», fue todo lo que dijo.

A las diez y media de la noche no había ningún barco navegando por el estrecho de Gibraltar debido al temporal. Una lancha con dos motores de fueraborda con cuatrocientos caballos de potencia estaba preparada para zarpar desde la pequeña playa del Chinarral en Algeciras con dirección Oued Alian, al norte de Marruecos. La pequeña tripulación seleccionada para tan

corta e importante travesía estaba formada por José Fernández «Felpudo», Adrián Moncayo «Romario», Larbi El Gharb y Luis Velázquez «Toto», que era quien se encargaría de pilotar la embarcación. Los cuatro vestían prendas de abrigo de color negro y pasamontañas para proteger la piel de los aires fríos que cruzaban con fuerza el Estrecho. Mientras Larbi cenaba de pie, los demás consumían cocaína sentados en una pequeña mesa del garaje.

—No sé cómo te puedes comer un kebab antes de salir, Larbi —dijo Felpudo.

—No he cenado, me habéis avisado con poco tiempo —respondió.

—Yo con la adrenalina que tengo encima no podría comer nada, no me entran ni unas gambas a la plancha, ni unas croquetas de puchero; tengo el estómago cerrado —dijo Felpudo mientras esnifaba con fuerza.

—Venga, termina de comer que nos *najamos* ya —intervino Toto, rascándose la nariz.

—No me metáis prisa que me va a sentar malamente —dijo Larbi mientras daba un mordisco y caía un chorreón de salsa de yogur sobre el suelo del garaje.

En menos de veinte minutos la lancha había conseguido salir de la bahía de Algeciras. La mar estaba picada y las ráfagas de viento que soplaban desde el este sacudían la embarcación. Todos los miembros iban agarrados como podían a la lancha; sentían el denso olor a mar y las rachas de setenta kilómetros por hora impactando sobre el lado izquierdo de sus cuerpos mientras se dirigían al sur. Veían las ballenas y los delfines acompañarlos en su travesía, como si les hicieran de punto, como si vigilaran que nadie pudiera seguirles el rastro; cualquiera juraría que aquellos cetáceos les esconderían del SIVE si, llegado el momento, lo necesitaran.

—Por lo visto el Madrid ya ha fichado a Neymar, lo van a anunciar mañana —dijo Felpudo.

—¿Cómo lo van a anunciar mañana si el periodo de fichajes empieza en julio? —contestó Romario.

—Pues lo he leído en el Marca esta mañana.

—Ni caso a esa gente, cuando termina la liga tienen que seguir vendiendo periódicos y no paran de inventarse noticias. Además, todos los veranos están con la misma historia —añadió Romario.

—Yo creo que este año sí que lo fichan, lo tienen que traer ya de una vez —dijo Felpudo con cara triste mirando cómo se alejaban las luces de la orilla.

Larbi permanecía callado, algo extraño en él. Se había sentado en un rincón

apartado del resto y escupía repetidas veces sobre el suelo de cubierta. Toto le regañó: «joder, ya sé que la tuya es otra cultura, cabrón; pero no seas guarro: escupe al agua del mar». Larbi pidió disculpas y se puso de pie para asomar la cabeza fuera de la embarcación. El primer escupitajo que lanzó fue recogido por el viento hasta caer sobre la chaqueta de Felpudo; era un escupitajo denso, cargado de mocos de color verde y blanco.

—¡Hijo de la gran puta, me cago en cuantos muertos tenga Alá! —gritó Felpudo mientras todos reían y Larbi intentaba disculparse— Escupe apuntando para abajo, cabrón.

—No me encuentro muy bien, creo que ha sido el kebab.

Hora y media después estaban llegando a la playa en la que les esperaban, escondidos, quince hombres marroquíes para realizar la entrega. Larbi el Gharb se dirigió hacia el que parecía el jefe. Ambos se conocían de otras ocasiones. «Salam aleikum, aleikum salam»; fue lo único que entendió Felpudo de la conversación, a quien nunca le gustó que hablaran en árabe entre ellos, le hacían sentir discriminado; nunca sabía si hablaban de negocios, de sus familias o de terrorismo. Les miraba e intentaba adivinar de qué hablaban: «cuando llegue el momento mataremos a estos infieles, hermano. Y Al-Andalus será nuestra de nuevo. Y pondremos un burka a sus mujeres»; eran las conversaciones que imaginaba que mantenían mientras él cargaba fardos de hachís en la lancha. En doce minutos zarparon de nuevo, esta vez rumbo al norte. De vuelta a casa, cargada de hachís la lancha, cargados de farlopa ellos.

—¡Vamos, cabrones! ¡Ahora queda lo bueno, lo importante! —gritaba Romario con la adrenalina por las nubes.

Los cuatro volvieron a ocupar sus puestos en la lancha. Felpudo intentaba, sin éxito, quitar la mancha que el escupitajo de Larbi había dejado sobre su chaqueta. «Esto no me vuelve a pasar —decía mientras se colocaba en babor —; antes me coloqué en el lado derecho y me cayó el galipajo, así que ahora me pongo en el izquierdo; más vale prevenir que curar —se decía a sí mismo en voz baja—. Puto moro cabrón, esta vez no me caen tus gapos».

Al subirse de nuevo a la embarcación, Larbi sintió que le dieron unas fuertes ganas de vomitar. «Tienes mala cara», le dijo Romario. «¿Tú te has visto la tuya?» respondió Larbi, enfadado. Aguantó hasta que no pudo más, levantó el pasamontañas e intentó asomar la cabeza por estribor para vomitar en el mar. El fuerte viento de levante se encargó de elevar sobre los fardos de hachís colocados a sus espaldas los vómitos, que fueron a parar, de nuevo, a la chamarreta de Felpudo. Todos rieron a carcajadas al verlo, todos menos

Felpudo.

—Te has cambiado de lado pero si cambia la orientación del viaje, también cambia el sentido del viento, subnormal —dijo Toto, quien casi no podía pilotar la lancha por el ataque de risa.

—Qué guapa la chaqueta, Felpudo. ¿Dónde te la has comprado?

—El kebab era de pollo, mira: se ve perfectamente en las mangas. Mirad cómo le cae por las mangas.

Felpudo se quitó la chamarreta y la lanzó al agua: «moro cabrón, me había costado cuatrocientos euros, me la vas a tener que pagar».

—Ya estoy de puta madre —dijo Larbi—. Lo siento, tío. Te la pagaré, lo juro.

Larbi se sentó apoyando la espalda en los fardos apilados que habían cargado en la popa de la lancha. Se sentía relajado ahora que había regurgitado; había expulsado la coca y la cena de su cuerpo y se sentía lúcido, capaz de pensar con claridad. Miraba a su alrededor en la oscuridad que la bruma y las nubes del temporal cernían sobre el Estrecho, aún no se divisaban las luces de la orilla en la que nacía Europa. Era su cuarto viaje para «los Gallos» y aún no se acostumbraba a ser el único barco que navegaba esas aguas, había trabajado cinco años como personal de servicio a bordo de un barco que hacía ese recorrido tres veces al día. Siempre se cruzaba con otros barcos, a cualquier hora. Las veinticuatro horas del día. «El estrecho de Gibraltar es uno de los puntos con más afluencia marítima del mundo», recordaba que le decían los tripulantes más viejos. Y ahora que nadie más se atrevía a salir a la mar sentía que eran importantes: «estamos nosotros solos aquí, todos los buques están fondeados, amarrados a un puerto; nosotros seguimos prestando el servicio, trabajando; debe ser la mercancía más importante de todas, esto no puede pararse ni por un temporal». Los pescados, las verduras y las frutas, los aceites y las harinas; todo aquello estaba parado. Sólo ellos cumplían con sus clientes. «Somos la empresa más seria del país», pensaba orgulloso.

Cruzaron el Estrecho y dejaron el peñón de Gibraltar con su majestuosidad a la derecha, se adentraron en la bahía y pusieron rumbo a la playa de Puente Mayorga, en el término municipal de San Roque. Cuatro hombres esperaban en una pequeña casa con acceso directo a la playa. Vararon la lancha y entre los ocho la descargaron, introduciéndolo todo en un todoterreno negro con tracción a las cuatro ruedas que habían llevado hasta la misma orilla. Dos hombres se fueron y los seis restantes arrastraron la lancha hasta introducirla

en el garaje de la casa en que habían esperado la llegada. «Esperaremos aquí, es casi la una. Llama a Pollo y dile que en cuatro horas estén preparados en el Chinarral, que vamos para allá. Descansad las piernas, vamos a hacer un segundo viaje —ordenó Toto—. Vosotros dos, encargaos de repostar la lancha. Después, podéis ir; volved mañana al mediodía».

A las seis menos diez de la mañana Romario y Felpudo bebían café en el jardín de la casa en la playa del Chinarral desde la que habían partido en el primer viaje. Allí habían desembarcado para hacer la segunda entrega. Habían oído que aquel segundo envío iba directo hasta Holanda, a algún sitio cerca de Ámsterdam. La narcolancha echaba humo a unos pocos metros de ellos y el olor a quemado invadía, gracias al viento, toda la calle.

—Vaya calentona tiene la *goma* —dijo Romario.

—No tanto como la mía —dijo Felpudo—. ¿Dónde se puede ir a follar por aquí?

—No podemos movernos, tío. Van a ser tres días. Tenemos que estar aquí para lo que haga falta. Tres días sin vida propia, pero después... ¿has hecho cuentas? Yo sí. Doce mil euros por viaje. Y, según Catalán, vamos a hacer nueve viajes en tres días. Una locura. Yo ya lo tengo gastado, o casi. Tengo un Hummer en el punto de mira. Llevo tiempo queriendo comprar uno.

Romario no se callaba, estaba extasiado de adrenalina, cocaína y cafeína.

—Tenemos que intentar dormir un poco, aunque a lo mejor me hago una paja. Joder, ¿de dónde has sacado esa *farla*? Me tiene cachondo como una mona. Ojalá fuera yo quien llevara el chocolate a Ámsterdam; allí está el Barrio Rojo, lo he visto en la tele: los escaparates, las putillas bailando, tienen allí puesto su historial médico para que veas que están sanas. Qué *jacas* hay allí esperando, Dios mío de mi vida. Iría directo por una latina de culo gordo. Joder, eso es lo que me apetece ahora: una latina de culo gordo, que le pegues un buen azote en las cachas, te vayas a la mesita de noche a meterte una raya y, cuando vuelvas, el culo siga temblando —dijo Felpudo, nervioso mientras miraba cada esquina de aquel jardín.

—Yo te llevaré en mi Hummer la semana que viene. Aunque con lo que consume el bicho ese tendré que echarle mil euros de *caldo* para poder llegar. Pero ahora no te puedes alejar de la casa; como se entere Catalán te pega un balazo.

—Hasta el mediodía no vamos a zarpar. Esta lancha ya no sirve, tienen que traernos otra. Seguro que por aquí cerca hay alguna casa de putas.

—Escúchame. Arriba están los dormitorios; tienen camas de matrimonio, las he visto. Puedes llamar alguna puta a domicilio, pero no te puedes mover de aquí. Yo me quedo a esperar la lancha —dijo Romario mientras sorbía café—. Pollo salió hace una hora, no creo que le quede mucho. Busca un anuncio de alguna latina con culo gordo en el periódico y la llamas, pero por tu madre, no te vayas a mover.

Vinieron dos días más de fuertes vientos y rachas de noventa kilómetros por hora hasta que, como siempre sucedía en las aguas del estrecho de Gibraltar, al tercer día el temporal fue remitiendo. Tanto en el puerto de Algeciras como en el de Tanger Med se colapsaron las terminales de contenedores y los camiones tuvieron que quedarse estacionados en aparcamientos habilitados fuera de los recintos portuarios hasta que se descongestionase la zona. El comienzo de la «Operación Paso del Estrecho» y las cancelaciones de las salidas a los puertos de Tánger y Ceuta habían dado lugar a largas retenciones de vehículos ocupados por ciudadanos originarios del norte de África que pretendían volver a sus ciudades de origen a pasar las vacaciones de verano. La entrada y la salida de Algeciras era un caos absoluto con imprevistas zonas de esparcimiento para instalar a las familias magrebíes que se sentaban en el suelo sobre una gran manta a almorzar bajo el sol de junio mientras los niños correteaban y jugaban alrededor. Todo eso era posible verlo sin alejarse mucho de la carretera general. Campos de tierra en los que los fuertes vientos de levante levantaban la arena mientras las familias intentaban comer juntos, sentados en círculo detrás de alguna gasolinera, o junto a algún parking de camiones, o junto a las industrias y los centros comerciales de las afueras. De todas las zonas habilitadas era, sin duda, el Llano Amarillo, en pleno centro de la ciudad, el más transitado, el más caótico y el que daba una imagen más descontrolada y tercermundista. Centenares de coches hacían cola para poder entrar a los embarques del puerto con destino Tánger y Ceuta. A estas familias que buscaban refugiarse de las ventiscas y se resguardaban como podían entre furgonetas y camiones a la sombra que daban las nubes del temporal se les sumaban las caravanas de los feriantes que, aunque montaban sus atracciones a dos kilómetros en el recinto ferial, el ayuntamiento había instalado allí. También junto a la entrada del puerto, también en el Llano Amarillo. Los feriantes se quejaban de la presencia de los árabes; los árabes, de la de los feriantes. Aquella inmensa explanada junto al centro de la ciudad se había convertido en una amalgama de razas en la que se mezclaban las gentes que

pretendían volver a casa a disfrutar de las vacaciones con la gente que vivía con la casa a cuestas alrededor de toda Andalucía: peruanos, bolivianos, senegaleses, nigerianos y gitanos andaluces mezclaban su tez morena con la, también morena, piel de los árabes que esperaban impacientes la reanudación de las salidas de los barcos. La calor de junio, la humedad del levante, los motores y humos de los vehículos, los puestos de comida con sus parrillas industriales y las pequeñas barbacoas de playa que las familias sacaban de los maleteros de sus coches para cocinar hacían la temperatura insoportable. Ni siquiera el viento podía secar las camisas empapadas en sudor de los viajeros y feriantes cuando las colocaban en pequeños tendedores improvisados formados por cuerdas amarradas de una palmera del paseo marítimo a otra. El tercer día llegó. La previsión de salidas de buques estimaba que aquella noche se retomarían algunos trayectos; primero los buques grandes, más estables en las difíciles condiciones del Estrecho y, poco a poco, reanudarían también los pequeños. Aquello limpiaría la ciudad de viajeros retenidos contra su voluntad por las inclemencias del tiempo en un par de días, un par de días en los que el personal que formaba la OPE no tendría un minuto de respiro: «tendréis que echar horas extra, esta pobre gente lleva tres días durmiendo en sus coches, con ropa sucia, hay niños pequeños, hace calor, no se puede descansar; se podía escuchar en las reuniones del personal en las que se les aleccionaba a que trabajaran más duro y sin pausas bajo aquel sol andaluz».

Aquel tercer día de temporal a las once en punto de la mañana un Catalán enfurecido torteaba con furia a dos miembros de su propia organización. Cabello hacía lo posible por no reírse de la paliza que su jefe estaba dando a sus compañeros. Conocía bien a Catalán y sabía que en unas horas se le habría pasado el enfado; pero mientras eso ocurría, nadie excepto él podría dirigirle la palabra.

—¿En el Llano Amarillo? ¿Habéis dejado una puta furgona cargada con trescientos putos kilos de hachís en el puto Llano Amarillo en pleno Paso del Estrecho?

A Catalán se le ponían las ojeras de un rojo más intenso a cada palabra que pronunciaba, como si la sangre se le concentrase en aquellos oscuros pliegues de piel. Cuanto más gritaba menos parecían entender el enfado Felpudo y Romario, quienes pensaban que habían obrado bien al aparcar el vehículo y escapar dando esquinazo a la Guardia Civil. «Primero la libertad, después la mercancía»; habían escuchado desde pequeños.

—Pero es que no os habéis parado a pensar que los putos moros de los cojones huelen el hachís a mil kilómetros, ¿acaso sois gilipollas? ¿Me estáis diciendo que habéis dejado la furgoneta aparcada junto a doscientos coches llenos de esos maleducados y sucios islamistas?

Felpudo intentaba disculparse y explicarse pero Catalán le golpeaba con más fuerza cada vez que intentaba abrir la boca.

—Ahora mismo volvéis a la puta Algeciras y lleváis esa puta furgoneta al punto de destino. Que la están esperando, hostias.

—Sí, jefe. Vamos para allá. ¿Qué hacemos si nos para la guardia?

—¡Por mí como si os pegan cuatro tiros, inútiles! Pero la carga la necesito en su destino en tres horas.

Cabello llevó en su coche a Felpudo y Romario hasta Algeciras, intentando pasar desapercibidos. Esperaban encontrar algún control de la Guardia Civil que les buscase pero el acceso a la ciudad parecía estar libre de peligros. Cabello les dejó a la entrada del paseo marítimo para no adentrarse mucho más en una zona que, suponía, iba a estar vigilada. «Venga, *mamonas*, a correr», dijo y se fue derrapando en una rotonda.

Felpudo y Romario llegaron sudando y casi asfixiados al lugar en que habían aparcado la furgoneta. Habían ocultado sus rostros con gorras y gafas de sol, sentían nervios por si aquello era una emboscada. Miraron a cada lado de la avenida y los alrededores: nada, ni un coche patrulla; sólo había africanos ocupándose de buscar sombra. Abrieron la furgoneta. La droga no estaba, había desaparecido. Pinchazos en el estómago.

—Romario, tío. ¿Dónde está?

—Yo qué coño sé, Felpudo. Se la habrá llevado el temporal.

Los sudores se duplicaron en sus frentes y sus espaldas, aunque no era debido al calor. Cerraron y volvieron a abrir las puertas del vehículo como si la ausencia de la carga se debiese a un efecto óptico, miraron bajo la furgoneta en una muestra de fè desesperada en que quienes la habían robado la hubiesen escondido allí debajo como si se tratara de una broma pesada, palparon tras las ruedas por si algún fardo o siquiera una bellota pequeña se hubiera caído y pudieran llevarle algo a Catalán para que no los matara. Felpudo vio que una familia marroquí muy numerosa les observaba a una distancia de cincuenta metros, sin dudarle un segundo fue hacia allí.

—Muy bien, moros de mierda —dijo sacando una pistola de la cintura del pantalón—. Ya me estáis diciendo dónde coño está el hachís.

El marroquí que parecía más anciano levantó las manos exclamando algo

en francés, situándose entre Felpudo y su familia, intentando tranquilizarle. Decía cosas en árabe y en francés, algo que a Felpudo le enfurecía más aún.

—¡Me cago en Dios, en Alá y en vuestra putísima madre! —gritó mientras disparaba al cielo.

Las familias que estaban cerca y presenciaron la escena arrancaban sus coches e intentaban salir del Llano Amarillo como podían, dejando pertenencias abandonadas. Una espantada de gaviotas dejó vacíos los muelles pesqueros. Los magrebíes chocaban las carrocerías de sus coches al tratar de huir: Mercedes Benz, Audi, Volkswagen. Todos los coches bien equipados pugnando entre ellos para salir de aquella inmensa explanada. Felpudo empezó a golpear con el arma al anciano marroquí mientras su familia miraba asustada y sin comprender nada. «Que. Me. Digas. Dónde. Está. El. Hachís». Pronunciaba una palabra a cada golpe que asestaba en la cara del anciano. Romario observaba a su compañero perder los estribos, no entendía dónde podía llevarles esa acusación; pensaba que si ellos tuvieran algo que ver ya se habrían marchado lejos.

A los pocos minutos sonaron las sirenas de la Policía Portuaria y Felpudo y Romario se asustaron, corrieron hacia la furgoneta e intentaron salir huyendo de allí, pero el atasco que habían formado todas aquellas familias árabes huyendo de los disparos no les dejaba avanzar. El Llano Amarillo se había convertido en una larga fila de coches accidentados.

—Me cago en la puta, Romario. Haz algo.

Romario intentó levantar unos enormes bolardos que la Autoridad Portuaria había colocado para organizar las colas de acceso desde la ciudad al recinto portuario. Se dio cuenta de que le llevaría más tiempo del que disponían mover las pesadas estructuras de cemento que debían apartar para que cupiese la furgoneta. Un puñado de jóvenes marroquíes que habían sido testigos de la paliza que Felpudo había dado al viejo rodearon la furgoneta, impidiendo que huyera.

—Putos moros. Voy a tener que llevaros por delante como hacéis vosotros en los atentados. ¡Cabrones! ¡No me obliguéis a atropellaros!

Felpudo aceleró pero apenas consiguió avanzar dos metros por el hueco que había dejado libre Romario. Supo que estaban detenidos en ese mismo momento. Respiró profundo y clavó la mirada en la nube que coronaba la cumbre del peñón de Gibraltar, la única nube en el cielo que no se movía.

A la una de la tarde de ese mismo tercer y último día de temporal, un

conocido periodista de un prestigioso periódico nacional venido desde Madrid salió a exponer sus impresiones en las «Jornadas sobre Crimen Organizado, Narcotráfico y Delitos Asociados» organizadas por la Junta de Andalucía en la localidad de Tarifa, en colaboración con la Diputación Provincial. Pelo rubio rizado, barba poblada; camisa de manga larga remangada, pantalón corto.

—Hola, buenas tardes a todos. Gracias por invitarme a estas charlas informativas y de prevención para los jóvenes contra el narcotráfico. Me llamo Rogelio Cuaresma Cravoisier, como muchos de ustedes saben trabajo en el periódico El País. He tenido la suerte de que mi carrera me haya llevado a especializarme en algo que considero tan importante como la prevención y el asesoramiento a reputados cuerpos de seguridad que necesitan, en sus departamentos de inteligencia, información al respecto de los grupos criminales organizados. Llevo cinco años al cargo de la editorial en temas de narcotráfico e intento, desde mi humilde posición, demostrar cómo las mafias que lo controlan afectan al ámbito social y económico de las regiones donde se instalan. Ante todo, agradecer a la Junta y la Diputación que me hayan invitado y den a conocer al público los peligros que pueden no resultar del todo evidentes a la población y que, sin duda, este tipo de crímenes y organizaciones pueden ocasionar. Agradecer también a las siete alcaldesas de la comarca del Campo de Gibraltar su presencia aquí, y su apoyo incansable a la causa. Veo que eso de la paridad aquí se lo han tomado en serio —dijo a modo de broma; en el público se escuchó una breve carcajada—. Quisiera señalar que siempre es un placer volver a Tarifa, donde veraneo desde hace trece años. Conozco bien la zona, sabría diferenciar la Duna de Valdevaqueros de la de Bolonia con solo oler sus arenas. Conozco la cultura del lugar, su gastronomía, su atún rojo, sus zonas protegidas. Conozco bien los dos parques naturales, me he pateado ambas selvas. Conozco el carácter abierto del pueblo. Su ambiente, su fiesta, la importancia del carnaval en febrero. Soy un enamorado de la zona, como todo aquel que viene a visitarla algo se me clavó en el corazón cuando vine por primera vez. Pues bien... todo esto de lo que les hablo y de lo que ustedes están tan orgullosos puede perderse. Todas estas cosas y este lugar están ustedes a punto de perderlo. De verdad. Créanme, no les miento. Están a punto de perderlo. Es el momento de actuar. Las mafias se instalan en los territorios y los consumen. Acaban con la economía, se vuelven lugares inseguros, ajenos al control policial y político. No podemos permitir que esta guerra que se está librando en nuestras aguas la ganen ellos, no

podemos permitir que la ganen los malos.

El comisario Fernando González Urrutia, de las dependencias de la Policía Nacional de Algeciras escuchaba el discurso sentado detrás del ponente, en el asiento entre la alcaldesa de Algeciras y la alcaldesa de La Línea de la Concepción, comentando en voz baja el recibimiento del discurso en el público presente, asintiendo con la cabeza cada vez que mencionaba la importancia de la lucha contra el crimen organizado en la bahía. El periodista seguía con su alegato elevando cada vez más el tono, gran conocedor de cómo hablar para grandes públicos y de las tácticas para calar hondo en el sentir de los asistentes, en el sentir de todo un pueblo:

—Aquí detrás tengo a los grandes protagonistas de la historia. Quienes, con sus actuaciones, están consiguiendo frenar esta avalancha de crímenes, quienes ponen las barreras a esta panda de maleantes. Aquí podemos ver al señor comisario Fernando González, azote de los narcotraficantes y a quien, amenazas de muerte incluidas, le debemos nuestra seguridad. Seguramente ustedes ya le conozcan. Además suele atender muy bien a los medios de comunicación, cosa que es de agradecer. Se está convirtiendo usted en una figura muy importante en esta lucha, señor comisario —dijo girando la cabeza hacia él—. Es usted casi un símbolo; el emblema de la buena gente que quiere que todo esto acabe. No es muy común que un agente de la autoridad tenga la repercusión y el respaldo público y político que usted tiene, debe ser originado por su evidente carisma.

Fernando González sonrió y agradeció las palabras con la mano, indicando al periodista que podía seguir con la ponencia.

—Pero no sólo basta con tener un héroe como comisario. Ni la labor de las alcaldesas, ni siquiera los esfuerzos que están haciendo desde el Ministerio del Interior dotando a esta zona de más medios materiales y humanos —estas últimas palabras torcieron el gesto del comisario y las siete alcaldesas—. No basta con mandar a los GRECO ni a los mejores expertos de la UDYCO. El elemento desestabilizador en toda esta guerra lo tienen ustedes. Con su rechazo. Con sus negativas a cooperar con los delincuentes. Con su silencio sólo consiguen que el dragón crezca y crezca. No voy a pedir a nadie que delate a su vecino. Entiendo que el ciudadano común tiene su familia y el miedo se ha apoderado de las calles de estas ciudades en las que abunda la buena gente, la gente honrada. Pero el rechazo debe ser visible, palpable. Deben salir a protestar, deben salir a gritar «no». Deben estar preparados para salir victoriosos de esta guerra que, esperamos, termine pronto. No me enrollo

más y paso la palabra a los demás invitados. Un saludo y muchas gracias por su atención.

El discurso fue aplaudido durante un minuto y medio. El público que acudió al acto era, en su mayoría, gente que había sufrido las consecuencias nefastas del tráfico o consumo de drogas; gente que pertenecía a asociaciones, familiares con algún miembro muerto por algún delito vinculado de alguna manera al narcotráfico. Los demás ponentes expusieron su discurso con un aire más político, haciendo referencias continuas a las palabras de Rogelio Cuaresma. «Ya no podemos más», decía una mujer que había perdido un hijo en un ajuste de cuentas de una banda en el norte de África. «En mi partido hemos presentado en el Parlamento tal propuesta», decían desde la Junta de Andalucía. «Tenemos que estar unidos y luchar contra esta lacra», sentenciaba la última de las alcaldesas. Cuando llegó el turno del comisario Fernando González se situó lentamente frente al micrófono, echó un breve vistazo a la sala, saludó con una sonrisa a algunos miembros de asociaciones contra la droga que se encontraban ocupando las primeras filas y se dispuso a comenzar su discurso. Apenas pudo pronunciar dos frases cuando Luis García, inspector jefe de la UDYCO, se acercó al estrado y le transmitió un importante mensaje: la Guardia Civil ha detenido a dos hombres del clan de «los Gallos». La respiración del comisario se agitó y la mirada se le nubló.

—Lo siento mucho, pero no puedo quedarme. El deber es... lo primero. El deber es lo primero. Muchas gracias.

El comisario Fernando González salió corriendo junto al inspector jefe Luís García de la sala de actos y el periodista Rogelio Cuaresma les siguió.

—Espere, espere, señor comisario. ¿Me dejaría acompañarle?

El comisario se quedó pensativo, miró su reloj, cruzó una mirada con el inspector jefe; quien hizo un gesto de desaprobación. Rogelio supuso que, en un arranque fruto de la urgencia del momento y de la euforia por las palabras de los discursos que se habían oído en aquel salón de actos y, en especial, por la simpatía que había despertado en él con sus halagos, el comisario le invitó a subir al coche y acompañarles. Días después comprendería que no era ese el motivo.

—Pero no puede grabar nada. Sólo tomar notas.

—A la orden, usted manda en esta ciudad y en la comarca entera.

El inspector jefe arrancó el coche, encendió las luces y la sirena del vehículo sin rotular de la policía secreta con la intención de desplazarse a toda velocidad desde Tarifa a Algeciras. El comisario ocupaba el asiento del

copiloto, el periodista viajaba atrás.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha sido? ¿Por qué no sabíamos nada? — preguntó el comisario con gesto serio.

—El SIVE ha contado hasta ocho movimientos de las mismas lanchas en estos días de temporal. Seguían siempre la misma ruta, con dos puntos de salida y entrada alternos. Pasaron el aviso a la Guardia Civil y los cabrones no nos han dicho nada. Tenían preparado un dispositivo para interceptar la salida del vehículo cargado desde San García, en la playa del Chinarral. Consiguieron darse a la fuga y les perdieron la pista. Todo eso fue a las nueve de la mañana. Hace una hora reaparecieron los sospechosos en el Llano Amarillo, montaron un revuelo con una pistola y llamaron la atención de la Policía Portuaria. Fueron ellos quienes avisaron a la Guardia Civil, cuando escucharon por radio la descripción que facilitaban se presentaron allí cuatro unidades y los detuvieron. Ahora están en la Comandancia de la Guardia Civil.

—¡Hijos de la gran puta! —dijo el comisario Fernando González golpeando fuertemente el salpicadero del coche— ¿Para esto nos unificamos? ¿Para que no avisen? ¿A quiénes han cogido?

—A Felpudo y Romario.

—Pues vamos, acelera. Tenemos que llegar rápido a los calabozos de la Guardia Civil y reclamarlos. Llevamos años detrás de los putos «Gallos» y ahora montan un operativo a nuestras espaldas. No me gusta la actitud de la Guardia Civil ni un pelo.

Cuando había pasado un tiempo de silencio prudencial Rogelio Cuaresma, a quien le había llamado la atención los nombres de aquellos dos hombres, formuló una pregunta:

—¿Quiénes son los detenidos?

—Son de bajo rango, del clan de «los Gallos»; pero están bastante cerca de Catalán. Son amigos del barrio, de toda la vida. Ya sabe cómo son esa gente, le confían su vida a quien conocen desde siempre.

—¿Y puedo preguntar... por los apodos? ¿Felpudo? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Le llaman Felpudo, al parecer, porque es hijo de una prostituta — contestó el inspector jefe—. Según cuentan, cada vez que su madre recibía a un cliente dejaba al niño en la puerta de la casa, en el suelo de la entrada, como si fuera un felpudo. Los vecinos pasaban y veían un niño de cuatro años sentado en la puerta de la vivienda y sabían que había un hombre allí dentro. A

algún cabrón le pareció gracioso verlo junto al felpudo y empezó a llamarle así. Con el tiempo, de tanto decírselo, ni siquiera le molesta, es parte de su historia.

—Joder, qué triste —dijo el periodista mientras lo apuntaba, aunque sabía que no se olvidaría del origen del apodo.

—Pese a todo, según nuestras investigaciones está siempre en la barra de un puticlub —dijo el inspector jefe.

—Un hijo de puta putero —añadió el comisario.

Rogelio se rió y preguntó:

—¿Y lo de Romario por qué viene?

—Pues porque se parece a Romario. El típico gitano que se parece a Romario.

Al periodista le supo a poco el mote, esperaba una historia más suculenta, como la de Felpudo, pero no dijo nada.

—Bueno, la verdad es que es clavado. Tampoco se lo han currado mucho —añadió el comisario.

—Sí, algunos motes son más elaborados. Otros parece que te eligen ellos a ti —concluyó el inspector mientras adelantaba por el carril izquierdo los coches de los turistas aumentando cada vez más la velocidad por las curvas de Tarifa.

—¿Y qué pueden contarme de Catalán? Es famoso en toda España. Lo conocen en cada pueblo, es como una especie de Pablo Escobar, tiene su propia leyenda. ¿Es cierto que no duerme?

—Bueno... ya sabe usted cómo son las leyendas que rodean a esa gente. Alguien dice que duerme poco y cuando el mensaje ha pasado por tres personas ya se ha exagerado hasta el extremo. Será un tipo normal, claro que duerme —dijo el comisario, mostrando menosprecio.

—Bueno, yo no sé si es cierto que no duerme. ¿Sabe lo que cuentan? ¿No ha escuchado usted la historia de Catalán? —intervino el inspector jefe mientras miraba por el retrovisor a Rogelio— Verá, por lo visto jugaba al fútbol, era delantero de la Real Balompédica Linense en las categorías inferiores.

—La Balona, como le llaman aquí —intervino el periodista para demostrar que conocía el equipo.

—Exacto, la Balona. Empezó desde abajo en esto del hachís, como empiezan todos. En un viaje que hicieron les cazó el «pájaro», como ellos lo llaman. El piloto de la lancha avisó de que el helicóptero y la patrullera

acabarían por darles caza y empezaron a tirar toda la mercancía por la borda. En un momento dado, sin que nadie lo esperase, el piloto viró de forma brusca y Catalán cayó al agua. Lo rescató una lancha de Salvamento Marítimo y lo trasladaron al hospital. Estuvo dos años en coma. Tenía dieciséis años. Él dice que ya durmió en esos dos años todo lo que tenía que dormir en la vida. Cuando despertó la Balona había descendido, había perdido su oportunidad de labrarse una carrera profesional en el fútbol y el grupo «Cobra» había conseguido limpiar La Línea de traficantes. El mundo que Catalán encontró en su regreso a la realidad no se parecía en nada al que había dejado. La organización que le había dado trabajo estaba descabezada; entonces decidió acudir a «los Gallos», que era un pequeño clan del barrio de La Atunara, igual que él. Estuvo un par de años comiendo toda la mierda del mundo, hasta que detuvieron a Eusebio Fernández «Gallo». El clan de «los Gallos» se quedó sin jefes, él asumió el mando y se encargó de cuidar y mantener a sueldo a los miembros antiguos y a la familia de Gallo. En estos últimos años ha conseguido que «los Gallos» sean la organización más poderosa de todo el Campo de Gibraltar. De todo el país, de hecho.

—Joder, Luis, si no te conociera diría que hablas de Catalán con admiración —replicó el comisario.

—No, señor comisario, sólo cuento la historia tal como me la contaron —respondió el inspector jefe mientras aumentaba aún más la velocidad por aquella sinuosa carretera rodeada de molinos.

Rogelio Cuaresma se agarraba con miedo y fuerza a la puerta. Conocía bien lo peligroso de aquellas curvas y sabía que eran habituales las muertes por accidente de tráfico.

Bandadas de cigüeñas blancas retornaban de África a Europa en aquellos días de junio sobrevolando el cielo de La Línea siendo visibles desde cualquier punto de la comarca. Catalán las contemplaba pasar desde la ventana de su chalet e imaginaba los pueblos y territorios que habrían surcado hasta llegar allí y los que aún le quedaban por cruzar en busca de alimento: «ni siquiera las aves se quedan aquí un tiempo; solamente están de paso por este lugar, como todos. Por aquí pasan miles de barcos al año, cientos de miles de coches y camiones, Dios sabe cuántas aves migratorias, cuántos viajeros. Quién se para aquí, quién se queda. Todo el mundo sabe que nadie se queda el tiempo suficiente en el Campo de Gibraltar. Aquí no queda nada y las cigüeñas lo saben, sólo queda arena».

—Los han cogido. Han perdido la mercancía —dijo Cabello interrumpiendo los pensamientos de Catalán.

Las bandadas de aves se alejaban y Catalán trajo su atención a las palabras de Cabello.

—Joder, si es que cuando digo que son inútiles no me equivoco —dijo Catalán.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Cabello.

Las ojeras negras de Catalán se tornaron de color morado, los colores de su rostro poco se parecían al de un ser humano. La paranoia se había instalado en su plateada cabeza tras tantos contratiempos. Los años que llevaba sin dormir le habían vuelto paranoico y solía desconfiar de todos; su gesto se había vuelto duro, seco, crudo. «Que viene el coco, que viene. Estoy rodeado de chivatos. Esos dos desgraciados no van a aguantar y me van a vender al comisario, que está obsesionado conmigo. Felpudo y Romario son débiles. Además saben demasiado sobre mí, no son unos niños que acaban de entrar y que no saben por dónde le vienen las tortas; esta gente puede llevarme a prisión con sólo abrir la boca. Que viene el coco, que viene». Catalán se quedó en silencio mirando al techo con las manos apoyadas sobre la boca por un minuto. «No me queda otra —pensaba—. El problema es que están jodidamente locos, es peligroso para todos, pero es peor aún que el comisario interroge a Felpudo y Romario». Catalán miró fijamente a Cabello y este le sostuvo la mirada.

—Tienes que ir al gimnasio de Ricardo, el culturista. Siempre andan por allí...

—¿Quiénes? ¿No estarás pensando en pedir ayuda a...?

—Díselo, son los únicos que pueden arreglar esto. Aunque no me guste la idea.

—¿Arreglarlo? ¿Has dicho arreglarlo, Catalán?

Catalán permaneció en silencio, mirando a Cabello.

—¿José Eduardo? No puede ser cierto —seguía quejándose Cabello—. ¿Ya no te acuerdas de la última vez? ¿No te acuerdas lo que pasó en Pelayo? Esos anormales metieron fuego a dos casas. Las familias seguían dentro, Catalán. No se puede controlar a esos animales.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? Bueno, aunque no sea mejor, ¿se te ocurre alguna otra idea? La que sea...

Cabello y Catalán se miraron, el silencio lo invadía todo; se enfrentaban a la incertidumbre que siempre se presentaba al recurrir a José Eduardo. A los

hermanos mellizos José y Eduardo.

Veinte minutos y cincuenta escenarios terribles imaginados después, Cabello entró en un gimnasio de artes marciales en Los Barrios.

—¿Dónde están? —preguntó Cabello.

—¿Dónde están quiénes? —preguntó la recepcionista.

—José Eduardo.

—Están dentro, entrenando. Yo no les molestaría; no les gusta.

Cabello entró hasta el fondo del gimnasio, sobre un escenario de Full Contact dos hombres de dos metros diez de altura peleaban de forma violenta y salvaje; movimientos rápidos, muchos puños y algunas patadas que demostraban bastante elasticidad y agilidad para dos personas de ese tamaño.

—José Eduardo —dijo Cabello, casi tímido.

Los dos hombres siguieron peleando sin hacer caso, en lugar de eso, dieron más intensidad al combate.

—¡José Eduardo, joder! —gritó Cabello— ¡Tenemos prisa, hostias!

En ese momento los dos hombres se quedaron quietos, se despojaron de los cascos y miraron con gesto desquiciado y amenazante a Cabello.

—¿Qué mierda pasa, Cabello? ¡Estamos entrenando, coño!

Ambos dirigieron sus gigantescos cuerpos hacia Cabello. Sus enormes torsos musculados por intensas sesiones de entrenamiento de cuatro horas diarias se lanzaron como dos bestias hambrientas hacia Cabello con el semblante agresivo y los ojos rojos. Mientras los mellizos bajaban del cuadrilátero con la peor de las intenciones y las pulsaciones por las nubes, Cabello intervino:

—¡Veinte billetes para cada uno! —dijo rápidamente antes de que le abordaran.

Se quedaron a medio metro de Cabello. Estaban sudando y el corazón les latía fuerte, aunque no tanto como a Cabello. Los dos hermanos mellizos eran feos, grandes, extremadamente musculados, bien peinados y a la moda; algo que les obsesionaba. Siempre iban a la moda: la de Beckham primero, la de Cristiano Ronaldo después, ahora la moda estilo leñador se había impuesto. Cabello había salido de fiesta con ellos, les conocía bien. Se había metido todas las drogas del mundo con ellos, todas menos alcohol. «Alcohol no, no bebemos nada de alcohol; eso es malísimo para la dieta», decían siempre que les ofrecían. Tenían las facciones de la cara muy marcadas, desproporcionadas pero sin llegar a ser las de un deforme. El tipo de hombre al que se le confiaría la propia vida en una guerra, si no estuvieran tan locos. Transmitían

una extraña y peligrosa seguridad en sus actos, la seguridad que les daba el saberse más peligroso que su adversario, fuera quien fuera. En el gimnasio nadie quería pelear contra ellos después de que, una vez, un aspirante al campeonato de España de boxeo se subiera al cuadrilátero con Eduardo y empataran a puntos. Al terminar de pelear el aspirante a campeón se acercó para felicitarle pero se equivocó de hermano, dirigiéndose a José. Cuando eso ocurrió, Eduardo empezó a golpear al aspirante a campeón contra el borde del tatami, dejándole inconsciente y con un traumatismo craneoencefálico que le impidió continuar su carrera deportiva. Después de aquello, todos en el gimnasio empezaron a llamar a ambos José Eduardo por miedo a equivocarse.

—¿Qué hay que hacer?

—Entrar al cuartel de la Guardia Civil de Algeciras y sacar a dos de los nuestros.

Los hermanos empezaron a reírse. Sus carcajadas, monstruosas y roncadas, retumbaban en las paredes del gimnasio.

—Tú estás más loco que nosotros, después la fama es nuestra.

—Tenemos un contacto allí, ahora mismo son cinco efectivos en la comandancia. En cuanto yo les diga, dos de ellos irán a desayunar, quedando solamente tres guardias, de cincuenta años cada uno. Vosotros podéis con tres *caimanes* barrigones sin despeinaros.

—Si nos despeinamos serán cinco mil más cada uno.

—Tiene que ser ahora mismo. No tenemos tiempo.

Los mellizos José Eduardo se montaron en sus T-Max de último modelo y pusieron rumbo a Algeciras, el fuerte ruido de los motores apenas ocultaba el estruendo de sus risas.

—Veinticinco cada uno, Cabello. Un trato es un trato —se oyó desde lo lejos de la calle.

Cabello hizo un gesto con la mano y los mellizos y el ruido de sus motos y sus risas desaparecieron por la lejanía. «Joder, están locos los putos barreños catetos de los cojones» pensaba mientras buscaba su coche por el aparcamiento del gimnasio. «Sólo espero que nada se tuerza —dijo en voz baja Cabello—, aunque eso es mucho pedir con estos dos colgados de por medio».

El vehículo del comisario Fernando González intentaba abrirse paso entre las retenciones a la entrada sur de Algeciras. Retenciones de cuatro kilómetros, según les informaban por radio. «Joder, qué inoportunos», gritaba

el inspector jefe. La mitad de los coches tenían matrícula marroquí, la otra mitad eran coches de agencias de alquiler ocupados por turistas del norte de Europa.

—Toda esta gente viene del puerto de Tarifa, señor. Sigue cerrado por el temporal y aún no tiene previsto reanudar las salidas de los barcos. Han comunicado que los buques desde Algeciras retomarán sus horarios a partir de esta noche, cuando baje un poco más el viento.

Los coches se apartaban despacio cuando escuchaban la sirena de la policía, pero la carretera era estrecha y de un solo carril en su mayoría, lo que impedía que pudieran avanzar. Rogelio Cuaresma se reía por dentro cuando veía algunos marroquíes salir huyendo del vehículo y perderse entre la selva de pinos del Parque Natural del Estrecho al escuchar cómo se acercaban las sirenas de la policía. «Qué tendrán que esconder, los pobres desgraciados», pensaba. Pasaron media hora intentando avanzar en aquella kilométrica fila de vehículos y Rogelio pudo sentir cómo crecía la tensión entre sus dos compañeros de viaje. Intuyó que las cosas no habían sido fáciles entre ellos en los últimos meses. Sospechaba que podía deberse a la enorme fama que había ido cosechando el comisario que, como había podido ver en otros casos, podría haberle afectado de forma negativa; «a veces es difícil gestionar la fama, pierdes el contacto con la realidad y con tus obligaciones», se decía a sí mismo excusando al comisario. No había que ser un gran observador para comprobar la evidente diferencia entre el carácter del comisario y el del inspector jefe, así como el valor que daba cada uno a las reglas y las leyes.

—Tienes que coger por esta calle, se acorta casi un minuto —ordenaba el comisario.

—Es dirección contraria, señor. La salida de un colegio —respondía el inspector jefe.

Cuando llegaron a su destino les llamó la atención que las calles circundantes a la Comandancia de la Guardia Civil se encontraban desiertas, apenas un par de ancianos caminaban por ellas ocultándose del sol y del viento. Ningún agente de la Guardia Civil en la garita de la entrada; la barrera que cortaba el acceso se encontraba levantada. «Esto es raro», dijo el inspector jefe mientras desenfundaba su pistola. «Tenga cuidado, señor Cuaresma», indicó el comisario. El periodista se encontraba confuso: «no parece normal que teniendo detenidos a dos narcos del clan más poderoso de la comarca no hayan reforzado la vigilancia». Entraron despacio en el recibidor, pasos lentos y cortos: silencio. Acaso el ruido de un viejo

ventilador les recibió en la estancia. Pasaron hasta un pequeño pasillo en el que se encontraba un mostrador en el que no había nadie que atendiera las visitas. Tras él encontraron algo que les impactó como pocas cosas lo habían hecho en sus muchos años de servicio; en la policía el comisario y el inspector jefe, y en las muchas zonas en conflicto en que había trabajado el periodista: horrorizados vieron a tres hombres mayores casi en edad de jubilación tirados sobre el suelo envueltos en un enorme charco rojo y marrón. En el suelo a unos metros del mostrador un hombre mayor al que habían despojado de su uniforme lloraba lágrimas que se mezclaban con la sangre que brotaba de sus ojos. En la antesala de los calabozos dos guardias civiles yacían sobre el suelo, sin pulso ni respiración; cada uno tenía introducido por el ano unos veinte centímetros de su porra reglamentaria, que se encontraba totalmente cubierta de todo tipo de fluidos orgánicos. «Les han metido sus defensas por el culo, Dios mío de mi vida. Malnacidos, hijos de puta. Esto ya es lo último», gritaban en el silencio de la Comandancia. Los tres hombres se quedaron de pie, impresionados por la violencia con la que habían actuado en aquella carnicería, «puto Catalán de los huevos», decía a voces el comisario. Rogelio observó cómo un desnivel en las losetas del suelo acumulaba los vertidos que salían de los cuerpos formando una especie de lago rojo en el que tres hilos de plasma desembocaban como tres ríos que iban muriendo en él. No podía evitar pensar en la gran exclusiva que habría conseguido de haber llevado material de grabación; era el sueño de un periodista y casi no podía disimularlo delante de los policías, se consolaba pensando que, al menos, estaba allí presenciándolo. El impacto y el asco les había dejado sumergidos en un silencio triste y frío que fue dando paso a palabras de reproche, cada vez más encendidas y tras las que se ocultaban antiguas discusiones inacabadas. Las voces, los gritos, los paseos de un lado a otro que daban en aquel recibidor los dos agentes, los suspiros y las quejas, las manos en la cabeza, la impotencia y la indignación; todo otorgaba a la escena un aspecto aún más desesperante. De pronto, sin esperarlo y tras la agitada discusión entre los dos policías, el comisario se acercó a Rogelio.

—Escúcheme, lógicamente no voy a permitir que se filtre ninguna imagen de esto.

—Comprendo —interrumpió el periodista.

—Pero necesito que haga algo por mí.

—Lo que sea. Estoy a su entera disposición —dijo mostrando compromiso.

El inspector jefe intervino:

—No es una buena idea. No puedo consentirlo.

—¡Cállate, joder! ¡Aquí manda mi polla! —gritó enfadado el comisario.

—Le pido que saque su grabadora y, a la mayor brevedad, dé difusión en su periódico a lo que tengo que decir.

Rogelio sacó su teléfono móvil ante la indignada mirada del inspector jefe y lo acercó a la cara del comisario.

—Quiero mandar un mensaje doble: en primer lugar a los narcotraficantes. Quiero que sepan que se acabó la impunidad con la que actúan en la zona. Todas las oportunidades que tenían los clanes de la droga en el Campo de Gibraltar se han agotado. Quiero decir que esta ciudad ahora es mía; mía y de la gente de bien, por supuesto. Quiero decirles que ya pueden ir montando el chiringuito en cualquier otra parte; me importa muy poco si es en Huelva, en Málaga o que vuelvan a intentarlo en Galicia, pero aquí se acabó lo que se daba. Le declaro la guerra de forma clara y concisa al clan de «los Gallos». No podemos consentir que se repita esta matanza, esta locura, este despropósito que ha ocurrido hoy aquí.

Rogelio grababa las palabras del comisario y la respiración se le agitaba al pensar en la exclusiva que estaba consiguiendo. No podría fotografiar lo dramático que era el escenario que le rodeaba pero sabía que aquellas palabras valían casi tanto como unos guardias civiles ensangrentados.

—Por otro lado, es también un mensaje para el señor Ministro del Interior: Íñigo Pérez Pérez. Le pido que salga de su cómodo y elegante despacho y baje hasta aquí. Que baje al fango, que se remangue sus caros pantalones y se meta en este lodazal de mierda y arena en el que nos encontramos. Que coja el tren y pase las seis horas que dura el trayecto hasta aquí. Que abra los ojos de una vez. Desde este momento le hago responsable directo de lo terrible de la situación. Le exijo que nos conceda carta blanca para poder combatir en igualdad de condiciones, no puedo tolerar este vacío y este desprecio que sentimos los que trabajamos en la comarca, parece que nuestra voz no llega a Madrid, que nuestros gritos de auxilio apenas llegan a Sevilla. Esto es una guerra y lo digo de forma directa, sin titubeos: es una guerra contra los delincuentes que se lucran con las actividades ilegales, es una guerra de la que, pueden estar seguros, sea con la ayuda del Ministro o sin ella, como ha sido hasta ahora, las fuerzas del Estado y la gente de bien saldrán vencedoras.

Rogelio Cuaresma grabó hasta la última palabra de lo que dijo el comisario. Sabía que esas declaraciones podían ser su tumba o su salto a la primera escena mediática del país. O ambas cosas. Un comisario rebelándose

y perdiendo los papeles, declarando la guerra a los narcos y culpando a través de un periódico al mismísimo Ministro del Interior. El periodista se despidió antes de que llegasen los guardias civiles al cuartel. «Espero verles pronto», dijo y se marchó. El inspector jefe Luis García se quedó en silencio mientras esperaban a los servicios médicos y refuerzos. El comisario Fernando González caminaba nervioso por la habitación.

—No me mires así, Luis. Sabes que tengo razón.

—Será cuestión de tiempo que el ministro tome represalias, Fernando. No has debido hablar en caliente.

—Llevo tiempo dándole vueltas. Quería decirlo desde hacía meses. Este ha sido el momento.

—Te apartarán...

—Tengo el respaldo que me da el pueblo, Luis. Tengo el respaldo que me da el Cuerpo de Policía y, lo más importante, tengo el respaldo que me da el llevar razón.

Dos horas después de que los hermanos mellizos José Eduardo asaltasen la Comandancia y atacasen a los guardias civiles Catalán bebía whisky y esnifaba cocaína en el salón privado de uno de sus restaurantes rodeado de los demás pesos pesados de «los Gallos». No pasaba un minuto sin que alguno de ellos preguntase en voz alta que dónde estaban esos catetos de Los Barrios. Se había filtrado en la prensa que dos hombres corpulentos habían entrado en la Comandancia de la Guardia Civil, habían golpeado insistentemente a los tres agentes que custodiaban a dos detenidos y habían salido huyendo en dos motos liberando a dos hombres que formaban parte de un conocido clan de La Línea de la Concepción, todo en menos de cuatro minutos. Dos guardias habían muerto por la violencia de la incursión. El agente superviviente al asalto se encontraba sedado en el Hospital Punta de Europa; cuando recobrase el conocimiento descubriría que había perdido ambos ojos. «Dónde cojones están», repetía Catalán. También había escuchado la grabación del comisario declarando una guerra abierta a los narcotraficantes del Campo de Gibraltar. «Como si no la hubieran declarado ya antes», decía y volvía a beber mientras preparaba rayas de forma compulsiva sobre la mesa. Las especulaciones y conjeturas se abrían paso en su cabeza mientras todos los demás lanzaban sus opiniones al aire:

—Yo no me creo nada de lo que dicen los perros de los periodistas. Son declaraciones muy duras las del comisario, no me las creo. Pienso que quiere

que dudemos. Seguro que los tienen allí detenidos y quiere que vayamos a comprobarlo. Así nos cazaría sin problema —dijo Pollo mirando hacia el televisor sin sonido que había en una esquina del restaurante.

—No digas tonterías. Seguro que se han caído por la carretera con esas motos que tienen tanta fuerza. Ya sabéis cómo conducen esos tarados —dijo Bolibic.

—Yo creo que hay algo que no huele bien, ha pasado demasiado tiempo. Espero que a esos psicópatas de José Eduardo no les haya dado el siroco y hayan hecho cualquier locura —opinó Cabello.

—¡Silencio, joder! No digáis más gilipolleces. Sólo podemos esperar.

Catalán apuró el vaso de whisky y se levantó de la mesa, se acercó a la botella que tenía abierta sobre el mini bar y suspiró varias veces seguidas. «Que viene el coco, que viene». Miraba a sus socios y sólo veía seres translúcidos como acuarelas que movían sus bocas sin emitir sonido alguno. Desde la ventana del restaurante veía ennegrecerse la nube que el levante había colocado tres días antes en la cima del peñón de Gibraltar. «No se ha movido de ahí desde que empezó el temporal, qué mierda quiere esa puta nube, qué coño quiere de mí», decía. La miraba y se desvanecía, cerraba los ojos y cuando los volvía a abrir la volvía a ver allí, cada vez más negra. La nube giraba y giraba sobre la inmensa roca. A veces dejaba ver el pico más alto y otras mostraba barrios residenciales en mitad de la ladera. Las luces de la tarde caían sobre la nube negra y formaban un arcoiris de oscuros colores grises y negros que levitaba hasta perderse en un punto fijo entre las piedras, justo a la entrada de un búnker por el que se accedía al interior hueco de la Roca. Cuando empezó a sentir que se alejaba de la realidad hipnotizado por el espectáculo de colores tristes y lúgubres vio asomarse por la entrada del bar a dos hombres que tapaban la luz del exterior, enormes; dos gigantes que se quedaron junto a la puerta. Llegaron agotados, casi sin respiración. Entraron en el inmenso salón y comenzaron a peinarse en un pequeño espejo que había colgado en el lateral de una pared.

—Ya está hecho, Catalán —dijo uno de ellos.

—Ya sé que está hecho, lo sabe todo el puto país. ¿Dónde están Felpudo y Romario?

Los hermanos José Eduardo dudaron antes de responder.

—Están en Algeciras, suponemos que a la altura de La Ballenera.

—¿Y qué hacen allí, los inútiles? ¿Qué están pescando o qué cojones pasa? Los mellizos se miraron. Cabello se sentó en una silla temiendo lo peor;

conocía aquella mirada.

—No sabíamos que querías que los trajéramos. Los hemos soltado enfrente de la Ballenera, no sabemos dónde los habrá llevado la corriente. No sabemos la posición exacta.

—¿Cómo? No entiendo. ¿Qué significa eso?

Los demás miembros veían venir la tragedia, todos menos Catalán.

—Pues que los hemos arrojado vivos en mitad del Estrecho, con las ballenas y los delfines. ¿No era eso lo que querías?

Catalán no dijo nada y se dejó caer sobre un taburete alto, apoyó las manos en el mini bar para no caerse. La nube negra caía por el peñón como si fuera un tobogán.

—Joder, Catalán. Pensábamos que por eso teníais tanta prisa. Para aprovechar las últimas horas del temporal y deshaceros de ellos en mitad de la bahía. Bueno... no sé si Cabello lo dijo expresamente. Pero fue eso lo que entendimos.

Todos los miembros del clan se quedaron en silencio, se miraban entre ellos y miraban a aquellos dos gigantes con incredulidad y asombro. Todos esperaban el momento en que dieran marcha atrás en su respuesta, como si de un momento a otro fueran a salir Felpudo y Romario de la nada y todo no hubiera sido más que una mala broma. Catalán sentía que el levante le soplabá sus últimos alientos en la cara como si el temporal se ahogara de golpe, cansado tras tres días de intensa actividad; el viento llegaba cargado de arena y esta se le metía en la boca y en los ojos.

—¿Habéis tirado a dos hombres vivos, de los nuestros, en mitad del Estrecho, con este temporal, con la mar picada? —preguntó Cabello.

El resto de los jefes seguían en silencio, no sabían qué pensar. Algunos sospechaban que Catalán estaba paranoico pero no sabían si hasta el punto de ordenar lanzar a dos hombres vivos a la mar desde una barca para que no le delatasen. Los hermanos mellizos empezaban a ponerse nerviosos, pensaban que habían cumplido su parte del trato, nadie les había especificado qué hacer con los hombres rescatados. No comprendían la hostilidad.

—No habéis dado instrucciones claras. En todo caso será culpa de Cabello, no nuestra —se excusaron los hermanos—. Pero vamos, que ya es tarde, es lo que hay. Ya poco se puede hacer, así que... ¿dónde están los cincuenta mil?

Capítulo 02. «Los Gallos».

*“El gallo en su gallinero
Se sacude y luego canta,
El que duerme en cama ajena
De ‘madrugá’ se levanta”.*

«Los Gallos» regentaban tres restaurantes en el que servían el pescado más fresco de la bahía. O eso era lo que se solía escuchar en toda la comarca y gran parte de las provincias de Cádiz y Málaga: «si quieres pescado bueno, ve al barrio de La Atunara». Los restaurantes estaban en el mismo paseo marítimo a unos cincuenta metros el uno del otro. Siempre estaban a rebosar de clientes y las listas de espera se cerraban antes de la una de la tarde; todos sabían que quien llegara más tarde de esa hora tendría imposible sentarse a comer. Se había corrido el rumor de que había que ir con el efectivo suficiente en la cartera porque no se aceptaban pagos con tarjeta. También se decía que las cuentas las hacían unas señoras mayores allí mismo, apoyadas sobre la barra; errores al sumar incluidos, por lo que la gente siempre llevaba el doble de lo que esperaban gastar para poder pagar sin verse obligados a mantener una desagradable conversación con los dueños. Pese a todo este tipo de rumores, la barra siempre estaba llena de familias esperando que quedara libre alguna mesa. Ningún sitio reflejaba mejor la personalidad de la zona que ese: familias con sus cuatro miembros en paro esperando para pagar trescientos euros en pescados y mariscos. Los tres restaurantes tenían terraza y patio andaluz en el interior; uno de ellos, que además fue el pionero: «Marinera 1», tenía una piscina con barra y pasarela donde se celebraban grandes fiestas a puerta cerrada para los miembros de la organización. En una ocasión se organizó un importante desfile de modelos al que fueron invitados para ofrecer espectáculo grandes artistas internacionales de la música. «Marinera 1» era más grande y lujoso que los otros dos locales y era el preferido de Catalán pasar pasar el tiempo y dirigir las operaciones. El restaurante tenía un pequeño habitáculo al que se accedía por una escalera situada en el patio interior, cerca de la piscina, en el que vivía Wilfredo Bautista, conocido por todos en el clan como Jeffrey, apodo que le venía por ser negro, calvo, bajito y, al igual que el mayordomo de El Príncipe de Bel-Air, acatar las órdenes que

recibía. Jeffrey llegó en 1995 a La Línea desde Santo Domingo dispuesto a labrarse un futuro. Jamás pensó que acabaría siendo parte fundamental en el organigrama de un importante clan criminal, aunque tampoco tenía nada en contra. «Sencillamente haces lo que tienes que hacer para sobrevivir», decía cuando le preguntaban cómo se había mantenido cerca de los capos durante tantos años, primero con Eusebio Fernández «Gallo»; fundador del clan y ahora con Rafael Montoya «Catalán». Siempre evitaba responder quién le parecía mejor de los dos haciendo esto o lo otro; y es que Jeffrey había aprendido bien que, en este negocio, primero debías honrar al jefe y después a todo lo demás, debiendo mostrarte especialmente prudente a la hora de expresar tu opinión.

Jeffrey tenía encomendado encargarse de contratar y cuadrar los turnos de los camareros y cocineros de los tres restaurantes, así como de los mecánicos y personal de administración de la tienda de motocicletas que «los Gallos» tenían en el centro. También debía ocuparse de gestionar los pagos del resto de empresas legales que el clan tenía por toda la ciudad: tiendas de ropa para jóvenes, cafeterías, incluso una tienda de animales en la que una vez y durante una semana tuvieron en exposición una cría de leopardo. «A Catalán le encantan esos bichos», decía Jeffrey cuando tenía que echarle de comer delante de los clientes. Era el hombre adecuado para blanquear el dinero que cobraban del tráfico de drogas. El negocio siguió prosperando y las actividades legales aumentando. Catalán dejó a Jeffrey al cargo de los negocios más sencillos y desvió a despachos especializados de la Costa del Sol y de Gibraltar la gestión de empresas pantalla, apartamentos, casas rurales, restaurantes de lujo y un pequeño hotel con spa que habían adquirido en el centro de Fuengirola, por el que Catalán sentía debilidad. «Demasiado trabajo para nuestro negro», explicaba Catalán a los demás socios que tenían voz y voto en esos asuntos y se oponían a que alguien ajeno a la organización tuviese acceso a los números. Pese a que Jeffrey entendía que todo aquello estaba por encima de sus capacidades de gestión, siempre hacía ver que lo que de verdad dejaba dinero eran los locales que él mismo gestionaba y organizaba. Decía que los negocios en la Costa del Sol exigían demasiada inversión y que, en proporción, no retornaba tanto dinero como en su pequeño paraíso comercial de La Línea de la Concepción.

Cuando llegaba la hora del cierre, Jeffrey se dirigía a su negocio favorito: el hotel «Riachuelo», que no era más que un prostíbulo con quince habitaciones a las afueras de La Línea, junto al Río Cachón. Jeffrey sentía en

las venas que su sangre caribeña hervía y que se formaban burbujas que explotaban como pequeños volcanes cuando entraba en el club y sonaba aquella música bachatera que él mismo había elegido. Se sentía dueño y señor de aquel pequeño pedazo de cielo lleno de prostitutas, y de tal forma se comportaba con el beneplácito de Catalán.

—Estas entrevistas de trabajo son las que más me gustan, jefe —decía cuando una chica nueva llegaba al club.

El hotel «Riachuelo» no tenía forma de competir con los grandes night clubs que había repartidos por toda la comarca, pero tenía el honor de mantenerse fiel al objetivo inicial que pensó Eusebio Fernández «Gallo»: «quiero que sea un puticlub familiar, que un hombre llegue aquí con la tranquilidad con la que llega a su propia casa. Y que el hombre que no tiene esa tranquilidad en casa, la encuentre aquí. No quiero putas entrometidas, ni putas ladronas, ni quiero ninguna puta extranjera. Todas deben ser españolas y, a ser posible, andaluzas», recalca Gallo. Esto ocasionaba que «Riachuelo» no pudiese ofertar la variedad de chicas que tenían otros clubs: rumanas, argentinas, rusas, brasileñas, nigerianas; de todas las nacionalidades y para todos los gustos. A Jeffrey no le importaba lo más mínimo que todas fueran españolas y les hacía visitas en sus habitaciones con bastante frecuencia, siempre que no hubiera clientes.

A la entrada de cada uno de los comercios de la organización se encontraba una copia del mismo cuadro, pintado por el hermano mayor de Eusebio Fernández «Gallo»: Alfonso Fernández, un hombre extravagante que tuvo problemas con el alcohol hasta el día de su fallecimiento por una complicación renal. Alfonso prefería la soledad del vagabundo y se marchaba durante días sin dar señales de vida a cualquier ciudad de España, ganándose la vida pintando paisajes, calles, cafés o retratos; dibujando caricaturas a turistas o pidiendo limosna. Alfonso adoraba a su hermano pequeño y le regaló el último lienzo que pintó cuatro meses antes de morir: «esta pintura proviene de la mejor de mis miradas», dijo mientras se lo entregaba y se marchó. El cuadro representaba a un gallo subido a una muralla desde la que controlaba al resto de los animales: toros, vacas, terneros, caballos, cabras y a dos ganaderos. La perspectiva del cuadro era antinatural, obtenida desde abajo y desde atrás, pero el enfoque no llegaba a ser confuso. Daba la sensación de que el gallo tenía a su merced todos los elementos de la imagen. Como si le rindieran pleitesía. Casi parecía que el sol salía por detrás de las montañas para no ofenderle.

Catalán contemplaba ajeno a la realidad el cuadro original del que habían sacado el resto de copias, que seguía colgado desde hacía años presidiendo la barra del «Marinera 1» en el que esperaba noticias del último viaje a Marruecos.

—¡Eh, Catalán! Mañana sale libre tu hermano, ¿no?

Catalán abandonó la fantasía en que los colores del cuadro le sumergían y volvió de golpe a la conversación vacía que le reclamaba una pareja de vecinos del barrio de La Atunara.

—Sí, venid mañana por la noche. Lo celebraremos aquí.

—Aquí estaremos, cuenta con nosotros. ¿Qué hace falta que traigamos?

—Hambre. Y ganas de pasarlo bien.

La pareja agradeció el gesto y se alejó en dirección a la playa. El sol de las cinco de la tarde caía en picado sobre los cuerpos morenos que se tumbaban sobre la arena blanca de la playa de La Atunara. Catalán cerró con llave la puerta de la terraza cuando salió la última familia del restaurante. Cogió una botella de Cardhu de veinte años y se sentó solo al borde de la piscina, se descalzó y metió los pies en el agua. Bebió dos buches largos de whisky directamente de la botella e hizo una llamada que llevaba tiempo posponiendo.

—¿Os viene bien mañana? Está bien, en Puerto Banús. Mándame la ubicación. Vale. Perfecto. Hasta mañana. Sí, mañana nos vemos.

Dejó la botella de whisky sobre una mesa de la terraza y entró al almacén donde guardaban el género del restaurante, eligió de entre todas las botellas de vodka el más caro que encontró y la envolvió en la fina chaqueta que llevaba en la mano.

La noche del diecinueve de junio Miguel Montoya no pudo conciliar el sueño en su pequeña celda del módulo tres de la cárcel de Botafuegos. Aquella sección estaba ocupada en su mayor parte por presos condenados por delitos contra la salud pública y tráfico de drogas. El insomnio no era causado tan solo por las altas y agobiantes temperaturas que el viento de poniente había traído al área del estrecho de Gibraltar; también era causado por la emoción y los nervios de sentir que volvería a ser libre después de una condena que se le había antojado eterna. «Mañana me devuelven la libertad», pensaba una y otra vez. A veces, sin darse cuenta, lo decía en voz alta entre lágrimas de alegría mientras los demás convictos dormían. Imaginaba los rostros de sus familiares y amigos y cómo el paso del tiempo podía haberles hecho mella en aquellos años. Sabía que era imposible que el tiempo se parase pero él estaba

convencido de que en algún momento de su condena había transcurrido, como mínimo, a un ritmo más lento del habitual. Ya apenas recordaba cómo le habían detenido; sí conservaba la imagen en su retina de dos coches patrulla con las sirenas y las luces de emergencia encendidas dirigirse hacia su posición mientras pilotaba un vehículo cargado de hachís en el que no quedaba nadie, excepto él. Ya nada de eso importaba. Había cumplido la condena y no había colaborado con policía ni jueces. Miró el reloj: las 05:23. Pasó el resto la madrugada sudando y temblando debido a los nervios.

A las 10:05 se abrieron las puertas de la prisión y Miguel Montoya las atravesó por última vez, de vuelta al mundo real, de vuelta a su vida, de vuelta a su familia. El cálido viento de poniente despeinaba sobre sus espaldas su largo pelo, que no había cortado ni una sola vez en los cuatro años que había estado encerrado. En los aparcamientos de la cárcel esperaban su madre; Manuela Santiago, que lloraba a lágrimas vivas, su mejor amigo; Ezequiel Cabello y dos primos por parte de padre que eran unos chiquillos cuando los vio por última vez; habían dejado de serlo.

—¿No ha venido mi hermano? —preguntó tras abrazar y besar a su madre—. Pensé que vendría.

—No está en casa. Ha tenido que ir a Marbella por unos asuntos —contestó su madre enjugando el llanto.

—Estás más guapo todavía, cabrón —dijo Ezequiel mientras abrazaba con fuerza a su mejor amigo.

—Y tú más *parguela*. ¿Qué le pasa a este? ¿Qué se ha vuelto maricón en mi ausencia o qué? —preguntó Miguel dirigiéndose a sus primos.

—Ha echado los papeles —respondió uno de ellos.

—¿Qué papeles?

—Para ser gay ahora hay que solicitarlo en el Ayuntamiento —respondió y todos rieron.

—Te he *echao* de menos, hermano —dijo Ezequiel—. La Línea no es lo mismo sin ti.

—Ya he vuelto, hermano —dijo Miguel.

—Y esta noche lo *vamo a celebrá*.

Miguel se encendió un cigarro con las manos temblorosas, se giró para contemplar por última vez el edificio azul y blanco en el que había pasado los peores años de su vida.

—Hasta nunca, Botafuegos. No me vais a volver a ver. Lo juro por Dios; antes me pego un tiro.

Los campos que rodeaban la cárcel estaban floridos por las últimas lluvias de la primavera, lo que sorprendió a Miguel, quien desde la triste soledad de su celda lo imaginaba todo yermo por los alrededores. «No podía imaginar que había tantos colores por aquí, tan cerca del infierno», dijo Miguel en voz baja. Nadie le escuchó.

Miguel contemplaba por la ventana todo lo que se había construido en aquellos cuatro años, no recordaba haber visto nada de aquello; se fijó en la cantidad de centros comerciales de todo tipo que había a las afueras de las ciudades. «Es increíble cómo puede cambiar todo en solo cuatro años», le decía a su madre mientras le cogía de la mano. Ambos seguían llorando y sonriendo. Pero lo que más rápido llamó su atención por haberlo echado en falta fue el peñón de Gibraltar. Majestuoso lucía omnipresente en la escena de la comarca. Como siempre. «Todo el que se haya criado en La Línea debería tener el peñón al alcance de la vista en cualquier momento del día», pensaba. Y allí estaba. Podía verlo desde la carretera, nítido gracias al limpio aire de poniente. Volver a casa implicaba amanecer bajo la presencia de aquella roca caliza única e inmensa que recordaba a los hombres su diminuto tamaño y la importancia relativa de sus vidas. Pensó que aquella roca era lo único que no había cambiado mientras cumplía condena.

—Doña Manuela, les dejamos en casa y nos vamos. Tenemos que preparar un encargo —dijo uno de los primos.

—Claro que sí, corazón. Tengo mucho de lo que hablar con mi niño.

—¿Qué encargo? —dijo Miguel extrañado.

—Nada, Miguel. Nos ha dicho tu hermano que no te agobiemos con el trabajo.

Miguel no respondió y siguió observando a través de las ventanas del coche. Cuando entraron a La Línea pudo ver que esta seguía igual. Tal como la recordaba. Cada cartel de cada bar, cada esquina, cada señal de tráfico. La gente caminaba por el paseo marítimo en dirección a la pequeña y coqueta playa de Poniente; las eternas colas de vehículos que pretendían cruzar la frontera con Gibraltar y la paciencia casi colmada reflejada en el rostro de los conductores; los chavales cargando cartones de tabaco en el suelo de sus ciclomotores.

—Gracias a Dios, algunas cosas no cambian nunca, ¿siguen los policías locales sin cobrar? —preguntó Miguel ahogando una risa.

Ezequiel, que había permanecido callado todo el trayecto, contestó:

—No sé si los locales cobran, pero los cuatro mierdas de la nacional que

ha *mandao* el nuevo ministro desde *ca* rincón de España tienen pinta de ganarlo bien. Los otros días cogimos a unos cuantos en un chiringuito de Torreguadiaro. Yo le abrí la cabeza a un mamón que hablaba muy fino, sería de Madrid o de por ahí arriba. Esto es ahora la guerra, Miguel, ya te iremos poniendo al día.

Miguel conocía bien la situación porque esas noticias llegan rápido al patio de presos (el tren viaja lento en la comarca, las noticias no; se solía decir), pero agradecía que se la contaran; al menos ahora sabía que Ezequiel anteponía su vieja amistad a las órdenes de su hermano.

—Los moros que estaban en Botafuegos decían que los *malos* nos tienen custodiados tres narcoembarcaderos: los de Guadacorte, Puente Mayorga y Palmones, ¿es verdad?

—Bueno, ahora mismo estamos utilizando los de Youssef en Algeciras...

Uno de los dos primos interrumpió a Ezequiel:

—Ya te pondrá en situación tu hermano, Miguel. Nosotros no podemos contarte nada de momento.

Miguel comprendió el grado de paranoia que había alcanzado su hermano al no querer que se le informara de nada hasta que no se hubiera instalado en casa y pudiera constatar su lealtad. «Es mi puto hermano, me he comido una condena en Botafuegos y no he abierto la boca», pensaba. El amplio habitáculo del todoterreno le parecía más pequeño ahora. «Joder, llevo encerrado cuatro años y es ahora que estoy aquí con estos dos subnormales que tengo por primos cuando parece que me falta el aire».

—Se ha *colao* una mosca en el coche —dijo Ezequiel intentando atraparla con las manos.

—Sí, una mosca y dos ratas —dijo Miguel con semblante tranquilo.

—Joder, Miguel. No te pongas así, entiéndelo. Nadie sabe lo que le pasa por la cabeza a tu hermano, pero su palabra es la ley. Yo te lo contaría todo de principio a fin; somos primos hermanos.

Miguel hizo un gesto con la cabeza indicando que le parecía correcto, pero no volvió a abrir la boca hasta que salieron del coche. Llegaron a la céntrica calle en que estaba el piso donde vivía Manuela, junto a la Plaza de la Iglesia. Catalán había instalado a su madre en aquella vivienda junto a su hija Samara con la intención de alejarlas del caldeado ambiente que se respiraba en el barrio de La Atunara desde hacía unos meses, agravado un par de días antes con las palabras del comisario y su declaración de guerra en firme. El piso estaba cerca del colegio y de la academia de danza a la que Manuela llevaba a

su nieta todas las tardes. Uno de los primos de Miguel paró el coche en mitad de la calle junto a la plaza. Ezequiel se bajó a coger la bolsa de Miguel del maletero. Lo hacían todo lentamente, sin importarles que hubiera una fila de seis coches esperando. El coche que ocupaba la segunda posición de la cola tocó el claxon de forma airada. Ezequiel soltó la bolsa en el suelo y se dirigió hacia el conductor, un hombre con traje y corbata que parecía tener prisa por llevar a su hijo al colegio.

—¿Qué mierda quieres, gafas? ¿Ties mucha prisa?

—No, no. Ninguna —dijo el hombre asustado—. Eh... no sabía que erais vosotros. Que eran ustedes, quiero decir. Disculpe.

Ezequiel partió el espejo retrovisor de una patada mientras el hombre echaba los seguros del vehículo.

—¡A ver si respetamos un poco más, hijo de puta! Que este hombre acaba de salir de la cárcel —dijo Ezequiel antes de escupir en la ventana del conductor—. Joder, me pone enfermo la mala educación de la gente.

Miguel cogió su bolsa del suelo y pensó que las cosas en La Línea no cambiaban nunca. Ezequiel dio un sentido abrazo a Miguel y un beso a Manuela. «Os veo esta noche en la fiesta que le hemos preparado a este sinvergüenza —dijo mientras agarraba a Miguel del cuello—. A ver si pasas por el barbero, que te corte el pelo y te afeite un poco, que pareces un naufrago». Miguel se mecía su larga y poblada barba y se despidió. Ezequiel se subió al todoterreno mientras realizaba una llamada y el coche arrancó perdiéndose por las calles del centro de La Línea.

—Vamos a subir a casa, mamá. Quiero ducharme y dormir, no he pegado ojo en toda la noche.

—Vale, pero te despiertas antes de la tarde, eh. Que estarán todos esperando en el restaurante para verte.

A Miguel no le gustaba que su madre se hubiera alejado del barrio de La Atunara para instalarse en el centro con Samara; pero sabía que era orden de su hermano, quien buscaba que su hija tuviera una figura materna después de haber perdido a su mujer. «Quiero que Samara esté lejos de todo esto, no quiero que se mezcle con la gente del barrio; ella vale más que todo eso», solía decir Catalán. Miguel compartía la opinión sobre su sobrina, a quien adoraba, pero le parecía inseguro para las dos mujeres alejarse de un barrio en el que controlaban a todo aquel que entraba y salía.

—¿Dónde está mi Samarita? ¿No está en casa contigo?

—Está en el colegio, Miguel; es una niña. Después va a un comedor porque

la llevan los martes y jueves desde el colegio, por la tarde tiene inglés, que la ha apuntado hace poco su padre y, después, a las siete tiene clases de baile.

—Pues no parece que sea vida para una niña.

Manuela hizo un gesto con la mirada aprobando la observación.

—Venga, duérmete. Tienes que descansar para esta noche, hijo mío. Gracias a Dios que ya estás aquí con nosotros.

A Miguel le pareció extraño dormir en aquella casa desconocida. Había pasado muchas noches en la misma cama, sin ningún cambio en su rutina diaria. El ruido de la calle le obligó a cerrar la ventana hasta que, a los cinco minutos, tuvo que volver a abrirla al haber encharcado la cama con su sudor. Los motores de los coches y las motos, los gritos de la gente que desayunaba o tomaba aperitivos en los bares, las campanas repicando en la iglesia; todo le parecía ajeno. En sus noches en Botafuegos sólo escuchaba las toses y conversaciones de otros presos que se entretenían esperando el sueño. Cuando despertaba en mitad de la madrugada sólo podía oír el mugido de las vacas y el rumor del viento entre las paredes y los muros de la prisión. Cuando pudo acostumbrarse al jaleo de las calles del centro con sus tiendas y las terrazas de las cafeterías consiguió dormirse. Despertó seis horas después con una sensación extraña, sentía miedo por la gran responsabilidad que implicaba el recuperar su libertad. Recordaba haber estado soñando con un helicóptero que sobrevolaba el cielo de La Línea haciendo círculos alrededor de una inmensa torre. Era consciente del sueño en todo momento, sabía que estaba soñando pero no era capaz de controlar lo que sucedía. Del interior de la torre salía una densa capa de humo y el fuego la escalaba a gran velocidad. Una nube negra llegó desde lo más alto del peñón de Gibraltar descargando una tromba de agua que consiguió apagar el fuego, dejando casas y cuerpos carbonizados. El mar que llegaba a las orillas de La Línea estaba formado por grandes dunas de arena, olas de arena, barcos que navegaban sobre la arena. Abrió los ojos y se incorporó lentamente, encendió un cigarro, dio dos caladas y salió de la cama. Se acercó a la ventana y subió las persianas. Terminó de fumarse el cigarro desnudo frente a la ventana, mirando cómo caía el sol de última hora de la tarde sobre las familias que tomaban café en las terrazas de aquella plaza mientras las mujeres paseaban y entraban a las tiendas de ropa. De lo que más le costó desprenderse cuando entró a la cárcel fue del calor de una mujer. Los primeros meses creía que perdería la cabeza, incluso llegó a temer que ocurriera lo que tanto había escuchado que les ocurría a algunos: la homosexualidad aceptada de mala gana entre presos. El tiempo pasó y no llegó

a sentir el más mínimo deseo de probar a tener sexo con un hombre; pero las ganas de pasar las noches con una mujer, la que fuera, le daba igual, no desaparecían. «Joder, tengo que recuperar el tiempo perdido», se decía a sí mismo mientras veía a las jóvenes pasear por el centro con sus vestidos cortos de verano y sus shorts vaqueros.

Tras ducharse, Miguel inspeccionó su cabello y su barba en busca de alguna cana. Cuando era niño y se portaba mal, que era la mayor parte del tiempo, su madre le regañaba diciendo que no viviría lo suficiente para ver su primera cana. Desde entonces, y con intención de demostrar a su madre que estaba equivocada, buscaba asiduamente antes de ducharse cada día algún pelo blanco que enseñarle; en todos esos años no había encontrado ninguno.

Miguel entró por la puerta principal en el restaurante y se perdió en un mar de abrazos. La familia Montoya y los altos cargos de «los Gallos» esperaban sentados en un comedor privado y el resto de invitados y mandos intermedios del clan ocupaban las mesas junto a la barra. La mitad de ellos ya estaban borrachos cuando llegó. Saludaba dando la mano y un abrazo a los payos y dos besos a los gitanos. «¿Qué pasa, primo? ¿Cómo estás? Qué de tiempo, ¿qué tal la familia?» repetía una y cien veces.

En el restaurante estaban casi todos. Muchos de ellos desconocidos para Miguel, que no dejaba de pensar que si hubiese una redada en aquel momento podrían detener a la totalidad de la banda. Las mesas estaban distribuidas por niveles de relevancia y responsabilidad. En las dos mesas del comedor privado de los Montoya se sentaban junto a la familia los miembros de más alto rango. Sentados en la misma mesa estaban Cabello y su hermano Ezequiel. También la ocupaban Ramón Sánchez «Churrero», que era apodado así porque cuando empezó en el clan intentó declarar todo lo que ganaba con el narcotráfico como si fuera el beneficio de una churrería que tenía en la plaza de abastos; una vez le hicieron el cálculo y para poder ingresar aquellas cantidades debería vender siete ruedas cada minuto y mantener la churrería abierta veinticuatro horas al día para que le salieran las cuentas. Se sentaba junto a él Antonio Pantoja «Gusanito», nombre que le venía por la lentitud y la cadencia con la que se desplazaba desde las lanchas a los coches cuando descargaba fardos de hachís en sus inicios. Aquellos días quedaban lejos y ahora esos hombres habían alcanzado estatus suficiente en la organización como para ser respetados; habían sido elegidos por Catalán para ser los encargados de organizar las entregas y reclamar los pagos. Felipe Díaz «Paisano», conocido así por llamar paisano a cada persona con la que se

paraba a hablar y Manuel Bravo «Lola», mote que le venía porque, pese a que no reconocía ser gay abiertamente, se expresaba con formas amaneradas y mucha pluma; eran los enlaces con los proveedores y compradores y que, junto al único ausente de la noche, Mohamed Gharbi «Sucio» viajaban a Marruecos a negociar y comprobar la calidad de las mercancías. Sucio no iba a estos eventos con la excusa de no poder beber alcohol al profesar la religión musulmana, aunque era bien sabido por todos que en privado era un gran bebedor con nociones y paladar incluso para los vinos más sofisticados; todo en la clandestinidad más absoluta para poder presumir de buen musulmán ante sus compatriotas. Completaban la mesa Fernando López «Francés», originario de Francia y Abraham Cruz «Cojo», quien había sufrido un accidente de moto que le había dejado secuelas en su pierna derecha; eran quienes seleccionaban personal y decidían quiénes realizarían cada viaje, quiénes descargarían y quiénes harían de punto por si aparecía la guardia civil o la policía.

Las demás mesas las ocupaban cargos intermedios: vigilantes de *guarderías* como Cristian Ojeda «Pollo», de la familia de «los Pollos»; José Ramírez «Capullo», conocido así por su parecido con el cantaor de Jerez de la Frontera y Miguel Ángel Ruiz «Bolibic», llamado así por su extrema delgadez. Ocupando una gran mesa junto a la entrada estaban diez de los hombres que llevaban más tiempo con la familia, en su mayoría divorciados que habían entregado sus vidas y su libertad al clan antes de que Catalán se hiciera cargo de la organización. Catalán había impuesto dar prioridad en los trabajos a este tipo de miembros, lo que no siempre era posible debido a los achaques de la edad. Hombres de cincuenta años con ciática cargando fardos de cincuenta kilos. Había casos como el de José Carlos González «Goma» que no había trabajado en los últimos seis años ni una sola noche, pero que Catalán, nadie sabía bien si por pena o por generosidad, mantenía en nómina; pagándole mensualmente lo necesario para pagar los gastos del pequeño piso en que vivía en el barrio de Las Palomeras, para vino y para alguna prostituta ocasional. «A todos nos puede ir mal en la vida», decía para justificar lo que nadie pedía que justificara.

Cuando Miguel saludó a los invitados entró al comedor en el que le esperaban sus familiares más directos, todos primos y tíos. Buscó a su sobrina con la mirada entre toda aquella gente.

—¿Dónde está Samara? ¿No ha llegado aún? —preguntó a su madre Manuela.

—No te preocupes. Va a llegar más tarde porque sale a esta hora de clase

de baile. No te vas a quedar sin ver a tu sobrina pequeña.

Miguel saludaba familiares mientras estos le abrazaban y le daban consejos. «Tienes que tener más cuidado, tienes que buscarte una mujer, tienes que cortarte el pelo». Los Montoya eran, en su mayoría, muy morenos de piel, casi tiznados; con el pelo negro los más jóvenes; y gris o blanco a partir de los treinta años. El color del pelo era lo que diferenciaba en la familia el grado de madurez; decían que todavía se era un niño mientras se conservase el pelo negro. Tenían anchas espaldas y grandes manos los hombres; caderas generosas y enormes pechos las mujeres. Era una familia humilde que había ido volviéndose sofisticada a medida que el clan crecía y Catalán se hacía más poderoso, por lo que era idolatrado por todos. Al fondo del comedor, en soledad y consultando en un pequeño ordenador los números de las empresas legales estaba Catalán, quien llevaba unas enormes gafas de sol que le cubrían la mayor parte del rostro. Cuando advirtió la presencia de su hermano pequeño, cerró el ordenador y se levantó a abrazarlo.

—Qué de tiempo. Sigues estando igual de guapo, cabrón. Está claro que te has llevado la belleza en el reparto.

—Yo no puedo decir lo mismo.

Ambos rieron y se abrazaron con fuerza. Catalán susurró al oído que tenía grandes proyectos.

—Grandes, Miguel, muy grandes. Por fin vamos a dejar esta mierda. Y este puto pueblo. Ya verás, ya...

Miguel sonreía y no decía nada; se limitaba a escuchar. Esperaba una disculpa que no acababa de llegar, una disculpa por haber dado instrucciones de que no se le informara de los negocios. Sabía que su hermano llevaba años preocupado por la creciente ocupación policial, por las crecidas de salarios de los puestos bajos, por la disminución en los márgenes de beneficios, por la llegada de clanes extranjeros y asesinos profesionales que se estaban instalando en la comarca deseando hacerse con el lucrativo negocio del tráfico de hachís en el Estrecho: «el setenta por ciento del hachís que entra en Europa lo hace por estas playas; el puerto de Algeciras será el número uno del país pero nosotros no nos quedamos atrás en nuestro nicho de mercado», decían los miembros de la familia Montoya, orgullosos como lo estarían los dirigentes de una empresa multinacional. Catalán se quitó las gafas de sol y unas profundas ojeras negras aparecieron.

—Joder, hermano. Esas ojeras son más oscuras que las gafas.

Catalán reía nervioso y Miguel comprendió que cuatro años haciéndose

cargo de todo sin ayuda, sumado a la falta de sueño, la presión policial y la pena por tener a su hermano en prisión habían hecho mella en el rostro de su hermano, quien portaba una mirada apagada, casi inhumana. Una sonrisa vacía de sentimiento se proyectaba en su cara cada vez que miraba y abrazaba a su hermano pequeño.

—¿Qué coche te vas a comprar para pasearte por Marbella? Vamos a instalarnos en la puta Milla de Oro.

Catalán estaba eufórico, irreconocible para todos.

—Quiero que os sentéis. Quiero brindar por mi hermano Miguel. Quiero brindar por todos vosotros. Quiero brindar porque esta familia vuelve a estar al completo. Quiero... quiero que sepáis que las cosas van bien. Quiero... bueno, quiero muchas cosas. Quiero que acabe esta guerra. Quiero ganar esta guerra. Quiero... quiero el dinero y el control del Estrecho. Quiero que la Balona suba de categoría. Quiero... lo quiero todo. Y vamos a tenerlo todo, creedme. Todo.

Catalán interrumpió de golpe el brindis. Miró hacia la entrada, como hipnotizado. En su mirada le pareció ver a Miguel un leve destello de humanidad, de amor.

—Mira quién viene por ahí; la cosa más bonita de este mundo. Tu sobrina pequeña. Samara, ven; dale un beso a tu tío Miguel.

Miguel levantó en brazos a Samara, que estaba avergonzada por ver a tanta gente. Hacía tiempo que no veía a la mitad de aquellos familiares que se reunían alrededor de la mesa. «Qué niña tan guapa», se escuchaba susurrar entre los Montoya, «mira qué ojos tiene; verdes como el trigo verde. Además va a llenar teatros con el baile, teatros y campos de fútbol; va a ser una estrella. La Sara Baras del futuro». La niña se escondía detrás de su abuela y Miguel jugaba a atraparla como si fuera un monstruo que quería secuestrarla.

—¡Que viene el dragón a por ti...! ¡Cuidado...!

—¡Fuera, dragón! ¡Vete! —gritaba Samara desde detrás de Manuela.

—¡No! ¡No me voy! ¡Voy a secuestrar a la princesa Samara Montoya! —gritaba Miguel mientras su sobrina reía, se escondía y gritaba— Y llevaré a la princesa secuestrada a una torre...

—La niña ahora quiere ser abogada, Miguel. ¿Qué te parece? —dijo Manuela.

Miguel se echó a reír con una sonora carcajada, mezcla de orgullo y burla.

—¿Abogada? Qué malaje tiene, ¿y por qué no policía directamente?

Los miembros del clan se reían de las ocurrencias de la niña y de lo

imposible que les parecía que la hija del mayor narco del país se dedicara al derecho. Catalán les interrumpió:

—Dejad a la niña que haga lo que quiera. Que se vaya a estudiar derecho a Madrid. Me parece bien —dijo dirigiéndose a los presentes—. Si se queda aquí va a terminar juntándose con algún desgraciado como vosotros. Ella vale mucho más que todos vosotros juntos.

La gente reía con los desprecios de Catalán, todos sabían que, desde que murió su mujer, su hija se había convertido en su obsesión y hablaba de ella como si ya fuera una estrella internacional, como si flotara en vez de caminar, como si aquella vida no fuera suficiente para ella.

—Bueno, vamos a cenar. Jeffrey, que traigan los platos.

La noche se fue llenando de profundas confesiones, de bromas cómplices y sonrisas borrachas. Las preocupaciones que en aquellos días perseguían como sombras a «los Gallos» desaparecieron por unas horas; estaban de celebración y no podían mostrarse ni cansados ni vencidos. El restaurante era una fiesta en la que las únicas caras que apenas si reían eran las de los camareros, preocupados por no olvidarse de ninguna comanda; no eran aquellos unos clientes normales y un pedido que no llegase o que llegase más tarde de lo aceptable podía terminar en gritos al interpretarse el gesto como una ofensa que ninguna familia perteneciente al clan estaba dispuesta a tolerar. La comprensión no era lo que se respiraba en las mesas ocupadas por los rangos más bajos de la organización.

Cuatro horas después quedaban la mitad de los invitados. Manuela se levantó de su asiento:

—Me llevo a Samara, Miguel. Que mañana tiene colegio. Además lleva un rato dormida —dijo Manuela recogiéndola del regazo de su hijo.

—Sí, déjame que le dé un beso. Mañana nos vemos cuando salgas de baile.

La niña apenas musitó algo de un dragón y su padre y su tío rieron.

—Has conseguido que mi hija tenga pesadillas, cabrón —dijo Catalán.

—No sé cómo no tiene todas las noches viéndote esa cara tan fea —contestó Miguel.

Las botellas seguían yendo y viniendo del comedor, en el que ya sólo quedaban los gitanos más viejos. Miguel se levantó y salió al bar, donde los miembros del clan estaban levantando mucho ruido.

—¿Qué mierda pasa aquí? —gritó mientras todos en el bar levantaban sus copas.

Los miembros del clan le miraban fijamente, expectantes por ver a qué

mesa se acercaba.

—Te hemos echado mucho de menos —dijo José Carlos González «Goma».

—Y yo a vosotros, mamones —dijo Miguel con la cara desencajada por el alcohol.

Se sentó a la mesa donde Bolibic, Pollo y Camarón daban la espalda a sus familias para centrarse en asuntos de la organización. Miguel sintió que, al sentarse, los tres miembros hicieron un breve silencio, casi imperceptible, un cambio de tema sutil, un traspaso de palabras a otros asuntos, un cambio de juego limpio y elegante; Miguel sabía que aún no estaba claro su lugar en el clan: había sido el único detenido de «los Gallos» en todos aquellos años dulces de crecimiento, los viejos más supersticiosos decían que estaba maldito, que tenía mal bajío; pese a que Catalán había prohibido de forma expresa que se hablase de su hermano en esos términos y se dirigiesen a él como «el Maldito», en muchos barrios de La Línea era así como se le conocía: «sólo detienen a los moros y a los que tienen mala suerte», se comentaba con frecuencia. Miguel se dio cuenta del recelo pero no dijo nada, comprendía bien lo supersticioso que podía volverse uno en aquel gremio; todos conservaban y llevaban con ellos algún amuleto del primer viaje exitoso que hacían: una medalla, una camiseta, unos calcetines, cualquier cosa.

El tema de conversación se centró en los partidos de eliminatoria y los rivales que tendría La Balona en su periplo hasta volver a alcanzar el grupo cuarto de la segunda división B.

—El Portugalete tiene dos delanteros que muerden como perros.

—Sí, pero el mejor es el Villarreal B; tiene un central que es un muro, acabará jugando en el primer equipo. Dale un par de años.

Miguel no sabía nada de aquellos equipos, tampoco le interesaban mucho. Un joven de diecisiete años empezó a dar fuertes golpes sobre la mesa.

—Hija de puta. Lesbiana de mierda, ¿dónde coño está la jarra que he pedido hace una hora? Deja de comer *chuminos* y tráemela de una vez—. Bolibic, Pollo y Camarón no hicieron caso a aquel jaleo, Miguel sí.

—Putade mierda con cuatro dedos, te estoy esperando.

La camarera miraba y sonreía con desprecio a aquel chico joven que le recriminaba.

—Primero la gente importante, después tú —escuchó Miguel que le respondía la chica. Le llamó la atención la chulería de la camarera, a quien no conocía.

—¿Quién es la camarera? —preguntó.

—¿Quién? ¿La lesbianilla esa? Es Rocío “Cuatrodedos”.

—¿Y de dónde ha salido?

—Trabajaba para Paquita Rosales. Ella es la culpable de que tenga cuatro dedos.

Miguel hiló rápidamente, conocía bien a Paquita Rosales, la conocía desde hacía muchos años. No le sorprendía que Paquita le hubiese cortado un dedo.

—¿Y el niño que la está liando?

—No es nadie importante. Creo que el padre es dentista.

El joven que pedía su jarra de cerveza a gritos empezó a enfadarse y se levantó de la mesa con intención de golpear a la camarera. Miguel dio un salto de la silla y, aterrizando con las suelas de los pies en el pecho del chico, lo impidió. El joven de diecisiete años no supo reaccionar: el hermano del jefe defendiendo a una camarera de poca monta, toda su familia presenciando cómo le faltaban al respeto, ella primero, él después. Su honra, su nombre y su valor puestos en entredicho. Los allí presentes se dividían entre los que intentaban salvar a aquel joven y los que pretendían, por fidelidad a Miguel, darle una paliza. El revuelo que se formó entre los integrantes de la banda sólo terminó cuando Catalán intervino.

—Dejad al niño que se vaya, que vaya al hospital y que no ponga denuncia.

Catalán agarró a su hermano y lo sentó en una mesa.

—No necesito esto. No podemos permitirnos ahora esto, tienes que usar la cabeza.

—Llevas razón. La próxima vez le daré un cabezazo, como Zidane.

Catalán esperaba a que su hermano entrara en razón y se tranquilizara.

—Sé que la cárcel cambia a la gente, pero ya estás fuera. Te necesito aquí conmigo, con las ideas claras. No puedes pegar a un trabajador de la empresa.

—¿De qué empresa hablas? ¿Desde cuándo es esto una empresa?

Catalán no se prestaba a discutir con Miguel. Las dudas que tenía sobre el estado en que saldría de la cárcel se estaban resolviendo: su hermano no estaba bien; él tampoco. Lo que suponía un problema para la toma de decisiones.

Pasaron tres horas más y sólo quedaban los cinco amigos más íntimos de Miguel y Catalán. Se sentaron alrededor de una mesa con dos botellas de whisky en el centro. Hablaron de los temas que todos sabían que hablarían, bebieron todo el alcohol que sabían que beberían, consumieron todas las drogas que sabían que consumirían.

—¿Cómo estuviste dentro, Miguel?

—Pues todo lo bien que se puede estar. A veces parecía que me iba a volver loco.

—Yo he caído preso dos veces —dijo Abraham Cruz «Cojo»—. Y tengo claro que no va a haber una tercera. Ya no tengo edad para entrar; tengo dos hijos de diez y siete años.

—Todos sabemos que alguna vez vamos a entrar. Y va a ser duro.

—Sí, Cabello. Y os agradezco a ti y a Catalán que me dejéis al cargo de una *guardería*. No puedo correr arrastrando la cojera. Además, es menos probable que te cojan ahí que corriendo por la arena.

—Yo no estoy tan seguro de eso. Nos han incautado alijos en dos casas en este último mes. Están estrechando el cerco sobre nosotros. Nos tienen controlados. Los nuevos quizá se salven de esta guerra, pero nosotros estamos sentenciados —dijo Cabello.

—Yo tampoco pienso volver a entrar —dijo Miguel—. Me pego un tiro antes, lo juro por Dios.

Catalán observaba atento, sin intervenir. Lo único que hacía era mecer el vaso de whisky.

—Dentro le das muchas vueltas al coco. Te planteas cosas que fuera jamás te plantearías —continuó Miguel.

—Sí, como follarte a otro tío —interrumpió Abraham y todos rieron.

—¿A qué tipo de cosas te refieres, hermano? —preguntó Catalán.

—No sé... cosas como dejarlo. O cosas como dedicarte a otra cosa... cosas, cosas.

—¿O cosas como negociar y delatarnos? —preguntó clavando los ojos en la cara de Miguel.

Se quedó paralizado. No tenía claro si era una pregunta seria. Esperó unos segundos y contestó:

—Sabes de sobra que no. ¿Cómo iba a vivir así? Tendría que esconderme en Francia, por lo menos.

—Tendrás que irte a Japón, hijo de puta.

Catalán le agarró del cuello. Reía y echaba su aliento alcoholizado sobre la cara de su hermano.

—Ya sé que no lo harías. Tienes el alma más pura que nadie. ¿Llorabas mucho dentro?

—No mucho. A veces me ponía a cantar y me olvidaba de todo. Era lo único que me servía. Cantaba seguriyas que destrozaban el corazón. Algunos presos se ponían a llorar cuando me escuchaban.

—*Cántate* algo, Miguel —dijo Abraham.

—Eso, Ezequiel. Coge la guitarra, hay una dentro del almacén. Por los viejos tiempos.

—Qué buena pareja hacían estos dos. Eran como Camarón y Paco. Se entendían bien.

—No sé, hace mucho tiempo —dijo Ezequiel—. No sé si nos íbamos a entender después de tanto tiempo.

Goma fue al almacén y sacó la guitarra y otra botella de whisky. Hay que regar un poco más los gaznates, dijo.

Ezequiel empezó a rasguear las cuerdas con suavidad, afinándolas mientras se intuían los acordes de una soleá. Todos escuchaban y esperaban en silencio a que Miguel y Ezequiel se mirasen, a que se compenetrasen de alguna forma. Miguel tosía y daba tragos cortos al whisky, encajándolos con dificultad a juzgar por su rostro. «En la cárcel están todas las drogas del mundo, pero es casi imposible conseguir una copa; llevo cuatro años sin beber», pensaba. De pronto, Ezequiel rasgó con fuerza la guitarra. «Soleá de Jerez», advirtió Antonio Pantoja «Gusanito»; empieza fuerte. Miguel sonrió a Ezequiel, consciente de la dificultad del cante con el que le ponía a prueba. Era un cante clásico, por derecho, con exigencia de voz, con un compás lento y marcado que se prolongaba sobre la garganta en los dos primeros versos y acababa con un grito firme y seco en el último. Era de obligado cumplimiento este requisito.

Miguel entonaba la entradilla sin fuerza, casi ahogado. Sonaba como el eco de una voz que rebotaba en una llanura solitaria entre las montañas. Los miembros del clan se miraban entre ellos, decepcionados.

—*Ay... ay, ay, ¡ay!*

Ay, ay... ay... ¡ay!

Intentó una nueva entradilla por soleá, pero fue peor aún que la anterior. Con una voz como de ultratumba, sin sentimiento, sin vida. La voz que se podría esperar de alguien a punto de morir o, incluso, de alguien que ya estaba muerto.

—*Lere... lereilela...*

¡Ay...! Ay, ay.

Dejó pasar varias ocasiones de entrar en la melodía con el cante. Ahogaba la voz y se ahogaba él. Ezequiel llenaba esos huecos en los que vacilaba con falsetas que Miguel no había escuchado nunca, que había aprendido en esos

cuatro años que había pasado entre los muros de Botafuegos. Cuando ya todos pensaban que no se atrevería a entrar, Miguel acertó a entonar con una pena profunda y los párpados entreabiertos las notas correctas de la guitarra:

—*Amargas son mis 'comías',*

Limonos por la mañana,

Limonos al mediodía.

Válgame Dios, compañera,

Limonos al mediodía.

Ezequiel cambió a un tipo de soleá diferente:

—*Esto que me está pasando*

¡Ay...!

Esto que me está pasando

Es algo que a Dios le debo

Y en vida lo estoy pagando.

Catalán observaba con detenimiento a su hermano. Su gesto, su verdad. Le miraba y escuchaba el timbre de su voz, que ya había olvidado. Sentía cómo su grito retumbaba en su interior junto al ritmo acelerado de los latidos del corazón provocado por el exceso de cocaína y cómo su lento cerebro alcoholizado asimilaba la penumbra de su lamento.

—*En la capilla del Carmen*

He amanecido esta mañana.

Miguel apretaba los puños mientras cantaba y su melena suelta tapaba su rostro y sus hombros hasta caer a la altura del pecho. Abraham tenía los ojos lacrimosos y Goma apenas podía mantenerse despierto. Sólo Gusanito parecía estar pendiente del cante realmente, llevaba el compás de la soleá con los nudillos sobre la mesa como un aficionado exigente, como si hubiese pagado una entrada por ver el espectáculo y el resultado tuviese que ser perfecto.

—*He amanecido esta mañana,*

Pidiéndole a la Virgen

Que me quiera esta gitana.

—Olé los niños que tocan y cantan bien —dijo Abraham.

Ezequiel tocaba como si la cosa más importante en este mundo fuera el acompañamiento, se olvidó de las noches que había tocado para lucirse frente al público, se olvidó de las exigencias del toque flamenco, se olvidó de la gira que tenía por delante con Miguel Poveda; en ese momento sólo importaban las armonías musicales que podía conseguir con Miguel. Se maravillaba escuchándole. Sentía su aliento cargado de whisky invadiendo la mesa, los

alrededores de su mundo. La presencia intensa de su sufrimiento. La agonía del lamento. El pellizco. El segundo en que todo se volvía del revés, cuando su grito le hacía sufrir. Aceleró un poco el ritmo anticipando el final. Miguel interpretó como solía hacer para terminar sus cantes por soleá:

*—Mi Dios te va a mandar un castigo grande,
Y es porque tú te lo mereces,
Porque me vienes culpando
Y yo no tengo la culpa
Que de ti hable la gente.*

El compás se aceleraba mientras Miguel tocaba las palmas, terminando con un ritmo casi de bulería.

*—Paso por ‘tó’, paso por ‘tó’
Pero por eso no paso yo.*

Cuando terminaron de tocar vieron cómo tenían al pequeño público que había tenido la oportunidad de presenciar el reencuentro totalmente entregado a la actuación. Entregado a la generosidad de Ezequiel, entregado al cante duro e hiriente de Miguel.

—Echaba esto de menos, de verdad —dijo Cabello abrazando a Miguel—. Mi hermano ha tocado con figuras del cante, pero contigo es distinto; contigo es de verdad. Es puro, es como tiene que ser el flamenco, duele de la garganta hasta el estómago. No es espectáculo, es sentimiento.

Miguel abrazó a Ezequiel y brindaron con las copas vacías.

—Estamos aquí de nuevo, y vamos a quedarnos con esta ciudad —dijo Ezequiel dejándose llevar por la euforia.

Miguel se secaba el sudor de la frente y sonreía satisfecho.

—Pero eso será mañana, tenéis que iros a dormir —dijo Catalán—. Está saliendo el sol.

Los miembros salieron del bar dejando solos a Miguel y a Catalán.

—¿No vas a dormir, hermano? —preguntó Miguel—. Ah, bueno... no me acordaba. Tú ya no duermes, ¿no?

Catalán se quedó mirando su vaso, moviendo el líquido cobrizo y absorto por los juegos de luces que hacían los rayos de sol tempranos al traspasar el cristal del vaso y los hielos y proyectarse sobre la mesa.

—Vete a casa a dormir. Mañana por la tarde tengo que ir al Saladillo y quiero que vengas conmigo. Yo me quedo aquí un rato más, haciendo números.

—Vale, hermano. Pero un día de estos deberías dormir. No tienes buena cara.

—Yo también te quiero, hermano.

Miguel salió del restaurante y Catalán siguió sentado media hora más. Solo. El poniente había durado apenas un par de días y le daba la impresión de que el viento de levante volvería a hacerse dueño de la comarca y el Estrecho en pocas horas. Una tímida brisa de viento empujó la puerta del bar trayendo la arena de la playa hasta el interior del mismo. Sacó una papelina del bolsillo y volcó su contenido sobre la mesa, que contenía restos de whisky y agua de hielos derretidos. Le pareció que del plástico sólo cayó arena. No le hizo ascos y la esnifó. Después acabó la copa y se marchó a casa.

Capítulo 03. «Los Herreros».

*“Por dinero no lo hagas,
Llévame a la herrería
Y tírame un hierro en la cara”.*

La familia de «los Herreros» vivía en el barrio de El Saladillo, era una familia grande que tenía, al menos, un miembro en cada uno de los bloques de los pisos conocidos como «las Torretas»; donde siempre había coches aparcados en doble fila esperando cambiar tres billetes azules por una papela de plástico. Se podía decir que «los Herreros» tenían el monopolio de la cocaína en la zona; habían montado un engranaje extenso y complicado en el que la policía acababa perdiendo la pista en algún punto: tenían todo organizado desde el contacto en Colombia: el personal marítimo, guardias civiles, estibadores, conductores de camión, almacenes propios dentro y fuera del puerto. Incluso habían creado una empresa de transportes para la distribución de la mercancía en los distintos puntos de entrega en los que operaban, tenían colaboradores en Marbella, Málaga, Sevilla y Granada; grandes almacenes que contaban con muelles, mozos y la última maquinaria preparados para descargar un trailer cargado con diez mil kilos de plátanos y ocho mil de coca en menos de veinte minutos. Tenían incluso un laboratorio en el que realizaban el peritaje de la sustancia para comprobar la pureza en presencia de algún miembro colaborador del proveedor en origen, casi siempre un colombiano que viajaba y se quedaba haciendo turismo por la zona una semana antes de la entrega.

Catalán y Miguel llegaron a las cuatro en punto de la tarde a la torreta número siete, cuarto piso. En el ascensor Miguel se quejaba:

—Es muy cómico el tío Paco Reyes. No puedo verle esa cara de Don Pimpón sin echarme a reír, alguna vez me he reído en su propia cara. No he podido evitarlo, es superior a mí.

—No es un hombre del que debas reírte, Miguel. Algeciras es prácticamente suya. Ni siquiera el comisario y las siete alcaldesas van a por él.

—Es un tío mierda. Además no nos respeta, nos trata como a niños.

—Ya vale, Miguel. Son negocios —respondió.

Miguel calló por unos segundos.

—¿Sigue follándose las yeguas en el establo? —preguntó y soltó una carcajada traviesa.

—No me busques el lío, Miguelino; por tu padre Catalino —contestó como solía hacer desde que eran niños.

Cuando llegaron a la cuarta planta les esperaba Rosario Benítez con la puerta de la vivienda abierta. Rosario les saludó y les acompañó hasta la cocina, donde estaba Paco Reyes; un gitano de piel morena con apariencia de no haber tocado un libro en su vida; camisa de mangas cortas de color blanco abierta sobre el pecho donde una cadena de oro macizo de noventa gramos se abría paso como podía por una selva de largos pelos negros mientras sostenía una medalla con la cabeza de un caballo y una herradura.

—Hombre, mira quién está aquí: mi familia de la ciudad vecina. ¿Cómo estáis? Mira, Catalán, mira qué tomates me ha traído el vecino; son de su huerta. Mira qué tamaño, huélelos.

Catalán cogió uno de los tomates, lo olió y se lo puso en las manos a Miguel, quien exclamó:

—Mira, le han entrado bichos. Qué asco, ¿no?

—Eso es porque no tiene pesticidas, niño. Que eres un cateto.

A Miguel le hacía gracia que le llamase cateto por no conocer detalles que sólo los catetos conocían.

Aquel matrimonio dirigía las operaciones y la distribución que el clan de «los Herreros» llevaba a cabo por toda Andalucía. Habían crecido de forma casi simétrica con la organización de «los Gallos». Siempre se saludaban dándose dos besos como si fueran familia directa; pero lo cierto es que tenían una unión aún más fuerte: la del narcotráfico.

—Ya estás libre, Miguel. Qué alegría, de verdad.

—Gracias, Paco. La verdad es que se está mejor fuera.

—Y que lo digas —añadió Paco—. Yo voy todas las tardes al club hípico que está justo enfrente de la prisión, allí en Botafuegos; allí tengo a las *bestias* bien cuidadas. Y siempre, siempre pensaba en ti. Todos los malditos días miraba hacia esa cárcel tan fea y me acordaba que seguías ahí metido, qué injusticia más grande, chiquillo. Qué atardecer tan triste se ve por aquel lado de la ciudad, con el sol cayendo por detrás de la sierra de Luna.

—La verdad es que sí —confirmó Miguel con paciencia mientras aquel hombre le recordaba que hasta hacía solo un par de días había estado privado de libertad.

—Algunas tardes me daban las tantas en el club hípico y la noche se me echaba encima cuando todavía estaba en los establos con las yeguas.

Miguel miró con una sonrisa burlona a su hermano, como pidiendo perdón por no poder aguantar la risa.

—Y no podía dejar de pensar en que estarías allí metido —continuó Paco—. Encerrado en una celda más pequeña que la cuadra de uno de mis caballos. Qué injusticia más grande, chiquillo.

Miguel sintió ganas de decirle que todo aquello había terminado, que ahora estaba libre, que el mundo ahora le pertenecía a él y a su hermano y que pensaba que era un enfermo mental con atracción sexual por los caballos. Pero no lo hizo. En lugar de eso esperó a que terminase la reunión. Esta fue corta: su hermano necesitaba un número de teléfono, Paco se lo facilitó. Al fin y al cabo eran sólo negocios.

Cuando estaban a punto de despedirse apareció Carmencita, la hija de dieciséis años del matrimonio. Era una gitana guapa que, según sus padres, estaban tardando en casarla. «No sé qué pasa con los jóvenes, están todos *apollardaos* —solía decir Rosario—, mira qué niña tan bonita tengo y ahí sigue, soltera». Miguel se quedó impactado por la belleza de la mujer en que se había convertido aquella niña impertinente que tocaba las palmas por las calles hasta hacía pocos años.

—Te he escuchado y te he reconocido al momento —dijo Carmencita—. Tienes la voz más bonita del mundo.

—Cómo pasa el tiempo, Carmencita. Qué guapa estás.

Rosario intervino:

—Miguel, ¿por qué no vienes un día a pedirla? ¿Has visto lo preciosa que se ha puesto?

Miguel empezó a reírse pero no dijo nada.

—Miguel, a ver si vienes más a vernos —dijo Carmencita.

—A ver, a ver... —contestó Miguel.

—Ven mañana. Y nos cantas un poquito.

—No creo que mañana esté en condiciones: esta noche tengo mi segunda fiesta de bienvenida, esta vez sólo los hombres. Igual dura una noche, igual dura tres; no me levantaré muy *católico* mañana, Carmencita.

De vuelta a La Línea Catalán conducía y Miguel buscaba en su teléfono números de mujeres.

—Joder, me ha puesto hasta cachondo la niña de Paco. Encima no tengo ninguna amiga; todas están casadas o tienen hijos o están presas. Cómo le

cambia el mundo a uno cuando lo encierran cuatro años.

—Es normal. No puedes pretender que te esperen —dijo Catalán.

—Ya, joder. Dos de ellas vinieron a verme a la cárcel, las demás se olvidaron de mí. Pero en cuanto se echaron novio, algún pobre gilipollas, seguro, no volvieron. Y llevo ya meses sin catar una hembra. Necesito un coño. De esta noche no pasa, tiene que ser esta noche o me veo yendo mañana a pedirle la hija al puto gordo follacaballos de Paco Reyes.

—Deja a la niña tranquila. Puedes ir al «Riachuelo» si estás tan mal. Allí no pagas: es tuyo.

—No, joder. Qué asco. No quiero follarme a las tías que se folla Jeffrey. Tenéis que enrollaros esta noche y llevarme a algún sitio con clase.

Desde hacía años, cuando iban a ver a «los Herreros», Paco Reyes le daba a Miguel sin que Catalán lo viera una bola de coca de unos cuatro gramos. Por aquel entonces, a Catalán no le gustaba que su hermano consumiera. «Esa mierda va a hacer que caigas y, si caes, caerás solo; no esperes que caiga contigo», recordaba que le solía decir antes de caer preso. Miguel había mantenido la adicción a raya durante cuatro años, dentro sólo consumía ocasionalmente; «al principio te lo hace más llevadero todo, pero después se te juntan dos infiernos: el de los barrotos y el de la droga, y no merece la pena». Pero ahora Miguel estaba libre. «Puedo con un solo infierno —se decía a sí mismo—, todo el mundo tiene algún infierno dentro de su alma». Lo que Miguel no sabía aún era que su hermano se encontraba en un punto de adicción más avanzado que el suyo, no tardaría mucho en descubrirlo.

Catalán abrió la cancela de su casa, apartó con el pie la arena que impedía abrir la puerta por completo y, como solía hacer, comprobó si las persianas estaban a la misma altura a la que las dejó; si había algún indicio que le hiciese sospechar que alguien había entrado en la vivienda saldría huyendo sin mirar atrás. Temía que le hicieran alguna redada en casa, que le esperasen un puñado de agentes del GOES y emitiesen en las noticias de la noche una grabación en la que saliese esposado, con cara de gilipollas y difuminada como habían salido tantos otros antes que él. Los perros American Stanford ladraban sin parar junto a la piscina, como todos los días. «Que viene el coco, que viene». Aún recordaba el mensaje que el comisario había enviado declarando la guerra cuatro días antes, tras el asalto a la comandancia y los asesinatos de Felpudo y Romario. Sabía que los periódicos abrían portadas con acusaciones cruzadas entre políticos y Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, acusaciones entre esos mismos cuerpos, acusaciones a los

periodistas por hacer sangre de una situación que a nadie contentaba. Sabía que, tarde o temprano, todos volverían a aliarse para vencer al enemigo común, para ir contra él, contra su clan y contra todas las organizaciones que operaban en el Campo de Gibraltar. Sabía que la presión que ejercía el comisario iba a aumentar sobre ellos hasta hacerse inaguantable, sabía que tendría que pagar más a su gente para poder introducir en el país menos cantidades que hasta entonces, sabía que los precios subirían y su margen de ganancias bajaría. Sabía que se acercaban tiempos difíciles para «los Gallos». Y, sobretodo, sabía que si caía alguien de la organización sería él; ya que para el comisario se había vuelto algo personal, una especie de competición; pensaba que se lo había tomado como un concurso de popularidad. Catalán despreciaba la popularidad, no le gustaba ser famoso, no le gustaban las historias que contaban sobre él. En aquel momento, lo único que quería era trabajar el hachís el tiempo suficiente para poder instalarse con su familia en la Costa del Sol y poder dedicarse por entero a los negocios legales; a sus restaurantes, a sus apartamentos y a su pequeño hotel en el centro de Fuengirola. «El globo se ha inflado demasiado y me va a explotar en la cara», decía. «¿De dónde mierda sale tanta arena? Tengo que llamar a Jeffrey para que venga a limpiar», decía en voz baja mientras giraba la llave en la cerradura de la puerta principal que daba acceso a la vivienda. Una vez dentro, abrió una botella de whisky y se sirvió una copa. La olió y sorbió despacio. Fue corriendo hasta la cocina y escupió dentro del fregadero, se fijó en el interior de la copa, que estaba cubierto de arena. «Joder, qué asco más grande», dijo y salió al patio. «Que viene el coco, que viene». El viento de levante, tal como sospechaba, se había vuelto a instalar dos días después de terminar el temporal. «Vuelve a entrar el levante —dijo mirando hacia el pennon—, vuelven las brumas».

Miguel se despertó un par de horas antes de que le recogiera su hermano en casa de su madre. Sacó de un bolsillo del pantalón vaquero el regalo que le había hecho Paco Reyes, volcó un poco de polvo sobre la mesita de noche y preparó dos rayas. «Una para antes y otra para después de ducharme, como en los viejos tiempos». Esnifó y miró al techo, notando el adormecimiento de su garganta. Se levantó y se colocó desnudo frente a la ventana, miró al fondo de la calle todas aquellas tiendas de ropa moderna que habían al otro lado la plaza, con más mujeres aún de las que había el día anterior; «se nota que es viernes», pensó.

Después de ducharse comprobó frente al espejo si alguna cana había aparecido. Nada. Volvió a sentarse sobre la cama: «esta noche es mía», dijo y terminó de esnifar lo que quedaba encima de la mesita de noche. Partió por la mitad con un pequeño cuchillo la bola de coca, introdujo una mitad en una pequeña bolsa de plástico, lo suficiente para compartir con Ezequiel esa misma noche, la guardó en el interior del bolsillo de su camisa y guardó la otra mitad en su cartera de cuero.

La noche llegó a la vez que las nubes y las brumas que traía, cada vez con más fuerza, el levante. Los bares de La Línea se llenaron como cada viernes. Fueron a un restaurante especializado en carnes a la brasa. Durante la cena Miguel no probó bocado, sólo bebía cerveza.

—Venga, cojones. Terminad ya de cenar, llevo cuatro años esperando este *postre* —repetía mientras los demás cenaban.

Ezequiel terminó y pidió cuatro copas de vino dulce.

—Es lo que mejor entra después de cenar —dijo mientras hacía un gesto a Miguel para que le acompañase.

Entraron juntos a los servicios del restaurante, sobre la cartera de Ezequiel prepararon dos tiros. Un cliente llamaba a la puerta preguntando si había alguien dentro, si estaba el servicio ocupado. «Este es nuestro brindis, hermano de otra madre», decía. Miguel se metió una de las rayas, la fuerza con la que absorbió por la nariz le hizo sentir un intenso picor de inmediato y estornudó sobre la cartera de Ezequiel, levantando el polvo que formaba la segunda raya. «Hijo de puta —dijo Ezequiel—, ese *zanganazo* llevaba mi nombre». El hombre seguía llamando a la puerta. Ezequiel, enfadado por haberse perdido la primera raya de la noche abrió la puerta con fuerza.

—¿¿Qué?! ¿Qué coño pasa?

El hombre que llamaba se quedó mudo.

—¿Qué pasa si estamos follando? ¿Vas a molestar igual, hijo de puta? ¿Te gustaría estar *jincando* con tu señora y que te metan bulla?

El cliente se dio la vuelta y volvió a su mesa. «Puto gilipollas de mierda, me mata ese tipo de gente —decía Ezequiel—, qué falta de educación».

Salieron de los servicios entre risas y se reincorporaron a la mesa, a la fiesta, a la noche.

Catalán ya estaba ebrio e hizo un segundo brindis, diferente al que hizo veinticuatro horas antes.

—Por mis tres hermanos. Por el hermano de sangre que no ha podido estar junto a mí en estos años pero que siempre ha permanecido en mi pensamiento

—decía de pie, delante de todo el restaurante—. Por vosotros dos, mis otros hermanos que no me habéis abandonado en ningún momento. Aunque últimamente las cosas se hayan puesto feas seguiremos siempre juntos. Creceremos y creceremos —las palabras se le trababan—. La gente no hablará de «los Herreros», ni del comisario, ni de las siete alcaldesas. La gente responderá sólo ante un nombre: el de «los Gallos». Brindemos por eso.

Los cuatro levantaron sus copas tras las palabras de Catalán, a lo que Miguel añadió:

—Y por que esta noche me folle un coño por primera vez en años, brindemos también por eso.

Las risas de los tres sonaron en cada rincón del restaurante y, ante las miradas de desaprobación del resto de comensales, alzaron aún más sus copas.

—Sí, eso es lo que realmente importa —dijo Cabello.

La noche continuó en Algeciras. En un reservado de la discoteca más grande de la zona: sala «Liquors». Tres botellas de whisky y pequeños botellines de agua ocupaban su mesa. Miguel consumía más rápido que Ezequiel y empezaron a marearle las luces de la discoteca; «eso es buena señal», gritaba para que se le escuchara.

—Espera aquí, Miguel. Acabo de *ve* a la hembra que te vas a *chuscar* esta noche, la conozco por mi ex novia, eran amigas. Es un cañón, un *pibonaso*. Conmigo no iba a tener *ná* por respeto a su amiga pero contigo... le gustan los *gayumberos* y, además, eres el cabronazo más guapo de la discoteca. Espera aquí, te la traigo.

Ezequiel subió al reservado acompañado de una chica morena con pelo largo, tatuajes de colores en los hombros y cuerpo fibrado, «como de presentadora de televisión», pensó Miguel cuando la vio.

—Este tío tan guapo es mi hermano Miguel. Es artista, se gana la vida cantando.

La chica asentía con la cabeza y sonreía. Miguel la miró fijamente y se sirvió otra copa de whisky.

—¿Qué bebes tú, hermosura? Aquí sólo tenemos whisky pero puedo pedirte otra cosa, no hay problema con eso. Llamo a la camarera.

—Ron con cola, gracias. No te había visto nunca con Ezequiel y le conozco desde hace tres años.

—He estado de gira por ahí.

—¿De gira? ¿Tres años?

—Sí, un espectáculo flamenco en Nueva York. Llenábamos el teatro todos los días y nos hicieron un contrato para tres años.

Miguel sólo pensaba en que si hubiese estado libre hubiera estado tres años acostándose con aquella mujer. «Lo que tiene que aguantar un hombre al que le han robado unos años de su vida».

—¿Tú qué haces? —preguntó Miguel—. Para vivir, digo.

—Pues lo que hacemos los que no somos artistas: me levanto, voy a trabajar, al gimnasio, todas esas cosas.

Miguel asentía con la cabeza como si alguna vez hubiese trabajado y comprendiera lo que implicaba esa vida de la que ella hablaba.

—Me llamo Alba —dijo.

—Alba, eso es lo que yo busco —afirmó Miguel sonriendo.

—¿Qué buscas?

—La belleza del alba y los amaneceres, como todos.

—¿Sueles ver muchos albas y amaneceres? —preguntó ella.

—Sólo cuando no he dormido —respondió.

Miguel se acercaba a la piel de Alba, desde aquella distancia podía oler su piel quemada por las agujas de tatuar y el sol.

—¿Por qué te has pintado tanto el cuerpo?

—Cada vez que acabo una relación me tatúo un recuerdo —respondió ella.

—Entonces cada tatuaje es de un hombre que te ha dejado.

—¿Cómo sabes que no soy yo la que los dejo?

—Intuición —respondió Miguel recogiendo el pelo—. Pues ten cuidado, ya mismo no te queda un trozo de piel libre que pintar.

—Aún no sabes cuánto de piel me queda sin tatuar —respondió Alba.

—Llevas razón. Después, cuando llegue el alba, espero saberlo.

La chica sonrió, le cogió la mano y contestó dirigiéndose a Ezequiel:

—Se nota que es artista. Es un mentiroso con arte.

A la mañana siguiente Miguel se despertó solo en la cama, en casa de su hermano. Recordaba haber estado con Alba, recordaba haber hecho el amor con ella, recordaba haber cantado. Se incorporó sobre el colchón lentamente, el dolor de cabeza era intenso. Catalán escuchó ruidos y abrió la puerta de la habitación.

—¿Qué? ¿Cómo estás?

—Mal, me duele todo. ¿Qué pasó al final de la noche? No me acuerdo bien...

Catalán dio una pastilla y un vaso de agua a su hermano.

—Lo que pasó es que esa tía tan guapa se cansó de tus tonterías, y con razón, eran las siete de la mañana y te pusiste a cantar, ella quería dormir y no le dejabas.

Miguel empezó a reírse mientras se tapaba la cabeza con una almohada para mitigar el dolor.

—Le di dinero para un taxi —dijo Catalán.

—¿Y qué le estaba cantando? —preguntó Miguel entre carcajadas.

—Le cantabas esa de «*al alba, tú te marchaste al alba*», supongo que lo cogería como una indirecta y se fue. Si le hubieras cantado la de «*quiero que no me abandones, amor mío, al alba*» igual se hubiera quedado.

Miguel seguía riendo sin parar.

—Bueno... no hay vecinos aquí cerca y tú no duermes nunca, así que la única a la que podía molestar era a ella. Tampoco pasa nada, no es el fin del mundo. ¿Dijo si se tatuaría algo por mí?

Catalán no respondió y cogió el vaso vacío que le devolvió su hermano.

—También me lo merezco, ¿no, hermano? Que alguien se tatúe algo por mí.

Catalán salió de la habitación y dijo:

—He hecho café, ve levantándote.

Miguel comprobó los bolsillos de su pantalón y de su camisa; no le quedaba cocaína. Se había metido los tres gramos que había separado la noche anterior: la mitad que guardó en el bolsillo de la camisa y la mitad que guardó en la cartera de cuero. Se vistió con la misma ropa de la noche anterior que olía a tabaco, alcohol, sudor y sexo.

—Me gusta cómo huele la ropa después de una noche de fiesta; echaba de menos este olor, dentro de Botafuegos no existe este olor.

Catalán esperaba en el pasillo, callado, mientras su hermano seguía hablando, incoherente, hasta que reparó en algo.

—Oye, hermano. ¿No hay mucha arena en esta casa? —preguntó Miguel.

Catalán miró a su alrededor.

—Jeffrey vino ayer a limpiarla. No sé por qué sigue toda esa arena en el suelo.

Miguel desayunó rápido y se despidió de su hermano. «Tengo cosas que hacer —dijo—, nos vemos luego. Tengo ganas de empezar a trabajar y que me pongas al día. Cojo tu coche: el Porsche». Miguel condujo hasta la casa de Paco Reyes; había decidido que necesitaba más *gasolina*, como le gustaba llamarla, para seguir de celebración los siguientes días; «uno no recupera la

libertad todos los días», se justificaba consigo mismo.

—Esta vez quiero pagarla, Paco. No puedo dejar que me invites.

—«Los Herreros» no pueden cobrarle a «los Gallos», somos como hermanos —mintió—. Nos respetamos y nos cuidamos como la gran familia que somos.

—Deja que pague por esta vez. Me acuerdo que mi hermano amenazó a todos los vendedores hace años para que no me vendieran. Estaba preocupado por mí. Tú fuiste el único al que no. Tampoco es justo que pierdas dinero por eso.

Paco Reyes aceptó coger el dinero: trescientos euros.

—Muchas gracias, Paco. Lo justo es justo.

—Sí, a tu hermano tampoco quería cobrarle pero ya ves, al final he tenido que hacerlo.

Miguel se quedó en silencio, petrificado; no sabía si era la tremenda resaca que tenía lo que le había hecho entender que su hermano se había convertido en cliente habitual de Paco Reyes, un zumbido en su cabeza aumentaba de intensidad, el tiempo parecía que se había detenido allí mismo.

—De nada, Miguel —continuó Paco, sabiendo que había hablado de más.

Paco guardó el dinero en un jarrón junto a una estantería llena de fotos familiares.

—Y dime, ¿habéis ido ya a ver al ruso? —preguntó intentando cambiar de tema.

Miguel guardó silencio, su hermano no le había comunicado ninguna noticia desde que había salido en libertad, tan sólo sabía que tenía grandes planes. Miguel prefirió actuar como si fuera conocedor del asunto, intentando que fuera Paco quien le facilitase la información.

—Aún no, creo que vamos mañana. Mi hermano tiene que dejar unos asuntos cerrados hoy. ¿Te ha dicho algo a ti el ruso?

—No, no. Los rusos son así, no cuentan nada. Sólo le di el contacto de tu hermano porque quieren distribuir vuestro hachís por la Costa del Sol, son mis únicos compradores allí. Sé de buena tinta que se han hecho con el control de la zona. Gente muy seria, Miguel, muy peligrosa.

Miguel asentía con la cabeza. Paco Reyes le había hecho dos confesiones en cinco minutos, dos confesiones duras, impropias de un hombre como Paco, quien se caracterizaba por tener sus asuntos bajo control y con la mayor de las discreciones.

—Bueno, a ver cómo sale todo. Si contigo se llevan bien, seguro que con

nosotros también —respondió Miguel para salir del paso.

Paco Reyes acompañaba a Miguel hasta la puerta cuando cruzó en pijama por el pasillo la joven Carmencita, recién levantada.

—¡No! ¡Qué vergüenza! ¡Que no me vea así! —gritó mientras volvía veloz a su cuarto cerrando de un portazo.

Paco Reyes soltó una carcajada sonora, puso la mano en el hombro de Miguel y le dijo:

—Tienes a todas las gitanitas del barrio locas, muchacho, a ver con cuál te quedas.

—No lo sé, Paco. Igual me recojo una yegua. Seguro que me trae menos problemas.

Los dos American Stanford ladraban al Porsche cuando se abrieron las puertas del garaje de Catalán. Miguel se bajó enfurecido. El camino de vuelta había conducido a doscientos veinte kilómetros por hora.

—¿Quién es ese puto ruso? ¿Por qué coño no me estás contando nada? ¿Quién más lo sabe? —fue el saludo que recibió Catalán cuando abrió la puerta a su hermano.

—¡Me cago en los muertos del puto gordo *follabestias* de mierda! Cualquiera día voy y le pego un tiro a ese hijo de puta, viejo *lengüetón* asqueroso. Después pregunta el subnormal que por qué no hago más negocios con él. Puto Paco Reyes, sólo guarda silencio para sus asuntos.

—¿Los rusos, hermano? ¿La mafia rusa? ¿Te has quedado tonto de no dormir o qué te pasa?

—No es lo que parece, Miguel. Tienes que confiar en mí. Aunque por ahora no puedo contarte nada.

—¿Confiar en ti? ¡Y una puta polla! ¡No tendrás los santos huevos de hacer tratos con la mafia rusa! No creo que seas tan subnormal. ¿Quieres que acabemos todos con un tiro en la cabeza en mitad del Estrecho? ¿Quieres reunirte con Felpudo y Romario o qué?

Catalán pidió a su hermano que se sentase.

—Escúchame, no estoy loco. Si quieres que te lo cuente tienes que jurarme que no se lo vas a contar a nadie. Ni siquiera a Ezequiel, sobretodo no puedes contárselo a Ezequiel. Todavía no está decidido. Todavía no está negociado. Tengo que hacer muchos números.

—Cuéntamelo ya —dijo Miguel, seco, serio.

—Verás. Le he dado muchas vueltas. Y no podemos seguir con esto. Hemos

tenido suerte y nadie nos garantiza que vayamos a seguir teniéndola. Tenemos que mirar por el futuro de la familia, tenemos dinero de sobra y ya hemos empezado la andadura de negocios legales que no nos van nada mal. Tú ya te has comido cuatro años en Botafuegos y la próxima vez que caigas será una condena mayor, la próxima te caerán veinte años, Miguel, ¡veinte años! El caso es que... —dijo de forma lenta, alargando el silencio, creando expectación en Miguel— tengo pensado hacer un traspaso.

—¿Un traspaso? Pero un traspaso... ¿cómo que un traspaso? ¿Qué coño significa hacer un traspaso? ¿Crees que tienes una charcutería? ¿Cómo vas a hacer un traspaso de esto?

—Sí, quiero hacer un traspaso limpio, de la forma más pacífica posible. No quiero que haya ninguna batalla, no puedo desaparecer sin más y que se forme una guerra de poder por ocupar nuestro espacio. Sé que las familias de La Línea no pueden luchar ahora mismo contra «los Herreros». Si desaparecemos ese puto gordo de los cojones vendrá aquí y se comerá a la gente. Aquí sólo quedamos nosotros al mando; el resto están viejos o encarcelados. En La Línea todos trabajan para nosotros; por eso quiero hacer un traspaso limpio, y la única manera es hacerlo con alguien a quien se respete y que Paco Reyes no se atreva a atacar. También me interesa que, durante un tiempo, todo el mundo piense que estoy yo detrás, dirigiéndolo todo. En unos años nos dedicaremos sólo a los negocios legales. Ya lo tengo todo en la cabeza, Miguel. Viviremos en la puta Milla de Oro de Marbella. Tenemos que irnos de esta ciudad. Aquí ya no queda nada, aquí no hay nada para nosotros. Aquí ya sólo queda arena.

—¿Qué pintan los rusos aquí?

—Paco Reyes jamás irá contra su socio, jamás irá tampoco contra la mafia rusa.

—¿Cómo sabemos que podemos confiar en ellos?

—No tienen nada que perder, sólo pueden ganar. Van a quedarse un negocio que anda solo: se quedarán las casas, las lanchas, los contactos, la gente. Sólo tienen que aguantar un par de años conmigo al lado mientras nos vamos alejando. Si intentan traicionarme saben que la gente se rebelará y no les interesa, todo esto funciona en esta ciudad por la gente, por su lealtad y su entrega; eso nos mantendrá a salvo de cualquier traición.

Capítulo 04. Haberte conocido.

*“No niego que te he querido,
Lo que me pesa en el alma
Es haberte conocido”.*

Al día siguiente Catalán había organizado una primera toma de contacto con los rusos. Una cita tranquila en la que tomarse el pulso y ver qué sensaciones se transmitían los unos a los otros. Una ocasión para hablar de precios y márgenes de una forma general, informal, sin dejar nada cerrado; «las cosas hay que hacerlas bien, sin prisas, despacito y buena letra», decía. Catalán estaba acostumbrado a tratar con colaboradores de todo tipo, había negociado con marroquíes, con rumanos, con italianos, pero nunca con rusos. Sabía que se trataba de unas negociaciones distintas; no eran como las organizaciones con las que había trabajado hasta entonces, tampoco era una operación como las demás; se trataba de la última gestión que realizaría en ese mundo, la puerta por la que podría salir junto a su familia de aquella vida: del tráfico de hachís, de las noches sin dormir, de la guerra contra el comisario: salir, en definitiva, de La Línea de la Concepción.

—¡Rápido, Miguel! Tenemos que irnos ya, Alexey está esperándonos en Sotogrande.

—Que espere ese puto ruso. Esto es España, que se adapte a las costumbres —dijo mientras preparaba un turulo con un billete de veinte euros.

Catalán no toleraba la impuntualidad, ni la suya propia ni la de los demás.

—Como lleguemos tarde por tu culpa ve comprando un pasamontañas porque vuelves a la lancha. ¿Para qué quiero alguien a mi lado que me traiga más problemas de los que ya tengo?

Miguel esnifó una última raya y salió de la habitación.

—No te pongas tan nervioso, el comprador tiene que notar que el vendedor está tranquilo, como si la venta no le urgiera. Podemos llegar tarde. De hecho, debemos llegar tarde.

Catalán vio cómo a su hermano le salía un hilo de sangre por la nariz.

—¡Hostia, puta! ¡Mierda, Miguel! ¡Ya estás liado con la coca! ¡Como no empieces a controlarte la próxima vez que te sangre la nariz será por un puñetazo mío!

Miguel sacó un pañuelo de papel y se taponó el orificio que sangraba.

—No pasa nada. Puedo echar la cabeza para atrás mientras conduces y cuando llegemos a Sotogrande ya se habrá cortado la hemorragia. Es poca sangre. Además, tú no eres el más indicado para decirme que lo deje.

Catalán recibió las palabras de su hermano con incredulidad. No esperaba que se diera cuenta en tan poco tiempo. Desde que había recuperado la libertad procuraba consumir a escondidas.

Los dos hermanos Montoya se subieron a un todoterreno blanco, de cristales tintados, abrieron la verja del garaje dejando a los dos perros sueltos en el patio y se dirigieron a su cita: con los rusos, con el nuevo camino (de arena, seguramente) que transitaría su familia, con el nuevo destino que ya empezaban a divisar en el horizonte. Condujeron por la carretera del Higuerón, desde donde obtuvieron una vista estremecedora del Estrecho, de una belleza tranquila, con sus lujosas urbanizaciones de chalets a ambos lados, con la aparente normalidad de las ciudades tranquilas. El viento de levante enturbiaba la vista de aquellos barrios cuyo silencio apenas dejaba entrever que en aquel bello lugar se estaba librando una guerra: las persecuciones, los tiroteos, las sirenas de las ambulancias desplazándose de un barrio a otro no parecían sino espejismos desde aquella altura. Las nubes blancas atacaban el peñón por la espalda y la bruma ocultaba las decenas de buques que, como un batallón de guerra de la marina, ocupaban las orillas de la bahía.

—¿Seguro que quieres renunciar a esto, hermano? —preguntó Miguel, absorto—. Este es nuestro sitio.

—Dentro de poco aquí no quedará nada, hermano. La arena acabará por tragárselo todo. La maldita arena.

Llegaron a una rotonda en la que unos coches de la guardia civil cortaban el paso. Seis agentes habían establecido un control. «Perfecto, lo que faltaba», dijo Catalán. «Que viene el coco, que viene».

—Buenos días, ¿a dónde se dirigen? —dijo el más veterano de los guardias civiles.

—Buenos días, señor agente. Hemos quedado para comer, y la verdad es que vamos un poco tarde.

El guardia civil miró a Miguel, vio el trozo de papel que tenía en la nariz cortando el sangrado.

—¿Qué le ha pasado? Le han hecho eso por portarse bien, ¿no?

—No, señor agente. Ha sido jugando con mi perra. Está un poco loca. Ya sabe usted, bueno, supongo que lo sabe. No sé si usted tiene trato con perras,

la verdad.

El guardia civil sonrió:

—Muy bien. Echen el vehículo a un lado y bájense.

Hizo un gesto a sus compañeros, quienes empezaron a registrar el coche a fondo. Dentro de la guantera, bajo los asientos, en el interior del cenicero. «Pongan ustedes todo lo que lleven en los bolsillos encima del capó del coche, por favor», dijo el más joven de los agentes. Catalán y Miguel obedecieron y dejaron las llaves de tres viviendas, un paquete de tabaco y dos carteras de cuero llenas de billetes de cien euros. Los agentes inspeccionaron el interior de los paquetes de tabaco y las carteras.

—¿Dónde van con tanto dinero? —preguntó el guardia civil que les dio el alto.

—Vamos a Sotogrande, señor agente. Ya se lo hemos dicho. Allí nunca sabe lo que le pueden cobrar, aunque imagino que eso tampoco lo sabe.

El guardia civil miraba desafiante a los dos hermanos.

—Le gustaría detenernos, ¿verdad, señor agente? —preguntó Catalán con una sonrisa.

—Nada me gustaría más, pero por el momento no es posible.

Los hermanos y el viejo agente se miraban fijamente. Una bandada de pájaros volaba hacia el frío norte. Los coches pasaban por la rotonda sin que nadie les diera el alto.

—No hemos encontrado nada, señor —intervino uno de los agentes.

—Está bien. Pueden continuar —dijo el viejo guardia civil mientras se colocaba bien la gorra.

—Gracias, señor agente. Que tengan ustedes un buen servicio. Aunque hace hoy demasiada calor para estar aquí a pleno sol sobre este asfalto tan caliente. Gracias por su dedicación, nunca se les agradece lo suficiente todo lo que hacen —dijo Catalán.

—Es cierto. Ustedes mantienen a salvo esta comarca —añadió Miguel—. Una gran labor.

El guardia civil no contestó y se dirigió de nuevo al interior de la rotonda, dando el alto a un descapotable que conducían dos extranjeros rubios.

—Joder, ahora sí que vamos tarde —dijo Catalán mientras revolucionaba el motor.

—No pasa nada, hermano. Mejor así, que esperen.

Los dos hermanos aparcaron junto a la terraza en que habían quedado con Alexey. Catalán sabía que no podía dar la impresión de no tomarse los asuntos

en serio, y que llegar tarde a una primera toma de contacto significaba precisamente eso.

Al llegar a la terraza vieron a un hombre mayor que ellos, de unos cincuenta años, de pelo muy rubio, con la piel rojiza quemada por el sol, con tatuajes por ambos brazos y cuello. El hombre llevaba unas gafas de sol pequeñas para el tamaño de su cara y camisa de lino blanca. «No me lo esperaba con otras pintas», dijo Miguel. Al hombre le acompañaban dos mujeres esbeltas, una rubia y otra morena, de grandes ojos azules, que bebían vodka y se escondían del fuerte sol andaluz bajo las grandes sombrillas amarillas del local.

—Siento llegar tarde, Alexey —dijo Catalán, quien odiaba que las primeras palabras a su nuevo colaborador fueran de disculpa, pensaba que la primera impresión era la más importante—. Nos ha parado la Guardia Civil.

—No importa. Estoy en buena compañía. Hace buena temperatura aquí, pero no me gusta el viento, hace demasiado viento aquí —respondió Alexey con un fuerte acento ruso.

—Sí, es un clima distinto al de la Costa del Sol: aquí siempre hace viento —contestó Catalán.

—¿Siempre hace este viento?

—Bueno, casi siempre...

—Entonces no es siempre. Habías dicho siempre.

Catalán comprendió enseguida que se trataba de un hombre de carácter difícil.

—A veces pega fuerte el levante, que es el viento mediterráneo; húmedo y suave. Otras veces pega el poniente, el viento atlántico; seco y extremo. Lo ideal son los días en que se pasa de un viento a otro.

—Los días de transición —dijo Alexey.

—Exacto. Nada como una transición tranquila —dijo Catalán.

—¿Seguimos hablando de viento?

Catalán sonrió, Miguel no.

—Bueno, soy de Rusia, creo que podré acostumbrarme a un poco de viento.

—Oye, hablas bien español, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —interrumpió Miguel.

Alexey le miró. Miguel seguía con el trozo de papel en la nariz, que ahora lucía de color rojo por la sangre absorbida.

—Llevo seis años en Marbella. ¿Quién te ha hecho eso en la nariz, has enfadado al guardia civil que te ha parado?

Miguel se quitó el papel ensangrentado de la nariz y lo lanzó al cenicero que había lleno de colillas en el centro de la mesa, rodeado de copas de vodka. Las chicas rieron por la falta de educación de Miguel, que se puso a reír también.

—¿Y vosotras? ¿Cómo os llamáis vosotras?

—Yo soy Irina —contestó la chica morena.

—Encantado, Irina —dijo levantándose para darle dos besos. Se acercó a la chica rubia y, de pie frente a ella, preguntó—. Y tú, preciosa, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Helena.

Miguel le dio dos besos y olió su perfume, el olor del champú en su cabello. No sabía si lo recordaba de algo, o si era el olor que quería que impregnase a partir de ahora su vida, o si era debido a la cocaína, pero sentía que conocía aquel aroma de melocotón.

—¿Te conozco de algo? —preguntó sabiendo que la respuesta era negativa.

—No, seguro que no —respondió Helena con frialdad.

Miguel se volvió a sentar y Catalán empezó su charla con Alexey. Comenzaron hablando de fútbol. «Con eso siempre conectas con la gente —solía decir Catalán—. Primero pregunto por su equipo favorito y me adapto. No me importa ser un chaquetero con los grandes equipos europeos. Otra cosa es que respondan que son del Algeciras C.F., por ahí sí que no paso. Cuando me dicen que son del Madrid o del Barcelona digo que yo también. Siempre es mentira porque yo soy de la Balona, y, hasta ahora, no se ha dado el caso de que alguien más lo sea».

—De la liga española me gusta el Barcelona. En Rusia tenía abono del Spartak; iba a todos los partidos.

—A mí también me gusta el Barcelona —mintió Catalán—. Hacen su propio fútbol, no se adaptan al juego de los demás. Ellos marcan su estilo con el balón. Atacan con el balón, defienden con el balón. Es importante mantenerte fiel a ti mismo, a tu fútbol, a tu juego.

—Estoy de acuerdo. Aunque a veces tienes que adaptarte al juego de los demás.

—Sí, a veces —dijo Catalán dirigiendo la mirada al cielo donde una cigüeña había perdido el rumbo de su migración y se dirigía al sur.

—Entonces no te gusta jugar sin balón —dijo el ruso que veía cómo Catalán parecía distraído.

—No mucho, no —respondió cerrando los ojos y apretando con los dedos

sus oscuras ojeras.

—Imagino que te gusta menos aún cuando juegas en casa.

La camarera de la terraza interrumpió la conversación y Catalán lo agradeció.

—¿Qué desean tomar los señores?

—Whisky con agua —dijo Miguel.

—No —interrumpió Catalán—. Traiga dos vodkas con hielo.

Miguel no dijo nada, comprendía la importancia que daba su hermano a esos detalles; cuando negociaban con marroquíes jamás consumía alcohol; pedía té moruno.

—Pues nada, vodka entonces. Ojalá todos los problemas fueran como ese. Elegir entre whisky y vodka.

Las mujeres reían con cada comentario de Miguel y le miraban de forma discreta. Él se daba cuenta y exhibía su físico: estiraba el cuerpo, tensaba los músculos de los brazos, se recogía el pelo con un coletero, fumaba y miraba al infinito, bebía y sonreía a las chicas, sobretodo a Helena, por quien sentía fascinación. «No puede ser más guapa esta mujer —pensaba—, y qué forma de moverse, joder; las mujeres de La Línea no se mueven así», se decía a sí mismo. Hablaban del clima, de los veranos en España, de la cocina rusa; «me encanta la ensaladilla rusa, es muy habitual aquí, yo siempre la pido con la cervecita de la una», decía Miguel y las chicas reían a carcajadas. Las horas pasaban y la tarde caía tiñendo de rosa el cielo azul de junio. Las copas de vodka no paraban de sustituirse, vacías por llenas. Todos estaban borrachos menos Alexey, que mantenía el tipo y el mismo semblante que cuando llegó a la terraza. Miguel ya se trababa al hablar y reía tan fuerte que su hermano tenía que intentar, sin éxito, hacerle callar.

—No me busques el lío Miguelino, por tu padre Catalino —decía.

Miguel estaba borracho. Su hermano sabía que, después de cuatro años alejado del alcohol, beber a aquel ritmo durante tres días le había afectado.

—¿Cómo? ¿Cómo dices que se llama Alexey de apellido? ¿Smirnov? ¿En serio? ¿Él se llama Alexey Smirnov? —Miguel reía sin parar y se puso rojo, a punto de ahogarse.

Catalán vio que a aquel mafioso ruso no le hacía ninguna gracia que se rieran de él, aunque fuera de una cosa tan inofensiva como su apellido. Intentaba calmar a su hermano, pero cuando alcanzaba aquel estado de embriaguez era difícil de controlar, ya lo sabía de otras ocasiones.

—Y tú, preciosa, ¿cómo te llamas tú de apellido?

—Vinográdov.

—¿Cómo?

—Vinográdov. Helena Vinográdov.

Miguel no podía más y empezó a llorar de risa.

—¿Vinográdov? No me lo puedo creer —decía entre risas—, es imposible. ¿Vino? ¿Gradov? ¿En serio, de verdad? Tengo que ver tu pasaporte. Joder con los rusos, tenéis la fama de alcohólicos bien merecida, no pensáis en otra cosa.

Alexey miraba a Miguel y mantenía la sonrisa: falsa, helada y heladora, como él mismo.

—Permiso —dijo Helena levantándose y dirigiéndose al servicio dentro del café.

Miguel se levantó intentando parecer educado tal como había visto que hacían en las películas los caballeros con clase cuando una dama se excusaba de la mesa.

—Espero que no se haya enfadado por lo del apellido. Estoy de broma —explicó Miguel.

—No te preocupes chico, las rusas tienen aguante. Helena es dura, nunca se enfada.

—¿Nunca se enfada?

—Bueno, casi nunca...

—Entonces no es nunca. Habías dicho nunca.

Alexey no reaccionó ante la impertinencia de Miguel y centró su conversación en Catalán.

—Ya que estoy de pie, iré también al baño. Me estoy meando como una persona mayor. Ahora vuelvo —dijo Miguel mientras se alejaba borracho arrastrando sin querer las sillas de la terraza a su paso.

Esperó frente a la puerta del servicio de mujeres. Cuando Helena salió le cortó el paso.

—Dime —dijo ella.

—Cásate conmigo —dijo él.

Helena se echó a reír.

—¿Quieres acabar con un tiro en la cabeza?

—Yo creo que no me quedaría mal un boquetito en esta cabeza, ¿a ti qué te parece?

—Estás comportándote como un niño. Alexey no deja que a su mesa se sienten niños.

—Pero a ti te hace gracia. Te gusto, yo noto esas cosas —dijo Miguel.

—Puede... pero eso da igual. No estoy a tu alcance. No estoy al alcance de un niño —dijo Helena apartando a Miguel con el brazo.

—No has conocido un hombre como yo —dijo agarrándole el brazo—. Dame tu teléfono.

—Quieres que, además de a ti, me metan una bala en la cabeza a mí, por lo que veo.

—Dámelo. Conozco cada carretera de este país, podemos irnos a Francia, ¿te gusta París?

A Helena le gustaba la forma en que Miguel mentía. Desde que había conocido a Alexey años atrás no había tenido oportunidad de tontear con otro hombre; ninguno se atrevía al enterarse que pertenecía a la mafia rusa. A Miguel aquello parecía darle igual. Helena cogió el teléfono de Miguel y apuntó su número en él. Le dio un beso en la mejilla y siguió su camino de vuelta a la mesa. Miguel se giró para ver cómo se alejaba caminando y sus ojos brillaban como si nunca hubiera estado preso.

—Bueno, Catalán. Encantado de conocerte. Te llamaré la semana que viene —decía Alexey, ya en pie, cuando Helena llegó a la mesa.

—Haremos grandes cosas, Alexey —dijo Catalán empujado por el alcohol.

—Hasta la semana que viene —se despidió y se montó en un Bentley de color plata que había aparcado en la entrada de la terraza en el mismo momento en que Alexey se levantó.

Cuando Miguel volvió del servicio encontró a su hermano pagando la cuenta.

—Joder, se van sin despedirse y encima pagas tú. Qué maleducados estos rusos. Y tú preocupado por llegar tarde.

Catalán cogió a su hermano del cuello, acercó la boca a su oído y le dijo:

—Como jodas esto te corto los huevos, desgraciado de los cojones.

Miguel reía pero sabía que su hermano hablaba en serio.

—Hermano, este negocio es tuyo. Tu palabra es la ley, a mí no me hace caso nadie, sólo soy el hermano del jefe. Además se dice que estoy maldito. Puedo hacer un poco el tonto.

Catalán cambió el gesto.

—Has heredado la habilidad de trajar de los gitanos. No puedo enfadarme contigo. Pero hablo en serio: esto es importante para la familia, no la cagues.

—¿Cuando he sido un lastre para ti, hermano?

—Me estoy meando desde que hemos llegado pero no quería ausentarme — dijo Catalán mientras entraba al café, mareado, buscando los servicios.

Miguel se quedó en la terraza y pudo ver cómo al otro lado del puerto deportivo los rusos aparcaban el Bentley frente a un pequeño yate. Hizo un gesto con la mano a Helena. No se lo devolvió. «Han hecho trescientos metros en coche, puto viejo, con razón no puede ni andar», dijo y se encendió un cigarro.

Cuando Catalán volvió se dirigieron al coche, arrancaron y se marcharon de allí. Abandonaron la lujosa urbanización y pusieron rumbo a casa, de vuelta a La Línea. En el viaje de vuelta Miguel sentía la cabeza como si fuera un yunque en el que un martillo golpeaba de forma insistente. El alcohol se ponía al mando de sus palabras, de sus pensamientos y de sus párpados.

—No es fea la tal Helena —dijo mirando a su hermano.

—Y tanto que no —respondió Catalán sin quitar la vista de la carretera.

—¿Sabes si es la mujer, la amante o algo?

—Sí, lo sé.

—¿Y no vas a compartir esa información conmigo, con tu hermano, con la sangre de tu sangre?

—No quiero que la cagues, Miguel. No te lo voy a volver a repetir.

—Joder, sólo estamos hablando. Dime qué relación tienen.

—Según me ha contado la encontró en un club de la Costa Brava. No dudó en sacarla de allí. Ya la has visto, podría ser una actriz de Hollywood. Alexey tiene muchas chicas, tiene varios clubs por la Costa del Sol pero esta niña no trabaja en ellos. Ella vive con él y la lleva al lado cuando tiene que asistir a alguna fiesta. Aguanta de todo, lógicamente; tiene una vida que jamás había soñado unos años antes.

—Sí que te ha contado cosas —respondió Miguel.

—No te acerques a ella. Si quieres vamos burdel por burdel y te buscamos alguna rusa de tetas gordas que se le parezca.

Miguel se quedó en silencio. Sacó su teléfono y comprobó el número de Helena; empezaba por 666. «Qué mal bajío», pensó. Guardó el contacto como Amor de junio. «Ahí siguen, los cabrones de la Guardia Civil —dijo cuando se acercaban a la rotonda en la que les habían parado horas antes—; despídetes de ellos, pítales». Catalán tocó el claxon y saludó con la mano desde el otro lado de la rotonda, en dirección contraria al control que seguía instalado a la salida de El Higerón. Los guardias civiles se quedaron mirando cómo el coche desaparecía alejándose a toda velocidad por la carretera que llevaba a

la ladera donde se encontraba el mirador desde donde se divisaba toda la bahía con el peñón de fondo y las luces de las ciudades envueltas en la bruma del levante.

Alexey salió de la pequeña ducha del yate. Helena permanecía sentada en la cocina, bebiendo vodka. Alexey cubría su cuerpo con una toalla blanca, su cuerpo obeso y cubierto de vello. Se peinaba el pelo hacia atrás y andaba despacio haciendo ruido con unas chanclas de plástico mojadas sobre el suelo de madera.

—¿Qué, de fiesta todavía? —preguntó Alexey.

—Bueno, algo así —respondió Helena.

—Lo que hay que aguantar con los putos gitanos. Ese Miguel de los cojones es un puto crío. *Govno* subnormal de mierda.

Helena guardó silencio, temerosa.

—No duraría una semana en Marbella con nuestra gente —continuó.

—No, no duraría.

—¿De qué hablábais los tres?

—Sólo decía tonterías. Es como un niño —dijo Helena.

—Os vi reiros mucho a las dos. No sé de qué, la verdad.

Helena dudó.

—Bueno, es un tipo gracioso, muy andaluz.

Alexey pegó un violento tortazo a Helena y la agarró del cuello.

—No vuelvas a llevarme la contraria o te llevo de vuelta a ese club de la Costa Brava del que te saqué, *blyád*.

Helena no podía respirar y, cuando Alexey le soltó el cuello, dejó las marcas de sus dedos en él. Se marchó maldiciendo en ruso a Helena, a los gitanos y a la puta arena que estaba acumulándose en el suelo de su pequeño yate. Helena se asomó a la cubierta principal y sintió el viento de levante en su rostro y su pelo. Los apartamentos de lujo alrededor del puerto deportivo de Sotogrande tenían todas las luces apagadas y en los áticos se organizaban grandes fiestas desde las que llegaban hasta ella risas de mujeres y música veraniega.

Desde el despacho en la primera planta de la casa de Catalán se veía el peñón. La nube de todos los levantes seguía ahí, inamovible. Las horas que llevaban de la noche al amanecer se hacían largas para los insomnes en aquellas noches de junio; «nadie diría que las noches son más cortas»,

pensaba mientras bebía y bebía. Los rosas y naranjas del alba coloreaban el cielo mientras Catalán dudaba de todo y de todos. «El primer contacto está hecho, ya no hay marcha atrás, no con esa gente». Las parcelas que conectaban con su casa estaban deshabitadas pero podía ver cómo se encendían luces que iluminaban la descontrolada naturaleza que se abría paso sobre el cemento. «Serán sensores de movimiento que se activan con las ramas que mueve el viento —pensaba para tranquilizarse—. O será el coco que viene a por mí porque no consigo dormir». Sus ojos arrastraban más tristeza que cansancio. Hace años soñaba con tener lo que ahora tenía: el dinero, el respeto, las mujeres. Ahora sólo esperaba el momento en que pudiera dejarlo y que el sueño llegara a su encuentro. Las mañanas eran diferentes, pues en ellas recuperaba la vida y se encontraba preparado para afrontar los problemas. Tras la ventana la ciudad desperezaba y las familias abandonaban sus sábanas para hacer girar el mundo.

A la mañana siguiente Miguel se levantó exultante. Comprobó los cabellos de su cabeza y su barba en busca de algún blanco y solitario pelo. Buscaba frente al espejo, sonreía y cantaba letras por alegrías:

—Aunque pongan en tu puerta

Cañones de artillería,

Tengo que pasar por ella

Aunque me cueste la vida.

Y después continuaba:

—Hazme con los ojos señas,

Compañerita del alma

Hazme con los ojos señas,

Que en algunas ocasiones

Los ojitos sirven de lengua.

Repetía esos versos sin parar, primero una estrofa y después la otra. Se sentía eufórico aquella mañana: «estoy feliz, no necesito meterme nada, pero me lo meto, joder; para celebrar que sigo vivo, para celebrar que estoy libre, para celebrar la vida. La gente no suele celebrar la vida. Yo sí lo hago, he estado arriba y abajo; ahora estoy arriba. Sé de lo que hablo. Voy a llamar a esa mujer ahora mismo. Esta noche iré a verla. Mañana despertaré con ella. La vida me sonríe, la vida me sonríe igual que ayer me sonreía ella. Con la mirada limpia, con los dientes blancos y cogiéndome de la mano. La vida no es siempre tan amable».

Miguel volcó todo lo que le quedaba sobre la mesita de noche del cuarto que ocupaba en casa de su hermano en el barrio de El Zabal. «Donde vivían los peces gordos que querían tenerlo todo controlado; después te puedes mudar a Santa Margarita, si sigues vivo», había escuchado desde pequeño. Cuando esnifó marcó el número que Helena había guardado en su teléfono: Amor de junio. Una voz de mujer contestó en ruso.

—*Slushayu*.

—Hola, ¿Helena?

—¿Miguel? —preguntó bajando la voz.

—Casi no te reconocía en otro idioma, tienes la voz distinta, suena distinta. No sé si te lo han dicho.

—No es buen momento, Miguel. ¿Qué quieres?

—Verte, esta noche. Yo te recojo. Sólo dime hora y lugar.

—No sé, la verdad... —Helena se quedó en silencio.

—Buf, no te quedes callada, no me hagas esto. Sigue hablando en ruso mientras piensas, por favor. Me pone como una moto.

—Miguel, no me llames. No es buena idea, no quiero que Alexey se entere y nos mate a los dos. No me llames más.

Miguel se quedó con el teléfono en la oreja. Helena había colgado la llamada y había terminado de un golpe con todas sus esperanzas. «Vaya tela, vaya tela con las rusas», pensó. Se quedó quieto, tumbado boca arriba sobre la cama. En esa posición sintió cómo un líquido le bajaba por la garganta, se incorporó y escupió sobre el suelo: sangraba de nuevo por la nariz.

El periodista Rogelio Cuaresma había informado a sus jefes de El País que se quedaría en el Campo de Gibraltar un par de semanas cubriendo de primera mano la guerra que había declarado a los narcos el comisario Fernando González. «Me he ganado su confianza, le gusta salir en la prensa y que le feliciten por la calle. Puedo conseguir grandes reportajes si me quedo aquí, sólo un par de semanas», insistía Rogelio al departamento editorial que le exigía que volviese. «Está bien Rogelio, una semana, ni una más»; fue la respuesta que obtuvo. Rogelio pasaba cada día por el despacho del comisario y charlaba con él, aunque no conseguía bombas informativas como aquella que le brindó la suerte el primer día. Toda una declaración de guerra; «ya sé que no va a ser todos los días una noticia como esa, señor comisario, pero necesito informar de algo. Me piden que vuelva a Madrid, el panorama político está que arde en la capital y yo estoy aquí, sin hacer nada». La

respuesta del comisario era una negativa tras otra. Hasta que un día el comisario Fernando González recibió a Rogelio Cuaresma en su despacho acompañado por un señor de avanzada edad.

—Señor García, le presento a Rogelio Cuaresma; periodista y buen amigo mío.

—Encantado de conocerle, señor Cuaresma. Leí su artículo sobre Gibraltar y el blanqueo de capitales, me gustó mucho su enfoque. A veces hay que posicionarse del lado del enemigo para poder derrotarlo.

—Gracias, señor García. Pienso que en Gibraltar no hacen, ni más ni menos, que lo que cualquiera haría. Pero no pienso que eso esté bien. Da lugar a desigualdades y a sociedades mafiosas como las que operan allí. Bueno, aquí; Gibraltar está ahí enfrente. Ustedes conocen mejor que yo el problema; yo sólo le di voz en un periódico nacional.

—Y consiguió usted ponerlo en la sexta página, algo nada fácil, todo un mérito.

—Gracias, señor. Es usted muy amable, pero no tengo el gusto de conocerle, ¿quién es usted? ¿A qué se dedica, o se dedicaba?

El comisario observaba la charla sin intervenir, sabiendo que el periodista obtendría del señor García una enriquecedora conversación.

—Pues verá, yo soy un empresario local. O, al menos, lo era. Los años me han obligado a que vaya delegando responsabilidades en los hijos. Aunque ya sabe usted que estas generaciones son más blanditas, y no lo digo por usted, que es bastante joven y ya ha cosechado gran éxito, debe haber trabajado muy duro. Me refiero a que la mayoría de los jóvenes de hoy están preocupados solamente de sus placeres, de viajar y de disfrutar. Hoy necesito que mis cinco hijos se hagan cargo de las empresas que llevaba yo solo hace diez años, y no las llevan igual de bien. Pero bueno, es difícil con tanto Facebook, tanto Instagram y tanta tontería.

—Estoy de acuerdo, su generación levantó este país. Nosotros sólo intentamos mantener el resultado, se puede decir que hemos salido a empatar —añadió Rogelio.

—Ahora me dedico a visitar las empresas, y todos los trabajadores me saludan con una sonrisa: me echan de menos y yo les echo de menos a ellos. Echo de menos muchas cosas. La vida por aquí ha cambiado mucho; recuerdo que el puerto de Algeciras eran cuatro barquitos pesqueros que llegaban y soltaban las redes. Hoy ya no hay sitio para los pescadores, todo son grúas y barcos monstruosos.

—Eso ha traído riqueza a la zona, ¿no cree?

—Sí, sin duda —el señor García se quedó callado un par de segundos para dar importancia a lo que iba a decir—. ¿Pero a cambio de qué?

—Bueno, siempre se renuncia a algo. En este caso la ciudad ha perdido un par de playas y un río, pero tiene el primer puerto del país y justo al lado está el primer polo químico de Andalucía. Tienen buenas industrias aquí.

—Hijo, usted no tiene un pelo de tonto. Y sabe que esas industrias no deberían estar ahí, tan cerca de la población. ¿Soluciona eso el problema del paro? ¿Aleja a los jóvenes de las drogas, del narcotráfico? ¿Atrae el turismo? Usted ya sabe dónde estamos; entre dos paraísos naturales. Sí, no hay duda de que eso es así. El parque del Estrecho y el de Los Alcornocales, pero también estamos junto a otros dos paraísos, fiscales en este caso: Gibraltar y la Costa del Sol, que no es que lo sea en sí mismo, pero es el blanqueadero de la colonia británica. Allí se invierte todo lo que se defrauda. ¿Quién paga por ello, a quién se margina?

—¿Piensa usted que sería mejor que se hubiese invertido en turismo, como en la Costa del Sol?

—Eso no hubiera sido posible. Que los políticos respetasen esta comarca sería mucho pedir. Todavía tenemos el tren que nos pusieron los ingleses en el siglo XIX, pero supongo que eso usted ya lo sabía. Para llegar a Madrid son seis horas; desde Málaga son dos.

—Algo había oído —respondió Rogelio.

—¿Cómo puede ser? Me lo pregunto todas las mañanas cuando abro el periódico y leo la prensa. Delincuencia, barrios marginales, narcotráfico, contaminación de todo tipo, alijos incautados, pateras cargadas de inmigrantes, lanchas pasando a toda velocidad junto a las familias en las playas, contenedores que no traen fruta sino cocaína. La forma en que hablan de esta ciudad, de esta comarca, ¡de la provincia entera! Me da tantísima pena. Un lugar tan bello... ¿se ha fijado en las montañas que se ven al fondo en los días de poniente? Eso es África, la más alta es la Montaña de la Mujer Muerta: Jebel Musa. Y justo enfrente el peñón de Gibraltar, tan parecidas. Son las dos columnas de Hércules, las dos columnas que separó en la leyenda el semidiós Hércules para abrir el camino hacia el nuevo mundo. Están en la bandera de España. No verá usted la Giralda de Sevilla ni la Alhambra de Granada en la bandera. Lo que aparece son las dos columnas que custodian este lugar tan mágico y tan bello. A veces pienso que el hecho de que no nos pertenezca ninguna de las dos columnas define todo lo que somos. El país de

la envidia, del odio entre nosotros. Españoles contra españoles, siglos y siglos... pero bueno, no quiero desviarme del tema. Me hago viejo y apenas puedo concentrarme. Le hablaba de esta comarca. Mire qué verde es todo a su alrededor, no llueve igual en ningún otro sitio de Andalucía. Si te vas cien kilómetros al norte todo es mustio, amarillo y la vegetación es pobre. ¿Cómo se ha permitido abandonar un lugar como este? ¿Quién lo ha permitido?

—Los políticos, como siempre. ¿Quién si no?

—No, amigo. No han sido los políticos. Hemos sido nosotros mismos. Nosotros hemos abandonado este sitio tan bello. Ya no es mágico, y lo peor es que no volverá a serlo. Vamos camino de terminar perdiendo esta selva natural de alcornoques y quejigos, de pinos y robles; acabaremos por quemarlos todos y dejaremos a nuestros hijos una selva desierta en la que los narcos harán su propia ley, donde nadie querrá vivir, donde no se podrá salir a la calle por las noches. Acabará siendo un desierto de arena. Aquí cada vez hay más arena. Y sobre la arena no se puede cimentar una casa, no se puede cimentar nada. Alguien tiene que parar todo esto. Pero yo ya estoy viejo y cansado.

—¿Y qué pasa con las siete alcaldesas, no están atajando el problema? — preguntó Rogelio.

—Buf. No me hable usted de las siete alcaldesas; me dan más miedo que los clanes de la droga.

Cuando el señor García terminó su turno de palabra intervino el comisario Fernando González.

—Ya ve usted, señor Cuaresma. La sociedad está dividida, la gente de bien por un lado que, como el señor García, defiende esta zona y los desalmados que, cuando pasa un coche patrulla, lanzan piedras porque no les importa este sitio ni sus gentes. Quizá podría enfocar sus artículos por ahí, la sensación en toda España ahora mismo es que los narcos ganan y, lo peor de todo, es que creen que la gente del pueblo está de su lado.

Miguel y Ezequiel salieron a navegar en una pequeña barca con camarote que tenían atracada en el puerto deportivo de La Línea. Llevaron una docena de botellines de cerveza en una pequeña nevera de playa con hielos y hachís para tres canutos. Miguel necesitaba despejar la cabeza.

—No estoy bien, Ezequiel. No me encuentro bien. No me apetece nada.

—Pero es sólo una mujer, hermano. No te había visto *asín* desde que tenías quince años. Será que no estás *acostumbrado* a que te rechace una hembra. Pues bienvenido al club, *ompare*. Pero ir llorando por las esquinas no va a

ayudarte.

Miguel encendió un porro y dio una profunda calada mirando las nubes que cruzaban lentas, empujadas por el viento de levante, el cielo de aquella cala entre La Línea y San Roque.

—No sé qué me pasa. Sé que sólo es una puta, sé que no puede traerme nada bueno. Sé que vendrán mil mujeres después de ella, pero no puedo pensar en otra cosa, no puedo pensar con claridad.

—Normal, hermano. Desde que has salido en libertad lo único que has hecho ha sido meterte coca y privar. Lo que te *paza* es que estás *cansao*, a mí me ha *pasao* otras veces. No tiene *ná* que ver con esa tía: con esa puta rusa.

—Sí —respondió Miguel—. Es una puta rusa. Pero tú no la has visto; la forma en que andaba, parecía que las baldosas se empujaban a su paso las unas a las otras para que sus tacones las pisaran. No puedo pensar en otra cosa, me asalta por las noches en mis pesadillas. Aparece su cara en el espejo cuando me lavo la cara, cuando cierro los ojos. Es esa mierda que dicen que pasa cuando te enamoras. Llevo encerrado cuatro años, Ezequiel. He aprendido a no quejarme por tonterías. Aunque ya no recuerdo lo que se siente cuando las cosas te van bien, lo que sí sé es que esto no tiene buena pinta.

—No será *pa* tanto —dijo Ezequiel—. Yo he estado con putas de primera, que bien podían haber sido mujeres de futbolistas, o igual lo eran, quién sabe; esas zorras nunca *tién* suficiente. Por cierto, no me has dicho cómo la conociste.

Miguel sabía que no podía decir ni media palabra de los planes de su hermano con los rusos.

—Mi hermano me llevó ayer a un club en la costa. Subí con ella a la habitación y después del polvo estuvimos hablando.

—¿Después del polvo? Me has *contao* un millón de cosas de ella. ¿Qué duraste cinco minutos follando y veinte hablando, hermano?

—Bueno... —dijo Miguel con media sonrisa en la cara—. Llevo mucho tiempo encerrado, hermano, sin estar con una mujer. He estado preso y he perdido cualidades.

Ezequiel se reía mientras fumaba, casi se le cayó el porro al mar.

—No me la quito de la cabeza, necesito ocupar el tiempo en hacer cosas, pero mi hermano no me deja hacer nada. Dice que aún no es seguro que me acerque a los negocios.

Ezequiel pasó el canuto a Miguel y le acercó un botellín de cerveza, frío, con un trozo de hielo pegado en el cristal de la base.

—Entonces estás como *enamorado*, ¿no?

—Sí, como enamorado, pero sin el «como».

—Yo no sé mucho de eso —dijo Ezequiel—. Lo que sí sé es que ya es bastante difícil el amor como *pa* empezar con la losa encima de que es una puta.

—Eso no se elige, hermano —dijo Miguel.

—Ya verás como se te pasa. Si lo que quieres es tener algo que hacer, *argo* que te ocupe el tiempo te propongo algo, llevo tiempo dándole *vueltas*, desde la semana pasada cuando hicimos aquella soleá.

Ezequiel se sentó frente a Miguel, mirándole fijamente a los ojos.

—Este fin de semana empieza la feria de Algeciras. Me han ofrecido que toque en la caseta de Paco de Lucía los tres días más importantes. Quiero que vengas a actuar conmigo y que hagamos una reaparición para el público. Es una cosa sencilla, una feria tampoco exige mucho. Después me iré de gira dos meses con Miguel Poveda, todo el verano. Cuando vuelva en septiembre quiero que grabemos un disco. Como ya hablábamos antes de que entrases en Botafuegos, antes de que te llevaran preso. La cárcel le ha dado a tu cante un toque de amargura. Ahora tu pena es de verdad; ahora suena triste, a tristeza de verdad: no estás fingiendo la pena como hace *to er* mundo. Y quiero aprovechar eso, tenemos que aprovechar eso. Los dos, tú y yo.

A Miguel le sorprendía aquella proposición, había ganado un concurso de cante celebrado en la cárcel, pero sólo se presentaron cuatro internos, dos de los cuales tenían serios problemas para mantener la cordura.

—No lo veo tan claro, hermano, cuando Poveda te escuche todos los días querrá hacerte su guitarra principal. Querrá que grabes con él.

—Quizá sí, pero me da igual. Yo quiero grabar contigo, quiero hacer un disco contigo; de cante jondo, guitarra y voz. Tú y yo. Podemos coger a dos palmeros de aquí de La Línea. Un disco flamenco del de aquí, del que dicen que no tiene solera, del de la otra bahía, de la bahía de enfrente. El flamenco sobrio y rancio de aquí.

—Cuando hagas la gira y viajes por toda España no vas a querer volver aquí. Quien se va no vuelve nunca. Nadie quiere volver a los vientos, a los gritos y a la arena, a la maldita arena: te quedarás con Miguel Poveda, ahora mismo es figura del cante.

—Que le den a Miguel Poveda; tú eres mi hermano. A Miguel Poveda no le sale la voz del cuerpo, es un payo de Cataluña, le pone buen gusto y sensibilidad pero no tiene grito, no tiene tu grito. Grabaremos un disco

legendario: Miguel Montoya con la guitarra de Ezequiel Cabello, como los discos de Camarón y Paco, iguales.

—¿Iguales? ¿A los de Camarón y Paco? ¿Tú y yo?

—Joder, ya me entiendes. Me refiero a ese rollo: dos bulerías, dos tangos, una seguriya, una soleá y un fandango. Sé de lo que estoy hablando, hermano. Cuando alguien quiere algo tiene que ir a por ello.

Miguel apuró el porro y miró a Ezequiel a los ojos. Vio que hablaba en serio, vio el brillo en la mirada, vio la ilusión y reconoció en aquellas pupilas a aquel amigo con el que había compartido tantos momentos, tantas charlas sobre flamenco hasta la última hora de la madrugada, tantas discusiones sobre este o aquel cantaor, sobre Terremoto y Sordera, Caracol y Mairena, Moraíto y Cepero, Fernanda y Bernarda, sobre qué bailaor era mejor; si Tío Farruco o Farruquito, sobre quién había aportado más a la música; si Camarón de la Isla o Paco de Lucía, sobre dónde estaba realmente la cuna del cante; si en Cádiz, en Jerez o en Sevilla, sobre los fandangos valientes, sobre la pena de la soleá y la tristeza romántica de la malagueña.

—Venga, vamos a hacerlo —dijo Miguel.

—¡Bien, coño! ¡Bien! —dijo sonriendo Ezequiel— Este es mi hermano, pero tienes que prepararte este verano.

—Me pondré.

—Y, sobretodo, tienes que controlar la nariz, hermano. Bebe todo lo que quieras, fuma si quieres; pero céntrate. Baja el ritmo con la *farlopa* hasta después de grabar.

—Haré lo que pueda —dijo Miguel, suspirando afligido.

Ezequiel seguía animando a Miguel como buenamente podía.

—Mira, haz lo siguiente. Tenemos cuatro días por delante para la primera actuación. Ya sabes que el público de la feria tampoco es *mu* exigente, sólo quieren divertirse un poco. Esta noche tengo que organizar un trabajo *pa* tu hermano, pero mañana por la tarde estaré libre. Vamos a hacer algo. Vamos a quitarnos un poco de en medio.

Miguel escuchaba y miraba hacia la orilla, donde un grupo de niños jugaba al fútbol en la playa con unas porterías improvisadas formadas por chancas clavadas sobre la arena, «sobre la maldita arena que está por todas partes», pensaba mientras daba profundas caladas.

—Vete dos o tres días al apartamento de Tarifa. Desconecta, descansa. Vuelve a la realidad, vuelve a la libertad. Come atún rojo, alquila una cometa, tumbate en la arena, bébete hasta el agua de los floreros, fóllate un par de

italianas. Yo iré mañana por la tarde con Silvia y así aprovecho *pa* presentártela. Quedamos allí y descorchamos unas botellas de Moët & Chandon. Lo pasaremos de lujo.

Miguel se quedó pensativo por un momento, no le parecía mala idea. «Siempre sabes lo que me conviene», solía decirle cuando Ezequiel le daba consejos, «serás el tío más agresivo y violento del mundo, pero cuando se trata de ayudarme siempre estás ahí». «Cuando alguien quiere algo tiene que ir a por ello», resonaba en su cabeza.

—Llevas razón, hermano. Voy a hacerlo, me voy esta misma noche. Nos vemos mañana allí —dijo poniéndose de pie—. Vámonos ya para casa, tengo que prepararlo todo.

—¡Bien, coño! ¡Bien! ¡Este tío de aquí es mi hermano! —gritó Ezequiel tirando la colilla del porro al agua del mar.

El comisario Fernando González citó al periodista Rogelio Cuaresma en un discreto restaurante del centro de Algeciras. Rogelio pensaba que, por fin, conseguiría que le facilitase información de calidad o que le dejase adentrarse en alguna redada de las más de veinte que habían realizado en el Campo de Gibraltar desde que el comisario había declarado la guerra a los clanes de la droga. Los titulares sensacionalistas se abrieron paso en la prensa nacional a la velocidad que sólo los grandes medios de comunicación podían permitirse. Ahora Rogelio había perdido frescura, dejó de ser el hombre de los titulares para ser un periodista más en un territorio al que todas las grandes televisiones y periódicos nacionales habían enviado corresponsales de renombre a cubrir el conflicto, un conflicto que podía tener una repercusión de tal calibre en el Ministerio del Interior que podría descalabrar los buenos resultados electorales que el partido en el Gobierno esperaba obtener y los que las encuestas le daban para las elecciones que se celebrarían a final de año. Aún quedaban seis meses para los comicios en los que podía ocurrir cualquier cosa. El ministro señalado por el comisario como culpable de la situación en el Campo de Gibraltar reaccionó enviando gran cantidad de efectivos para intentar liquidar una guerra que, todos pensaban, no se debía haber producido en año electoral.

Rogelio Cuaresma se encontraba contra las cuerdas en cuanto a la previsión de lo que debía haber aportado a esta guerra, la mediática, que se libraba en los periódicos de Madrid. La grabación del comisario era lo último que había publicado el gran especialista en mafias y narcotráfico de la prensa nacional a

esta cruzada periodística; sus jefes le exigían llevar la noticia siempre un paso por delante de sus colegas y competidores.

—Buenas noches, señor comisario.

—Buenas noches, Rogelio. Siéntate, puedes tutearme, no me encuentro de servicio.

—Bueno, si algo he aprendido tratando con hombres como usted es que siempre están de servicio.

—Sí, puede que lleves razón. Pero hoy vengo a hablar en otros términos.

Esto desanimó a Rogelio, que esperaba algún trozo de información suculenta que llevarse de aquella cita.

—Necesito aliados en esta guerra, en la otra guerra: la que se libra a nivel político. Como sabrás, en estos momentos, el Ministro del Interior quiere desplazarme de la zona y no sabe cómo hacerlo sin que le salpiquen las declaraciones que hice para tu periódico, necesito que algún medio que no esté controlado por el Gobierno se posicione de mi lado. Y confío en ti.

—¿Qué puedo hacer yo, comisario? Apenas tengo acceso a la información. No creo que mis superiores me dejen aquí más de tres días si no consigo alguna exclusiva, algo que rompa el marcador de visitas online, si no lo consigo no creo que llegue a pisar la feria de Algeciras, me habrán mandado de vuelta a Madrid antes de que enciendan el alumbrado.

Los camareros sirvieron dos piezas de ternera retinta acompañadas de patatas y verduras.

—Esta es la vaca autóctona —dijo Fernando—. Una auténtica delicia.

—Sí, la conozco, son ganaderías de la provincia.

—Exacto. Son las vacas que ves cuando miras a los lados en cualquier carretera. Son de aquí, de la zona.

—Ajá.

—Tú eres gallego, ¿crees que esta ternera tiene algo que envidiarle a la ternera gallega?

—Hombre, pues no sé. Está rica, sí, eso desde luego. Pero compararla con la gallega...

El comisario sonrió mientras masticaba.

—Ese es el problema, Rogelio. Tú morirías antes de admitir que esta ternera es mejor que la gallega. En esta ciudad nadie lo haría, no sólo eso; ni siquiera hablarían bien de ella. Eso es lo que está destruyendo esta comarca; la falta de compromiso, la absoluta falta de civismo, el desapego a la tierra propia. El señor García dice que ese desapego está en el aire, que pueden

respirarse las ansias por destrozarlo todo: cada macetero, cada parada de autobús, cada farola, cada señal de tráfico. Dice que esta ciudad ha sido destruida varias veces: los árabes destruyeron la ciudad cristiana; después, tras La Reconquista, los cristianos destruyeron la ciudad árabe. Incluso los vikingos llegaron aquí y arrasaron con ella. Sus habitantes están acostumbrados a ver cómo se destruye una y otra vez.

—Comprendo —dijo Rogelio dando un largo sorbo de vino.

—Cuando pedí este destino pensé que vendría y limpiaría esta ciudad. *Veni, vidi, vici*, ya sabes. Pero nada de eso, me abandonaron desde Madrid, me abandonaron desde el ministerio y me abandonó el pueblo. Ni siquiera sirve la ayuda de las siete alcaldesas. Aquí es muy poca la gente que quiere acabar con esto, es poca la gente que quiere alzar la voz, por eso me fascina tanto hablar con el señor García. Habla de esta tierra como si fuera el Edén.

—No entiendo dónde entro yo en esta historia, señor comisario.

—Necesitamos un altavoz, Rogelio. Cuando acabemos con el puto Catalán y «los Gallos» otros ocuparán su lugar. Necesitamos que el pueblo lo impida, sólo así se podrá eliminar esta plaga. Necesitamos que tu periódico y tú lavéis la imagen de este sitio. Que las noticias buenas se camuflen entre las noticias malas.

—¿Y qué obtengo yo a cambio, señor comisario? Ya le he explicado mi situación. No puedo ponerme a escribir artículos sobre lo blanca que es la arena de las playas y lo agradable que es su gente sin venir a cuento: mis superiores me liquidarían, de forma fulminante. Y con razón. Necesito exclusivas, noticias frescas y titulares.

—Estarás dentro del equipo que realice las redadas. Podrás llevar tu teléfono para grabarlo. Pero necesito esas noticias buenas camufladas entre las malas, buenos datos del turismo, de empleo, de gastronomía, todo bien maquillado. Hazlo y estarás dentro.

Rogelio sonrió, dio el último sorbo a su copa de vino y extendió la mano hacia el comisario.

—Te tomo la palabra, Fernando —dijo tuteándole y haciendo hincapié en su nombre de pila para dejar patente que se abría una nueva etapa en su relación—. Pero déjame que te pregunte algo, ¿por qué tienes tanto interés en este sitio?

El comisario agitó con suavidad su copa de vino y, mientras pedía la cuenta con la mano, respondió:

—Lo cierto, Rogelio, es que yo lo único que quiero es limpiar esta ciudad

y poder elegir otro destino. A ser posible un sitio sin narcos, sin moros ni gitanos y en el que no se esté librando una guerra. Creo que ya he cumplido con el Cuerpo. Ahora quiero poder ir al supermercado con mi mujer sin el miedo de que venga alguien por la espalda. Aquí he sido feliz, pero ya es hora de marcharse. Dicen que nadie se queda aquí el tiempo suficiente. Y yo estoy de acuerdo con eso. Soy un romántico, Rogelio, tengo alma de marinero y necesito ir a otros puertos buscando sirenas. Aquí no queda ninguna. Las sirenas se han ido de aquí y sólo se dejan ver en otros mares. Las únicas sirenas que quedan aquí son las que suenan por las noches: ambulancias y policías. A las orillas de esta bahía sólo llegan algas, petróleo y arena.

—La maldita arena —añadió Rogelio.

Capítulo 05. Cuando vengas.

*“Cuando te vengas conmigo,
A dónde te voy a llevar,
A darte una vueltecita
Por la muralla real”.*

Miguel esperaba fumando impaciente en la estación de autobuses de Tarifa. Se había sentado junto a una pareja de mochileros rubios que tenían cara, brazos y piernas quemados por el sol y se refugiaban a la sombra y bebían Coca Cola para refrescarse. Tenían pinta de venir de Marruecos y dirigirse al norte, quién sabe si a casa; parecían felices y enamorados. «Nada como viajar estando enamorados», pensó Miguel, quien miraba de forma mecánica el reloj de la estación cada diez segundos, giraba la cabeza en busca de las agujas que debían indicarle la llegada del autobús que esperaba en el andén número tres. «Lo pasaremos bien estos días —se decía a sí mismo—. Va a estar bien, más que bien, va a ser la polla». Miraba a la pareja de mochileros quemados por el sol y volvía a mirar el reloj. «Ya debe estar al llegar. *Tirititrán, trán, trán, trán tirititrán trantrero*. Ya no queda nada», y volvía a mirar el reloj. Llevaba el compás por alegrías taconeando con unas zapatillas de esparto en el suelo de la estación, que hacían un ruido sordo y seco. «*Tirititrán, trán, trán, ay, tirititrán trán trán*». Cuando advirtió que un autobús entraba en el parking de la estación se levantó de golpe y tiró la lata de Coca Cola que la pareja de mochileros tenía apoyada en su asiento salpicándoles.

—*Hey, c'mon!*

—*Sorry, sorry* —es lo único que acertaba a decir, que sabía que significaba perdón.

—*Fuck you motherfucker!* —dijo la chica.

Miguel sabía que *fuck* significaba follar, así que supuso que tampoco debía ser tan malo. El autobús aparcó en la plaza del andén en que Miguel sabía que debía finalizar el viaje que esperaba: número tres, destinos procedentes de la carretera nacional, trayecto Granada, Málaga, Algeciras, Tarifa; con diferentes paradas en pueblos del camino. Se posicionó cerca de la puerta por donde bajaban los pasajeros, en su mayoría marroquíes que preferían no pasar la OPE con vehículo propio. Miguel esperaba fuera y sólo salían personas de

origen magrebí, empezaba a inquietarse. «Qué hago si no viene, no quiero quedarme solo otro día», pensaba. Se puso nervioso al ver que apenas quedaba gente en los asientos del autobús. Entonces, entre tanta tez morena y tanto pelo oscuro, Miguel vio por la ventanilla a quien esperaba. Helena bajaba las escalerillas apoyándose en la barandilla con una pequeña maleta de mano, llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca y rosa. «Qué barbaridad más grande de mujer», pensó Miguel.

—Hola —dijo ella.

—Hola —respondió él con un fino hilo de voz quebrada, nervioso como un niño pequeño.

Helena se agachó para apoyar la maleta en el suelo y Miguel miró de forma descarada sus pechos por encima del escote de la camiseta, buscando provocar una sonrisa que ella no le puso demasiado difícil. Miguel se ofreció a ayudarla; «tengo el coche ahí mismo», dijo acercándose a recoger la maleta. El mismo olor que sentía que le atravesaba el alma unos días antes se hizo presente el aquel momento, ese olor a melocotón, amor y fracaso.

—¿Quieres ver el pueblo o prefieres ir a descansar?

—Me gustaría ducharme, la verdad. No huele muy bien en los transportes públicos.

—Claro, es lo lógico. Vamos, entonces.

Miguel esperaba a que Helena se duchase tumbado en el sofá del lujoso apartamento que tenían los Montoya en Tarifa. Lo alquilaban en julio y agosto por cantidades que compensaban dejarlo libre el resto del año para que lo disfrutasen los miembros de la familia que quisieran pasar unos días en la Meca del surf, como algunos la llamaban. Era un apartamento pequeño en pleno centro del pueblo, tenía una terraza con hamaca, una mesa y dos sillas desde la que se veía el castillo de Guzmán el Bueno. Desde ese sofá escuchaba cómo caía el agua de la ducha y la imaginaba dentro, desnuda, «con ese cuerpo de dulce de leche, blanco y azucarado —repetía recostado y mirando el techo—, blanco y azucarado». «Se lo toma con calma la chica», dijo en voz baja y se tumbó de lado, cerró los ojos y se durmió por unos minutos. Cuando los abrió vio que entre el vapor de agua caliente de la ducha que salía por la puerta del baño se distinguía una silueta de mujer, el pelo rubio recogido, un vestido de tirantes verde con flores blancas y pendientes largos que, suponía, serían de alguna firma joyera importante; «de la Joyería Yasmina del barrio de La Atunara no es, eso seguro».

—Dios mío de mi vida, niña. Eres un Ferrari —dijo mientras caminaba

hacia él.

Helena agradeció el cumplido y respondió:

—Venga, ya podemos irnos. Muéstrame el hombre que dices que eres.

Ante esa provocación y con cualquier otra mujer, Miguel se habría lanzado como un león sobre ella, pero quería hacer las cosas bien esta vez, enseñarle de lo que era capaz. «Voy a intentar hacer las cosas como las haría yo, si no fuera yo», se dijo a sí mismo frente al espejo horas antes.

Miguel llevó a Helena a pasear por el centro de Tarifa: «vamos a caminar un poco antes de cenar, es lo que hacen los caballeros, ¿o no? Deja que te haga de guía turístico. Esta es la calle principal; al final se encuentra la Iglesia de San Mateo, que está construida sobre los restos de una mezquita árabe. Por cierto, ¿tú no serás musulmana, no? Tienes los rasgos árabes. Bueno, es broma pero no sé qué religión te gusta, de qué dios eres fan, porque al final es eso; ser fan de un dios; mi dios puede con el tuyo, pues el mío es más fuerte que el tuyo, el mío más bueno, el mío más misericordioso, y así hasta aburrir. El tema de la religión si lo prefieres lo abordamos en la siguiente cita, es lo que haría un caballero, ni religión, ni política, ni violencia: hoy hablaremos sólo de cosas amables. Si continúas por esa calle que va hacia el centro del pueblo está la zona de los pubs, los bares de copas y hay también alguna discoteca; los vecinos tienen que irse en verano de sus casas, ahí no hay quien duerma con tanto jaleo. Después, si quieres, venimos y brindamos con vodka, por nosotros, por esta noche; aunque deberías haber cogido una chaqueta fina: con este viento por las noches refresca bastante. El mes de junio es muy traicionero aquí. Toma, ponte la mía, es roja y no pega nada con los colores que llevas pero mejor desentonar a pasar frío, ¿no? Además aquí todo el mundo viste *como el culo*, como si tuvieran quince años. Me gustaría ir a sus ciudades a ver si allí también se visten así, no creo que estén Sevilla, Madrid y Berlín llenas de gente vestida como surfers de una serie mala y antigua. Y aquí enfrente tenemos el castillo, con sus murallas y sus torres, si te secuestraran y te tuviesen ahí retenida con un dragón sobrevolando y vigilando la torre en la que duermes, yo me enfrentaría a él, subiría escalando y te rescataría, aunque estuviese todo rodeado de fuego, de eso puedes estar segura. Ven, vamos a entrar en este restaurante, aquí ponen el mejor atún rojo del mundo, los japoneses pagan miles de euros por estas piezas, o los coreanos, o los chinos, para mí son todos iguales. Vamos a pedir también croquetas de choco, ¿las has probado? Están espectaculares. Sí, hola. Mesa para dos, por favor. En la terraza a ser posible. Yo no tengo frío, puedes

quedarte tú la chaqueta y te la pones por los hombros así. Sí, así. Deja que te la ponga por encima, tranquila que no te deshago el peinado. Hola, buenas noches. Traiga una botella de vino blanco, ¿cuál me recomienda? Sí, vale, ese está bien. Traiga también una botella de agua del tiempo. Qué de guiris hay aquí, pasas totalmente desapercibida. Bueno, no. Lo cierto es que no porque eres de largo la mujer más bonita que hay en el pueblo. Me refiero a que son todos rubios, como tú, y blanquitos, como tú, y tienen pinta de gustarle mucho beber, como tú. Sí, ya hemos decidido: tomaremos las croquetas de choco y dos platos de atún rojo, el mío con verduras; el suyo con patatas fritas, que está muy delgada. Y traiga también unas aceitunas, en una mesa andaluza no pueden faltar las aceitunas, gracias. La verdad es que aquí resguardados el viento no pega tanto. Esta mesa está coja. Espera, le pongo unas servilletas aquí debajo de la pata; ya está. Arreglado. Cuando terminemos de cenar podemos ir a un local aquí detrás, es de unos holandeses; dentro de dos horas no cabe un alfiler pero ahora podemos entrar y sentarnos tranquilamente, para hablar un poco más de cerca, ahora siento que esta distancia es demasiada, estás ahí enfrente y te siento a cien kilómetros de distancia, y eso no puede ser. Aquí vienen las croquetas, no has probado algo mejor en tu vida. ¿Qué te parecen? Lo sabía, te encantan. Mira qué gracioso el bebé metido en su carrito, me gustan los niños pequeños; ya cuando crecen me gustan menos, dan mucho por culo. Algún día tendré tres o cuatro, por ahora sólo tengo una sobrina. La adoro. Tienes que verla bailar: cuando taconeá parece que vuela y no toca el suelo. Por aquí viene ya el atún, es una locura el sabor que tiene. Mañana podemos ir a la playa cuando nos despertemos, va a bajar el viento y se va a quedar un día espectacular, además todavía no hay tantos turistas, todavía no están las playas masificadas. Junio es el mejor mes, los días son más largos; aquí todo pasa en junio, después de junio todo es calor y turistas. Y arena, mucha arena. Todo acaba en unos días; en julio llegan los turistas. Estaba claro que mi destino era conocerte en junio. ¿Quieres tomar un chupito aquí, o prefieres que vayamos ya al local que te dije antes? Ven, es por aquí. Hay que entrar por esta callejuela, las calles son tan estrechas por la influencia mora, seguro que no lo sabías. Se hacían así para poder andar entre ellas refugiándose del sol; no creo que existan estas calles tan pequeñas en Rusia. Ya hemos llegado. Dos copas de vodka, por favor. Son cómodos estos sillones, pero sigo sintiéndote demasiado lejos. Me gustaría tenerte más cerca, aunque soy un caballero y voy a mantener las distancias. Está bueno el vodka, aunque yo soy más de whisky. Ven, vamos a pasear por las calles, ya deben

estar ambientadas, llenas de gente bebiendo. Mira el colega ese como escupe fuego, joder, algo debe haberle sentado mal, qué ardores tiene. ¿Quieres una pastilla, hermano? El hijo de puta escupe como un dragón, igual. Como el dragón que te tiene secuestrada en la torre del castillo. Bueno, esta calle también acaba dando al castillo de Guzmán el Bueno; aquí todas las salidas acaban dando al castillo. Esta es la muralla. Y esa es la torre donde te va a llevar prisionera el dragón. El muy cabrón. Justo detrás está el puerto de Tarifa. Mira todos esos coches esperando al siguiente barco, van con los niños a pasar las vacaciones a Marruecos, también hay muchos franceses, y belgas, y españoles también los hay. ¿Qué? ¿Qué pasa, por qué te paras?»

—Miguel, quiero ir al apartamento —dijo Helena cogiéndole de la mano mientras acercaban sus cuerpos.

Miguel pudo oler cómo el melocotón de su champú se abría paso entre el olor a mar y salitre, entre el olor a amor y a fracaso.

—Bueno, si insistes... iremos al apartamento.

A la mañana siguiente Miguel dormía y Helena paseaba desnuda por el apartamento. Buscaba en su maleta la poca ropa que había podido coger cuando huyó a toda prisa del yate de Alexey en Sotogrande. Sacaba las prendas de la maleta y las colgaba en perchas dentro de un armario lentamente, con mucho cuidado, pese a que las prendas estaban arrugadas. Cuando se disponía a colocar la ropa interior abrió un cajón del mismo armario y encontró un arma, cerró el cajón como si no la hubiera visto y las metió en un cajón distinto. Se giró al sentir que Miguel se despertaba.

—Buenos días. No he encontrado la cafetera.

—Buenos días, preciosa. Yo me encargo de todo, no toques nada. Túmbate en la cama, eres mi invitada.

—Después me tumbo contigo, tengo que ordenar esto. Es lo poco que me queda en esta vida, cuatro vestidos y estos pendientes.

Miguel sabía que lo decía para recordarle a lo que había renunciado por fugarse con él: su cómoda vida, los lujos, la seguridad. Pero no dijo nada. La miraba caminar de una esquina a otra de la habitación.

—Te mueves como un galgo, con esas piernas tan delgadas —dijo él.

—Gracias, supongo —dijo ella.

Cuando Miguel se bajó de la cama con los pies descalzos pudo sentir cómo el suelo estaba cubierto por una fina capa de arena que se había colado esa misma noche, «hemos dejado la terraza abierta», pensó. Se acercó a Helena

por la espalda, abrazándola.

—Tienes todo lo que quieras en esta vida. Por ahora, aunque no parezca mucho, me tienes a mí.

—Sí, sé que te gusto —dijo Helena mirando al suelo—. Aunque no sé por cuánto tiempo. De lo que me arrepiento es de haberme dejado llevar por un impulso, no me gusta hacerlo. Los rusos no somos así.

—¿Te arrepientes de haber venido?

—No he dicho eso. O sí, sí lo he dicho, pero no quería decirlo.

Miguel seguía abrazando a Helena, que empezaba a llorar.

—He visto la pistola. Sé que tu hermano y tú sois como Alexey. No me asusta el cambio, me asusta la reacción que pueda tener él. Si se entera intentará mataros a los dos. Y a mí también. O peor, me llevará a un club de algún pueblo pobre y lluvioso para que pueda comprarme cualquiera.

—Eso no va a ocurrir, así que no pienses en ello. Vamos a pasar un par de días aquí. Después nos iremos a La Línea, tengo una casa junto al puerto pesquero de La Atunara; allí tenemos un fortín, ni siquiera la policía es capaz de entrar. No podrá entrar a buscarte.

Miguel acariciaba las piernas a Helena y sentía cómo los poros de la piel de sus muslos se erizaban cuando entraba la ligera brisa por la terraza.

—Es temprano aún para ir a la playa, voy por algo de desayunar —dijo Miguel.

—No tardes. No quiero estar sola.

Por los alrededores del apartamento se empezó a sentir el alboroto de la gente que acudía a bares y cafeterías a desayunar. El viento de levante se dejaba sentir por las callejuelas del pueblo. Miguel paseaba con la sensación de que todos eran igual de felices que él. Recordó que cuando estaba en la cárcel odiaba aquella hora temprana en la que el mundo arrancaba; odiaba pensar en cómo los padres de familia acudían puntuales a sus puestos de trabajo en la oficina mientras él se levantaba de la cama; odiaba imaginar a los cansados estudiantes llegar al colegio mientras él entraba a las duchas; odiaba saber que las cafeterías estarían llenándose de vida cuando él llegaba al comedor a desayunar. «La vida no siempre es tan amable», decía mientras buscaba las llaves que abrían el portal.

—Aquí estoy, gitanilla de Moscú. He traído café y croissants. También zumo de naranja natural.

—¿Y vodka?

—No, son las nueve de la mañana. ¿Quieres vodka?

—Es el mejor desayuno del mundo. Vodka y zumo de naranja.

—Ahora vuelvo. No lo he probado nunca, pero tienes pinta de saber de estas cosas.

Tras desayunar se volvieron a acostar hasta el mediodía. Miguel había quedado en verse a esa hora en el apartamento con Ezequiel, que llevaría a Silvia, su nueva novia.

—Vas a conocer al mejor amigo que tengo en el mundo, es como si fuera mi hermano. De hecho, a veces, se comporta más como un hermano que mi propio hermano —decía Miguel, nervioso—. Está al llegar, viene con una nueva novia que se ha echado, yo aún no la conozco. Verás como lo pasamos bien.

—Bien, necesito ir de compras urgente. Así podéis llevarnos y no os aburrís mientras esperáis.

—Bueno, ya veremos.

—¿Cómo que ya veremos? ¡Tú no has visto a una rusa enfadada! ¡He dicho que iremos y así será!

Miguel reía y negaba con la cabeza.

—Pero si no gastas ropa, si estás todo el día desnuda

Helena empujaba a Miguel para que se apartara de ella.

—Está bien, se acabó lo de ir desnuda. No vas a volver a verme desnuda.

Mientras se empujaban y reían llamaron a la puerta. Miguel se levantó y acudió a abrir. «Aquí están ya, decía gritando con euforia. ¡Bien, coño! ¡Bien!»

Al abrir la puerta vio en la oscuridad del rellano la silueta de dos hombres, enseguida reconoció a uno de ellos.

—Mierda, ¡hostia, puta! —dijo intentando girarse para correr en dirección al armario en que guardaba el arma. El hombre que acompañaba a Alexey, un ruso de casi dos metros y cubierto de tatuajes en cada trozo de piel, alcanzó a Miguel y consiguió inmovilizarlo agarrándole del cuello.

—Vaya, vaya. Una rata gitana intentaba quitarme algo que es mío —dijo Alexey sonriendo y mirando de reojo a Helena—. Si los rusos la tenemos de alcohólicos, se puede decir que los gitanos tenéis la fama de ladrones bien merecida, ¿no, chico?

Alexey se acercó de forma pausada a Miguel y le pegó un puñetazo en el estómago mientras su guardaespaldas lo sujetaba.

—¿Lo habéis pasado bien? Espero que sí... la verdad es que es una suerte que sea este el último chochito que te follas antes de morir, ¿no, chico? Es una puta de primera. A mí me pasó algo parecido a lo que te ha pasado a ti; cuando

la vi no me la podía quitar de la cabeza. Tuve que volver por ella a aquel club y llevármela conmigo. ¿Te acuerdas, *blyád*? Pasamos una semana entera de viaje por las islas griegas; Mykonos y toda esa mierda. A esta zorra le gusta vivir bien, el lujo y todo eso. Crees que puedes dárselo tú, ¿no, chico?

Alexey volvió a golpear a Miguel, esta vez en el rostro, haciendo brotar la sangre de su nariz. Reía fuerte y caminaba dejando las huellas de sus zapatos por la arena de la habitación.

—La vida tiene cosas curiosas. La primera vez que te vi sangrabas por la nariz de la misma forma que ahora; que va a ser la última —dijo mientras se acercaba a Helena.

Alexey sudaba y respiraba de forma entrecortada por el esfuerzo realizado. «No estoy tan en forma como antes, eso es cierto, la buena vida envejece mucho», dijo.

Alexey puso la mano sobre el hombro de Helena.

—¿Ha merecido la pena, *blyád*? —preguntó mientras ella empezaba a llorar.

Miguel no podía dejar de pensar en lo estúpido que había sido levantándose a abrir la puerta sin llevar el arma, en la mala suerte que habían tenido, en que debían haberse escondido mejor; quizá en algún sitio lejano, en lo lejos que llegaban los informadores de Alexey para no estar instalado aún en la zona. Helena lloraba y las lágrimas caían sobre el suelo, mezclándose con la arena. Las cortinas blancas de la terraza eran empujadas con suavidad por el levante hacia el interior del apartamento.

Un portazo asustó a Alexey que intentó girarse a comprobar qué había pasado cuando Ezequiel le agarró de un brazo, retorciéndolo, lo atrajo hasta él y le puso un revólver en la sien.

—¡Tsh! ¡Tú, hijo de puta! *Suerta* a mi hermano o me *jirvano* al gordo este.

—¿Qué...? ¿Que *jirva*...? ¿Qué? —preguntó el guardaespaldas.

—¡Que me lo *jirvano*, *desgraciao*! Así que venga, vamos aflojando que se me va la puta pinza.

El guardaespaldas parecía desorientado, miraba a su jefe buscando una traducción de lo que Ezequiel decía, como si fuera otro idioma. Preguntaba en ruso y Alexey le contestaba.

—¡Tsh! ¡Eh! *Reondito*, déjate de rollo. Aquí habla en castellano, o te doy un *bucharnó*.

—Aquí el único que no habla castellano eres tú, cateto de los cojones —respondió ahogado Alexey.

Ezequiel le retorció el brazo con fuerza hasta que el guardaespaldas recibió la señal de que debía tirar el arma y soltar a Miguel.

—Venga, gordito. Ya te puedes ir con tu novio a daros por culo. Trae, dame tu pistola. Hijo de puta, gordo de los putos huevos. No te quito la *vía* porque estoy de vacaciones con la parienta. Venga, *jopo* de aquí. ¡Aire! —gritaba Ezequiel mientras daba una patada al guardaespaldas de Alexey— Y cerrad la puta puerta, coño. Un poco de educación.

Miguel y Helena se abrazaron cuando Alexey se fue. Ella lloraba y él sangraba por la nariz.

—Helena, este cabrón tan impuntual es Ezequiel.

—*Encantao*, guapa. Y ella es Silvia —dijo girándose—. ¿Dónde coño se ha metido esta? ¿Silvia?

Capítulo 06. Las siete alcaldesas.

*“Los siete sabios de Grecia
No sabían lo que yo sé,
El tiempo y la experiencia
Me hicieron aprender”.*

Las grúas del puerto descargaban los contenedores del último buque que había atracado en el puerto de Algeciras. Rogelio Cuaresma contemplaba desde el piso que había alquilado en el paseo marítimo cómo colocaban uno sobre otro, con precisión milimétrica, los contenedores de aguacates, bananas, mangos y otros productos que traían desde Sudamérica, Asia y cualquier otro rincón del mundo. Rogelio sabía que esas frutas acabarían vendiéndose como si fuesen originarias de España en un complejo proceso de almacenajes, transbordos y etiquetados. Se preguntaba cuántos de aquellos contenedores traerían cocaína y entrarían en territorio europeo sin que la Guardia Civil y la Agencia Tributaria los detectasen. El peñón de Gibraltar completaba el cuadro de la escena, omnipresente desde que había llegado a la comarca, tras el barullo de barcos que fondeaban en la bahía. «Qué inmensa locura es este pedazo de mar», pensaba y daba una calada más a ese cigarro rubio que fumaba desde los veinte años. «Deberías dejarlo —le decía su mujer—, deberías dejar el tabaco y esos viajes de investigación que haces tan a menudo». Él era fiel a su mujer pero ella sospechaba que le engañaba tras cada regreso a Madrid, donde vivían juntos, cuando Rogelio mantenía durante días una actitud distante; algo que a él le parecía divertido, a ella no. «Y tú deberías dejar esos celos», le solía contestar.

Rogelio entrevistaba esa tarde a Josefa Rodríguez, alcaldesa de Algeciras y presidenta del partido político que representaba a las siete alcaldesas del Campo de Gibraltar. Había investigado en profundidad su carrera laboral y política: había estudiado derecho hasta los veinticinco años, ejercido hasta los veintiocho y montado su bufete privado a los treinta. Se había especializado en asuntos relacionados con el derecho tributario, fraudes a la hacienda pública y contrabando. Entró en política como segunda espada en el PSOE sin llegar al ayuntamiento hasta que, a los cuarenta años de edad, formó junto a Rosalía Romero, actual alcaldesa de La Línea, el partido Vive Campo de Gibraltar o

VCG, siglas por las que todos los habitantes la conocían y formación que había conseguido mayorías en los siete municipios desde hacía dos legislaturas. Rogelio Cuaresma preparaba la entrevista conociendo e intentando anticiparse al carácter estricto de Josefa Rodríguez. Procuraba encontrar la forma de preguntar por las medidas propuestas en campaña por las siete alcaldesas que, a todas luces, le parecían populistas. Estas medidas consistían en retomar el viejo proyecto de la novena provincia, separándose de Cádiz. Proponían una división de la provincia para que los casi trescientos mil habitantes del Campo de Gibraltar tuvieran algo de peso en el parlamento, discurso que movilizaba colectivos enteros y fusionaba a empresarios, trabajadores, estudiantes, jubilados y amas de casa en una amalgama de personas con un único objetivo: invertir el desprecio que, desde el Gobierno de Madrid, sentía la comarca.

Sentado en el balcón desde el que veía descargar los cientos de coches y camiones que los barcos llegados desde el norte de África desembarcaban en aquellos muelles realizó una llamada telefónica a su mujer. Fue corta, de contenido escaso, una llamada cansada; «te echo de menos», dijo antes de colgar para compensar la falta de ilusión que había mostrado.

Decidió dar una vuelta por los alrededores del centro para empaparse un poco del carácter local. Comenzó paseando las murallas meriníes, que no le parecieron gran cosa; «podían tener una presentación algo más espectacular, aunque es cierto que contrasta bien con el aire futurista que da el puerto a lo lejos». Caminó por el Parque María Cristina y la Calle Ancha, dio un par de vueltas a la Plaza Alta admirando los azulejos de su fuente, bajó hasta el Mercado Ingeniero Torroja y le tomó el pulso a la ciudad, sus compras, los jaleos, la variedad de sus puestos. Se sentó en un conocido bar a comer, mantuvo una charla con el dueño.

—¿Conocen ustedes a «los Herreros»? No deben vivir muy lejos de aquí. Soy periodista y me gustaría entrevistar a alguien del clan, en esta guerra tienen la etiqueta de los buenos.

—Claro que sabemos quienes son, pero no les conocemos. Lo siento, no podemos ayudarle. Tenga, a esta invita la casa.

Rogelio tomó dos copas más y salió de aquel bar. Cuando a la vuelta se encontró con la plaza del mercado pensó que se había equivocado de camino, que era la primera vez que pasaba por ahí, de no ser por la inconfundible bóveda del edificio central. No era capaz de reconocer el sitio, lo que antes había sido alegría, gritos, comercio y vida se teñía ahora de un ambiente de

miedo, silencio, prostitutas y muerte. Pasó rápido por aquel lugar sin hacer contacto visual con nadie. «Tengo una entrevista importante, no quiero problemas», pensó.

Volvió al piso que tenía alquilado en el paseo marítimo e intentó dormir una breve siesta para bajar un poco esas dos copas que no debía haber tomado, apenas consiguió dormir diez minutos. «Suficiente, estoy bien así —dijo—. Ahora una ducha rápida»; camisa de manga larga remangada y pantalón corto.

La alcaldesa Josefa Rodríguez trabajaba sentada en su despacho del ayuntamiento cuando hicieron pasar a Rogelio.

—Hola, usted debe ser el señor Cuaresma. Espero que esté teniendo una estancia agradable, como verá usted, aquí no nos comemos a nadie.

Una declaración de intenciones, pensó Rogelio; quiere recordarme por qué estoy en esta ciudad.

—Sí, señora alcaldesa. Todo el mundo está siendo muy amable.

—Siéntese, por favor. ¿Tiene las preguntas preparadas?

—Sí, algo he preparado. ¿Por qué lo dice? ¿Quiere echarles un vistazo antes? —preguntó Rogelio para tantear a la alcaldesa.

—No, por Dios. No tengo tiempo que perder. Dispare.

—Muy bien. Me gustaría preguntar, en primer lugar, por la evidente sensación de inseguridad que se vive en la ciudad, las encuestas dicen que es la primera causa de preocupación, seguida de cerca por la corrupción y el paro.

—Bueno, esas encuestas son muy tramposas. En primer lugar porque la corrupción preocupa a nivel regional y nacional, no a nivel local y comarcal. Nuestro partido tiene una disciplina de tolerancia cero con cualquier tipo de comportamiento inadecuado. El cese es fulminante. Y el tema de la inseguridad es debido, en gran medida, a los medios de comunicación que hacen reportajes y publican artículos sensacionalistas buscando que la ciudad tenga esa apariencia, y que es absolutamente injustificada. Ya habrá visto usted que aquí no sale la gente con pistola a la calle.

—No dice usted nada del paro...

—El paro sí es un asunto serio. Tenemos en la comarca muchos frentes abiertos con respecto al paro. La influencia que ha tenido la colonia de Gibraltar en la comarca, un auténtico paraíso fiscal contra el que no se puede competir, la falta de unas infraestructuras que faciliten el comercio con la zona; tenemos un tren de hace dos siglos, que no ha impedido que el puerto se posicione como el número uno del país. En VCG tenemos un proyecto de

empleo muy ambicioso que deberá ser votado en el Congreso de los Diputados a su debido momento.

—¿Reconoce que hay clanes mafiosos operando en la zona?

—Sin duda. Pero no se trata de clanes formados por delincuentes campogibraltareños, son mafias extranjeras que se instalan en este bello pueblo para ejercer sus actividades ilegales, desde el tabaco en Gibraltar a la cocaína que entra por el puerto de Algeciras, pasando por el hachís que viene de Marruecos. Todo eso afecta de forma negativa a la gente que vive aquí. Pareciera que somos todos unos delincuentes cuando pasea una por Madrid, enseguida te señalan con el dedo, como le sucedía a los vascos con la ETA.

Rogelio mantenía su teléfono móvil sobre la mesa del despacho de la alcaldesa mientras tomaba notas en una pequeña libreta apoyada sobre sus rodillas.

—¿Son «los Gallos» o «los Herreros» extranjeros, alcaldesa?

—Conozco personalmente a muchos miembros de las familias que usted menciona y son gente de bien, se dedican a sus negocios; unos tienen puestos en el mercadillo, otros tienen pequeños comercios en el centro de la ciudad; son gente emprendedora. No existe ni una vinculación entre estas familias y los clanes mafiosos de los que usted me habla.

—Tengo entendido que Miguel Montoya, hermano del que dicen que es el líder del clan de «los Gallos» Rafael Montoya «Catalán» salió de la cárcel la semana pasada. Fue condenado por delitos contra la salud pública y tráfico de drogas.

—Bueno, en todas las familias hay una oveja negra y, como dicen, una manzana podrida pudre el cesto. Esa familia de la ciudad hermana de La Línea se está viendo injustamente acusada de negocios turbios que se organizan desde la Costa del Sol. La cocaína la manejan mafias del Este de Europa y Sudamérica, el hachís son clanes del norte de Marruecos. El tal Catalán al que usted alude no ha sido condenado nunca por ningún delito relacionado.

—Dicen que cayó por la borda de una narcolancha en una persecución...

—En la investigación no encontraron nada que inculpara al chico.

Rogelio cambió el tercio al comprobar las negativas de la alcaldesa a que la gente que le votaba y la mantenía en el cargo fuese inculpada lo más mínimo en las actividades del narcotráfico.

—El crecimiento del partido político que usted lidera ha sido espectacular, algo poco habitual en Andalucía, desde los medios especializados en asuntos políticos comparan su ideología a los partidos nacionalistas de Cataluña, ¿qué

tiene que decir al respecto?

—No es comparable. Nuestra tierra ha sufrido el mayor de los desprecios en la era democrática de este país. Nuestra intención es alzar la voz de esta comarca, está tan alejada de todo que es imposible que se produzca un crecimiento real. Pese a las pocas ayudas que tenemos desde la Administración hemos conseguido industrializar con grandes empresas la zona y tener el primer puerto del Mediterráneo. Todo eso se ha conseguido con el esfuerzo de las gentes, no con favores en los Presupuestos Generales del Estado, como lo han conseguido en otras regiones. Nosotros no tenemos un afán independentista, nos sentimos profundamente españoles, sólo pedimos que se nos escuche.

—¿No piensan expandirse a otros territorios? Tienen varios pueblos de la Serranía de Ronda solicitando adherirse al movimiento.

—Nosotros iremos poco a poco, quien mucho abarca poco aprieta, como se suele decir. Primero miraremos por la comarca del Campo de Gibraltar y, si es beneficioso para nosotros, estudiaremos expandirnos.

—¿Fue premeditado lo de presentar a siete mujeres?

—Lo cierto es que fue casualidad, el problema lo tenemos ahora; se ha convertido en nuestra imagen, nuestra seña de identidad. No sé qué haremos el día que falte alguna.

Rogelio seguía tomando notas, ideas sobre cómo enfocar el artículo con las respuestas de la alcaldesa; ideas que solía repasar y perfeccionar por la noche con un gin tonic en la soledad del salón de su casa, aquella noche pensaba repasarlas en el balcón de la vivienda que alquilaba en el paseo marítimo mientras las grúas del puerto no paraban de cargar y descargar mercancías en toda la noche.

—Bueno, tengo tiempo para una última pregunta, señor Cuaresma. Tengo que seguir atendiendo mis obligaciones.

Rogelio meció su barba mientras observaba los diplomas que la alcaldesa tenía colgados tras ella en su despacho.

—¿Quién piensa usted que lleva razón en esta pelea política, el señor comisario o el señor ministro?

—Bueno, en primer lugar, me gustaría decir que me entristece enormemente que entre las instituciones que queremos mantener el orden y la paz social se produzcan estas riñas. Deberíamos estar todos a una. Pero tengo que ser consecuente con mi discurso político. No conozco mucho al comisario Fernando González, he podido hablar con él en un par de ocasiones, cuando he

coincido con él en algún evento y he de decir que, aunque ha realizado unas duras declaraciones, la verdad es que se alinean con lo que defendemos desde VCG; necesitamos más medios materiales y humanos para ganar esta sucia guerra que se está librando en las aguas del Estrecho.

—Muchas gracias, señora alcaldesa. Ha sido un placer poder conversar con usted.

—Gracias a usted. Disfrute del resto de su estancia aquí.

Rogelio Cuaresma salió del ayuntamiento cuando ya oscurecía. Los bares de tapas y los locales de moda que ocupaban la calle empezaban a animarse y decidió perderse por ellos. Le llamó la atención un bar de copas en el que tocaban música en directo y entró con la idea de pedir un gin tonic. La gente bailaba la música rock, era un local pequeño con estética heavy metal, decidió que sería mejor pedir una cerveza, como todos allí. Se sentó en un pequeño taburete al fondo, lo más alejado que pudo de la música y empezó a subrayar conceptos que le parecían interesantes. Recordó la solicitud que le hizo el comisario Fernando González: «camuflar noticias buenas entre las malas». Aquella gente que bailaba no le parecía tan diferente de la que podía encontrar en los bares alternativos de Madrid. «Qué quiere la gente —se preguntaba—; divertirse, formar una familia, ganar dinero para comprarse una casa junto a la playa, follar mucho, comer bien; en todos sitios buscan prácticamente lo mismo», divagaba mientras ojeaba notas y bebía cerveza.

En la azotea del chalet en que vivía, Catalán y Cabello organizaban los viajes de los siguientes días. Tenían disponibles tres lanchas y sólo una *guardería* para recoger cuatro cargas en dos playas diferentes al oeste de Tánger.

—Estamos bajo mínimos, Cabello; el personal se está poniendo nervioso, no llega trabajo para todo el mundo y el poco que llega lo pago a precio de oro. Los que no trabajan se quejan de los que sí. Y todo se está hablando a mis espaldas, lo sé. Puedo sentirlo.

—No se quejan tanto como crees, hermano. Saben que es una guerra complicada y que tenemos a la Policía Nacional y la Guardia Civil encima. Toda la ciudad sabe que los periódicos nacionales abren todos los días con incautaciones y detenciones, ellos están tranquilos porque nunca son de los nuestros, siempre son moros. Pese a todo, tenemos buena estrella.

Jeffrey interrumpió la conversación para informar a Catalán de que tenía visita, un hombre rubio gordo esperaba en la entrada. A Catalán se le torció el

gesto, «espera aquí, Cabello», dijo y bajó corriendo las escaleras. Los perros ladraban e intentaban saltar la muralla. Al llegar a la entrada encontró a Alexey esperando junto a la verja.

—Buenos días, Catalán. ¿Por qué hay tanta arena en esta calle?

—¿Qué pasa, Alexey? ¿En qué puedo ayudarte?

Alexey identificó la urgencia e inquietud en las palabras de Catalán y se excusó.

—Ruego me disculpes, me he presentado aquí sin avisar. Pero es un asunto serio.

—Cuéntame —decía Catalán mientras giraba la cabeza, nervioso por si aparecía Cabello.

—¿Dónde está tu hermano?

—Se ha marchado unos días a Tarifa.

—Ya sé que está en Tarifa, Catalán. Lo que pregunto es si sabes qué hace allí con mi chica.

Catalán se quedó en silencio. Sentía cómo la sangre irrigaba las bolsas de sus ojeras.

—¿Qué...? —fue lo único que acertó a decir.

Alexey analizaba los gestos nerviosos de Catalán. Nerviosos por Cabello, nerviosos por su hermano, nerviosos por esa guerra en la que las autoridades le estaban ganando terreno poco a poco.

—Tranquilo, ya he comprobado lo que necesitaba. No sabías nada, a veces nos traiciona quien menos esperamos. No me importa el chico, tu hermano no es importante para nuestro trato. Quería comprobar tu lealtad.

Catalán permanecía callado, incrédulo ante lo que Alexey le contaba. No me busques el lío, Miguelino; por tu padre Catalino, escuchaba en su cabeza.

—No quiero entrar en cómo diriges tu organización. Pero la gente con la que yo trabajo no perdona determinadas traiciones.

—Llevas razón, Alexey. Es duro escuchar esto, parece que no hemos empezado con buen pie.

Alexey se sentía feliz al ver que Catalán quería poner de su parte para arreglar el desagravio.

—No es para tanto, Catalán. Lo cierto es que la puta no me importa, son jóvenes; se habrán enamorado. Esas cosas pasan.

Catalán no daba crédito a la actitud de Alexey, no podía ser que estuviera disculpando a su hermano. No veía posible tanta clemencia.

—El problema no es la puta, ni tu hermano.

—¿Entonces, Alexey?

—El problema es el otro chico. Uno grande y malhablado, con el pelo rizado. Estaba allí con tu hermano.

Alexey supuso que debía tratarse de Ezequiel.

—¿Qué pasa con él? ¿Qué pinta en todo esto?

—Me ha puesto una pistola en la cabeza, Catalán. Cómo voy a hacerme cargo de este sitio con esa historia circulando por ahí, tendría que acallar demasiados rumores, tendría que emplear la fuerza demasiadas veces si la gente me ve débil.

—Entiendo —afirmó Catalán—. ¿Qué propones, que lo aparte de la organización? Porque eso está hecho. Es un chico difícil, le cuesta respetar las normas.

—No, Catalán. No quiero que lo apartes, quiero que lo liquides. Necesito que me entregues un negocio que vaya sobre ruedas, no un negocio rodeado de habladurías y repleto de enemigos en su interior.

Catalán se quedó frío; el hermano de Ezequiel estaba a quince metros de aquella conversación y Alexey le pedía que lo matara. «Esto no puede estar pasando —se decía—. Tiene que ser un sueño», aunque sabía que la posibilidad de que estuviese soñando y, por tanto, durmiendo era aún más improbable. Catalán no quería mostrar debilidad ni la más mínima duda en su relación con Alexey, así que aceptó su propuesta.

—Déjalo en mis manos, dame un par de días.

—Sabía que eras un hombre de palabra, Catalán. Te dejo, sé que estás organizando las cargas que tienes pendientes al oeste de Tánger.

Catalán no dijo nada y se despidió con la mano, cómo demonios sabía Alexey que tenía cargas preparadas en esa zona de la costa. Los problemas seguían, como la arena, cubriendo cada rincón de la vida de Catalán.

Miguel y Ezequiel esperaban bajo el toldo de un bar a que las chicas fueran de tiendas. El viento de levante había dado paso a un viento del sur que traía brumas y niebla a las playas y el pueblo de Tarifa.

—Entonces el ruso gordo era el chulo de la puta. Perdón, quiero decir de Helena. Perdón por lo de puta.

—Sí —respondió Miguel—. No sé cómo se ha enterado de dónde estábamos.

—Joder. Cualquiera le toca los cojones a los rusos. Sólo a ti se te ocurre, y yo pensando que habías 'echao' algo de cabeza cuando caíste preso.

—Sí. Algo de cabeza he echado. Pero no podía hacer otra cosa, tenía que sacarla de allí. No sé, la verdad es que no puedo explicarlo.

Ezequiel bebía cerveza y comía aceitunas mientras echaba un ojo a las turistas que paseaban embadurnadas en protector solar por las tiendas de surf que había a ambos lados de la avenida.

—No tienes que explicarme nada, hermano. Esa gente no a volverán por más, no te preocupes. Y si vuelven estaremos *preparaos*. Para una tía que le gusta de verdad a mi hermano no voy a dejar que se la lleven. Si esa mujer es la tuya, será la tuya.

—Gracias, hermano. No volverán a cogerme desprevenido si vienen —se excusó Miguel—. ¿Y con Silvia qué? ¿Vas en serio?

—No lo sé. No puedo pensar ahora en eso. La niña es un caramelo, ya la has visto. Y es lista, le gusta leer y esas cosas; es abogada, es de otro mundo distinto al mío. Me gusta. Pero no puedo pensar en eso ahora. Me voy de gira en un par de semanas. No sé si te había dicho que me voy a tocarle a Miguel Poveda —presumió Ezequiel.

—Pues no, hoy no me lo habías dicho todavía —contestó Miguel.

—Pero antes de eso lo que tenemos que hacer es... —dijo Ezequiel elevando la voz y tocando sobre la mesa del bar un redoble de tambores— ¡la reaparición estelar de mi hermano de otra madre Miguel! He traído la guitarra. Esta noche actuaremos para ellas, para nuestro público más fiel, para nuestras seguidoras número uno, nuestras groupies.

—No sé qué decirte, no creo que sea buena idea, no acabo de verlo —dijo Miguel desganado.

—Pero si es perfecto. Además, no creo que sea un público muy difícil. Tu parienta es rusa, no creo que sea una gran conocedora del cante jondo.

—Ya... precisamente es eso. Por algún motivo me da más *lache* así. Es algo muy íntimo nuestro, no sé si ella iba a saber entenderlo.

Ezequiel se quedó callado por unos segundos, pensando la respuesta.

—Hermanito mío, la música es universal. El flamenco es universal; si puede entenderlo un japonés, puede entenderlo un ruso.

Las chicas volvieron cargadas de bolsas y se sentaron a la mesa.

—¡Qué calor más mala! ¿Qué viento es éste, cariño? —preguntó Silvia.

—Está cambiando otra vez, es viento sur. Es el peor, tiene la calor agobiante del poniente y la humedad del levante —respondió Ezequiel.

—¿Qué pasa, Miguel? ¿Me has echado de menos? —le susurró Helena al oído.

—Se me ha hecho eterno, gitanilla de Moscú.

Un grupo de africanos cruzó la calle.

—¿A qué te recuerda eso, hermano? —preguntó Ezequiel.

Miguel les miró y empezó a reír. Silvia y Helena no comprendían nada.

—¿Os estáis riendo de los negritos que acaban de llegar en una patera? —preguntó Silvia.

—No, mujer. ¿Por quién nos tomas? —dijo Miguel.

—Cada vez que vemos un grupo de inmigrantes recién llegados nos acordamos de lo mismo —dijo Miguel—. Una cosa que nos pasó con mi hermano.

—¿Qué pasó?

—Fue un trabajo que hicimos hace muchos años. Mi hermano estaba empezando a mandar y aún no se le respetaba como ahora. Encargó un trabajo a unos hombres de Eusebio «Gallo», que no estaban conformes con que se hiciera cargo del negocio. Así que le dejaron tirado. Nosotros cuatro habíamos bajado a Marruecos a por el hachís. Quedamos con ellos en el Rinconcillo. Llegamos a la playa y no había nadie para descargar. A su hermano Cabello casi le dio un infarto. Mi hermano se bajó de la lancha y buscó su coche. Nos dijo que no nos moviéramos de allí. Imagináos. Nosotros tres con cara de subnormal parados en plena playa del Rinconcillo con seiscientos kilos de hachís. Los segundos eran minutos y los minutos, horas. Mi hermano no tardó ni diez minutos en aparecer en el todoterreno con ocho negros de dos metros que había recogido de la Cruz Roja. Aquellos cabrones tardaron minuto y medio en descargar la lancha. Mi hermano le dio mil euros a cada uno, ¿lo podéis creer? ¡Mil euros por el trabajo por el que nos paga a nosotros cuatro mil y en la mitad de tiempo! Joder, qué risas nos echamos aquella noche.

—Tu hermano siempre ha *tenío* buena estrella. No es casualidad que haya *llegao* tan alto.

—Sí, la tiene... —dijo Miguel—. No como yo, que estoy maldito.

—Tú no estás maldito, hermano.

—No lo digo yo, lo dicen los demás.

—Yo prefiero no saber esas historias —intervino Silvia—. Vuestros negocios son vuestros; yo no quiero saber nada. ¡Soy abogada! ¡Es mejor no saber algunas cosas!

Los hombres rieron.

—Todo el mundo tiene la misma reacción al principio, de rechazo —dijo

Miguel—. La gente cree que esto del tráfico de drogas es como en las películas; que pueden inculparte por estar cerca o que pueden matarte si abres la boca. Como si hubiera una ley del silencio. Pero lo cierto es que esto es un patio de marujas y al final se sabe todo. Todos lo saben todo de todos.

Las dos parejas almorzaron y bebieron el resto de la tarde. Vieron caer el sol por detrás de África, que se veía montañosa y difusa al fondo por las brumas que traía el viento. Con la llegada de la noche empezaron a llenarse las calles y plazas junto al paseo marítimo de turistas jóvenes que salían a inundar los bares de copas y discotecas. Cuando Ezequiel se acercó a la barra del bar para pagar vio en las pizarras que colgaban en el interior del local que vendían sangría de frutas elaborada por ellos mismos. «Jefe, ponte dos jarras para llevar. Toma Silvia, coge el dinero y paga la cuenta; voy al apartamento por la guitarra. Esperadme allí enfrente, en aquella plazoleta. Dios, bien. Es lo que pegaba, algo de sangría. Ahora vuelvo».

Helena abrazaba fuerte a Miguel y Silvia les miraba.

—Hacéis una pareja preciosa. ¿De dónde has sacado a esta belleza, Miguel?

—La he secuestrado, Silvia. La he secuestrado.

Helena sonreía y peinaba las barbas a Miguel.

—Estaría más guapo afeitado. Y el pelo está demasiado largo. Parece un vagabundo.

—A ti te encanta este vagabundo —contestó Miguel.

—¿Me llevarás a París como dijiste, a ser dos vagabundos?

—Te llevaré y seremos dos gitanos vagabundos que roban y viven y sueñan y follan y arden en París.

Ezequiel volvió con la guitarra, se le veía contento, eufórico.

—Me gusta verte así de feliz, con esa alegría que tienes hoy, hermano —dijo Miguel.

—Sí, Silvia dice que soy... ¿cómo dices, cariño? ¿Cómo me llamas? ¿Ciclomotor...? O algo así.

—Ciclotímico, te digo que eres ciclotímico —contestó Silvia

—Venga, vamos a la playa. Junto a *aqué* puesto de socorrista. Vamos, bien. Dios, qué bien. Vamos, Miguel; coge estas ramas y prende una candela.

Ezequiel empezó a rasguear la guitarra y a afinar las cuerdas. Miguel encendía el fuego mientras intuía ritmos en el toque de aquella guitarra que le sonaba tan desconocida, aquella guitarra que le había acompañado tantas noches hacía años, aquel tocao que se había hecho un hueco en el escaparate

flamenco nacional. El fuego empezaba a hacerse grande y luminoso, la noche terminó de cerrarse.

—Bueno, un poquito por fiesta, ¿no? —propuso Ezequiel.

Silvia empezó a hacer compás, Miguel tragaba sangría y Helena miraba, expectante. La guitarra empezó a sonar por bulerías, un ritmo de bulería más lento de lo habitual, como pausado por una mesa de mezclas de sonido. Tocaba falsetas de cosecha propia que Miguel nunca había escuchado. Los acordes sonaban románticos y demasiado tristes para el gusto de Helena, no es eso lo que esperaba oír, nunca había escuchado flamenco y pensaba que era otro tipo de música, más alegre. Miguel tosía y entonaba con la voz las melodías en los tonos sol y la que Ezequiel conseguía sacar de aquella guitarra.

*—Lere, leré, lelélé,
Lerelere, lereilé, ay,
Ay... ¡ay...!
Yo a ti te pondría...
Yo a ti te pondría
Un puente pa que pasaras
De tu casita a la mía.*

Para Helena era una sorpresa que Miguel supiera cantar, escuchaba atenta intentando comprender los versos que cantaba, le costaba entender el idioma expresado de aquella forma. Silvia le explicó la esencia del compás de la bulería: «mira cariño, es fácil. Un, dos. Un, dos, tres. Cuatro, cinco, seis. Siete, ocho. Nueve, diez. Un, dos. Y así hasta el final, parece complicado al principio, pero no lo es tanto».

*—Estoy loco por saber...
¡Ay! Yo estoy loco por saber
Si el clavel te hace bonita
O tú bonito al clavel.*

Silvia se subió sobre la plataforma de madera del puesto de socorrismo alrededor del que habían encendido la hoguera, llevaba el compás golpeando el suelo de madera descalza, como si taconeara, bailaba y mecía su vestido al compás de la bulería. Helena intentaba seguirle con la breve clase de palmas que había recibido.

*—La gitana que yo quiero,
¡Ay...! La gitanita, 'mare', que yo quiero
Tiene los ojos azules*

De tanto mirar 'pal' cielo.

El final del cante por fiesta se anticipaba en el rasgueo acelerado de la guitarra.

—*Mire usted, mire usted, mire usted,*

Que hasta bonitos tiene los pies.

Helena contemplaba cómo Silvia remataba el baile por fiesta haciendo gestos de despedida con las manos junto a unos extraños pasos de baile parecidos a patadas de kárate, todo bajo la luna de junio y las brisas, cada vez más frías, que entraban por las aguas del Estrecho.

—¡Olé! ¡Olé los artistas buenos, de verdad! —gritaba Ezequiel, borracho y eufórico.

—Qué bonito. No sabía que tenías talento, Miguel.

No es para tanto, tiene más mérito lo de Ezequiel. Él es un artista del panorama nacional, una estrella.

—Una cosa —interrumpió Helena, riéndose—. ¿Quién es esa gitana de ojos azules?

Miguel soltó una carcajada.

—Pues quién va a ser —dijo acariciando el cuello de Helena—. La gitana de ojos azules eres tú; Helena. Helena Montoya. Gitanilla de Moscú.

—¿En qué piensas cuando cantas? —preguntó Ezequiel—. Yo cuando toco pienso en la libertad, en volar.

—Yo pienso en el arraigo, hermano. En el arraigo —repetía Miguel, borracho—. En las rejas en las ventanas del barrio de La Atunara, en el calor del asfalto, en la arena. En la pena del arraigo. Es difícil de explicar.

—¿Qué pena tiene el arraigo?

—Una pena infinita. Tú piensas en la libertad; yo en la pena del arraigo, que es de una pena infinita. Mi vida es una seguriya lenta y maldita. De tristeza infinita. Ojala fuera una bulería, ojalá una malagueña de amor.

Las mujeres apenas entendían de qué hablaban aquellos dos borrachos que se abrazaban y que, les parecía, podían echarse a llorar en cualquier momento.

Rogelio llegó a casa borracho, chocándose con las paredes, que no conocía, del descansillo del piso que había alquilado. La cabeza le daba vueltas y las luces que se veían desde la ventana que había entre el ascensor y la puerta de su vivienda le mareaban: «naranjas, azules, verdes y amarillas... ah, rojas también. Qué de luces, puto puerto. Me tiene... confundido». Se apoyaba para no caerse; «qué hora es; las tres de la mañana. ¡Joder con la

puerta, no se abre! Ahora, ahora sí». Dejó las llaves sobre la mesa del recibidor y caminaba, tambaleándose, hacia la habitación. «Creo que no llego... no voy a llegar, seguro», dijo en voz alta y aligeró el paso, abrió la ventana que había sobre su cama y vomitó desde la planta número siete hacia la avenida del paseo marítimo. Abajo se escuchó cómo el vómito caía sobre un coche, como una lluvia densa y anaranjada. Se tumbó y cayó en un sueño difícil y desconcertante; en él aparecían las alcaldesas de Jimena y Castellar de la Frontera desnudas encerradas en los castillos de sus pueblos. La alcaldesa de Algeciras Josefa Rodríguez y el comisario Fernando González repetían en bucle y sin parar: «noticias buenas, noticias malas». El señor García provocaba incendios que quemaban los montes que rodeaban la ciudad y una gran tormenta de arena lo engullía todo. El sueño se repetía una y otra vez y siempre en el mismo orden. Cuando su cerebro no soportó más, se despertó; consciente de que alguien le estaba engañando; lo sabía, no podría explicarlo ni demostrarlo pero sabía que algo se le estaba escapando y no le cuadraba en toda esa historia.

A la mañana siguiente se despertó con resaca, incapaz de ordenar sus pensamientos y, con la pesadilla todavía en la cabeza, decidió salir a desayunar, para aclararse un poco mientras paseaba. Al salir del bloque vio al casero que le había alquilado el piso limpiando su coche. «Putos críos, no contentos con potarme sobre el coche, lo han extendido todo; mire, mire, me han ensuciado el coche entero, desde los faros de delante a los de atrás, los desgraciados hijos de su madre, si no saben beber, que no beban». Rogelio preguntó cómo sabía que habían sido unos niños. «Un adulto jamás vomitaría sobre un coche, ¿no le parece?», fue su respuesta.

Catalán miraba embelesado el cuadro que Alfonso, el hermano de Eusebio «Gallo» Fernández había dedicado a su hermano. Los colores y el enfoque parecían contar una historia, una breve historia de dolor y perdón, contenía algo de religioso; la historia de la vida cristiana desde el punto de vista de un animal, la incomprensión que mostraba el gallo frente al mundo que le rodeaba, frente a algo sobrenatural que ordenaba las pasiones y deseos de los humanos manteniendo el orden entre el individuo y el colectivo, nuestra relación con los demás, los verdes sobre los marrones, la vida que nace de lo que no tiene vida; el universo entero representado por unos animales de granja al óleo. Cabello sacó de sus místicos pensamientos a Catalán, quien no parecía prestarle mucha atención hasta que pronunció un nombre, un nombre

de mujer, el único nombre de mujer que podría hacer abandonar en aquel momento sus divagaciones artísticas y espirituales.

—Es Paquita Rosales —dijo Cabello—. Dice que tenéis que hablar.

Catalán se giró y parecía que todos los colores del cuadro se fundían en sus ojeras como si fuera la paleta donde un pintor mezclaba sus acuarelas.

—¿Te ha dicho de qué...? —preguntó Catalán (que viene el coco, que viene).

—No. Dice que sólo puede hablarlo contigo, no he querido insistir.

—Joder, mierda. Justo hoy que no tengo tiempo ni para cagar viene la jodida esquizofrénica de los cojones a reclamar mi atención.

—Si quieres puedo decirle que no te localizo —propuso Cabello.

—No, joder. Llámame loco, pero lo último que quiero ahora mismo es enfadar a Paquita Rosales.

Capítulo 07. Gibraltar.

*“Yo soy aquel contrabandista
Que siempre huyendo va,
Cuando salgo con mi jaca
Del peñón de Gibraltar.”*

Paquita Rosales era rubia y gorda. Tenía un tatuaje de Cristo en un brazo y un fusil de asalto en el otro; «lo que da la vida y lo que la quita», decía medio en broma, medio en serio. Paquita tenía un apartamento de lujo a dos minutos de la frontera con Gibraltar. Pasaba las horas en el balcón vigilando lo que pasaba en la frontera, con unos prismáticos podía controlar el tabaco que conseguían sacar, tanto ella como su escasa competencia. Los guardias civiles sabían que ella estaba ahí, observando desde la distancia; todo el mundo sabía que ella estaba ahí. «Hay que tener el negocio bien controlado, llevo desde los dieciséis años sacando tabaco y nunca he vivido a más de diez minutos de aquí. Cuando muera que bajen mi enorme y precioso cuerpo y lo entierren aquí en la playa de Poniente», decía a todas las visitas que recibía. Paquita nunca salía de casa y dirigía una organización cuyo sustento principal era el tabaco de contrabando, pero que contaba en su haber con una larga lista de asesinatos, tanto por ajustes de cuentas como por encargo.

—Buenas tardes, Catalán. Qué de tiempo, madre mía. ¿Cuánto puede hacer, cuatro años? Creo que no te veo desde que entró preso tu hermano Miguel, me he enterado que salió la semana pasada. Dile que venga a verme, qué guapo es ese chico, Catalán. ¿Tú a quién has salido tan feo, joder? Se te ha puesto todo el pelo blanco y con esas ojeras tan negras te pareces a Mourinho, pero más feo todavía. Bueno, en realidad lo entiendo, yo tengo ocho hermanos y son todos feísimos, sólo yo he salido con algo de atractivo. Ya ves, ¿qué niña de La Línea tiene las tetas tan gordas como yo? Ya te lo digo yo: ninguna. Bueno, siéntate aquí conmigo, Catalán. Siéntate en mi balcón, no dejes que aquí se sienten nadie, ¿sabes? Pero contigo es diferente, ¿sabes por qué?

Catalán esperó un par de segundos para ver si Paquita le dejaba responder y, cuando vio que se trataba de una pregunta que exigía respuesta, contestó.

—No, Paquita. Dime por qué tengo yo este honor.

—Porque tenemos un socio en común, Catalán —dijo mientras le cogía del

antebrazo—. El putito ruso gordo y viejo de los cojones. Es mi socio en la Costa del Sol para el tabaco de Gibraltar. Yo soy su único proveedor. Y ahora tú serás su proveedor con el hachís. Verás, Catalán; nosotros siempre nos hemos respetado y nunca hemos intentado pisarnos los negocios, tú has ido a lo tuyo y yo he ido a lo mío. Los dos hemos sacado un buen dinero con todo esto. Y ahora, además, seremos casi socios. Ya sabes lo que dicen, los amigos de mis amigos son mis amigos.

—Siempre es un placer estar en tu mismo bando, Paquita. Ya lo sabes.

—Eso mismo quería oír. Verás, me ha comentado Alexey que tienes un tipo de deuda con él, no sé si sabes cómo son esos rusos, pero una deuda con ellos siempre tiene letra pequeña. Ya sabes, servicios adicionales. No sé qué es lo que te ha pedido que hagas, ni me importa. Lo que sí sé es que necesito que él haga algo por mí y, bueno, como él considera que estás en deuda con él... me ha dicho que te lo pida a ti directamente. Así que... ¡aquí estamos!

Catalán observaba las vistas desde el balcón de Paquita Rosales, el peñón parecía que estaba al alcance de la mano desde allí, el puerto deportivo brillaba con el sol reflejándose sobre las aguas del mar y el intenso e incesante ruido de los coches y motos que pretendían cruzar la frontera de la pequeña colonia inglesa apenas se escuchaba desde aquella altura.

—Dime, Paquita. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito que entres a Gibraltar, tienes que entregar una suma importante de dinero a un abogado, un judío que tiene allí el bufete. Ya sabes, yo no puedo salir de este apartamento, se me cae el cielo encima. Si pudiera, iría yo, no tiene riesgo alguno.

—¿Por qué me lo pides a mí? ¿Por qué no alguno de tus ocho hermanos?

—¿Esos inútiles? Le darían el dinero al tipo equivocado. Yo los quiero mucho pero no puedo encomendarles este trabajo a ellos; a veces tengo que darles un mes antes las fotos de quien quiero que se carguen, por si se olvidan del rostro. Son un desastre, Catalán. Solo puedo confiar en ti para esta gestión.

Catalán sabía que tratar con Paquita era un tema delicado. Iba de boca en boca la historia sobre cómo le había partido un cenicero de cristal a una anciana de noventa años que intentó burlarle dos cartones de tabaco, la anciana cayó al suelo y Paquita la pateó hasta que perdió la vida. Catalán vaciló al decir la primera palabra.

—Eh...

—¡Tranquilo, Catalán! No tengo ningún cenicero cerca, puedes decirme lo que te parezca.

—Bueno, Paquita. No quiero empezar nuestra nueva relación de casi socios con una negativa pero yo no entro nunca a Gibraltar. Fui una vez de niño con el colegio y me ofendió todo lo que nos contaron sobre Catalan Bay y la puta escalada de los catalanes traidores. Los otros niños se metían conmigo mientras la maestra lo explicaba y tuve que pegarle un puñetazo al hijo de Ramón «Churrero». Recuerdo que cayó al suelo junto a dos monos que se pusieron a gritar y a dar vueltas sobre él, hasta que se abalanzaron y empezaron a morderle, recuerdo que sangraba mucho. Además, una vez soñé que era uno de esos traidores follaingleses de mierda y que me caía al vacío intentando escalar. Soy muy supersticioso con esas cosas. No he vuelto a entrar desde aquel viaje siendo un niño y espero morirme sin poner un pie dentro de nuevo.

—Me parece una historia preciosa. Pero sabes igual de bien que yo que tienes que entrar. No me estás diciendo que no sólo a mí, también se lo estás diciendo a los rusos. Son dos ofensas por el precio de una.

Catalán sabía que Paquita llevaba razón. Comprendió que tenía que acceder a hacer lo que le pedían.

—Y dime una cosa, Catalán... dices que soñaste que caías al vacío pero, hasta donde yo sé, para soñar hay que dormir. ¿Tú duermes?

Catalán dedicó una sonrisa a Paquita, quien se levantó y volvió con una bolsa de deporte en la que guardaba el dinero; dos millones y medio de euros.

—No te fugues con el dinero —dijo al entregarle la bolsa—. Es una broma, hombre, no me mires así.

—Seguimos en contacto, Paquita. Saluda a tus hermanos de mi parte.

Catalán abrió la puerta del apartamento, quería largarse cuanto antes de allí. Paquita se despidió abrazándole y estrujando su cuerpo contra sus dos enormes pechos.

—Cuídate, Rafael.

Hacía más de diez años que nadie le llamaba por su nombre.

Miguel se despidió de Silvia y Ezequiel al llegar al puerto pesquero de La Atunara, «nos quedaremos aquí por lo pronto, está cerca de los restaurantes y de la playa», explicó Miguel. Helena caminaba por aquellas calles mirando la pobreza de las casas, los hombres con el torso desnudo, las mujeres sentadas en las casapuertas, los viejos jugando al dominó bebiendo tintos de verano, los niños de ocho años fumando sentados sobre las aceras. Las casas eran bajas, la mayoría no llegaban a los cincuenta metros cuadrados; las señales de

tráfico estaban arrancadas unas y pintadas con grafitis las otras. El ruido era ensordecedor y Helena se preguntaba cómo podría dormir por las noches en medio de aquel ambiente. El viento del sur entraba en aquellas casas dejando un aire cargado de humedad y calor, las familias humildes intentaban protegerse bajando las persianas, los que tenían algo más de dinero se refrescaban con ventiladores que conectaban a los transformadores de luz que había por las calles, robando la electricidad. Miraba la ropa tendida en cada azotea como banderas multicolor de cada vivienda, las peleas de gallos en un enorme descampado de tierra y arena en la parte trasera del barrio, junto a bidones de aluminio y coches desguazados. Helena veía cómo los pescadores empujaban pequeñas barcas de madera para lanzarse al agua, a ganarse la vida pescando; el fuerte olor a mar en cada esquina del barrio y las tabernas llenas ocupando las calles exteriores a las viviendas daban la sensación de barrio de clase trabajadora, muy diferente a los barrios obreros de Moscú, donde ella había vivido hasta los diecisiete años.

—Hombre, Migué. Nos *enteramo er* otro día. Qué alegría *má* grande, chiquillo. De nuevo en *libertá*, no hay *ná* como la *libertá*.

—¿*Quié e* la moza *eza*? *Nostá malota* la niña, no.

—Dile *ar* Catalán que me llame *arguna vé*. Que *noncuentro* trabajo de *ná*.

Helena no comprendía del todo bien lo que decían aquellas personas que se acercaban a saludar a Miguel, no sentía miedo pero no disimuló la decepción cuando llegó a su nueva vivienda, a su nuevo hogar.

—Helena, mi vida. Te dejo aquí media hora, voy a ver a mi hermano, que quiere hablar conmigo —fue lo primero que dijo al llegar a la vieja casa en que se esconderían de Alexey.

—Vale, yo voy deshaciendo las maletas. No tardes, por favor. No quiero estar sola.

Miguel le dio un largo beso en el umbral de la puerta adentrándose los dos en la vieja casa.

—Mi hermano puede esperar media hora más —dijo quitándose la camisa.

Helena dejó caer su vestido y entraron al cuarto principal, mordiéndose, tocándose, suspirando. Miguel tumbó a Helena sobre el colchón desnudo de la habitación, sentía que las notas de melocotón y fracaso se apagaban y sólo podía oler el inconfundible aroma que dejaba el amor por toda la estancia.

Minutos después ambos hablaban, desnudos; el cuerpo de ella sobre el cuerpo de él.

—Me pediste que me casara contigo, fue lo primero que me dijiste.

Después me hablaste de París.

—¿Sí? No me acuerdo bien —respondió él, indiferente.

—He conocido mil hombres como tú, no tienes nada de especial.

—¿De qué hablas ahora? ¿Qué he hecho?

—Me prometiste París y me has metido en un boquete en el culo del mundo, donde no llega el tren, donde sólo hay arena y viento; este barrio parece el tercer mundo. No dejé Moscú para venir a ser la última mierda de Europa.

—Yo no he prometido nada, podemos irnos a París si quieres, pero no ahora, mi hermano me necesita.

—Tu hermano, siempre tu hermano. ¿Y qué pasa conmigo?

—Tú serás la reina de todo esto —contestó tratando de tranquilizarla.

—Sabía cómo eras, sabía a lo que renunciaba y aún así vine, empiezas las cosas con mucha fuerza y después las abandonas, eres un encantador de serpientes; al principio lo das todo, después nada.

Miguel sabía que Helena llevaba razón, le vinieron a la cabeza todas aquellas veces en que se obsesionó con algo y se entregó por completo por unos días; su madre no le dejaba regar las plantas de casa porque siempre acababa matándolas, bien por exceso de agua, bien por ausencia de ella.

—Todo va a salir bien, serán sólo unas semanas, después iremos donde tú quieras, lejos de aquí.

Helena sabía que Miguel estaba mintiendo pero era incapaz de enfadarse con él, despertaba en ella sensaciones que hacía años que no sentía.

—Alexey dijo que tú nunca te enfadabas y conmigo siempre estás con la escopeta cargada.

—Es lo que pasa con Alexey: los nuncas son siempre, y los siempre, nuncas.

—Pues vaya estafa eres entonces —decía riendo Miguel—. Vaya gol me ha metido el ruso contigo.

Después de aquello, ambos se vistieron con las ropas que tenían esparcidas por toda la casa, a cada prenda que Helena se ponía, Miguel se acercaba y se la volvía a quitar. En un momento dado, escucharon gritos, insultos y risas que venían de la calle.

—¡Fuera de aquí, maricones!

—¡Hijos de puta!

—No vengáis más, a ver si os pagan los sueldos que os deben, gilipollas de mierda.

Miguel se asomó por la ventana, sabía que debía ser algún coche de policía

local que habría pasado por el barrio.

—No es nada, son los niños de los vecinos, están jugando. Tengo que irme, gitanilla de Moscú. Te veo a la vuelta, instálate. Hay un supermercado aquí al lado, compra lo que veas.

Miguel dio un beso a Helena y se marchó.

«He cambiado Puerto Banús y Sotogrande por esto», pensó Helena cuando se quedó sola y soltó las maletas en su nueva habitación. La casa estaba limpia para estar deshabitada pero no parecía tener buenas instalaciones. Buscó sábanas limpias e hizo la cama, después de tumbarse a descansar las piernas unos minutos se levantó dispuesta a darse una ducha, preparó dos toallas y un vestido limpio, se colocó de pie sobre el estrecho plato de ducha y abrió el grifo de agua caliente. A Helena le gustaba que el agua le cayera por el cuerpo a muy alta temperatura, que se produjese vapor, que le quemase la piel; pero aquel agua no dejaba de salir fría, esperó un minuto y se bajó del plato de ducha; al bajar vio que la ventana del baño daba al comedor de una casa a unos escasos tres metros; la familia vecina, que estaba almorzando, dejó de atender la televisión para mirar a aquella nueva vecina desnuda y extranjera, los niños reían y la madre regañaba a Helena: «¡chiquilla, un poco de pudor, que estás en pelotas delante de los críos!»

Helena se tumbó de nuevo, avergonzada, sobre la cama; cansada como estaba, decidió esperar a que Miguel volviese de saludar a su hermano. «No tardes en volver, Miguel, no quiero estar sola».

Rogelio Cuaresma alternaba noches de espartano régimen abstemio y disciplinadas cenas compuestas por un par de verduras a la plancha y huevos duros con atracones de comida grasienta en horas intempestivas y grandes borracheras desde que había llegado al sur. En Madrid rara vez tomaba una segunda copa y sus horarios de comidas y sueño estaban cuadrados con la rutinaria precisión de una hoja de cálculo. Las pesadillas se sucedían noche tras noche, cambiando argumentos y manteniendo protagonistas y elementos externos, como los castillos y la tormenta de arena, el señor García y los incendios. El comisario Fernando González y las siete alcaidesas alborotaban su imaginación por las noches cuando se quedaba dormido.

La mañana del veintiuno de junio salió decidido a alquilar un coche y conocer el interior de la comarca. Camisa de manga larga remangada, pantalón corto. Se preguntaba qué podían tener en común los pueblos del interior con las zonas costeras en cuanto a narcotráfico se refiere en aquella comarca; hasta

donde él sabía, los términos municipales de Jimena y Castellar de la Frontera no tenían especial relación con las bandas mafiosas, por qué iban las alcaldesas a conseguir buenos resultados electorales y por qué iban a tener tal respaldo en las urnas combatiendo un problema que no les incumbía de forma directa. Aquellos dos bellos pueblos estaban a suficiente distancia y con unas carreteras sinuosas y en mal estado como para que a los narcos les interesase instalarse en ellos. «No es lo mismo sacar doscientos kilos de hachís por una autovía y una autopista que por aquellas carreteras de un solo carril por sentido»; decidió que sus siguientes pasos le llevarían hasta esos dos municipios y, de paso, visitaría sus castillos y probaría su gastronomía, se le antojaban especialidades en piezas de carne de caza: ciervo, corzo, venado. Alquiló un coche descapotable y se propuso conducir por aquellos parajes rodeados de altos alcornoques, quejigos y acebuchales. Rogelio se cubrió de protector solar para evitar quemar su blanca piel y se dispuso a subir a lo más alto del castillo de Castellar de la Frontera, donde había oído que en los años setenta y ochenta se habían instalado un puñado de hippies que se dedicaban a vender sus artesanías, viviendo a la sombra del castillo y que acabaron convirtiéndose en una parte más del decorado.

El viaje fue largo pero no se le hizo pesado, escuchaba música de una lista de reproducción de más de cuatro mil canciones que tenía instalada en el mp3 de la radio del coche. La temperatura era más alta que los días anteriores pero la humedad que traía el viento junto a la que proporcionaban los bosques refrescaban un poco la sensación térmica. Subió a lo alto del pueblo, visitó los puestos de los hippies, conversó con los hosteleros, contempló las vistas del embalse de Guadarranque; «se llama igual que el río que cerraron las autoridades para cortar el acceso a los narcoembarcaderos», recordó. Paseaba por los alrededores del castillo, se hizo un selfie en el balcón de los amorosos y se lo envió a su mujer con un mensaje; «ojalá estuvieras aquí», acompañado del emoji de un corazón verde. Preguntó a unos empleados si podría entrar a hacer una visita y le informaron de los horarios; «si te das prisa puedes verlo antes de que cerremos para comer, quedan cinco minutos para el cierre, te da tiempo a subir a ver las vistas, merecen la pena», le dijeron. Al entrar, junto al mostrador le llamó la atención un marco en el que se podía leer: «Gracias a las siete alcaldesas y a VCG por la rehabilitación y mantenimiento del Patrimonio del Campo de Gibraltar», a su lado había colgadas tres fotos del día de la inauguración tras las reformas que las siete alcaldesas realizaron, en las que aparecían todas sonrientes y mirando a cámara, haciendo entrega a un

vecino del pueblo de una llave medieval, la llave del castillo. En una de las fotos pudo ver un hombre corpulento vestido de uniforme, se acercó a comprobar su rostro, que le resultaba absolutamente conocido; «no puede ser él». Estaba bastante cambiado por el paso de los años y por el hecho de que estaba afeitado y en la actualidad se había dejado barba, pero estaba seguro de que aquel hombre era el comisario Fernando González. «No puede ser él, qué hace aquí». Decidió abandonar el pueblo y dirigirse hasta Jimena de la Frontera. Condujo por aquellas carreteras secundarias a la máxima velocidad que permitían las señales de tráfico, se formaban pequeñas caravanas de cuatro o cinco coches cada diez minutos, al principio de la misma siempre había algún coche antiguo manejado por un anciano. Cuando llegó a Jimena ya estaban abriendo las puertas del castillo para las visitas en horario de tarde, un par de familias extranjeras esperaban para entrar y Rogelio hizo lo posible por colarse.

—¡Oiga! Espere su turno que el castillo no se va a mover de sitio —le dijeron los encargados de vender las entradas.

Rogelio caminaba por las estancias del castillo buscando el cartel de inauguración de las siete alcaldesas, no estaba junto a la entrada ni junto al mostrador, pero sospechaba que estaba allí, en algún sitio. Siguió buscando y sólo daba con piezas de museo. Así que no le quedó más remedio que bajar a preguntar a los empleados que le habían regañado minutos antes.

—Disculpen, soy periodista. Mi nombre es Rogelio Cuaresma, del diario El País.

—Es usted un poco maleducado para ser alguien con tantos estudios como dice, pero bueno, dígame.

—Estoy investigando acerca de las ayudas, inversiones o subvenciones que recibe el Patrimonio Andaluz por parte de la Junta de Andalucía o algún otro organismo público; diputación, ayuntamiento...

—Esa gente... de esa gente no nos llega ni un euro. Como tengamos que esperar el dinero de Sevilla o Madrid podemos quedarnos a verlas venir. Aquí las únicas ayudas son privadas.

—¿Ningún ente público? ¿Ningún partido político?

—Ya sabía yo que usted iba por ahí. Sí, claro que hay un partido que ayuda económicamente: el VCG.

—¿Y tienen ustedes alguna placa de agradecimiento, fotos...?

—Sí, las tenemos en el asador que tenemos en la parte de atrás. Pero abre a las ocho y media de la tarde. Hay que tener reserva para poder cenar.

—Y ustedes no serían tan amables de dejarme entrar, ¿verdad? Sólo será un minuto.

—Así que quiere entrar...

—Sí, sería muy útil para mi artículo.

—Pues no puede, lo siento.

—Vaya, una lástima.

—Sí, una lástima.

Rogelio se quedó pensativo y dio un golpe sobre el mostrador.

—¡Vaya por Dios, joder!

El empleado se asustó y le miró extrañado.

—¿Qué es lo que pasa?

—Pues que me ha quedado una entrevista tan bonita con el empleado del castillo de Castellar... —dijo Rogelio— que esperaba poder completar el artículo especial de este domingo, de tirada nacional, completando el artículo con una entrevista al dueño del restaurante y a un trabajador, que bien podría ser usted.

El empleado se mecía la barba y escuchaba atento.

—¿Yo? ¿En el diario El País? ¿Este domingo...?

—Sí. Es un suplemento dominical en realidad, a todo color, con fotos. Una lástima, bueno... tengo que marcharme. Preguntaré en el castillo de Gibraltar si pueden recibirme.

—¡No! ¡Espere! En Gibraltar no, esa gente son *mu malajosa*. Espere un segundo, venga, venga. Pase por aquí.

El empleado acompañó a Rogelio al restaurante asador, al cual se accedía desde una de las puertas del castillo. A la entrada, junto a un recibidor antiguo adornado con lámparas con forma de antorcha y murales de telares antiguos se encontraban la placa de agradecimiento, exactamente igual que la del castillo de Castellar, y fotos de la inauguración; estas eran más recientes y el comisario aparecía luciendo una frondosa barba, sentado junto a la alcaldesa de Algeciras en una mesa del restaurante.

Rogelio salió disparado del castillo con intención de poner rumbo de vuelta a Algeciras, el empleado le gritaba mientras corría hacia el coche:

—¡Vuelva! ¡No ha hecho ninguna foto!

Cabello se encontraba de compras por el centro de La Línea cuando recibió una nueva llamada de Paquita Rosales, entró en el probador de una tienda y contestó a la llamada.

—Buenos días, Paquita.

—Buenos días, mi vida.

—¿Qué necesitas? Te reuniste con Catalán ayer, ¿no?

—Por eso te llamo, precisamente. Sigo esperando que cumpla su palabra, me ha dicho mi abogado de Gibraltar que no hay novedades. Dile que el plazo para el pago acaba esta noche, hazme el favor, mi vida.

Cabello pretendía sacar información a Paquita de los asuntos que se traían entre manos, ya que pensaba que, mientras ellos hacían negocios, él se estaba encargando del trabajo sucio. De todo el trabajo, en realidad.

—Sí, Paquita, llevamos un día de locos —mintió.

—A mí eso me parece maravilloso, ojalá trabajéis mucho; pero los plazos son los plazos, mi vida.

—Si es cuestión de pagos, lo lleva Jeffrey, él se encarga del tema,

—Ajá, Jeffrey —fue todo lo que dijo Paquita y colgó el teléfono.

Cabello se quedó sentado en aquel probador con las cortinas cerradas un par de minutos intentando averiguar qué clase de negocio se traían entre manos Paquita y Catalán; «él no entra nunca a Gibraltar, nunca le he visto cruzar la verja —se decía a sí mismo—, qué pago tendrá que hacer». Pasó la mañana entera de tiendas, tres camisas para él, un colgante para su mujer, un anillo de oro con la forma de una cabeza de león para su hijo mayor, la camiseta de la selección española para su hijo pequeño, se sentó en la terraza de un bar a fumar y tomar un café sin dejar de consultar Internet en su teléfono; tenía la cabeza ida, las emociones negativas se adueñaban de él, la envidia y la sensación de que le estaban traicionando volvían a su mente cada vez que conseguía limpiar su pensamiento, su imaginación recreaba situaciones en las que era el hazmerreír de la organización; «mientras yo me mato a trabajar, ellos se reparten el pastel». Ya había tenido esa sensación en otras ocasiones pero Catalán siempre conseguía apaciguarlas con dinero y el cariño que se profesaban. Esta vez parecía que no podría soportarlo, necesitaba estar al tanto de las decisiones, de los nuevos negocios, quién era ese ruso que había llamado a la puerta de Catalán, quién era la rusa que Miguel había traído a La Atunara aquella mañana, de qué pago en Gibraltar hablaba Paquita. Demasiados cambios, demasiadas cosas nuevas en la organización. Se encendía un cigarro tras otro, la presión se le hacía insoportable, necesitaba respuestas, necesitaba hablar con Catalán. Decidido como estaba a exigir información, dejó las compras en el maletero del coche y se dirigió a casa de Catalán, en El Zabal. Cuando llegó encontró a Catalán en el gran salón de su

casa, miraba en la televisión las noticias deportivas nacionales, que hablaban de los partidos de la liguilla de ascenso a segunda división B.

—Mañana es el gran partido, Cabello. Iremos juntos a verlo, ¿no?

—¿Qué quería Paquita Rosales, Catalán? —preguntó, entrando sin saludar en el gran salón.

Jeffrey contaba billetes en una mesa situada en una esquina del salón; naranjas, verdes, amarillos y, sobretodo, morados.

—Jeffrey, deja eso para luego, déjanos solos —dijo Catalán, serio.

Jeffrey dejó tres pequeños montones de billetes a un lado de la mesa, una calculadora en el centro y el resto de billetes apartados al otro lado. «No quiero empezar de nuevo después, esto ya está contado», decía en voz baja mientras apuntaba una cifra en un trozo de papel. Catalán se acercó a Cabello, se colocó delante de él con los brazos cruzados.

—¿Qué sabes? —preguntó Catalán.

—Sé que tienes que entrar a Gibraltar. Sé que tienes que hacer un pago a un abogado. Sé que están entrando muchos rusos en estas calles. Sé que desde hace dos semanas me encargo yo de todo.

Catalán escuchaba atento, la referencia a los rusos le sorprendió, había llegado a sus oídos que Miguel había llegado al barrio de La Atunara con una mujer rubia extranjera, «una guiri con dos *tetones*», fue lo que le dijeron concretamente, y que aún no había acudido a dar explicaciones.

—El ruso del otro día es un nuevo comprador —informó Catalán—. No he dicho nada porque aún no es nada seguro, tengo que estudiarlo bien. En cuanto me informe un poco y me decida a trabajar con él serás el primero en saberlo. Sé que últimamente te estás comiendo tú toda la mierda, pero se me está juntando todo; Paquita Rosales, los rusos, mi hermano Miguel acaba de salir en libertad. Te necesito más que nunca, Cabello.

—¿Y qué pasa con Paquita, qué te traes con ella?

—Eso no te lo puedo contar, tienes que confiar en mí.

Cabello se movía nervioso alrededor del gran salón, se encendió un cigarro aún sabiendo que Catalán no permitía que se fumase en su casa. No se lo reprochó.

—Eres mi hermano, jamás haría nada a tus espaldas, pero tienes que entenderme, me he visto involucrado en este asunto y no puedo hablar de él. Ven, sube conmigo a mi despacho —dijo sacando una botella de whisky de doscientos euros y dos copas de cristal de bohemia del minibar—. Vamos a brindar tú y yo, por nosotros dos y por nuestros hermanos, por Ezequiel y por

Miguel. Brindo por que estemos siempre juntos, los cuatro hermanos, brindo por que la Balona gane el partido de la liguilla de ascenso de mañana, brindo por que ganemos esta guerra al comisario, brindo por el pasado, Cabello, pero sobretodo, brindo por el futuro.

Catalán bebió de un sorbo la copa. Cabello dio un pequeño trago y dejó la copa sobre la mesa del despacho de Catalán.

—Está bien, hermano. Confiaré en ti —dijo Cabello con el semblante serio—. Me voy a casa. Está mi mujer esperando que vuelva, no he aparecido en todo el día.

—Sí, vuelve, no quiero tener que escucharla otra vez diciendo que no te ve, que trabajas demasiado. La verdad es que lleva razón, este año necesitas unas vacaciones, te las has ganado —dijo Catalán intentando calmarle con elogios.

—Tienes que subirme el sueldo, eso es lo que tienes que hacer, por tragar tanto y por cubrirte cuando no estás.

—Lo haré, juro que lo haré. En cuanto todo se estabilice un poco, ya lo verás.

Cabello dio un abrazo a Catalán y salió de la casa.

Dos lanchas planeadoras llegaban a la pequeña playa de Palmones a las siete de la tarde. Los clientes de un conocido restaurante a pie de playa observaban a plena luz del día cómo once hombres descargaban una de las lanchas y cómo la otra, de tamaño más reducido, abandonaba la orilla para desaparecer detrás de las industrias que contaminaban aquellas aguas. «Venga, vamos señores, este es mi equipo, este es el Real Madrid de los *gayumberos*, no se puede descargar más rápido», se escuchaba en el silencio que aquella escena había dejado en el gran salón del restaurante. Cabello apareció con un todoterreno en una calle sin más salida que la propia playa para que los once hombres cargaran el vehículo.

—Venga, tenemos siete minutos hasta que llegue la guardia —decía Cabello sin bajarse del asiento del conductor.

Cuando hubieron terminado de cargar el maletero del todoterreno, Cabello salió de aquellas callejuelas acelerando e incorporándose a la autovía por la primera salida del pueblo.

Cabello desapareció y los once hombres partieron de allí; seis de ellos en la lancha y otros cinco en un vehículo aparcado en un aparcamiento de tierra cercano.

—Bien, esta noche me doy un homenaje, esta guerra va a volvernos ricos a

los de abajo —dijo uno de los hombres.

—Ojalá dure mucho, no veía tanto dinero junto desde antes de la crisis, cuando tenía mi propio negocio.

—¿Qué negocio tenías tú? Si tú no sabes ni leer —contestó el primer hombre.

—Tenía una inmobiliaria, vendía pisos a diestro y siniestro. Aquello sí que era vida, iba con mi traje de chaqueta a enseñar casas a mis clientes, clientes que venían a mi oficina preguntando por mí. Dios, qué tiempos me tocó vivir.

—Esto tampoco está mal.

—Esto no tiene ni punto de comparación, si no has conocido otra cosa está bien, pero ser tu propio jefe... joder, no hay sensación igual.

Los demás hombres del coche callaban y escuchaban, ya que todos eran más jóvenes que él y nunca habían trabajado en otra cosa que el narcotráfico.

—Hacedme caso a mí, el dinero entraba en casa como el aire por las ventanas.

Los más jóvenes mandaban mensajes a las mujeres que esperaban nerviosas su regreso.

El teléfono sonaba sin parar en el despacho de Fernando González, si el comisario hubiese contestado habría encontrado al otro lado del auricular al periodista Rogelio Cuaresma solicitando una cita que el comisario no estaba dispuesto a conceder. «Tengo indicios de que las cosas no se están realizando con cargo a la ley», esperaba poder reclamarle el periodista. Los agentes de policía que hacía un par de días pasaban la llamada de forma directa al despacho del comisario no facilitaban información del paradero de la máxima autoridad que combatía el narcotráfico en la ciudad y la comarca entera, la única respuesta que obtenía era que recibiría una llamada por parte del comisario.

Rogelio pasaba las horas investigando, leyendo periódicos, artículos antiguos sobre narcotráfico, sobre el ascenso de las siete alcaldesas hasta conseguir ganar en los siete municipios, sobre las mafias instaladas en la zona, sobre ascensos en la policía. Cuando saturaba demasiado su cabeza salía a pasear por el Paseo de la Cornisa y, cuando llegaba hasta la playa del Rinconcillo, volvía. Se solía sentar en unos bancos junto al cementerio, desde donde obtenía una vista panorámica de una de las terminales de contenedores del puerto de Algeciras, por el camino se cruzaba con deportistas, jóvenes y jubilados sobretodo, a los que preguntaba sobre sus preocupaciones; «el alto

desempleo», decían los más jóvenes, «la inseguridad», contestaban los jubilados. Hizo amistad con un par de pescadores a los que veía a diario, «aquí no tenemos nada mejor que hacer, la vida en esta ciudad se ha vuelto insoportable», decían cuando Rogelio preguntaba por sus oficios. Los pescadores tenían dos hijos uno, dos hijas el otro; «quieren irse a estudiar fuera, aquí no hay trabajo para ellos, todos los jóvenes se van a estudiar a Sevilla, a Granada, a Madrid, los que se quedan aquí acabarán enchufados en el puerto o corriendo por la playa cargando fardos de hachís, unos meten la mercancía legal, otros la ilegal; para eso sirve esta ciudad, para todo lo demás hay que volar de aquí», le explicaban con la mirada triste y un gesto de resignación.

En uno de sus paseos le asaltó la noche sentado en un banco del paseo marítimo observando las idas y venidas de barcos por la bahía mientras la tarde caía y el cielo se iba oscureciendo. «Mataría por una tortilla de camarones y una cerveza», dijo y se levantó en dirección a un bar cercano que conocía de otras noches tontas como aquella. De camino al bar se encontró con un bar de copas cercano al cementerio, había permanecido cerrado hasta aquel día, en que empezaba oficialmente la temporada estival. Desde fuera se veían varias mesas altas en las que se sentaban, en su mayoría, personal administrativo y ejecutivo de las oficinas cercanas. Le llamó la atención una mujer con el pelo rubio platino cuyo corte le resultaba familiar; se trataba de la alcaldesa Josefa Rodríguez. Estaba sentada sola en una de aquellas mesas altas, consultaba su teléfono móvil y parecía esperar a alguien. Rogelio decidió camuflarse cerca, se escondió tras una pequeña muralla y pasó un par de minutos expectante. Entonces, cuando ella guardó su teléfono móvil, vio que un hombre con barba se acercaba por la espalda y le acariciaba el hombro con el reverso de la mano. Llevaba dos mojitos en las manos, los soltó sobre la mesa y se quitó la chaqueta. Rogelio intentaba adivinar desde su posición si se trataba, como sospechaba, del comisario Fernando González, pero no podía estar seguro desde aquella distancia, así que optó por acercarse hasta las cristaleras del local, se tapó la cara con la mano, fingiendo tomarse la temperatura de la frente y llegó hasta la entrada del pub, sacó su teléfono móvil e hizo una foto de la pareja. Estaba convencido de que se trataba del comisario, pero no podía entrar a comprobarlo si quería permanecer oculto. El seguridad del local se acercó a Rogelio: «disculpe, ¿está usted bien? ¿Quiere entrar?» Ni siquiera contestó y se largó de allí tosiendo como si le hubiera dado un ataque.

Más tarde aquella misma noche Rogelio se presentó en la Jefatura de la Policía Nacional pidiendo reunirse con el comisario, le tuvieron en una sala de espera por más de cuarenta minutos hasta que le dieron paso.

—Disculpa que no te haya devuelto las llamadas, estamos muy ocupados con esta guerra —tuteó el comisario para recibirle.

—No tiene importancia, ya sé por qué no me las ha devuelto —contestó de forma directa, seca.

El comisario interpretó la respuesta como una chulería impropia de él.

—Ah ¿sí? Cuénteme... —dijo volviendo a hablarle de usted.

—Ahora entiendo por qué intentaba despistarme con la propuesta de escribir noticias buenas sobre la ciudad, ya sé por qué me facilitaba información con cuentagotas. Pero déjeme decirle que usted se ha equivocado conmigo.

El comisario intentaba mostrar tranquilidad pero se rascaba la barba y se atusaba el pelo mientras escuchaba.

—Entiendo que son dos personas casadas y no quieren que se filtre. ¡Usted y la alcaldesa tienen una aventura! A mí esas informaciones no me interesan lo más mínimo, no trabajo en la prensa rosa, no hacía falta que intentase despistarme con absurdas propuestas de poder mediático y opinión pública, ustedes son libres de hacer lo que estimen oportuno.

El comisario sonrió, espiró el aire que tenía contenido de una sola vez.

—Vaya, veo que a usted es difícil engañarle. Lleva razón pero no significa que no considere importante que escriba usted esos artículos, señor Cuaresma.

Rogelio parecía decepcionado con las palabras del comisario, esperaba alguna disculpa, alguna confesión más dolorosa, aunque era cierto que no le importaba su vida sentimental, sí que consideraba que una persona infiel no era una persona digna de su confianza. Rogelio se levantó y se despidió con un saludo policial, mostrando sus respetos al comisario, o más bien a aquello que representaba el comisario, la autoridad, la policía y el cumplimiento de las leyes, puesto que a la persona que encarnaba esos ideales le había perdido gran parte del respeto.

Las luces de la casa de Catalán estaban encendidas cuando Miguel llegó a la calle en que vivía en el barrio de El Zabal, aunque el sol todavía no se había ocultado del todo.

—Buenas noches, Jeffrey. Déjame pasar que tengo que hablar con mi hermano.

—Escucha, Miguel. Tu hermano lleva dos días *estresao*, no le calientes mucho la cabeza, por favor.

—No te preocupes por nada. Puedes cogerte la noche libre si quieres, ya me quedo yo aquí con él —dijo Miguel—. Yo me pasaré más tarde a recoger las cajas de los restaurantes. Vete esta noche al «Riachuelo» y diviértete. Aguantar dos días seguidos a mi hermano en ese estado debe tener su recompensa.

—Muchas gracias, Miguel. La verdad es que me vendrá bien desahogarme un poco. Tú sabes, bailando.

Miguel cerraba la puerta riéndose mientras sujetaba a los perros para que no escaparan. Bailando dice, el puto negrito putero. Subió las escaleras hasta la primera planta en la que estaba el despacho de su hermano, en el que solía pasar las noches.

—Buenas noches, hermano.

—Vaya... —respondió—. ¿Cómo tú por aquí?

El silencio reinaba mientras Miguel se acercaba a su hermano, que permanecía sentado junto a un ordenador y una pistola.

—¿Dónde te has metido estos días?

—Pues he estado en Tarifa, con Ezequiel y esa novia que tiene ahora. Lo hemos pasado bien.

Catalán callaba, a Miguel empezaba a encendérsele el rostro.

—Hace calor en tu casa, hermano. ¿No tienes aire acondicionado?

Catalán seguía callado mientras se masajeaba las ojeras con los dedos índice y pulgar. Miguel empezó a sudar. Miraba las paredes del despacho, el techo, tenían humedades y la pintura estaba desconchada.

—Tienes que darle una manita a esto, hermano, se cae a pedazos.

Los ojos de Catalán se enrojecían y las arrugas de la frente se le tensaban. El tiempo pasaba lento para Miguel, el viento del sur entraba por la ventana del despacho de su hermano trayendo olor a mar, a la unión entre esas dos aguas que tantas veces había cruzado en una lancha, reconocería su olor entre cuarenta mares diferentes.

—¿Pero tú te crees que yo soy gilipollas, subnormal de la polla?! —gritó Catalán levantándose de un brinco.

Miguel retrocedía de espaldas a la puerta. Su hermano estaba fuera de sí.

—¿Tienes idea de la mierda que estoy tragando ahora mismo por el capricho de follarte a la puta que le has robado a la mafia rusa de los huevos?

Miguel conocía a su hermano y sabía que intentar razonar con él en ese

estado era tarea imposible.

—Hermano, déjame que te explique, pero cálmate un momento, yo no he robado nada. Y sé que parece que lo he hecho pero la verdad es que ella ha venido a mí. Y tú la has visto, joder, no es tan fácil rechazarla. Y acabo de salir de la cárcel, hermano. Y ese ruso es un mamón y no nos respeta. Y me ha costado mucho venir aquí a contártelo.

Catalán lanzó la botella de whisky que había abierto con Cabello hacia su hermano, quien consiguió esquivarla y taparse la cabeza protegiéndose de los cristales rotos.

—Perdón, perdón, perdón, perdón —repetía sin parar Miguel.

Catalán se calmó por un momento.

—Ahora vas a ir y vas a pedirle perdón a Alexey, exactamente de la misma forma en que me lo estás pidiendo a mí.

Los cristales rotos ocupaban el suelo de toda la entrada al despacho y la arena esparcida por el pasillo estaba mojada por el whisky derramado. Miguel miraba a su hermano con extrañeza.

—No te reconozco, hermano. El Catalán de hace cuatro años no se pondría a las órdenes de un forastero aquí en su propio territorio. Qué mierdas pasa aquí. Soy yo el único que va a mirar por la supervivencia de la familia Montoya o qué. Joder, qué decepción, primero quieres abandonar La Línea y después te cagas en los pantalones con un gordo al que le quedan tres colacaos.

Catalán daba vueltas en círculo alrededor de su despacho pisando los cristales.

—¿Escuchas el ruido al pisarlos? Yo sólo puedo escuchar el crujir de la arena, Miguel. No puedo pensar, no puedo saber qué debo hacer, creo que no estoy tomando las decisiones adecuadas.

Cuando comprobó que su hermano se estaba tranquilizando, Miguel se acercó a abrazarlo. A Catalán le caían lágrimas y mocos sobre el hombro de Miguel.

—Pero joder, ¿de dónde sale esta puta arena?

El viento del sur dejó de soplar de golpe y las luces de la casa se apagaron durante tres segundos, las de las farolas de la calle se encendieron en ese preciso momento.

—Llama a Jeffrey, dile que suba a limpiar esto, pero no quiero que me vea llorar.

—Le he dado la noche libre, hermano. Yo lo limpiaré.

Catalán fue al cuarto de baño y se limpió la cara, las negras ojeras se habían desinflado un poco.

—Me gustaría dormir —dijo Catalán.

—Ya, bueno. ¿Qué podemos hacer? —preguntó Miguel.

—Vamos abajo, tengo otra botella de whisky.

Los hermanos Montoya empezaron a beber y a recordar anécdotas e historias del pasado, desde que Miguel había salido de la cárcel no habían tenido oportunidad de sentarse, como solían hacer, en torno a una mesa y al calor de una botella para hablar, hacerse confesiones y programar los proyectos futuros que la organización necesitaba para sobrevivir.

—¿Por qué decidiste que había que marcharse, hermano?

—Es el momento, no podemos quedarnos aquí por más tiempo. Lo hemos manejado todo por demasiado tiempo, los puestos directivos en este gremio no duran tanto sin sufrir alguna caída. Yo perdí a mi hermano por cuatro años, la próxima vez serán veinte.

—¿Qué haremos? Yo no sé hacer otra cosa.

—Todos los negocios son iguales, Miguel. Sólo necesitamos la dedicación y la ilusión, igual que hicimos aquí. O no te acuerdas ya de los inicios; éramos dos niños y los viejos no nos tomaban en serio.

—Fue una transición difícil, al menos Gallo tenía a su hermano perdido, lejos de aquí tirado en alguna cuneta, de haber permanecido aquí no hubiese aceptado echarse a un lado y dejarte a ti al cargo.

—La oportunidad lo es todo, cuando aparece una hay que aprovecharla porque no volverá a ti si la dejas pasar. Y esta es nuestra oportunidad de dejar todo esto atrás. Puedes coger a esa rubia y montártelo por tu cuenta si quieres, tenemos la oportunidad de haber pasado por aquí y salir indemnes, victoriosos.

Miguel miró a su hermano fijamente, obvió responder que él no había salido indemne, que las noches en la cárcel eran eternas, que las mañanas no tenían el olor a libertad y que el viento que llegaba al patio de presos no traía el aroma a mar con el que ambos habían crecido, el mismo que llegaba a aquel despacho en el que ambos compartían botella.

—Te apoyo, hermano. Estaré contigo, pase lo que pase, pidas lo que pidas, no dudes de mí, ni de mi compromiso con la familia. Lo único que me preocupa es la venganza de Alexey.

Catalán apuró su copa e intentó tranquilizar a su hermano. Tardaba menos de tres minutos en servirse de nuevo. Tenía sobre la mesa de su despacho un

espejo con siete gramos de cocaína volcada, que consumía a razón de raya por copa.

—Tranquilo, Helena y tú estaréis bien. Yo me encargo.

—Gracias, hermano. ¿Y qué pasa con la arena? ¿Por qué hay tanta?

—No lo sé, Miguel. ¿De dónde sale? ¿Cómo puede llegar aquí, tan lejos?

—Está el suelo lleno.

—¿Sabes cuántos cubos saca Jeffrey todos los días? Cubos y cubos...

—Ya veo...

—Y del restaurante... también. Cubos y más cubos, ¿de dónde sale? — preguntó Catalán mientras preparaba una raya, lloraba y la esnifaba.

—¿Crees que la Balona ganará mañana, Miguel?

—No lo sé, hermano.

—Tenemos buen equipo. Los delanteros son rápidos.

—Sí, son buenos.

—¿Crees que vendrá el coco, Miguel? ¿Crees que vendrá? ¿Qué haremos si viene?

—No creo que venga.

—¿Y si viene...? ¿Me llevará, nos llevará?

—No puedes seguir así, hermano. Tienes que intentar dormir, o dejar de beber, o dejar de consumir.

—Llévame arriba, Miguel. Al balcón. Llévame al balcón. Quiero ver cómo amanece por detrás del peñón.

Subieron y las horas pasaron entre conversaciones de hermanos y la noche levantó su manto de estrellas. El sol empezaba a adivinarse tras el peñón de Gibraltar; como si fuera un parto, la gran roca expulsaba una gigante bola de luz y calor que llenaba de naranjas y celestes las montañas, los almacenes y las viviendas que rodeaban la casa de Catalán.

—El sol siempre llega impuntual a esta ciudad, sólo aquí amanece tan tarde, ¿seguro que quieres que nos vayamos? —preguntó Miguel.

—Ya está decidido. Nadie se queda en esta ciudad para siempre, ya lo sabes. Ven conmigo, vamos a recoger a Jeffrey. Tiene mucho trabajo por delante, le espera un día largo.

A Helena le desvelaron los motores de las barquitas pesqueras que se lanzaban a la mar en torno a las cinco de la mañana, comprobó que Miguel no había vuelto y empezó a deambular en la oscuridad temprana de la vieja casa. Se asomaba a las ventanas esperando su vuelta; no veía a nadie por las

oscuras calles. La mitad de las farolas estaban encendidas y la otra mitad fundidas, lo único que se podía oír cuando se alejaron las barcas era el sonido de las olas del mar chocando contra las rocas en la orilla. Decidió asomarse a la azotea subiendo por una estrecha escalera con baldosas rotas que caracoleaba hacia arriba, cuando llegó a lo más alto de las escaleras y, tras sentir cómo partía varias telarañas y arrastraba con el hombro el caliche de la pintura seca de las paredes del pasillo, dio con una reja de color verde que se encontraba cerrada con llave y le impedía el paso. Se quedó allí, sentada, apoyó la cabeza en la reja y miró al cielo de la bahía, que empezaba a iluminarse. Se sentía prisionera junto a aquellas rejas que se le antojaban como las de una celda. Cerró los ojos y se quedó dormida al relente de la noche. El sonido de dos motores que se acercaban empezó a inquietar su sueño hasta que abrió los ojos, sentía que ambos se acercaban pero existía una distancia considerable entre ellos. Estiró el cuello para intentar ver de qué se trataba y pudo ver unas luces que caían de los cielos; reconoció el sonido del motor. Estaba segura de que se trataba de un helicóptero y supuso que el otro motor que no era capaz de reconocer era el de una narcolancha que cruzaba el Estrecho a toda velocidad. «He cambiado una cárcel de oro por otra de cemento y cal», dijo en voz baja. El ruido de los motores se alejó y las luces dejaron de iluminar aquel barrio pesquero que volvía a sumirse en la oscuridad, a Helena le parecía una oscuridad mayor a la que se cernía sobre aquel tejado antes de que se produjese la persecución en aquellos minutos previos al amanecer, siempre a la sombra del peñón.

A las siete menos diez de la mañana Catalán y Miguel abrieron la cancela trasera del hotel «Riachuelo» intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a las chicas que, según el horario del club, habrían terminado los servicios prestados un par de horas antes.

—El puto negro de los cojones siempre se emborracha y amanece aquí en cama de alguna de las nuevas, las pobrecitas que no saben pararle los pies —decía Catalán mientras giraba la llave de la gran puerta de cristal que daba acceso al club.

—Bueno, cada uno se lo monta como puede —dijo Miguel—. A Jeffrey le mola el rollo putero y a las chicas no parece que les disguste mucho.

—¿Quién no les disgusta, el enano calvo negro? Es cierto eso de que para gustos, los colores...

—Sí, nunca mejor dicho. A lo mejor las chicas están cansadas del mete y

saca y Jeffrey es más cariñoso con ellas, por el tema de ser caribeño. O igual es que como es negro le llega la polla a la rodilla.

—A ver dónde coño se ha metido, espero no tener que ir cuarto por cuarto —dijo Catalán.

—Yo busco fuera, en las tumbonas de alrededor de la piscina —dijo Miguel, escaqueándose por una puerta.

Catalán abría las puertas una a una sin hacer ruido. En la primera habitación dos niñas morenas de poco más de veinte años dormían desnudas en dos camas individuales que habían juntado para formar una cama doble. Ambas tenían los pechos operados y se mantenían firmes y duros pese a estar tumbadas. En la siguiente habitación una chica de treinta años seguía despierta hablando por el móvil, tenía medio gramo de cocaína volcada sobre un pequeño ordenador portátil en el que tenía puesta música dance a bajo volumen.

—Tsh, perdona guapa, ¿has visto a Jeffrey?

—Sí, Catalán, ese hijo de puta pasa aquí todas las noches. Últimamente se está quedando en la habitación número cuatro, con una pava que acaba de llegar de Dos Hermanas, la muy puta.

A Catalán no dejaba de hacerle gracia que las mismas putas utilizarasen la palabra puta para insultar.

—Vale, cariño, acuéstate pronto que llevas mucha marcha —dijo cerrando la puerta lentamente.

Cuando se dirigía a la habitación número cuatro escuchó unos gritos que venían de abajo, del patio.

—¡Catalán, me cago en la puta! ¡Baja, corre! ¡Corre!

Bajó corriendo las escaleras mientras se escuchaban abrirse las puertas de las habitaciones donde dormían las prostitutas. Cuando llegó abajo encontró a su hermano inmovilizado mirando el cuerpo de Jeffrey que flotaba en la superficie del agua de la piscina.

—¡Me cago en Dios, me cago en el puto Dios! —decía Catalán intentando acercar el cadáver a uno de los bordes de la piscina haciendo olas con la mano.

Tres chicas llegaron al patio donde los hermanos intentaban rescatar el cuerpo sin vida de Jeffrey. Empezaron a gritar y a llorar abrazándose sin poder mirar al muerto. Catalán consiguió sacar el cadáver y posarlo sobre las losas de colores que bordeaban la piscina, el cuerpo tenía un tono pálido, los labios morados y los ojos muy abiertos. Sobre la camisa blanca de Jeffrey habían

escrito un mensaje con rotulador:

TIENES EL PLAZO CUMPLIDO. ES MEJOR QUE CAMBIES DE GESTOR DE PAGOS.

Miguel lo leyó y miró a su hermano a los ojos.

—¿Qué quiere decir esto?

Catalán callaba y respiraba de forma entrecortada. Las chicas seguían llorando hasta que una de ellas, la que ocupaba la habitación número cuatro, se acercó al cuerpo pálido y sin vida.

—Pobre Jeffrey mío, siempre supe que, en el fondo, eras igual de blanco que nosotros.

Capítulo 08. De Madrid.

*“Ay, de Madrid han venido
Cuatro pintores
Para pintar a la virgen
De los dolores.”*

—Buenos días a todos —se dirigió Catalán al resto de mandos de «los Gallos»—. Os he mandado llamar porque, debido a las circunstancias actuales y a los últimos acontecimientos, necesito mayor compromiso por parte de todos vosotros. Esta guerra nos está haciendo un gran daño económico. Sé bien lo que se comenta en las lanchas: que si ahora se paga mejor, que si esta guerra es más de lo que ya teníamos antes de que el comisario se enfrentara al Ministro del Interior; pero estáis equivocados: esta guerra nos está poniendo en una situación muy delicada, no sólo con respecto a la sociedad que empieza a darnos la espalda; la gente del pueblo reniega de nosotros cuando salen un par de muertos en los periódicos, y no les culpo. Los agentes que han llegado desde Madrid a vencernos en esta sucia guerra han asesinado a sangre fría a un hombre cercano al clan, un hombre cuya única familia éramos nosotros, todos nosotros. Wilfredo Bautista o Jeffrey, como le conocíamos todos, era, como ya sabéis, un hombre que llevaba en esta organización casi desde el principio. Un hombre fiel; a nosotros, a él mismo y a nuestro propósito. Sobretudo a nuestro propósito. Por eso, por su lealtad y su compromiso, nunca dijo una palabra más alta que otra y por eso, aunque sea una decisión difícil, he decidido que votemos si Jeffrey tendrá entierro o no.

Estas palabras formaron un revuelo en el enorme salón del «Marinera 1». Voces a favor y en contra, suspiros y caras de desaprobación formaban el ambiente de aquella mesa larga sobre la que los jefes de «los Gallos» exponían sus opiniones.

—Catalán, aunque tengamos una guerra encima no podemos negarle a un hombre un entierro. Jeffrey era un hombre religioso y se lo merecía —dijo Gusanito.

—No estamos hablando de Dios aquí —intervino Ramón Sánchez «Churrero»—. Se trata de la seguridad y la libertad de todos nosotros. Si nos juntamos y le damos un entierro facilitaremos, y mucho, una labor de

investigación que, de otra forma, podría llevarles meses. Yo voto «no» al entierro.

—Como bien ha dicho Catalán, Jeffrey era un paisano que no tenía familia —añadió Felipe «Paisano»—. La mejor forma que tenemos de honrarlo es que contribuya a lo que dio su vida, a la supervivencia de la organización. Yo voto «no» también.

Manuel Bravo «Lola» pidió la palabra, visiblemente afectado.

—En este momento me parece que no os conozco; estáis a punto de negarle la última voluntad a un buen hombre, un hombre para el que la religión era importante. No entiendo cómo sois capaces. Dime Catalán, si yo fuera el muerto, ¿tampoco me daríais un entierro?

Catalán no contestó y apuntó el voto de Lola a favor del entierro en un papel. Van tres a uno por ahora, fue lo único que dijo.

—Yo voto por arrojar el cadáver al agua en mitad del Estrecho —dijo Abraham Cruz «Cojo»—. ¿A quién le importa otro negro más en el fondo del mar? ¿Quién iba a investigarlo si sube el cuerpo a la superficie?

Las palabras de Abraham «Cojo» levantaron la ira de los partidarios del entierro:

—¡Hijo de puta! ¡¿Así tratas a los tuyos, desgraciado?!

—¡Parece que no os dais cuenta de que estamos en una guerra, joder! —dijo Churrero— Yo no voy a dejar que, por culpa de un puto negro, dejen a mi familia sin padre, ni por cuatro años ni por cuatro días.

El ambiente se crispaba por momentos. Miguel observaba aquellos hombres discutir como nunca los había visto; la guerra estaba afectando a las relaciones internas. Le parecía mentira el nivel de paranoia que habían alcanzado algunos para ser una organización en la que el único detenido y encerrado en toda su historia había sido él.

—¿Tú qué opinas, Miguel? —preguntó Cabello—. Tenemos que votar todos.

—¿Qué más da lo que yo vote? —dijo mirando a su hermano con desprecio—. Al final tiraréis el cuerpo en mitad de la bahía.

Catalán tomó la palabra tras escuchar las opiniones de los socios.

—Con mi voto y el de Cabello ya tenemos mayoría, por lo que queda decidido que Jeffrey no tendrá entierro, queda por determinar qué haremos con los restos.

Manuel «Lola» se levantó de la mesa y se marchó sin decir nada. Catalán le miró con odio; no podía tolerar faltas de respeto de ese tipo. Si no fuera

porque estaban en medio de una guerra ya estaría pensando de qué forma lo castigaría; pero ahora no podía desviar su atención de otros asuntos más importantes, casi de supervivencia.

—¿Alguien más quiere irse? —dijo creándose un silencio tenso de unos diez segundos, cuando comprobó que todos seguían en sus asientos y le prestaban atención retomó la palabra—. Me gustaría volver al tema del compromiso. Cuando las cosas han ido bien he sido generoso con todos, creo que los mejores años que hemos conocido han sido conmigo al mando. Yo he ganado también mucho dinero gracias a vosotros, pero en este momento la organización necesita que todos apretemos el culo un poco más.

Las caras de los socios se fueron arrugando, ninguno de los allí presentes quería verse obligado a anunciar malas noticias a sus hombres más cercanos.

—Voy a suspender los pagos durante un mes, necesitamos reponernos económicamente y hacer un par de inversiones necesarias para que esto siga andando. Todos hemos tenido años de vacas gordas y ahora toca apretarse el cinturón con las flacas, es como con la crisis de hace unos años.

Nadie dijo nada; sabían que la suspensión de pagos caería como un jarro de agua helada sobre los escalafones más bajos del clan. Los jefes podrían sobrevivir con las ganancias de tantos años, pero los recién incorporados y los que no eran habituales en los trabajos, así como quienes descargaban en la playa, tendrían serias dificultades para afrontar un mes sin ingresos.

—Las familias normales sobreviven con cuatrocientos euros al mes, joder, esta gente gana cuatro mil euros en una hora. No me miréis así, sé que es una putada, pero la empresa lo necesita.

—Las familias normales no tienen el nivel de vida que tienen los nuestros, Catalán. Tú no les ves nunca, siempre estás aquí en el restaurante o en tu casa. No bajas a pisar la arena de las playas desde hace años —dijo Gusanito.

—Eso, Catalán. ¿Cuánto hace que no pisas la arena?

—Entiendo el enfado, os entiendo a todos, pero no hay otra opción.

—¿No vamos a votarlo? —preguntó Cojo.

—No. Esto es por imposición, no hay otra opción.

Miguel se levantó de la mesa y se acercó a la puerta.

—No hemos terminado, Miguel —dijo Cabello.

—Te doy mi voto. De todas formas no sirve de nada; no me habéis contado los planes desde que he salido del talego.

Catalán miró a su hermano mientras salía. La situación se le iba de las manos y no se veía capaz de controlar las reacciones de los demás, además

tenía a Alexey y Paquita Rosales esperando novedades. «Tendré que entrar esta noche a Gibraltar, no me queda otra opción», pensaba. Aún no había podido pensar qué haría con Ezequiel, esperaba que pasasen unos días y se fuera de gira con Miguel Poveda para ver si a Alexey se le pasaba el ataque de ira y orgullo.

Ezequiel salió del restaurante pocos segundos después de Miguel, que seguía en la puerta de la terraza, dirigiendo la mirada hacia el peñón.

—¿Qué te pasa con tu hermano, hermano? —preguntó Ezequiel encendiendo un cigarro y colocándose en la poca sombra que daban las paredes del restaurante.

—No vemos las cosas igual, siempre nos ha pasado.

—Entiendo.

—Está como hipnotizado, como si le hubiesen hecho magia negra y no atendiera a razones.

—Bueno, *eh* un hombre que tiene que tomar decisiones *ar* final. Decisiones importantes.

—Pero no ve las cosas desde mi punto de vista, joder.

Ezequiel miraba a Miguel, que seguía admirando embelesado el peñón, cautivado por su atrayente presencia.

—Mira hermano, yo estoy contigo a muerte, tú lo *zabes* pero, a veces, hay que echarse a un *lao*. Las cosas son como tú las quieras ver, depende del punto de vista, del ángulo desde el que lo mires. Mira el peñón, por ejemplo.

—¿Qué pasa con el peñón? —preguntó Miguel.

—Tú y yo somos de aquí, de La Atunara; para nosotros el peñón es blanco, es una roca blanca y tiene forma *alargá* así *parriba*. Puntiajado.

—Sí, claro, ya sé cómo es el peñón; es lo único que se ve aquí todos los putos días, es lo único que sigue ahí. Lo único que no cambia.

—Claro, el caso es que si le preguntas a algún subnormal de Algeciras te dirá que no, que el peñón no es puntiajado ni de roca blanca, el muy hijo de la gran puta *especial* de los huevos te dirá que es así como *aplastaíto*, con mucho verde, muchos árboles y que de picudo y rocoso no tiene nada. Los desgraciados se creen que pueden venir desde la otra punta de la bahía a decirnos cómo es el peñón a nosotros, que lo tenemos ahí al *lao*, que lo podemos tocar con la mano.

—Comprendo —dijo Miguel.

—Pero tampoco se puede decir que nosotros llevemos razón y que ellos estén *equivocaos* —continuó Ezequiel.

—Ya.

—En lo que todos estamos de acuerdo es que está lleno de putos *llanitos* y monos ladrones. Ladrones los monos y los *llanitos*, los dos.

—Hombre, eso es así; ahí no hay punto de vista, ni ángulo, ni pollas en el culo.

—Lo que te quiero decir es que eres el pequeño, Miguel. Y nadie piensa que vayas a vivir más que tu hermano. Tienes que 'empezá' a utilizar la cabeza —dijo Ezequiel agarrándole por el hombro.

Miguel veía cómo se acercaban los camareros de los restaurantes a iniciar el turno de mediodía. Hablaban sobre el partido de la Balona de esa noche, sobre el ambiente de la ciudad, la cantidad de coches que habían venido a ver el encuentro; sobre los rumores de que Jeffrey se había suicidado y que no había sido asesinado por la policía. «Eso no era posible, tendría que ser alguna otra banda, pero ninguna se atrevería, tenía que ser un suicidio». Miguel vio cómo llegaba Rocío «Cuatrodedos»; la camarera a la que había defendido unos días antes, quien le saludó con una sonrisa y un gesto con la cabeza, se fijó en que ocultaba su mano para no mostrar el dedo amputado.

—¿Qué le pasó con Paquita a la niña esa?

—Fue muy fuerte, hermano. Hace un par de años. La cría no habría cumplido ni veintidós, llevaba desde los dieciocho sacando tabaco para la esquizofrénica de Paquita. Según cuentan, la niña era la mejor escondiendo los cartones y cajetillas en los bajos de un coche, era casi imperceptible para los guardias civiles en los controles; sacaba cargamentos ella sola. Hasta que un día le dio por pedir más dinero a Paquita, amenazándole con que se iría con otra gente si no le pagaba más. Paquita entró en cólera, la agarró con sus ciento diez kilos y se sentó sobre ella, la niña no se podía mover. Había testigos que juran que dijo que, como era lesbiana, sabía que lo más importante para ella eran los dedos, así que le cortó el dedo corazón, que es el más largo y el que más placer podía dar. Dicen que reía como una loca y gritaba que ella prefería mil veces una polla que cuarenta dedos como ese que le acababa de cortar. La niña dejó el contrabando de tabaco y vino a pedir trabajo a tu hermano, que se lo dio por pena. La verdad es que no tenía ni idea de atender mesas y, al principio, estaba más preocupada de que los clientes no vieran su dedo amputado que de coger bien la bandeja, y que le resultaba más difícil sujetarla teniendo un dedo menos. Jeffrey le regañaba diciéndole que cogiera la bandeja con la otra mano pero ella insistía, decía que los clientes no querían que les sirviese una mano con cuatro dedos.

Miguel dio un beso en la mejilla a Ezequiel y se acercó a Rocío, que fumaba sentada sobre una moto mientras los demás camareros hablaban sobre el partido de la Balona.

—¿Ha vuelto a molestarte el de la otra noche?

—No, Miguel, gracias.

—Si te dice algo, dímelo.

—No creo que lo haga, no es peligroso. El padre creo que es dentista.

Dos policías de menos de cuarenta años vestidos de paisano llamaron a la puerta del despacho del comisario Fernando González.

—Buenas tardes. Adelante, pueden pasar.

—Señor comisario, buenas tardes. Somos de asuntos internos.

El comisario soltó el bolígrafo que utilizaba para firmar documentos oficiales de la policía.

—Vaya, parece que este papel es el último que firmo, ¿no es así?

—Ya sabe usted, esto ha llegado demasiado lejos. Su comportamiento y sus declaraciones son del todo inaceptables.

—No tienen que darme explicaciones; han venido de Madrid directos a fulminarme. Ustedes se limitan a cumplir órdenes y eso deben hacer.

—Y eso haremos —dijo uno de los dos hombres.

—¿A quién dejarán al cargo? —preguntó el comisario cesado.

—Eso ya no es de su incumbencia; ahora sólo debe preocuparse de hacer las maletas y volver a Madrid lo antes posible.

—Eso haré —dijo Fernando.

Los dos hombres se levantaron y se despidieron del comisario recién cesado. Sacó su teléfono personal del bolsillo de su chaqueta y realizó una llamada.

—Josefa, esto ha terminado. Tendrás que continuar con el siguiente.

Tras colgar se levantó y se asomó al gran ventanal desde el que se observaba la carretera que daba acceso a la ciudad. Pensó en que echaría de menos aquella entrada: los concesionarios de coches con sus leones disfrazados de comerciales de ventas, los cuatro o cinco subsaharianos que esperaban en la entrada de Cruz Roja a que alguien les llevase algún regalo; algo de ropa, zapatillas o zapatos, una oportunidad de trabajo recogiendo aceitunas o fresas, lo que fuera, echaría de menos sus caras de ilusión y desengaño, sus risas cuando veían pasar un descapotable. «Intentaré no hacer mucho drama», dijo e hizo llamar a su segundo, el inspector jefe Luis García.

—Vuelvo a Madrid, me han liquidado, ni cinco minutos han tardado; no han investigado, no han registrado nada, sabían a lo que venían.

El inspector jefe Luis García puso un gesto triste, torcido, aunque no le cogía por sorpresa; sabía desde el día en que acusó al Ministro del Interior de dar la espalda a la comarca que acabarían cesándole. «Mucho han tardado», pensó.

—Le echaré de menos, tiene que despedirse del equipo, los agentes han confiado en usted y le han seguido en esta guerra.

—Mañana pasaré a despedirme, hoy tengo que arreglar unos cuantos asuntos.

Fernando no lloraba pero parecía que en cualquier momento podría empezar a hacerlo.

Miguel caminaba a su encuentro con Helena, a quien no había visto desde hacía casi veinticuatro horas, cuando se cruzó con un antiguo amigo del colegio. Lo reconoció enseguida, a pesar de las cicatrices y de lo consumido que lo tenían las drogas. Tenía su misma edad pero aparentaba tener cincuenta, se movía despacio y los vaqueros los llevaba manchados de tierra.

—¿Tienes por ahí un *leuro, supollita*?

—Qué de tiempo, Pablo. ¿Cómo estás?

El yonki levantó la mirada con unos ojos verdes que brillaban como cristales.

—Yo te conozco a ti. Mierda. ¿Quién eres, mierda? —decía con incoherencia.

—Soy Miguel Montoya.

—Joder, Miguel. Coño, Miguel. Hostia puta, Miguel.

—¿Qué es de tu vida, Pablo? —dijo Miguel intentando encontrar a la persona que sabía que debía estar dentro de aquel ser afectado por el alcohol, las drogas y la vida.

—Miguel, tío, invítate a una *cerve*. Por los viejos tiempos. Por cuando íbamos juntos al colegio.

Miguel desistió de su empeño de ahondar en cosas personales y entró a una tienda preguntando:

—¿Te da igual la marca?

—Me da igual. Pero que no esté fría; me gusta a temperatura ambiente.

Miguel salió con dos latas de Cruzcampo, una muy fría y otra templada. Anduvieron un poco y se sentaron en el bordillo de una acera.

—¿Desde cuándo estás en la calle, Pablo?

—No estoy en la calle. Vivo en una casa con mi parienta; tienes que venir a verla. De hecho, tienes que venir a verla hoy mismo.

Caminaron un poco más y se pararon junto a unos bloques de pisos de tres plantas que estaban cubiertos de grafitis y suciedad, en las paredes había marcas de algún fuego que se les había ido de las manos. Miguel entró siguiendo a Pablo en aquellas viviendas que no estaban terminadas, estaban vendidas pero aún no las habían terminado de construir. «Una movida de las licencias y de la constructora —dijo Pablo—; que se han quitado de en medio con el dinero, los sinvergüenzas». Pablo empezó a reírse fuerte mostrando las pocas piezas dentales que le quedaban y reflejando un brillo en sus preciosos ojos verdes. Miguel comprobó cómo aquellos ojos conservaban la misma profundidad que tenían cuando el niño que ahora era ese hombre tan castigado reía años atrás. Pablo paró de reír de golpe y siguió mostrando su vivienda a su viejo amigo.

—¿Dónde está tu parienta? ¿No está en casa?

—Estará trabajando.

—Entiendo —dijo Miguel, quien comprendió enseguida que su mujer era prostituta; de alguna forma, compartía aquello con Pablo.

—Ella se pone por detrás del Carrefour. Es un buen sitio, hay un carril de tierra para aparcar y no te ve nadie. La gente busca eso: la intimidad.

—Ya. Bueno, otro día la conoceré. ¿Necesitas algo? Tengo que irme.

—Bueno... si te sobra para otra *cerve*. Si no tienes, no pasa nada. Me alegro de verte. Han pasado muchos años.

Miguel dio veinticinco euros a Pablo y se marchó. Al salir se encontró con una toxicómana de frente que, supuso, sería la novia de Pablo que vendría de hacer la calle. Pese a todo, sentía que aquello era amor verdadero. La ausencia de celos, la forma en que hablaba de ella, el amor sobre todas las cosas; por encima de las drogas y de la prostitución. «¿Acaso hay alguna relación perfecta, sin problemas?», pensó.

Cuando caminaba alejándose de allí empezó a escuchar gritos. Alguien preguntando por el dinero, una voz al grito de puta, maricón como respuesta, alguien pidiendo respeto. Siguió andando y no miró hacia atrás hasta llegar a la vieja casa en que había dejado a Helena. Miguel sabía que el recibimiento no sería con flores y fuegos artificiales. Entró a la vivienda y no la vio, la buscó por las habitaciones y no dio con ella, subió por las sinuosas escaleras para ver si se encontraba en la azotea, cuando llegó arriba la vio apoyada en

las rejas que cortaban el acceso, tenía la cara con marcas de haber llorado.

—Me prometiste París, gitano de mierda, hijo de la gran puta —fue el saludo que encontró por parte de Helena.

—Lo sé —dijo Miguel mientras se sentaba junto a ella.

—Me has metido en otra cárcel. No puedo ni salir afuera a tomar el sol.

Miguel sacó un manojito de llaves de su bolsillo y abrió la desconchada reja sobre la que apoyaban sus cabezas.

—Esto no es ninguna cárcel, ojalá hubiera tenido yo esta azotea los cuatro últimos años.

—Dijiste que si alguna vez me tenían secuestrada en la torre de un castillo con un dragón escupiendo fuego acudirías a rescatarme, gitano de mierda.

—Y aquí estoy. He venido a rescatarte de esta torre de marfil en la que te has secuestrado tú sola —dijo Miguel aguantando la risa.

Después cogió a Helena de la mano y la acompañó fuera, el sol brillaba y caía con fuerza sobre el suelo caliente del tejado de aquella casa. Se asomaron al bordillo y se encontraron una vista panorámica de la zona, las barcas pesqueras a un lado del peñón, los grandes buques portacontenedores al otro, las familias salían de sus casas con sombrillas y neveras a pasar el día en la playa de Levante, los torsos y piernas y brazos morenos llenos de tatuajes, las cadenas de oro, las motos cruzando las calles pilotadas por niños de diez años, todo tenía un color diferente aquel mediodía de junio, el barrio olía a pescaíto frito, a mar y arena de playa, las sonrisas de la gente humilde, el aroma a humo de hachís que lo impregnaba todo.

—Yo jamás te encerraría, puede que esté dos días sin verte, puede que me metan preso y no me veas en veinte años, puede que me caiga un día de una lancha y los delfines del Estrecho se coman mi cuerpo... pero no te encerraría.

Helena miraba con desaprobación a la boca de Miguel mientras hablaba. Todo el rencor que había ido acumulando no desaparecería con cuatro palabras, no dejaba de pensar que la había utilizado; se había encaprichado como un niño mimado de ella y ahora se había cansado. «Tengo que darle un escarmiento para que no me lo haga pasar mal», pensaba mientras Miguel se explicaba.

—Bueno, vale. Muy bien. ¿Dónde me vas a llevar para que se me pase? —preguntó Helena sonriendo con una mirada celeste y penetrante.

—Ven, ponte un bikini, vamos a bajar a la playa. No has visto en tu vida una playa como la de levante en un día sin viento.

Helena entró al cuarto a cambiarse y Miguel fue detrás. Se quitó los

zapatos, que tenían algo de tacón.

—Qué bajita eres —bromeó Miguel, alegre.

—¿Sí? ¿Te gustaría que fuera más alta?

—No hay forma de que me gustes más de lo que me gustas.

Cuando la vio quitarse el vestido que llevaba no pudo (no quiso) controlarse y se dirigió hacia ella, empujándola sobre la cama. Helena respondió a la agresividad con agresividad; mordió la boca de Miguel y le daba golpes en el pecho y en los hombros, forcejearon sobre el colchón mientras hacían el amor; «me dijiste París, gitano de mierda», decía Helena mientras Miguel trataba de sujetarle los brazos agarrándola por las muñecas. «Ni rastro de melocotón, ni rastro de amor, esto sólo huele a fracaso», pensó Miguel.

Tras hacer el amor, Helena se preparaba para salir a la playa, buscaba todo lo necesario y daba vueltas por la habitación desnuda, como siempre. Miguel, en cambio, pensaba en cosas estúpidas: en cómo podía ser que la raja del culo le llegase a la misma altura a una rusa que a una española, en el tacto de esos pezones; tan diferentes a los de su anterior novia, Macarena. ¿Por qué había rasgos físicos que cambiaban con las razas y otros que no? Pensaba en cosas absurdas que le hacían comprender lo poco importante que era aquello que les separaba. Cuatro o cinco reglas humanas, excusas europeas de una historia antigua y caduca en las que no creía. Empezó a pensar en el inabarcable arco de expresiones rusas que jamás entendería, las que ni siquiera llegaría a escuchar y que para ella suponían la infancia, el calor que da sentir que perteneces a un sitio y a una gente, ese gen primerizo que nos empuja a camuflarnos, a mimetizarnos en el ambiente, en todo ese gentío con el que no sentimos más conexión que el acento y un par de recetas de cocina.

—¿Por qué me hablas siempre de París? ¿Qué tiene de malo Moscú? —preguntó Miguel desde la cama desnudo, cubierto con una pequeña sábana.

Helena le miró, sonriendo, con un gesto compasivo, casi maternal.

—Siempre has vivido aquí, ¿verdad? Nunca te ha interesado moverte.

Miguel afirmó con la cabeza.

—Yo creo que todo el mundo sueña alguna vez con desaparecer. O, al menos, todo el mundo con un poco de curiosidad. Yo soñaba con desaparecer de mi vida y ver la grieta que dejaba en mi mundo, el espacio que dejaba; hay gente que se pasa la vida soñándolo y otra que se marcha a buscar otra vida. Podía salirme bien o podía salirme mal. También soñaba con volver cuando pasaran unos años y ver cómo todo seguía igual pero yo había cambiado, que

los lugares y las personas que dejé seguían ahí, casi iguales; que yo era la que había dejado de ser igual y, como si fuera una pieza deformada que ya no encajaba en el puzzle, comprobar que ahora era diferente a la grieta que dejé en su día. Ahora que han pasado los años pienso distinto a todo eso. Yo no podría volver a Rusia, no podría volver y encontrar que aquella ya no es mi casa, ni mi gente, comprobar que ya no pertenezco a aquel lugar, que ya no tengo una patria ni un lugar al que volver cuando todo vaya mal, me da miedo sentir esa sensación. Por eso no podría volver a Moscú.

Miguel escuchaba la explicación de Helena con la extraña sensación de saber a qué se refería. Él no había cambiado de país, ni siquiera de ciudad; sin embargo, un día le habían arrebatado todo lo que tenía y le habían sumergido en un infierno a tan sólo veinte kilómetros de su casa, de su gente. Ahora había vuelto y no era capaz de reconocer todo aquello que había echado de menos. Pensaba que esa nostalgia que sentía era perra y puta, pero que, al fin y al cabo, tenía razón. Jamás se lo diría a Helena pero, en el fondo, sentía que era ahora el momento en que desearía desaparecer de La Línea, alejarse de la arena, del viento, de las lanchas, de las pateras, de los gitanos, de su familia, de los problemas. Su hermano pretendía traspasar el negocio y abandonar el lugar, pero no era aquel el cambio que le gustaría; tampoco lo era el grabar un disco con Ezequiel. En aquel momento y, aunque suponía que no era más que una ilusión, lo único que sabía con certeza que quería tener era a Helena.

La alcaldesa Josefa Rodríguez tenía programado presentar al pregonero de la feria de Algeciras en el Parque María Cristina, un poeta de la ciudad que había publicado un libro de poemas para adultos; no pudo cancelar su asistencia cuando se enteró de la cesión del cargo del comisario Fernando González para no levantar sospechas.

—Tenemos que aparentar normalidad, no podemos faltar a eventos a los que no faltaríamos —llegaron a un acuerdo las siete alcaldesas—. Tienes que ir y actuar con naturalidad, Josefa, aún no conocemos el alcance de la investigación.

—Además aún no se sabe quién le va a suplir en el cargo.

—Sí, el comisario González ya no servía de nada a la causa. Se le había subido a la cabeza el éxito.

Todas las alcaldesas seguían allí, argumentando, viendo venir el inesperado cambio de sentido que había tomado la dirección de la policía en la ciudad más importante de la comarca. Las siete estaban preocupadas. No era un buen

momento para el cambio, convenían todas; en año de elecciones nacionales y un año antes de las locales. «Tenemos poco margen de maniobra», repetían unas y otras.

Así que, tal como tenían previsto, a las nueve en punto de la noche la alcaldesa Josefa Rodríguez tomó la palabra sobre un escenario en el que se sucedían las actuaciones musicales.

—Buenas noches a todos, familias. Es un placer como siempre poder anunciar el pregón de la Feria Real de Algeciras, hoy a cargo de uno de esos nombres que dan notoriedad a nuestra bella tierra. No podemos dejar que los últimos acontecimientos manchen el nombre de esta ciudad, de esta comarca, que está constituida y formada por personas de bien, de españoles que se levantan todos los días a trabajar, que tienen sus niños escolarizados, que hacen el bien para sus iguales y acogen al forastero recién llegado. No podemos dejar que esta absurda guerra, que es librada por las fuerzas del orden contra las mafias extranjeras que se instalan aquí para intentar ejercer el dominio sobre la gente con prácticas que nada tienen que ver con nuestro pueblo, afecte a nuestra vida cotidiana; no podemos consentirlo. Por eso, aquí seguimos.

Los aplausos se sucedían a cada nuevo halago que la alcaldesa dedicaba a sus paisanos, las luces de feria con los colores azul celeste y amarillo de la ciudad alumbraban los árboles del parque de estilo francés, además de la noria, las murallas, los restos y las ruinas árabes que se conservaban de la época meriní. Casi mil personas ocupaban las sillas de plástico que se habían situado en el centro del parque frente al escenario. Tras las barras donde las jóvenes camareras elegidas por el ayuntamiento servían cervezas y refrescos se agolpaban decenas de personas esperando ser atendidas. La alcaldesa seguía su alegato como si se tratase de un meetieng de su partido en el que ofrecía su discurso político coreado por los militantes; la gente estaba entregada a sus palabras: empleo, dignidad, educación, infraestructuras eran las promesas que más repetía.

—Por último y, antes de ceder la palabra al pregonero, cuyos versos han conquistado todo el país y gran parte de Sudamérica, me gustaría enviar un mensaje al señor Ministro del Interior.

El silencio se hizo patente enseguida. Las voces de los pequeños comerciantes que vendían artesanías eran las únicas que se escuchaban. En aquel momento de incertidumbre, a nadie le extrañaría que la alcaldesa enviara unas palabras duras contra Madrid. «No tiene pelos en la lengua doña

Josefa», se escuchaba entre el público; «es la única que mira por nosotros, por nosotros no mira nadie más».

—Esta misma tarde hemos conocido el cese fulminante de un gran trabajador público, un servidor de todos ustedes que ha puesto su vida en juego, a disposición de todos los ciudadanos, enfrentándose a esas mafias de países donde la única ley es la de las armas, un hombre que no ha vacilado a la hora de señalar y detener a los narcotraficantes más peligrosos de Europa, un hombre que ha declarado la guerra a las drogas, un hombre que ha señalado el abandono que sufrimos en esta tierra alejada de la capital, donde nuestra palabra llega cansada después de seis horas de tren, donde nuestras orillas protegen su reinado, donde nos hacemos cargo de las pobres criaturas que llegan sin un pedazo de pan que llevarse a la boca. Me gustaría decirle al señor ministro que, por una vez, dejen los políticos nacionales de mirar por sus propios intereses y que apoyen a Algeciras y a todo el Campo de Gibraltar.

Los aplausos subían y subían hasta alcanzar un volumen ensordecedor, los asistentes al evento se levantaron de sus asientos para aplaudir unas palabras que cuestionaban las decisiones que se tomaban en Madrid. El cese del comisario apenas se había hecho público para la mayor parte de la ciudad cuando la alcaldesa ya pedía responsabilidades.

—Ahora sí. Cedo la palabra al poeta, a José Aragón. ¡Muchas gracias, buenas noches!

La alcaldesa bajó del escenario y desapareció por las puertas traseras del parque, dejando al público con el pregón del poeta, quien conseguía arrancar algún aplauso aislado pero siempre lejos del fervor que había obtenido minutos antes Josefa Rodríguez. Algunos de los asistentes se levantaron al poco de despedirse la alcaldesa. Las barras volvieron a llenarse de clientes sedientos y ruidosos. Las luces de colores celestes y amarillas alcanzaban cada esquina de cada edificio mientras formaciones de gaviotas en su característico dibujo en forma de «V» sobrevolaban el inmenso cielo en dirección norte.

La noticia no tardó demasiado en llegar a los territorios donde «los Gallos» ejercían su dominio. Por las calles del barrio de La Atunara se escuchaban pocas voces contrarias a la decisión tomada por el ministro, la mayoría festejaba la noticia como si fuese la victoria de la Balona en el partido que se celebraría aquella misma noche; con más énfasis incluso,

lanzándose a las calles a celebrarlo: «volverán los pagos, ni un solo día ha durado el corralito», que era como habían decidido llamar a la decisión de Catalán de cancelar los pagos.

Catalán veía las noticias nacionales intentando buscar alguna noticia sobre el partido de la liguilla de ascenso a segunda división B en la cocina del restaurante, pero todos los informativos abrían con la misma noticia y titulares parecidos:

LA VENDETTA DEL GOBIERNO, AJUSTE DE CUENTAS, OJO POR OJO

Cabello parecía contento con la noticia, Catalán no.

—Ahora mandarán un comisario aún peor desde Madrid, a este le teníamos cogida la medida. Teníamos buena suerte con él al mando de la policía —decía intentando concienciar a Cabello.

—Mañana pediré a los policías que tenemos en nómina que me informen lo antes posible del nuevo comisario —decía Cabello mientras picoteaba de los platos en el breve espacio de tiempo en que los cocineros los emplataban y los camareros los servían.

Los restaurantes estaban a reventar de gente, muchos empleados de la organización celebraban la caída del comisario y se encontraban en estado ebrio. Los dos televisores daban la señal del estadio de la Balona, donde se disputaría el partido. Apenas quedaba media hora para que comenzase. El estadio había llenado el aforo, se habían vendido todas las entradas y desde los restaurantes podían oírse los gritos de la afición que había acudido a las gradas, ya que el estadio no estaba lejos de allí. Catalán salió a los salones del restaurante y vio el espectáculo que daban los miembros que molestaban a los clientes. La ira se apoderaba de él. Se acercó a un niño de unos dieciocho años, al que no había visto en su vida, que gritaba y exhibía un fajo de billetes naranjas de cincuenta.

—Niño, me cago en tu putísima madre, guarda eso —dijo dándole un capón—. Los días de corralito acaban de empezar. Que nadie piense que el nuevo comisario será menos duro en esta guerra, se mantienen los impagos por ahora. ¿Y qué coño pasa, que en esta puta empresa no trabaja nadie?

Los miembros que se encontraban celebrando la noticia del cese del comisario apuraron sus cervezas y salieron del restaurante, dejando sólo a los que habían acudido a ver el partido y a las familias no pertenecientes al clan que cenaban en silencio, con el ruido de la afición que emitían los televisores y el que traía el viento desde el estadio mezclándose en una desacompañada

melodía de voces y cánticos.

—Cabello, tengo una cosa importante que hacer esta noche. Nos vemos mañana temprano, a las nueve te quiero ver en mi casa.

—Pero, ¿qué dices? ¿No vas a ver el fútbol? Llevas años esperando este partido...

—Hoy no puedo. Lo escucharé por la radio.

Cabello se quedó petrificado, no conocía a nadie que sintiese el amor por los colores blanco y negro de la Balona de la misma forma que aquel hombre que se marchaba por la puerta, dejando atrás un partido histórico; debía de tratarse de algo de una importancia capital para que no se quedase a verlo, para que no acudiera al estadio, para que no bajase a los vestuarios a animar a los jugadores.

Catalán salió al aparcamiento de su restaurante. Vio su coche cubierto de arena. «Cuándo ha llovido barro —se preguntó—. Puto viento del desierto, maldita calima». Cuando se dirigió a él vio que el resto de los coches allí aparcados estaban limpios, sin una mota de polvo.

Entró al vehículo y comprobó en el asiento del copiloto la bolsa de deportes con los dos millones y medio de Paquita Rosales. Arrancó el coche. Encendió la radio y un cigarro. Se dirigía a la frontera para cruzar la verja. Se disponía a entrar a Gibraltar casi treinta años después de que la pisara aquella última vez cuando aún era un niño. La imagen de los catalanes escalando el peñón, la traición a los españoles en favor de los ingleses, el pitido inicial que daba comienzo al partido más importante de la década sonando en la radio, el hijo de Ramón «Churrero» sangrando por la nariz después de golpearle, los monos gritando y saltando como si fuera un baile, (que viene el coco, que viene) sus pesadillas cayendo al vacío convertido en uno de aquellos catalanes; todo aquello le venía a la mente cuando se colocó el último en una cola de más de veinte coches. «Joder, encima esta puta espera. Qué cola más lenta, coño», decía mientras golpeaba el volante y miraba la bolsa sobre el asiento de cuero. Los policías nacionales españoles comprobaban los documentos de identidad y pasaportes de los que entraban al territorio, daban el alto, recogían los documentos y cotejaban uno a uno que se tratara de los ocupantes del vehículo. Cuando llegó el turno a Catalán apoyó su DNI contra el cristal de su coche. Una policía le dio paso, le era familiar el rostro y el pelo de aquella mujer, pero no sabía de qué; quizá serían imaginaciones producidas por la cocaína y la falta de sueño. «Bueno, un control menos», dijo mientras llegaba a un puesto de frontera en el que no había nadie. Un policía

español y otro gibraltareño fumaban y charlaban detrás de una garita; daban paso con la mano a los conductores y seguían fumando. «Ya casi estoy dentro», pensaba. Al llegar al último control vio cómo hacían bajarse al conductor del coche que llevaba justo delante. «Perfecto, si a este de delante le hacen bajarse y le inspeccionan el vehículo, a mí me dejarán pasar sin problema, es cuestión de estadística», decía en voz baja, hablando consigo mismo. Se escuchó un tremendo «¡uy!» que, sin duda, provenía del estadio, a un escaso kilómetro de allí; la radio lo narraba con un poco de retardo, unos tres segundos que se le hacían eternos. Los agentes inspeccionaron el vehículo que tenía delante en la cola y le dejaron continuar su marcha hacia el interior de la colonia inglesa. Llegó el momento de Catalán de pasar el último control. Apoyó de nuevo el documento de identidad contra el cristal del vehículo. El agente, vestido con el uniforme de la policía gibraltareña y su característico bombín le dio el alto.

—Buenas noches, ¿a qué viene?

—Buenas noches, señor agente. Vengo a echar gasolina —respondió Catalán, muy serio.

—¿Qué lleva en la bolsa? —preguntó el agente depositando su mirada en ella.

—Nada, ropa de deporte. Vengo del gimnasio y me he dicho: seguro que hay poca cola en la frontera con todo el alboroto del partido y, como tengo que hacer un viaje mañana, he decidido venir a repostar.

—Está bien, abra el maletero.

—Claro que sí, señor agente —dijo Catalán, aliviado por haber desviado la atención de la bolsa con el dinero.

El agente caminaba a paso firme hacia el maletero mientras Catalán quitaba el seguro del coche. Otro policía de Gibraltar llegó al puesto en que le habían parado, saludó a su compañero en inglés y siguieron hablando en español. Cuando el policía abrió el maletero Catalán pudo sentir cómo los dos agentes le encañonaban desde la parte de atrás de su vehículo y le gritaban. Se acercaron a él y le ordenaron que apagara el motor y pusiera las manos sobre el volante. Lo hicieron a gran velocidad y elevaron la voz con un acento extraño dirigiéndose a la ventanilla del conductor. Catalán no sabía qué estaba pasando y, siguiendo las órdenes que le dieron los agentes cuando pudieron comprobar que no estaba armado, se apeó del coche. «Que viene el coco, que viene; ya viene». Los agentes colocaron a Catalán contra su propio vehículo y procedieron a esposarlo.

—¿Qué pasa, qué he hecho? ¿Qué cojones hacéis? —gritaba Catalán mientras forcejeaba.

Los demás agentes acudieron al lugar donde se efectuaba la detención desenfundando sus pistolas.

—Dejadnos, nosotros nos encargamos —dijo un policía nacional español.

—De eso nada, lo hemos detenido en suelo gibraltareño.

—Es ciudadano español, lo llevaremos a una prisión española tarde o temprano. Podemos ahorrar burocracia.

—Me da igual la burocracia, que la familia tenga que comerse las horas que hagan falta en la cola de la frontera si quiere venir a ver a este asesino.

Catalán reaccionó a la palabra asesino.

—¿Asesino quién, yo? No he matado a nadie en mi vida, cabrones, ¿de qué habláis?

—¿Sí? Y a este negrito entonces, ¿qué? ¿Se te ha olvidado dejarle la ventana bajada para que respire? Maldito hijo de puta, mafioso traficante de personas, asesino —le decía el agente británico mientras asomaba a Catalán al maletero de su coche donde se encontraba el cuerpo sin vida de Jeffrey.

Catalán se quedó sin palabras, sentía como si el cerebro le hubiera provocado un cortocircuito, sentía fuego en su cabeza, en su rostro y en sus ojeras, que estaban más hinchadas de lo habitual. Los policías españoles cejaron en su intento de llevarse a Catalán a suelo español y dejaron que procedieran a la detención y posterior encarcelamiento en la prisión de Gibraltar, donde le llevarían como sospechoso de asesinato. Mientras lo llevaban esposado y lo introducían en el coche patrulla se pudo oír una fuerte ovación, seguida de otras de mayor intensidad hasta que, un par de segundos después, las gradas del estadio de la Balona desembocaron en un ensordecedor e inconfundible grito de gol. La Balona había marcado el primer gol en su partido de ascenso, en casa, junto a su afición. Catalán sonreía mientras le agachaban con fuerza la cabeza al subirlo al vehículo policial.

Rogelio Cuaresma era uno de los asistentes al pregón de la Feria Real de Algeciras. Había prestado especial atención a la presentación de la alcaldesa. En cuanto ella terminó volvió al piso que tenía alquilado hasta final de mes en aquel paseo marítimo que ya le era tan familiar como si se hubiera criado allí. Conociendo como conocía a la alcaldesa no le había resultado extraño que hablase más de su ciudad que del pregonero, ni que hablara maravillas del recién cesado comisario; sólo un detalle en su discurso le parecía llamativo y,

releyendo las notas que tomó y la grabación que hizo cuando tuvo oportunidad de entrevistarla dio con lo que era. Rogelio había pasado varios meses en el País Vasco cubriendo el fin de ETA cuando anunciaron el cese de la violencia, reconocía algo en aquel discurso que había presenciado muchas veces, más de las que le hubiera gustado, en las declaraciones públicas que los nacionalistas vascos realizaban por las plazas de los pueblos más pequeños. En aquellos discursos la palabra extranjero aparecía con frecuencia. Él lo interpretaba como un ente hacia el cual proyectar todos los problemas de la población; «los extranjeros hacen esto y aquello». Sabía bien que aquella acusación era la base de cualquier nacionalismo exitoso: la diferenciación del autóctono frente al forastero; ciudadanos de primera y de segunda; la falta de crítica con su propio pueblo. Entonces decidió acudir al archivo de noticias que Internet le proporcionaba. Empezó a buscar cuántas detenciones se habían realizado en los doce años que llevaba el comisario Fernando González al mando de la comisaría. Una tras otra, de principio a fin las noticias hablaban de redadas, detenciones y condenas a narcotraficantes de origen extranjero; en su mayoría eran marroquíes pero también encontró noticias de tres colombianos y dos ucranianos. La única noticia relacionada en la que aparecía un ciudadano español y, además, del Campo de Gibraltar, era la detención hacía cuatro años de Miguel Montoya, el hermano de Rafael Montoya «Catalán». Rogelio esbozó una pequeña y ligera sonrisa, apenas perceptible para cualquiera que se encontrase allí. Todo empezaba a cobrar sentido. Debía ponerse en marcha sin perder un solo minuto. Frente a él se encontraba la inmensa fortuna de afrontar una situación compleja y misteriosa en la que si conseguía demostrar y publicar la verdad podría desencadenar la caída de varias personas poderosas o, al menos, las disculpas y explicaciones de las mismas; lo que él siempre había considerado el sueño de cualquier periodista.

A última hora de la tarde en la playa de Levante apenas quedaban bañistas. Los camiones ambulantes que vendían helados de vainilla y chocolate seguían allí instalados mientras los niños llegaban en pequeños grupos. «Yo lo quiero de fresa». «Y yo de nata». «Lo siento niños; sólo tengo de vainilla y chocolate». «Está bien, payo; pues de vainilla y chocolate». Helena observaba cómo Miguel jugaba con los niños pequeños del barrio en la orilla de la playa. Hacían castillos de arena y llegaban las olas y los destrozaba, después probaban a hacerlos más lejos, donde las olas llegaran sólo lo justo para que llenasen de agua de mar las zanjas que habían construido a modo de fosos pero

sin la fuerza necesaria para derribar la estructura. Cada vez que empezaba un castillo el resultado era mejor, más especializado, con más detalles y los niños parecían más felices y reían más. Cuando por fin consiguió el castillo perfecto abandonó la tarea y volvió a tumbarse junto a Helena sobre la toalla que compartían, una toalla de flores verdes y moradas de dos por dos metros, ideal para parejas, le habían dicho en la tienda.

—Me gustan tus labios cuando están salados —dijo Miguel, quien encontraba a Helena distante.

—Ya, gracias.

—¿Vienes conmigo al agua? Tengo calor, tanto construir castillos...

—No, estoy bien aquí. Ya hace algo de frío.

Miguel desistió de su empeño y fue corriendo a zambullirse en el agua, corría con una cadencia extraña para que su pelo bailase con el movimiento, a Helena empezaba a disgustarle su altanería pero no sabía expresarlo en español, de haberlo sabido seguro se lo habría dicho. Cuando Miguel volvió exprimió su pelo mojado sobre la espalda de Helena, que se encontraba tumbada boca abajo, dio un respingo y se levantó gritando palabrotas en ruso, o eso pensaba Miguel, que no las entendía. Los escasos grupos de personas que quedaban en aquella playa empezaron a reír y Helena se sintió avergonzada al ver a la gente pendiente de ella.

—Cuando llegemos a casa verás, gitano de mierda.

—Oye, ¿qué tienes tú con los gitanos? Los llevas todo el día en la boca.

—Yo no llevo nada en la boca —contestó Helena, esforzándose por parecer seria.

—Sí, algo sí que llevas —dijo Miguel acercándose para besarla.

Helena se apartó demostrando que seguía enfadada. Miguel se quejaba del mal carácter que tenían las rusas.

—¿Sois todas así o es que yo he tenido buena suerte?

—No tienes ni idea de mujeres, ni de las rusas ni de las demás —respondió Helena.

—Bueno, ya va siendo hora de irse —ordenó Miguel.

—Sí. Tengo algo de hambre. Al menos sabrás cocinar, ¿no?

—Pues claro, ¿quién crees que estaba en los fogones al principio, cuando los restaurantes empezaban a prosperar? —mintió.

Helena permanecía callada mientras recogía sus cosas. «Quizá el problema es que estoy cansada —pensó—. Y estoy pagándolo con él, que no tiene culpa». De pronto, al mirarlo volvió a verlo como la primera vez: gracioso,

especial, maleducado y con buen corazón. Sabía que las relaciones tenían altibajos pero no le parecía normal que los hubiera tan pronto. También sabía que no era una relación común. Por un lado pensaba que estaba exigiéndole que fuera, prácticamente, un marido. Por otro lado, no podía olvidar que la había dejado encerrada en una casa sin darle explicación alguna. Las dudas empezaban a presentarse con una intensidad férrea, con olor a fracaso. Necesitaba irse a dormir para ver qué pensaba a la mañana siguiente; ese era el único remedio que conocía para las situaciones que se le presentaban en su vida en las que no sabía qué camino escoger. «Mañana lo veré todo mas claro», pensó.

Miguel sacudía sus pies de arena antes de entrar a la vieja casa de La Atunara. «No quiero ensuciar, tampoco voy a tenerte todo el día limpiando», bromeaba para mosquearla. «Sí, no sé cómo podría limpiar una mansión tan grande como esta yo sola», respondía Helena, irónica.

—Ven, dame un beso.

—No —dijo ella.

—No me obligues a obligarte —dijo Miguel agarrándola de la cintura.

—¿Qué es esto? —preguntó Helena—. ¿Una cana?

Miguel salió disparado en busca de un espejo en el que mirarse. Al fin le había salido su primera cana. La seña de identidad de los Montoya al fin se abría paso en su cabeza. En pocos años sería un gitano moreno con el pelo y la barba blanca. «Estoy madurando», pensaba. Tocaba su cana y la peinaba de un lado a otro. «Me miré esta mañana y no me la vi —le decía a Helena—. Tengo que llamar a mi madre y decirle que estaba equivocada, tengo que enseñársela».

Mientras hablaban junto a la puerta de la vieja casa le llegó la noticia, unos niños de doce años a los que había mandado Cabello le informaban.

—Miguel, han detenido a tu hermano.

Soltó las bolsas de playa y la pequeña nevera en la que aún quedaban cervezas y Coca Cola y fue corriendo hasta el restaurante «Marinera 1», donde sabía que encontraría a Cabello. Cuando entró en el salón donde se reunían los jefes del clan encontró a Cabello solo, sentado en el sillón que solía ocupar Catalán y esperando a que llegasen el resto de los socios.

—¿Qué mierda ha pasado? —preguntó Miguel.

—Ha sido en la frontera con Gibraltar, Miguel. Tu hermano entraba con dos millones de euros. No es una condena grande, le soltarán pronto —respondió Cabello—. Le acusarán por delitos de blanqueo, pagará la fianza y saldrá en

libertad a la espera de juicio; ya está todo hablado, lo teníamos previsto por si ocurría. Teníamos decidido que si le detenían en alguna de las entradas que hacía habitualmente él se apartaría mientras salía el juicio. No tienes de qué preocuparte.

A Miguel le parecía raro que su hermano entrase a Gibraltar y, según le contaba Cabello, aquella sería solamente una de tantas otras. No le encajaba. Conocía a su hermano y sabía que cruzar la verja no podía ser un hábito normal en él.

—¿Sólo podemos esperar, entonces? —preguntó.

—Sí, ahora mismo hay que esperar, pero tú tienes que hacer una cosa.

—Dime, lo que haga falta.

—Tienes que ir a casa de Paquita Rosales, el dinero que estaba ingresando esta noche era suyo. Quiere que vayas y le recojas otra cantidad; aunque hayan cogido a tu hermano los negocios no paran. Dime que lo harás, Miguel, hermano.

Miguel asintió con la cabeza y volvió a la vieja casa. Helena le recibió con un abrazo y un beso.

—Dime qué ha pasado, perdona por lo de antes, estábamos de broma y se me ha ido un poco de las manos —dijo Helena intentando calmarle, intentando dar la impresión de que todo estaba bien.

—Está bien —dijo Miguel—. Todo está bajo control. Eso me han dicho.

Miguel dejaba que Helena le acariciase como si fuera un niño. La cabeza le iba en mil direcciones a la vez. Había algo que no le parecía lógico en la versión de Cabello. Necesitaba hablar con su hermano pero sabía que aún no podía visitarle y aquella noche, para colmo, tenía que ir a casa de Paquita Rosales. Según Cabello el dinero con el que habían detenido a su hermano era de ella y, de ser así, esta tendría la obligación de contarle los negocios que se traía con su hermano.

Mientras Miguel se cambiaba y se acicalaba un poco frente al espejo fijó su atención en sus cabellos largos y en la cana que había encontrado en su cabeza. Sonrió al recordar a su madre regañándole cuando se portaba mal, que era la mayor parte del tiempo. «No vivirás para verte una cana en el pelo si no empiezas a portarte bien», le solía decir.

Miguel se despidió de Helena.

—Perdóname, amor mío. Nunca me despido de ti como Dios manda —dijo Miguel besándole la boca y las manos.

—No importa, mi vida. No te despidas si no quieres, pero yo sí que te pido

que vuelvas pronto a mi lado. No quiero estar sola, no quiero estar sola nunca más.

Miguel besaba los labios a Helena, que aún los tenía salados de bañarse en el agua de la playa. Se puso una camisa limpia y partió andando a casa de Paquita Rosales. Por el camino veía a los vecinos de La Atunara tomar el fresco de la noche que caía sobre el paseo marítimo, miraba los coches que quedaban aparcados junto al estadio de fútbol en los que los jóvenes fumaban porros y comían pipas, comentando la victoria de su equipo. Cuando caminaba junto a ellos escuchó que la Balona había ganado dos a cero; «seguro que mi hermano está contento con el resultado aunque esté en un sucio calabozo. La noche cae igual sobre todos nosotros —pensaba—, sobre los que tenemos problemas y sobre los que sólo esperan el sueño». Cruzó andando junto a la frontera donde habían detenido a su hermano horas antes. Cuando llegó al bloque de apartamentos donde vivía Paquita se escondió en una esquina del portal, volcó un cuarto de gramo de cocaína y la esnifó. «Si no me la meto hoy, no sé cuándo lo voy a hacer», se excusaba. Se montó en el ascensor y subió hasta la última planta, desde donde Paquita controlaba todo su imperio de tabaco de contrabando. Llamó a la puerta y abrió un hombre de unos cuarenta años, parco en palabras y que no conocía de nada. Le invitó a pasar.

—Está allí al fondo —fue lo único que dijo.

Cuando Miguel llegó al balcón de Paquita la vio fumando sentada en la misma silla en la que se había reunido con su hermano Catalán dos días antes.

—Ven, siéntate guapo mío. Por Dios, Miguel. Si yo tuviera veinte años y cuarenta kilos menos, qué bien nos lo íbamos a pasar tú y yo; te iba a dejar *sequito*. Me pillas aquí echando un cigarrito. Sé que uno no debe colocarse con la mierda que vende, esa es la primera ley en este negocio, la primera y única ley, de hecho. El caso es que a veces fumo, es un vicio difícil de dejar. No es como otras cosas sencillas. Por ejemplo, las putas. Yo no soy viciosa en eso; no suelo ir de putas. Algún que otro puto sí me traigo a casa, no te voy a engañar. Bueno, a lo que iba, qué pena lo de tu hermano, pero ya sabía que iba a ocurrir, se lo dije a Cabello. También se lo dije a tu amigo, a tu amigo el ruso quiero decir, Alexey. Qué tipo más desagradable. Se cree que puede llegar aquí y quedarse con el negocio de tu hermano tan tranquilamente, en la vida hay que ir recto, de frente. No puede uno ir jugando con el pan de los demás, qué locuras hará ese mafioso por un par de millones. Yo, desde luego, no lo quiero saber.

—¿Qué era exactamente lo que teníais mi hermano y tú, Paquita? —

interrumpió Miguel.

—¡Uy! ¡Teníamos dice...! Ni que se hubiera muerto, hijo. No, no, no está muerto, está detenido. Que qué teníamos me preguntas, pues teníamos unos asuntos de dinero en efectivo; no sé para qué sigue existiendo si no puedes hacer nada con él. Yo al cambio le pierdo mucho; cada vez que compro un billete de lotería premiado o pongo un coche a nombre de alguno me sale peor que pagar el IVA. Defraudar dicen que defraudamos y que lo que hacemos es contrabando. Joder, y una polla como mi brazo de gorda, nosotros pagamos más impuestos que nadie. Lo que pasa es que es un impuesto que no tiene nombre, pero funciona exactamente igual; no hay forma de evitar pagarlo. No hay facturas exentas de ese puto pico que tienes que pagar de más para blanquearlo. Así que dijimos: «joder, para pagarle a todos estos paletos y gentuzos es mejor meter los dineros en sociedades de Gibraltar». Y eso hacemos. Tu hermano al principio no quería, pero le convencí. Hay mucho dinero ahí dentro, Miguel, guapo. No, hijo, no. Tu hermano no está muerto, no está muerto. ¿Sabes qué es lo que más pena me da, Miguel, hijo?

Miguel miró a Paquita por un segundo y apartó su mirada cuando escuchó un ruido a sus espaldas.

—Lo que más pena me da es que no voy a volver a escucharte cantar —dijo Paquita mientras cogía el cenicero de cristal que tenía sobre la mesa lleno de colillas y se lo estampaba en la cabeza.

Miguel se levantó y consiguió zafarse de la enorme mujer que intentaba aplastarlo lanzándose sobre él. Hizo un movimiento sobre sí mismo y consiguió poner una zancadilla a Paquita que, junto al empujón que le dio con las dos manos y apoyando todo su cuerpo sobre ella, cayó por el balcón desde la sexta planta. Se escuchó un ruido seco primero, y la alarma de un coche después. Tras la caída se giró y encontró a Cabello frente a él.

—¿Tú, hijo de puta? ¿Qué haces aquí, maricón de mierda?

—Vengarme de vuestra traición, Miguel —dijo mientras cogía uno de los cristales del cenicero que habían quedado sobre el suelo.

—Pero Cabello, eres como un hermano para mi hermano, ¿de verdad vas a hacerlo?

—¿Sí, Miguel? ¿Como un hermano? ¿De verdad? Si soy como un hermano cómo pensaba dejarme aquí en manos de los rusos. Pensábais iros sin nosotros, Miguel. Ibais a dejarnos aquí a mi hermano Ezequiel y a mí. Eso no se le hace a un hermano.

—Sabes que eso no es así. Con el tiempo os llamaríamos. Lo sabes,

Cabello.

Mientras hablaban caminaban en círculos sin perderse de vista alrededor de la mesa. Daban vueltas y más vueltas en la terraza del lujoso apartamento. Cabello seguía portando un afilado y largo cristal en la mano derecha; lo sujetaba con tanta fuerza que le goteaba su propia sangre por la palma de la mano y la muñeca.

—En tu hermano no se puede confiar, Miguel. ¿Cómo vas a confiar en quien traiciona a su propio hermano pequeño?

—Mi hermano nunca me ha traicionado. ¿De qué hablas?

—Qué inocente eres. ¿Nunca te has preguntado por qué fuiste el único al que encerraron en tantos años? ¿Nunca te ha llamado la atención que tu hermano hiciese de esta ciudad su propio jardín? ¿De la comarca entera su propio jardín?

—¿De qué hablas, pedazo de loco?

—Tú lo sabías. Lo veías venir aunque estabas enganchado a la coca. Sabías que tu hermano se traía historias raras con las siete alcaldesas.

Miguel recordó, de pronto, aquella vez en que le vio reunirse con Josefa Rodríguez, que en aquel momento aún no era más que una candidata a la alcaldía de medio pelo, nadie importante en el panorama político local.

—Tu hermano sabía que no aceptarías los tratos con los políticos mentirosos y los policías bastardos. Tú eres muy simple para eso, Miguel. Eres de la vieja escuela. No eres un adelantado como nosotros. Y ahora dime, ¿cómo quieres que confíe en quien es capaz de encerrar cuatro años a su propia sangre?

A Miguel le costaba creer la historia que Cabello le contaba. Recordaba vagamente las semanas previas a su entrada en la prisión de Botafuegos. Recordaba el distanciamiento con su hermano, recordaba una primavera calurosa, recordaba consumir dos y tres gramos diarios, recordaba el cerco que tenían sobre Catalán. Cuando un par de años después llegó al patio de presos la noticia de que «los Gallos» se habían hecho con el control del tráfico de hachís en el Estrecho apenas pudo creerlo; «cómo lo habrá conseguido con lo estrangulado que lo tenían», recordaba Miguel que pensó entonces.

—A mí también me da pena no volver a escucharte cantar, hermano —dijo Cabello con lágrimas en los ojos.

Se abalanzó veloz y dio un corte en la garganta a Miguel quien, tras sentirlo se abalanzó sobre él. Tras el forcejeo, ambos resbalaron con las colillas que

la rotura del cenicero había dejado sobre el suelo del balcón y cayeron al vacío desde aquella última planta.

Los dos hombres cayeron en picado hacia el suelo, impactando Cabello contra la acera desnuda y Miguel sobre el cuerpo sin vida de Paquita Rosales. Unos segundos después, apoyándose sobre el grasiento cuerpo de Paquita, consiguió bajarse de su inesperada pista de aterrizaje. A Miguel le parecía casi imposible respirar y se levantó lentamente. Le costaba mantener el equilibrio pero lo hacía. Perdía sangre por el cuello a la altura de la garganta a la que Cabello le había seccionado. También sangraba por la nariz, como solía pasarle tras esnifar cocaína. Se alejó despacio dejando tras de sí un pequeño rastro de sangre. Con las pocas fuerzas que le quedaban intentó gritar el nombre de Helena, pero apenas salía de su garganta un fino hilo de voz, en nada parecido a aquel grito que estremecía el alma y ponía los vellos de punta cuando cantaba. Caminaba lento, con la esperanza perdida de llegar a La Atunara a encontrarse con ella. Hacía grandes esfuerzos para conseguir dar un paso después de otro.

Apenas llegó a la plaza en la que Camarón de la Isla tenía su estatua en aquella ciudad en la que el genial cantaor vivió y echó raíces; la ciudad que despedía aquella misma noche a otro cantaor. Las luces naranjas de las farolas caían sobre su sangre que, a su vez, caía sobre el agua de la fuente que rodeaba el monumento del artista. Miguel se apoyó sobre la estatua como pudo durante unos instantes. Echó un último vistazo a su alrededor: nadie. Sólo el peñón era testigo de su inútil intento de mantenerse con vida, de mantenerse en pie. Hasta que, manchando de sangre la inscripción, acabó desplomándose junto a ella.

JOSÉ MONGE CRUZ
“CAMARÓN”
VOZ DEL TIEMPO

Capítulo 09. La arena.

*“Arena llevé a la playa,
Tu querer yo no lo olvido
Por donde quiera que vaya”.*

La alcaldesa Josefa Rodríguez debía acudir, tras el pregón y junto al resto de alcaldesas, a una cena que organizaban todos los años en la caseta que su partido montaba en la Feria Real de Algeciras. En ella abordarían la problemática de preparar elecciones municipales para finales del siguiente año en medio de una guerra contra los narcos, comentarían la destitución del comisario Fernando González y sus efectos adversos a los objetivos electorales. También comerían y beberían como si no existiese un mañana en aquel reservado apartado del albero. Mientras se dirigía al real de la feria en su coche oficial, Josefa leía la prensa nacional buscando conocer nuevos detalles que se hubieran filtrado del relevo en el cargo de su amigo el ex comisario; en lugar de aquello le sobresaltó la principal noticia del día. Apenas media hora antes de empezar su discurso detenían cuando intentaba entrar a Gibraltar con un cadáver en el maletero y dos millones de euros en efectivo al líder de una banda de narcotraficantes local que operaba en todo el Campo de Gibraltar. «Maravilloso, genial Josefilla, todo se desmorona». La noticia detallaba las iniciales del detenido. Un hombre de origen español trataba de aprovechar la distracción que el partido del fútbol celebrado a un escaso kilómetro de la frontera suponía para cruzar la verja que separa La Línea de la Concepción con el paraíso fiscal de Gibraltar con el aparente objetivo de blanquear dinero, presumiblemente procedente del hachís. No aclaraba nada del difunto, sólo especificaba que se trataba de un hombre de raza negra y que, se presumía, debía tener algo que ver con el tráfico de inmigrantes ilegales. «Esto con Fernando González no habría pasado. Se cae todo el castillo, se cae».

La alcaldesa entraba por una pequeña puerta trasera de la caseta de su partido mientras los camareros todavía estaban montando las mesas donde se celebraría la reunión, saludaron a la alcaldesa y se disculparon por no tenerlo todo preparado aún. La alcaldesa les disculpó bromeando: «demasiado castigo es que os estáis perdiendo el pregón». Se sentó en una pequeña mesa

que habían colocado en una esquina del reservado y pidió un vino blanco, «bien frío, por favor», recalcó. Seguía consultando noticias con algo de ansiedad y un gesto que mostraba cierto grado de agobio. «Esto lo cambia todo», repetía mientras leía la única noticia que habían publicado a esa hora al respecto. La alcaldesa bebía vino y se colocaba el pelo rubio platino tras la oreja, que se le caía una y otra vez sobre los ojos al tenerlo tan corto. Rogelio Cuaresma abrió la misma puerta trasera por la que entró la alcaldesa y pasó al pequeño reservado. «Con permiso, señora alcaldesa», dijo mientras se sentaba frente a ella en la mesa redonda en que apoyaba el teléfono, la tablet que consultaba sin cesar y la copa de vino blanco, ya vacía.

—Un mal día por lo que veo, señora Rodríguez.

Josefa le miró con desprecio, primero a los pies, después a la cara y, de nuevo, a los pies.

—No tengo tiempo para sus habladurías de romances y noticias del corazón.

—Tomaré otro vino blanco, gracias. Para acompañar a la señora alcaldesa —pidió Rogelio al camarero que atendía el reservado.

—¿De qué quiere hablar? No es el día...

—Pues de todo un poco: del ascenso al éxito, de la caída a los infiernos, del descrédito, de utilizar la xenofobia para fines políticos.

Josefa apagó la tablet y se recostó sobre la silla de plástico como si se tratara del sillón de su despacho, intentando mostrar seguridad y poder; el resultado no era el mismo y ella lo sabía.

—¿Qué le importa a un reputado periodista nacional lo que ocurra en un pequeño núcleo de población a seis horas en tren de la gran ciudad?

—Lo cierto es que me importa bastante. He disfrutado la ciudad como usted me sugirió. Igual en unos años vengo aquí a vivir con mi mujer, si a usted no le importa que dos norteños vengán, claro está —dijo remarcando su acento, mitad gallego, mitad madrileño.

—Todos los españoles son bienvenidos aquí —respondió la alcaldesa.

—Vaya, es usted buena. Cuento con mi voto para las próximas municipales. ¿Qué hay de los no españoles?

—¿Es esto una entrevista? Tendrá que solicitar cita en el ayuntamiento.

—Pensaba que tenía usted menos aguante. La gente me recomendaba que no le tocara mucho los ovarios, con perdón. Dicen por ahí que tiene usted malas pulgas; a mí no me lo parece.

—Ahora mismo es usted el menor de mis problemas, señor Cuaresma.

—Pues no debería, he estado haciendo mi trabajo...

La alcaldesa se ponía nerviosa con el ritmo lento de la conversación. El cese del comisario, la detención de Catalán y ahora esto.

—Vaya al grano, ¿qué significa eso de que ha estado haciendo su trabajo?

—Pues me atrevería a decir que le han afectado por igual la detención de un peligroso narcotraficante que el cese de todo un comisario de policía.

—No diga usted bobadas, por favor —dijo la alcaldesa, afectada.

La música por sevillanas sonaba a todo volumen. Un par de matrimonios mayores bailaban en el centro del albero, levantando algo de arena, que el viento llevaba hasta el reservado en que Josefa discutía con Rogelio. El asesor principal de la alcaldesa entró en el reservado de la caseta. Vestía un traje de chaqueta y gafas de sol, pese a que el sol se había ocultado hacía rato.

—Señora alcaldesa, el hermano de Catalán ha aparecido muerto hace unos quince minutos en La Línea. Parece que ha sido un asesinato —susurró.

Aunque el asesor se lo comunicó al oído de forma discreta, Rogelio pudo leer las palabras en sus labios. La cara de la alcaldesa se tornó en un blanco pálido mientras las noticias y la arena llegaban hasta ella.

—Gracias, puedes irte —concluyó la alcaldesa.

Los camareros trajeron dos copas de vino blanco acompañadas de una ración de gambas cocidas. «Invita la casa», bromeó el camarero. La alcaldesa miraba al periodista con una furia oculta, pretendiendo que no se notase. La gente que acudía a ver el encendido empezaba a arremolinarse frente a la portada de la feria. Rogelio empezó a pelar gambas y a sonreír. La alcaldesa no aguantaba más, necesitaba gritar.

—¿De qué se ríe ahora, se puede saber?

—Me río porque le acaban de comunicar la tercera gran noticia del día, de la semana, del mes. Es cierto eso que dicen, aquí el tren viaja lento; las noticias no.

Al barrio de La Atunara los rumores sobre la muerte de Miguel también llegaron rápido, a la velocidad del viento. Al principio los vecinos no daban credibilidad. «Es imposible que en un solo día hayan caído los dos hermanos; tiene que ser una noticia falsa que habrá difundido la policía en esta sucia guerra en la que vale todo, hijos de puta, no respetan nada», se gritaba por las calles. Helena escuchaba los rumores desde la azotea de la casa vieja. Sentía una presión en el pecho que no le dejaba respirar; «no puede ser cierto —pensaba y miraba hacia el cielo—. Sigo aquí en esta torre, Miguel, esperando

que vengas a rescatarme». El viento de poniente se había vuelto frío al llegar la noche. Escuchaba desde aquella azotea las primeras discusiones entre los vecinos. Cuando se confirmó la noticia las familias de La Atunara se lanzaron a las calles, no se sabía aún qué había pasado horas antes para que Miguel apareciese muerto a doscientos metros del cuerpo sin vida de Paquita Rosales. Dos regueros de sangre se alejaban de aquel gran cuerpo de mujer que yacía sobre un coche, destrozado por el peso de aquella obesa mole; lo que daba pie a entender que una tercera persona estuvo involucrada. La pregunta que se hacían dentro del clan de «los Gallos» era quién sería esa tercera persona. Las discusiones entre los miembros empezaron a sucederse, cada vez con mayor violencia, hasta que empezaron los disturbios. El barrio se había convertido en una olla a presión desde que el día antes se suspendieran los pagos, que afectaban desde a los cargos más altos como Cabello y Ezequiel hasta los niños de once años que hacían de punto con un teléfono de tarjeta recargable. Las familias aceptaron la decisión a regañadientes, cualquier otra afrenta podría desembocar en altercados de violencia entre miembros del mismo clan, como acabó sucediendo cuando se supo de las extrañas condiciones en que habían encontrado el cuerpo sin vida de Miguel: malherido y con un corte en la garganta que le había desangrado hasta encontrar la muerte. La desconfianza entre distintas familias dentro del clan, dentro del mismo barrio salió a relucir; las acusaciones dieron paso a las amenazas y estas a los disparos; los disparos acabaron por dar paso a los cócteles molotov. El fuego comenzó a abrirse paso desde el centro del barrio hasta las viviendas situadas a ambos bordes del paseo marítimo. Cada treinta metros un nuevo incendio devoraba contenedores de basura, muebles abandonados en la calle y vehículos. Cada vez se escuchaban más disparos en la noche en que «los Gallos» dejaron de lado la guerra contra el Estado para empezar una guerra civil dentro del propio clan. Las fuerzas de seguridad tuvieron que intervenir para intentar apaciguar los ánimos antes de que los bomberos pudieran entrar al barrio. Helena veía el fuego acercarse a la vieja casa mientras se ocultaba junto a la reja que daba paso a la escalera en la que se había sentido prisionera una noche antes. El incendio avanzaba a gran velocidad, el viento de poniente había traído vientos del Sahara que avivaban los fuegos. El aire venía seco y con fuerza, llevando las llamas de una punta de la calle hasta la otra. Helena veía el fuego acercarse rápido, peligroso. «Tendré que salir —se decía—, pero hasta que no paren los disparos no es seguro». Helena se encontraba tumbada intentando resguardarse del humo que había llegado hasta el edificio

conexo a la vieja casa. No podía respirar y tosía de forma brusca, sentía que perdía el conocimiento poco a poco, tapándose el rostro y apoyando la cabeza sobre la reja que daba paso al interior de la vivienda. Sabía que si entraba a la vieja casa las probabilidades de morir asfixiada serían aún mayores. De pronto, cuando no podía mantener los ojos abiertos y la cabeza le ardía, instantes antes de sentir que se ahogaba por completo y que perdía el conocimiento pudo ver cómo un dragón se acercaba sobrevolando el cielo de La Atunara. «No puede ser, no puede ser». Un dragón bello y luminoso que venía desde el interior de la bahía y hacía círculos sobre el barrio escupió una fuerte llamarada sobre la vieja casa, apagando el fuego y dejando el cuerpo de Helena tirado sobre la azotea.

Los tiroteos se sucedieron durante una hora más. Los cuerpos de élite de Policía Nacional y Guardia Civil colaboraron en una macro-operación conjunta que fueron elaborando sobre la marcha. Instalaron controles en ambas salidas de La Línea de la Concepción, constituidos por quince agentes en cada uno de ellos, fusiles de asalto y barreras de pinchos en cadena en ambos carriles de la carretera. En dichos controles detuvieron a cinco de los altos cargos de «los Gallos», que intentaban huir de La Línea con bolsas de basura repletas de dinero negro. Los antidisturbios entraron a la fuerza en varios puntos de venta de la ciudad una vez se hubo controlado el fuego. Las familias pertenecientes al clan abandonaban las casas a las que la policía aún no había conseguido acceder. El caos se apoderó de aquellas calles mientras seguía cayendo arena del desierto del Sahara y las cenizas del incendio eran arrastradas por el seco viento de poniente.

Mientras crecían los altercados, Ezequiel recibió una llamada de su hermano, quien le pidió que fuera a reunirse con él a Algeciras, a la entrada que conectaba la ciudad con el puerto: el Acceso Central Paco de Lucía.

—Ven, hermano, te necesito —dijo Cabello—. Pasa por casa y tráeme el pasaporte, luego te explico.

—Voy a tardar una media hora. Estoy saliendo ya de La Atunara. La familia de Manuel «Lola» me ha disparado y he tenido que salir por patas. Voy a casa a por tu pasaporte. Tardo en llegar el tiempo de pasar por casa y llegar hasta allí. Treinta minutos.

A la salida de La Línea con dirección a Algeciras había un control de la Guardia Civil con numerosos efectivos que inspeccionaban cada vehículo que intentaba salir de la ciudad. Tardaron cinco minutos en comprobar que

Ezequiel no llevaba armas, ni drogas, ni dinero. «Chico listo, sabías que estábamos aquí, eh. Volverás mañana a por tus cosas, eh. Pues seguiremos aquí esperando, eh. Se os ha acabado el chollo, ññato».

Ezequiel conducía a toda velocidad a reunirse con su hermano. Las luces de la feria que acababa de comenzar coloreaba de luces celestes, naranjas y verdes el cielo de Algeciras. «Con tanto jaleo no me ha dado tiempo de avisar a los de la caseta que no podré actuar —pensaba—. Bueno, que les den por culo, no tengo la cabeza ahora para nada; menos aún para quedar bien con nadie».

Cuando llegó a la entrada del puerto, Cabello se montó en su coche, malherido.

—¿Qué coño te ha pasado? —preguntó Ezequiel.

—Nada, esa desgraciada de Paquita Rosales. Ha intentado matarnos a Miguel y a mí, pero hemos conseguido escapar. ¿Sabes algo de él?

—Miguel ha muerto, han encontrado su cuerpo con un corte profundo en la garganta —decía con ojos llorosos.

—Joder, Dios. Puta mierda, joder —se lamentaba Cabello—. Bueno ¿has traído mi pasaporte? Necesito desaparecer unos días de aquí. Voy a coger la siguiente salida a Tánger y me esconderé allí unas semanas; seguro que a estas horas ya estarán buscándome los hermanos de Paquita Rosales. Esa gente son unos tarados que no atienden a razones.

—Sí, toma, aquí tienes —dijo Ezequiel mientras le entregaba el pasaporte.

—Te veo cuando vuelva, hermano —dijo Cabello mientras le daba un abrazo de despedida—. Despídeme de Catalán. Dile que siento mucho lo de Miguel. Joder, rajarle la garganta con un cristal... qué pedazo de loca.

Ezequiel se quedó pensativo, miró a su hermano, que seguía manchándole el asiento de cuero con su sangre.

—Hermano, ¿cómo sabes que fue con un cristal...? —dijo Ezequiel mientras Cabello acercaba la mano a la maneta que abría la puerta del coche.

—Pues...

Cabello dudó. Permaneció un par de segundos en silencio e intentó abrir la puerta. Ezequiel se abalanzó gritando sobre el asiento del copiloto.

—¡Hijo de puta! ¿Qué has hecho? ¡Cabrón!

Cabello lanzó un puñetazo al rostro de Ezequiel noqueándolo. Ambos salieron del vehículo. Cabello intentaba huir pero, malherido como estaba, no fue difícil para Ezequiel alcanzarle.

—¿Te has vendido o qué ha pasado? —preguntaba Ezequiel mientras

lanzaba puñetazos a su hermano.

Cabello, que se encontraba dándole la espalda, envió un codazo directo a la nariz de Ezequiel, haciéndole retroceder un par de metros. Entonces Cabello se abalanzó sobre su hermano loco de ira mientras gritaba: «¡tu familia soy yo, desgraciado! ¡Tu familia soy yo! ¡Yo soy tu único hermano!» Los hermanos se golpeaban. Cualquiera que por allí pasara pensaría que se trataba de una pelea de borrachos por la lentitud de sus movimientos. Primero pegaba uno, después el otro. Ambos sangraban tiñendo de rojo las blancas baldosas del suelo de aquel paseo marítimo que limitaba con el gigantesco puerto con sus monstruosas grúas. En un mal paso de Ezequiel, Cabello consiguió ponerle una zancadilla y caer sobre él con todo su cuerpo.

—Nunca me has querido, hijo de puta. Siempre has preferido al gitano de mierda de Miguel, ese era tu hermano para ti —gritaba mientras le daba puñetazos totalmente enajenado.

Ezequiel aguantaba los golpes pero era incapaz de defenderse. Su hermano le tenía inmovilizados los brazos ejerciendo presión con sus rodillas cuando sacó una navaja y le agarró de las palmas de las manos.

—Dime, hermano. ¿Crees que Miguel Poveda podrá encontrar otro guitarrista en tan poco tiempo? —dijo mientras le clavaba la afilada hoja en ambas muñecas a Ezequiel—. Primero la izquierda, la que sujeta el mástil. Después la derecha, la que cae sobre la boca.

Cabello se alejó corriendo como podía; cojeando y con las ropas rotas y cubiertas de sangre. Se adentró en el puerto, compró un billete para la siguiente salida a Tánger y se dirigió a la terminal de pasajeros.

La sangre empezó a brotar como dos pequeñas fuentes de los antebrazos de Ezequiel durante unos segundos, dejando dos grandes charcos a la altura de los hombros, como si fuesen las dos alas de un ángel que salían de su espalda. Intentaba arrastrarse malherido hacia su coche. Los pinchazos que sentía por la falta de riego sanguíneo en su cuerpo se intensificaban. Las melodías de todas las seguiriyas, soleás, alegrías, fandangos, tarantas y bulerías que había tocado a lo largo de su vida al fin cobraban un solo sentido. Un sentido único y universal. Se acompañaban en su oído y en su cabeza. La sangre seguía cayendo cada vez con menos caudal desde las muñecas bañándole los brazos y dejaba un reguero rojo viscoso a su paso. Encontraron su cuerpo sin vida una hora después en aquella madrugada fría de poniente a tres escasos metros de la estatua de otro excepcional guitarrista, como él.

PACO DE LUCÍA

LA GUITARRA ME OFRECIÓ LA CAPACIDAD DE PODER
EXPRESARME CON EL RESTO DEL MUNDO SIN UTILIZAR LA
PALABRA

A la mañana siguiente Manuela Santiago, madre de Miguel y Catalán, entraba de la mano de Samara Montoya en la vieja casa del barrio de La Atunara. Pudo comprobar cómo fue de las pocas viviendas en las que no se habían incendiado los muebles y el interior. Vista desde fuera, la casa tenía las paredes tiznadas, el blanco immaculado en que se había pintado aquel mismo año el exterior de la vivienda tenía las marcas del gran fuego que había arrasado casi todos los edificios de la calle. Manuela inspeccionó cada cuarto, sabía que Helena se había quedado en aquella vivienda la noche anterior por lo que, suponía, debía encontrarse aún allí. «Si no ha salido corriendo la pobrecita y le han pegado un tiro», decía en voz baja intentando que no le escuchara la pequeña Samara. Abrió cada habitación sin dar con ella hasta que decidió subir a la azotea a buscarla. Subió la angosta escalera junto a su nieta, agarrándose las manos y ayudándose a mantener el equilibrio mutuamente. Cuando llegaron arriba Manuela vio el cuerpo de Helena junto a la reja que separaba la vivienda de la azotea.

—¡Mira, allí hay una mujer! —dijo Samara.

—Sí, ya la veo. ¡Corre y sube una botella de agua de la cocina! —ordenó Manuela, quien se acercó a comprobar si aún respiraba.

Manuela observó cómo el incendio había dejado las mismas marcas que había en el exterior por todo el suelo y las paredes de la azotea. El aire venía caliente y cargado de polvo del desierto. «Qué calor, madre mía —decía mientras cogía el cuerpo de Helena y lo llevaba a la sombra—; está hirviendo, pobrecita». Comprobó que tenía pulso y que respiraba. Tenía el torso y el cuello empapados en sudor y la piel cubierta por casi medio centímetro de hollín. Samara subió con una botella de agua templada que Manuela volcó sobre el rostro y el cuello de Helena, quien despertó al sentir el contraste de temperatura.

—¡No! —gritaba mientras volvía a la realidad.

—Ya está, vida mía. Ya ha pasado todo.

—¿Miguel...? —decía Helena al ver aproximarse la cara de Manuela.

Helena parecía desconcertada y Manuela le dio para que bebiera algo de agua. «Tiene que estar sequita la pobre mía», decía. Pasó poco más de un

minuto y Helena empezó a recuperar la memoria y la visión, que las tenía algo trastornadas por todo el humo inhalado tras desmayarse y pasar las primeras horas de la mañana bajo aquel sol abrasador de junio.

—Hola, usted no es Miguel.

—No, preciosa, Miguel no está... —dijo intentado mostrar entereza.

Manuela volcaba agua sobre el pelo y el rostro de Helena, quien se quitaba los restos de hollín y carbón que le quedaban sobre la piel.

—¡Qué guapa es! ¡Mira abuela, parece una princesa Disney!

—Sí, es muy guapa. Es prima tuya, la novia de tu tío Miguel. Por eso es tan guapa.

—Una princesa, una princesa Disney —repetía Samara mientras la miraba con los ojos muy abiertos.

Helena sonreía a su recién conocida sobrina. Empezaba a encontrarse algo mejor y ya podía ver con total claridad a su alrededor. El cielo limpio de poniente, las marcas negras del fuego sobre las paredes blancas, las aves migratorias viajando juntas huyendo del calor africano, el evidente parecido de Miguel con su madre.

—Pensaba que usted era Miguel.

—Soy Manuela, su madre. No eres la primera persona que nos confunde, cariño. ¿Cómo estás? ¿Qué recuerdas?

—Había fuego por todos sitios —explicó Helena.

—Sí, lo ha quemado todo. Todo el barrio, qué pena me da por las familias pobres. Lo han perdido todo.

—Poco después empezaron las explosiones y los disparos. Sé que parezco una loca diciendo esto pero recuerdo que había un dragón luminoso que escupía y volaba por el cielo —decía Helena mientras se tomaba la temperatura en la frente con el dorso de la mano.

—¡Un dragón! —gritó Samara con una enorme sonrisa en la cara— Había un dragón porque tú eres una princesa, una princesa de Disney.

—Sí, es una princesa —dijo Manuela.

—¿Y cómo se llama la princesa Disney? —preguntó Samara.

—Helena Vinog...

—¡Montoya! —interrumpió Manuela—. La princesa se llama Helena Montoya.

—Montoya, como yo —dijo Samara haciendo movimientos de baile flamenco con las manos.

—El dragón del que hablas sería el helicóptero que vino a apagar el fuego;

lo que viste volando por el cielo. El helicóptero que estuvo toda la noche ayudando a sofocar el incendio.

—¿Dónde está Miguel, Manuela? ¿Lo sabe usted?

A Manuela le cayeron dos lágrimas en cuanto formuló la pregunta. No dijo nada. Abrazó a Helena y a Samara apretándolas contra su cuerpo con fuerza.

—Entonces es verdad lo que decían anoche —dijo Helena mientras le caían lágrimas que se volvían negras al entrar en contacto con los restos de hollín de sus mejillas.

Samara había escuchado en sus clases de baile letras de canciones que hablaban de lágrimas negras que jamás había entendido. Desde aquel momento y hasta el final de sus días sobre un escenario recordaría aquella imagen cada vez que bailase alguna letra en la que se mencionaran las lágrimas negras.

Helena intentaba respirar con normalidad y bebía agua para reponerse. Miraba a Manuela Santiago, quien parecía encontrarse fuerte pese a haber perdido dos hijos, uno fallecido y otro preso, pese a haber visto su barrio arder y a derrumbarse la organización que daba el sustento a su familia. Helena entendió en ese mismo instante que se trataba de una mujer con una fortaleza y resistencia tremendas. Pensó que para haber llevado aquella vida durante tantos años debía haberse preparado muy bien psicológicamente. Comprendió que lo que le daba fuerzas para afrontar todo aquello era, posiblemente, el alivio que sentía al quedarle un hijo y una nieta con vida y que terminarían por rehacer sus vidas. Helena supo en aquel momento que ella también tendría que rehacer su vida, que todo había acabado y que Alexey volvería a buscarla para obligarla a volver e imponerle el peor de los castigos, el castigo que se le imponía en la mafia rusa a los condenados por traición. Debía alejarse de allí y debía hacerlo en cuanto se sintiera con fuerzas. Con el clan vencido y enfrentado internamente, Alexey entraría allí sin nadie que opusiera resistencia.

Capítulo 10. El viento.

*“Tu querer es como el viento,
El mío como una piedra
Que no tiene movimiento”.*

Rogelio Cuaresma se despertó con resaca aquella mañana en la vivienda que tenía alquilada en el paseo marítimo, la vivienda que debía abandonar ese mismo día, la vivienda en la que se entretenía viendo las grúas del puerto trabajar. Tras la breve conversación con la alcaldesa la noche anterior decidió perderse por la feria. Fue a casetas de jóvenes, casetas de viejos, casetas de gitanos. Bebió en todas ellas. Despertó y encendió la radio mientras preparaba el desayuno: café solo, tostadas con mantequilla y zumo de naranja. Escuchaba su programa de actualidad favorito, conducido por un buen amigo suyo, respetado en el sector por ser capaz de mantener sus opiniones en un segundo plano y criticar por igual a líderes de izquierda y derecha. El programa había empezado diez minutos antes de que Rogelio despertase y seguían comentando desde su apertura aquella mañana el incendio que había consumido el barrio de La Atunara en La Línea de la Concepción. Cambió de emisora tres o cuatro veces más: mismo tema, el incendio que lo devoró todo, los tiroteos entre miembros del clan, las detenciones de Policía Nacional y Guardia Civil. «Joder, mierda, hostia puta, qué ha pasado». Rogelio aún ignoraba que aquella noche se había producido un enorme incendio, una batalla campal y tiroteos a menos de veinte kilómetros de donde se encontraba. Sólo deseaba que no estuviera relacionado con el narcotráfico, pero sabía de lo profundas que eran las raíces del mismo en la ciudad. Comprobó su teléfono móvil y vio que estaba apagado; «sin batería. Mierda, mierda, mierda, mierda». Cuando lo encendió pudo ver veintiuna llamadas perdidas de su jefe, así como ciento diez mensajes sin leer. El horror se le introdujo en el estómago y sintió que no llegaba al cuarto de baño; dio dos zancadas largas y pudo vomitar por la ventana que daba al paseo marítimo. Se espabiló un poco, dio un sorbo al café y, mientras corría dirigiéndose a la puerta sonó el teléfono. «Que no sea él, que no sea él», repetía. No reconocía el número de teléfono y aceptó la llamada.

—¿Diga...?

—Buenos días, Rogelio, ¿te acuerdas de mí?

La voz le resultaba familiar.

—¿Quién eres? ¿Un directivo del periódico, un editor, quién eres? No tengo tu teléfono.

—Soy tu viejo amigo, el ex comisario Fernando González. Quisiera reunirme contigo antes de volver a Madrid. ¿Qué tal un café?

Rogelio respiró aliviado, quizá una charla con el ex comisario le diera algo con lo que negociar para no ser despedido. Al fin y al cabo, se encontraba en aquella ciudad para cubrir cualquier incidente relacionado con la guerra entre las fuerzas del orden y los narcos, y se había emborrachado y quedado dormido la noche en que un incendio arrasaba el campamento base del clan de la droga más poderoso del país. La radio seguía sonando: incendio, supervivientes, detenciones, disparos, alijos incautados, armas incautadas, dinero incautado.

—Me viene perfecto, no he desayunado todavía con tanto lío.

—Te veo en la Plaza Alta en veinte minutos —dijo Fernando y colgó.

El periodista se puso en marcha: camisa de manga larga remangada, pantalón corto. Apagó la radio y salió de la vivienda. En cuanto salió a la calle del paseo marítimo se encontró con su casero.

—¿Será posible estos niñatos hijos de su puta madre?! ¡Me han vuelto a potar en todo el coche! ¿Qué clase de juego es ese? ¿Dónde está la puta gracia? Porque yo no se la veo...

—No tengo mucho tiempo, la verdad... más tarde. Cuando vuelva hablamos sobre la devolución de la fianza y la llave... ¡cuando vuelva lo hablamos! —dijo alejándose en dirección a la Plaza Alta.

Cuando llegó, apenas diez minutos después de colgar, el ex comisario ya se encontraba sentado en la terraza de una cafetería. Se saludaron con un apretón de manos y se hicieron los comentarios habituales; que si qué tal la mujer, que si hay que ver el viento del Sáhara que ha entrado, que qué quieres tomar para desayunar, que si vaya calor más mala; hasta que el comisario intervino.

—Voy a hablar. No me importan las consecuencias, lo he pensado bien. Ya no me importan.

Rogelio no daba crédito a las palabras del ex comisario, de qué es de lo que iba a hablar exactamente; ¿de los narcos, de Catalán, de la alcaldesa, de su despido?

—Desde que me suspendieron en la policía no he vuelto a saber nada de Josefa, ni de las demás alcaldesas. En Madrid me esperan para fundirme en

cuanto ponga un pie en la comisaría; me darán un destino que nadie quiere y me pasaré los días en algún pueblo perdido de El Valle de Arán. O algo peor. Mi carrera está acabada por hacer caso a esa maldita zorra.

—Comprendo —dijo Rogelio indicándole que podía seguir hablando mientras colocaba una grabadora sobre la mesa—. No tengo batería en el móvil, espero que no te importe que lo haga a la vieja usanza.

Fernando soltó una carcajada.

—No, claro, ya te dije que soy un romántico —dijo y quedó pensativo—. Un romántico que quiere buscar sirenas en otros mares y que, sinceramente, no creo que encuentre muchas en El Valle de Arán.

Rogelio dedicó una sonrisa cómplice y apretó el botón de su grabadora.

—Llegué a este destino hace, exactamente, doce años; en dos semanas se cumplirían doce, para ser más exactos. Cuando llegué aquí me sorprendió lo abandonadas que estaban todas las administraciones, desde la jurídica a la policial, pasando por las sanitarias; todas eran un maldito desastre, no se cubría el personal necesario en casi ninguna especialidad y los medios materiales eran pobres, muy pobres. Cuando llegué tenía a la mitad de la comisaría en mi contra, sabían de mi reputación y no querían enfrentarse a los clanes de la droga con falta de efectivos y medios. Yo les comprendía. Seguí trabajando haciéndolo lo mejor posible. Los casos de corrupción dentro del Cuerpo de Policía se sucedían unos a otros; prácticamente cada mes se descubría a alguno de los míos metido en algún trapicheo. Empecé a frustrarme. ¿Quién toma el poder en un sitio que se ha abandonado?

Rogelio no quería interrumpir las palabras del ex comisario, aunque empezaba a desesperarle la parsimonia con la que narraba los hechos.

—Tras nueve meses tragando mierda llegó el momento. El gran cambio. Un hombre se puso en contacto conmigo, decía que tenía que informar al comisario Fernando González de unas malas praxis que se estaban dando dentro del Cuerpo; así que accedí a reunirme con él en una cafetería. Llegué y esperé sentado algo menos de cinco minutos. Un hombre y una mujer aparecieron y se sentaron a mi mesa. Eran Rafael Montoya y Josefa Rodríguez. El puto Catalán, que era el narco que empezaba a despuntar en la zona acompañado de una abogada de éxito especializada en defender delincuentes acusados por contrabando y tráfico de drogas. Me propusieron un trato. Tenían un plan entre manos y querían mi colaboración. Catalán quería financiar un partido político que, aparentemente, fijase su objetivo en el narcotráfico. Ese sería el principal objetivo para VCG; acabar con la lacra del tráfico de

drogas, pero para eso necesitaban demostrar a la opinión pública que se trabajaba en ello. Cómo hacerlo sin inculpar directamente a Catalán; pues haciendo lo que siempre se hace: acusar a los de fuera, como hacen los catalanes, como hacían los vascos, como hizo Hitler; ya conoce usted el discurso. El objetivo final era el de recuperar el viejo sueño de la novena provincia, puede que incluso fuera más ambicioso. Igual acabarían reclamando una comunidad autónoma independiente de Andalucía. Dos elecciones municipales después las siete alcaldesas habían tomado los ayuntamientos de la comarca con un discurso aterrador, mientras yo realizaba detenciones a todas las bandas extranjeras que asomasen la cabeza por aquí: los marroquíes, los rumanos, los colombianos, daba igual a quién detuviera mientras no fuera campogibraltareño. Con el tiempo, como siempre ocurre, las bandas acabaron por reducirse a dos poderosos clanes que absorbieron al resto: «los Gallos» y «los Herreros». Hubo incluso algún acercamiento para unificarse bajo un mismo nombre, pero a la alcaldesa le parecía que la cocaína era dar un paso de más. Ella no podía arriesgarse a que, si un día se filtraba toda esta información, se le vinculase a una organización que se dedicaba al tráfico de coca. El hachís era diferente.

—Entiendo, no detuvisteis a ningún campogibraltareño en nueve años — dijo Rogelio.

—No exactamente —dijo Fernando—. Con el paso de los años Catalán empezó a volverse paranoico, desconfiaba de todo el mundo. Pensaba que la alcaldesa y yo planeábamos deshacernos de él porque se había hecho demasiado poderoso. No sabemos cómo empezó a sospechar también de su hermano Miguel. El no dormir durante tantos años le había pasado factura, así que organizó una operación en la que dio instrucciones para que detuvieran a su hermano. Sólo a él, a la oveja negra de la familia, a un chico maldito, quería que se dijera por las calles para que se corriera el rumor.

—¿Y por qué dices que el hachís le parecía diferente a la alcaldesa?

—Ahí es donde desemboca todo precisamente. Con el tiempo y cuando tuviesen el suficiente peso en el Parlamento propondrían legalizarlo. Los estudios en toda Europa dicen que es la mejor forma de combatirlo: regularizarlo. Recaudar impuestos, eliminar mafias y toda esa vaina. Es cierto que la mayor parte de los impuestos van para Bruselas pero para cuando eso ocurriera quién cree usted que sería el empresario mejor situado y con los mejores contactos. Exacto: nuestro amigo Catalán.

—Vaya, ¿y por qué lo cuentas ahora, después de tanto tiempo?

—Me han cesado, volveré a Madrid y me destinarán lo más lejos posible, lo más parecido que hay a un destierro. Catalán está encerrado en la cárcel de Gibraltar y la alcaldesa se ha olvidado de que existo antes de quitarme el uniforme, ¿qué harías tú?

Rogelio se quedó callado, hizo el amago interno de pensar qué haría en su lugar, pero tampoco tenía demasiado tiempo para ello. Desde Madrid pedían explicaciones y ahora tenía una bomba informativa con la que empezar a trabajar.

—Vaya, es una confesión tremenda, comisario.

—Ex, ex comisario. Me han cesado, recuerda.

—Sólo una cosa más, ¿por qué lo hiciste? —preguntó Rogelio.

Fernando se quedó pensativo, con gesto interesante, sonriendo mientras contemplaba la Iglesia de la Palma en la que habían empezado a repicar las campanas.

—Me prometieron el mando de una policía autónoma de la comunidad. Cuando consiguieran su objetivo político, yo sería el número uno. No podrían negarme lo que pidiera para formar un cuerpo de policía competente.

—¿No podías combatir el narcotráfico desde la posición de comisario?

—No seas ingenuo Rogelio. La droga siempre ha existido y seguirá existiendo hasta el final de los tiempos. Cuando el último humano deje de respirar seguro que tendrá algo de droga a su lado. Es más, nos iremos a tomar por culo todos de aquí y la droga permanecerá. Es una batalla perdida.

—No puedo llevarte la contraria, la verdad —reconoció Rogelio.

Ambos se quedaron en silencio en medio del alboroto de la plaza, que empezaba a llenarse de turistas, repartidores, oficinistas en traje de chaqueta, jubilados y mujeres árabes con velo.

—¿Cuándo vuelves a Madrid? —preguntó Fernando.

—Hoy mismo —contestó Rogelio.

—¿No te quedas? Esta noche es San Juan, la noche más mágica del año, ¿no quieres ver las hogueras en la playa?

—Tengo que volver lo antes posible, aquí todo ha terminado.

Rogelio había dejado el café frío y las tostadas enteras encima de la mesa, ni siquiera había abierto los sobres de mantequilla. Se despidió del comisario, deseándole suerte y, mientras volvía a casa, llamó por teléfono a su jefe.

—Sí, jefe. Saldré esta noche, llegaré mañana. No, no estuve anoche en el incendio ni en el tiroteo pero tengo algo aún mejor. Tiene que creerme. Una bomba. Un escándalo político relacionado con altos cargos de bandas

criminales. Créame que se va a frotar las manos con la historia. Vaya reservando hueco en la primera página. Ahora no puedo adelantarte nada, tengo que hacer una última gestión aquí. Trabajaré en el reportaje las seis horas que dura el viaje en tren hasta Madrid. Sí, el viaje dura seis horas.

Rogelio no quería volver a Madrid sin hacer una última visita a alguien. Una visita obligada.

Manuela, Helena y Samara eran las tres únicas personas que seguían en aquella calle arrasada por el fuego en el barrio de La Atunara, intentaban hacer vida normal charlando, cocinando y riendo. Manuela golpeaba con los nudillos sobre la mesa de la cocina con un compás de bulería lento, triste; Samara bailaba con gracia las letras antiguas que su abuela le hacía. Helena soñaba despierta con aquella vida, con los fuertes brazos de Miguel rodeándola en aquel momento mientras contemplaba el baile de su sobrina, reconocía en el eco de Manuela algún destello de la voz rota y turbia de Miguel. Helena seguía el ritmo con las palmas. «*Un, dos. Un, dos, tres. Cuatro, cinco, seis. Siete, ocho. Nueve, diez*». Lágrimas breves y caudalosas acudían a su rostro con la premura del cante, el pasado se había marchado y el futuro se encontraba a kilómetros de aquella vieja casa. Helena le contó a Manuela que a Miguel le había salido su primera cana el mismo día en que murió. Manuela sonreía y lloraba: «mi niño se fue cuando ya empezaba a madurar». Las tres mujeres sentían que podían haber permanecido en aquel hogar para siempre, pero sabían que llegaba el momento de ponerse en marcha. Era hora de actuar.

—¿De verdad no quieres ir a ver a tu hijo, Manuela? —preguntó Helena.

—No, preciosa. Una vez fui a ver a Miguel, mi niño, pobrecito, que en paz descansa. Y no volví a ir nunca más. Aquellas paredes, esos edificios sin vida, aquellos gritos. No puedo soportarlo. Hazme el favor de llevar a la niña, quiere ver a su padre aunque sea a través de un cristal.

—De acuerdo, la llevaré. Cruzaremos andando la frontera, ¿vale Samara, guapa? ¿Quieres entrar a Gibraltar conmigo, con la prima Helena?

—¿Por qué está papá en Gibraltar?

Las dos mujeres se miraron, no querían impresionar de forma negativa a la niña.

—Porque le ha salido trabajo allí, Samara —mintió Manuela.

—Sí, tiene que estar allí unos meses, pero está cerca y puedes ir a verlo —añadió Helena—. Venga, ve a cambiarte, que nos tenemos que ir.

Cuando Samara se puso ropa de calle se plantó frente a la puerta de la vieja casa: «venga, que llegamos tarde», dijo. Helena miró desde su azul mirada aquellos ojos verdes tímidos y valientes. Caminaba cogiendo de la mano a Samara desde las calles carbonizadas hasta la bulliciosa frontera con Gibraltar. Accedieron a la pequeña colonia británica por el acceso peatonal y Helena mostró su pasaporte y el carnet de identidad de la niña; los policías las dejaron pasar. Cruzaron una larga avenida hasta llegar a la pista de aterrizaje del aeropuerto, que estaba cortando el paso en ese momento a los vehículos que conducían somnolientos trabajadores transfronterizos para que pudiera despegar un avión. En cinco minutos se formó una larga fila de coches, las motos y bicicletas ocuparon las primeras posiciones, los peatones esperaban junto a una barrera a que los policías permitiesen de nuevo el paso. Desde aquella barrera escucharon los motores del avión y cuando despegó se pudo escuchar la voz de Samara.

—¡Buala! ¡Un avión!

—Sí, cariño, un avión —decía Helena mientras le acariciaba el pelo y contemplaba el despegue—. La gente se va en ese avión.

—¿Y por qué se van? —preguntó Samara.

—Se van huyendo del viento, mi vida.

Cruzaron la pista de aterrizaje cuando levantaron las barreras y atravesaron toda la ciudad hasta llegar a la prisión. Cuando entraron les informaron que para realizar su visita tendrían que esperar algo más de media hora. Las dos pasaron el rato entreteniéndose de la mejor manera. La niña le mostraba pasos de baile por bulerías y alegrías; Helena le enseñaba palabras en ruso como amor, beso o novio.

—Entonces mi tío Miguel es tu *zhenikh*.

—Sí —contestaba Helena sintiendo unas tremendas ganas de llorar.

Cuando les dieron paso aún no estaba Catalán al otro lado.

—¡Eh! Rafael Montoya, despierta. ¡Catalán! ¡Catalán, despierta cojones! Hijo de puta, siempre está durmiendo, ¡despierta ya, que tienes visita!

Catalán se levantó de la cama donde descansaba en su pequeña celda individual y se dirigió a la sala de visitas, allí vio a Helena y, sentada sobre su regazo, su hija Samara.

—Hola, corazón mío.

—Hola, papá.

—¿Cómo está mi princesa? —preguntó Catalán con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Ves? Yo también soy una princesa. Igual que tú, Helena. La princesa Samara Montoya.

Catalán y Helena rieron, Catalán apoyaba la mano contra el cristal y Samara intentaba colocar su pequeña mano junto a la de su padre.

—Tu madre dice que no sería capaz de verte así.

—Ya lo sé. A Miguel fue a verlo una vez en cuatro años, veremos cuántos me pego yo aquí en este agujero.

Samara permanecía atenta a la conversación aunque no entendía muy bien de qué hablaban.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Catalán.

—Bien, lo llevo como puedo, he pasado estos dos días con tu madre y nos hemos hecho mucha compañía...

Catalán interpretó el tono de Helena.

—¿Pero...?

—No puedo quedarme Catalán, Alexey vendrá a por mí de inmediato, en cuanto se entere de que no tengo protección.

—Te entiendo, aunque conozco a mi madre y sé que le gustaría que te quedaras un tiempo.

—No puedo hacerlo, tengo que marcharme de aquí. Tengo una prima en Barcelona, siempre me decía que fuera a trabajar allí con ella, y creo que eso haré.

Catalán torció el gesto, le dedicó una mirada extrañada y acusadora.

—No, no volveré a ese trabajo que piensas. No es eso. Ella trabaja de intérprete, ayuda a comunicarse a las empresas rusas con las empresas catalanas.

—¿Hablas catalán? —preguntó Catalán.

—No, ¿tú lo hablas?

—Ni una sola palabra —respondió él.

Ambos hacían un esfuerzo por no romper a llorar, no dejaba de parecerles curioso cómo, con frecuencia, las conversaciones más intrascendentes ocultaban las mayores cargas emocionales.

—Tengo que irme —dijo Helena—. Todo me recuerda a él. Aquí ya no queda nada para mí, Catalán.

Desde aquella estancia en la que se encontraba encerrado veía a Helena aún más bella de lo que la recordaba. No la culpaba por pretender irse. Sabía que era una superviviente que había tenido la mala fortuna de conocer a su hermano y enamorarse de él. «A veces las cosas salen bien, la mayor parte de

las veces, no».

—Lo sé. Siempre he oído que nadie se queda aquí el tiempo suficiente. Vete antes de que este lugar te atrape para siempre. No merece la pena, aquí sólo queda arena —respondió, sincero.

—No, Catalán. Yo me enamoré de la arena, pero se la ha llevado el viento.

Las siete alcaldesas organizaron una rueda de prensa en un pequeño salón de actos en el ayuntamiento de Algeciras. Josefa Rodríguez subió al escenario junto a un aluvión de flashes y voces, periodistas llegados de toda Andalucía acudieron a la cita, la expectación era inmensa, algunos rumores hablaban de dimisión, otros de amenazas al Gobierno. Las demás alcaldesas subieron también a la tarima y se colocaron detrás de Josefa, a unos dos metros, la lluvia de flashes continuaba, hasta que la alcaldesa de Algeciras comenzó a hablar.

—Buenos días a todos. Ante todo, agradeceremos que hayáis acudido tan de imprevisto; pero la situación así lo requiere. Como bien saben ustedes, la lucha que desde este ayuntamiento y los otros seis de la comarca ejercemos contra el narcotráfico está surtiendo efecto. En los últimos meses se han efectuado todo tipo de operaciones contra estos clanes mafiosos. Sin embargo, se han dado situaciones que, provocadas por los efectos colaterales de cualquier guerra, nos entristecen enormemente. La muerte en el día de ayer de dos muchachos de la comarca ha generado una inmensa conmoción en nuestros pueblos. Me gustaría recalcar aquí y para todas esas voces desinformadas que parlotean sin parar, algunas de las cuales se encuentran aquí, en este salón; que estos chicos no tenían relación alguna con el narcotráfico, ni de forma directa ni indirecta; se trataba de dos artistas del mundo flamenco que tenían toda una vida por delante para hacer feliz al pueblo, para llenar nuestra vida de armonías, para traer nuevos vientos a este hoy tan crudo. Los pueblos de La Línea y Algeciras, hermanados como han estado siempre, que llevan por bandera a dos grandes figuras de nuestro arte, Camarón de la Isla, hijo adoptivo de la ciudad de La Línea de la Concepción y Paco de Lucía, hijo predilecto de la ciudad de Algeciras, no pueden perdonar ni olvidar las muertes que las mafias extranjeras han llevado a cabo con estas dos grandes promesas. Pido un enorme aplauso para estos dos chicos que, sin merecerlo, encontraron la muerte en un asunto que, en absoluto, tenía relación con ellos.

El público asistente dedicó un sincero aplauso a Miguel y Ezequiel, mientras proyectaban sobre una pantalla tras las alcaldesas una foto de los dos

chicos en una peña flamenca, poco antes de que Miguel entrase en prisión.

—Dicho esto, me gustaría comunicar la firme intención de mi partido de presentar una propuesta para las siguientes elecciones municipales: en el programa electoral de todas las candidaturas de Vive Campo de Gibraltar se retomará el bello proyecto de la novena provincia, pero a un nivel más ambicioso.

Las palabras provocaron un estruendo entre el público que se encontraba tras los periodistas; voces a favor, exigencias, vítores a la alcaldesa y el partido que llevaría a la comarca a su propia autogestión.

—No es suficiente la mancomunidad, de hecho, no es suficiente convertirnos en una provincia más de Andalucía, el objetivo es convertirnos en una Comunidad Autónoma propia con nuestro propio gobierno, nuestras propias instituciones, como una policía autonómica especializada en delitos relacionados con el narcotráfico.

Los aplausos se sucedían, los periodistas grababan a todo aquel gentío enloquecido y entregado a su alcaldesa. Varias conexiones en directo retransmitían a nivel nacional el anuncio de la alcaldesa. Los periódicos digitales colocaban crónicas recapitulando los últimos casos de tráfico de drogas y muertes que se habían producido en la comarca. Los periodistas allí presentes pedían paso para el turno de preguntas: «¿qué puede decir del incendio de La Atunara? ¿Piensa usted que fue originado por mafias extranjeras? ¿Qué puede decir sobre que uno de los fallecidos tuviese antecedentes penales por narcotráfico? ¿Cómo espera conseguir que su programa político sea aprobado por el Parlamento?» La alcaldesa anunció que no aceptaría preguntas de la prensa tras terminar su alegato entre gritos de los vecinos: «¡alcaldesa, presidenta! ¡Alcaldesa, presidenta!» Los periodistas, enfurecidos por la cancelación del turno de preguntas, empezaron a hacer acusaciones a toda voz; «farsantes, mentirosos, estafadores, populistas». El pequeño salón de actos se convirtió en una trifulca entre vecinos y periodistas. El público que vitoreaba a la alcaldesa se abalanzó sobre los periodistas aprovechando su superioridad numérica. Los asistentes destrozaban el material técnico de los periodistas, que intentaban defenderse como podían. Las alcaldesas salieron del salón de actos custodiados por el personal de seguridad y dos policías locales. Los periodistas intentaban salvar las cámaras de grabación y su propia integridad saliendo a toda velocidad del ayuntamiento y dirigiéndose a sus coches, aparcados frente al mismo. Los vecinos enfurecidos seguían a los periodistas que huían tratando de esquivar

patadas y puñetazos. Una veintena de personas impidieron la salida de los coches rotulados con los logos de los grandes medios nacionales. Los periodistas salieron marcha atrás en dirección prohibida de aquella emboscada que no esperaban.

Cuando Rogelio Cuaresma entraba en la prisión de Gibraltar con intención de entrevistar a Rafael Montoya «Catalán» vio que de la misma sala que le habían indicado que podía entrar a hablar con el recluso salía una bella joven extranjera con una niña gitana pequeña. La mujer salía devastada; la niña, alegre. Habían dejado un intenso olor a melocotón en la sala. Los guardias le dieron paso y el periodista se sentó frente al narcotraficante más famoso del país o, al menos, lo que quedaba de él. En apenas veinticuatro horas había caído un imperio de la droga que, decían, estaba bendecido por Dios; ningún detenido en más de diez años de actividad criminal. Sólo su hermano pequeño había pagado con las rejas de una prisión los miles de kilos de hachís, los millones de euros, el blanqueo de capital indiscriminado. Rogelio no era creyente pero creía que las empresas, los grupos, los proyectos iban sujetos a la energía vital de un solo hombre o mujer; estas personas eran el timón que dirigía el barco hasta el puerto convenido, hasta el destino que todos buscaban. No le extrañaba lo más mínimo que, al haber caído el líder de la banda, todo lo demás se hubiera desmoronado de aquella forma; lo había visto otras veces (tantas veces). Aquel hombre con semblante triste ponía rostro, por fin, a la leyenda acerca de la cual tantas páginas había redactado, el protagonista de decenas de artículos, el único hombre de la zona capaz de plantearle una guerra y no perderla al Estado. Nadie lejos de La Línea de la Concepción conocía el aspecto de aquel hombre. Pese a que circulaban fotos de Catalán por los circuitos periodísticos y policiales, estas eran imágenes antiguas en las que conservaba un aspecto joven y fuerte. Nada le hacía sospechar a Rogelio que su entrevistado podía haber llegado a tener aquel aspecto de hombre fracasado y enfermo; le sorprendieron sus profundas ojeras negras y su gesto inerte, como de personaje de cuadro renacentista. El periodista escudriñó cada detalle físico del narcotraficante mientras se alisaba los rizos dorados con cierto nerviosismo.

—Hola, ¿quién es usted? —preguntó Catalán.

—Soy Rogelio Cuaresma —dijo intentando mantener el tono firme—. Periodista del periódico nacional El País. Me gustaría que me contestara...

Catalán estaba dispuesto a levantarse cuando Rogelio intervino.

—¡Soy amigo de Josefa Rodríguez y Fernando González!
Catalán volvió a sentarse.

—¿Y a mí qué coño me importa? —preguntó, amenazante.

—Fernando me ha contado todo: la reunión con usted y la alcaldesa, las detenciones a clanes extranjeros, los objetivos políticos del partido: todo.

Catalán se quedó desconcertado; no sabía qué podía pasar por la cabeza del hombre que había estado en lo más alto de la comisaría de Algeciras durante todos esos años para informar a un periodista de la capital. Supuso que no había podido gestionar la decepción anímica y emocional de pasar de ser un hombre querido y respetado a nivel nacional a ser suspendido del Cuerpo de Policía y reprobado por la opinión pública. «Cada uno hace lo que puede con su vida, con su honor, con su conciencia». Ya nada tenía importancia. Apenas le quedaban contactos con los que protegerse, menos aún encerrado en prisión, y sabía que sería cuestión de tiempo que alguien llevase a cabo alguna venganza contra él, o quizá la venganza consistiría en dejarle pudrirse en aquella cárcel a la sombra de la Roca, escuchando a los guardias hablar aquel *spanGLISH*, aquel *llanito* que tanto había odiado.

—Si ya se lo ha contado todo, ¿qué quiere de mí?

—Tengo mil preguntas, Catalán.

—Pues elija bien la primera de esas mil y la contestaré.

Rogelio tenía claro lo que quería saber, realmente era lo único que necesitaba saber.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué pactó con el poder político?

Catalán se mecía la barba e intentaba recordar lo que pasaba por su cabeza nueve años atrás. De dónde vino la ambición.

—Bueno, si le soy sincero no recuerdo bien qué momento pasaba mi familia. Creo recordar que... —Catalán se quedó en silencio por cuatro o cinco segundos. Rogelio esperaba, paciente e intrigado— sí, ahora recuerdo, estábamos arrinconados por las demás organizaciones. Los moros de mierda ganaban terreno y asaltaban nuestras *guarderías*, nos robaban y no teníamos forma de evitarlo. La situación de Paco Reyes con los colombianos era igual, si no peor. Eran bandas de asesinos experimentados, no podíamos enfrentarnos a ellos y éramos conscientes de que acabarían por liquidarnos. La única solución viable era recurrir a la policía, como haría cualquier ciudadano. No pretendía convertirme en un informador ni nada que pudiera ir en mi contra. Necesitaba que la policía estuviese igual de pringada que yo. No podía quedarme colgado, si no el día que no les hiciese falta se me tirarían encima

como leones. Propusimos un acuerdo político. Al principio el comisario fue reacio, pero cuando vio que, gracias a nuestras gestiones poniéndoles en bandeja clanes marroquíes y colombianos, las detenciones aumentaban con su correspondiente crecida de popularidad personal en la zona, tuvo que empezar a colaborar con nosotros.

—Apelaron a su ego, a sus ansias de grandeza —dijo Rogelio.

—Exacto. Era un hombre que adoraba la popularidad, el cariño de la gente. Sólo quería que le agradeciesen lo que hacía por la ciudad. Nosotros nos aprovechamos de ello pero, en algún momento, no hace mucho, todo se le volvió en contra. El Ministro del Interior pedía su cabeza y empezó a presionarnos a mí y a los míos. A la alcaldesa no le gustó que lo hiciera; iba en contra de sus intereses electorales. El comisario llegó a tomarse en serio la guerra contra nosotros. Creo que quería más dinero, pero no lo sé con certeza, no puedo confirmarlo. Y ahora que ha terminado todo nos vende, quiere seguir siendo portada en los periódicos. Ojalá lo destinen al pueblo más frío y lluvioso de España y pase todas las noches recordando nuestro sol y nuestras playas.

—Piensa que el dinero fue más determinante que la competencia que ambos mantenían en ganar popularidad...

—Usted puede creerme o no; pero yo odio la fama. Fue la gente quien vio en mí un ídolo. La gente necesita alguien en quien creer. Necesitan héroes. No sé qué quieren ser los niños en Madrid, imagino que futbolistas. Ricos y famosos. Los de aquí hace tiempo que dejaron de soñar con serlo. Quieren ser como sus hermanos o como sus primos: quieren las motos, los coches, las mujeres. Y pueden tenerlo con dieciséis años. Dígame qué preferiría usted; ser un comisario que tiene que obedecer órdenes y comer pollas o ser tu propio jefe, el jefe de toda una ciudad. El comisario jamás entendió ese apoyo que el pueblo me daba. Por eso decidió abandonar el acuerdo.

—He visto egos romper grandes relaciones en todos sitios: en el mundo de la música, el deporte, la prensa.

—Nosotros seguimos a lo nuestro, ¿qué podíamos hacer?

—Entonces, si lo he entendido bien, con los clanes extranjeros en jaque, Paco Reyes y usted se repartieron el inmenso pastel de la droga.

—Sí, cuando algún extranjero ponía el pie en Algeciras o La Línea era detenido en menos de un mes. Han sido unos años buenos.

Catalán se levantaba de su asiento cuando Rogelio alzó la voz.

—Una última pregunta, Catalán.

—Le dije una. Ya llevo tres.

—Es sólo... ¿quién era esa chica que salía cuando yo entraba?

—Esa chica... —Catalán recordó cómo conoció a Helena aquel mismo mes de junio en Sotogrande, lo recordaba todo al detalle—. Esa chica ha sido la mecha que ha prendido el incendio, todo el incendio; el de La Atunara y el de mi vida. Ella empezó el fuego, empezó el fuego... —repetía ensimismado— no hace ni una semana. Ni una semana...

—En un sitio con tanto viento, es normal que el fuego se expandiera tan rápido —respondió Rogelio cerrando su libreta de apuntes.

Catalán dedicó una sonrisa de despedida. «Que le vaya bien», parecía decir con un gesto de resignación, con la mirada vencida. Se internó por los pasillos de prisión y volvió a su celda, donde volvió a tumbarse: «voy a dormir hasta que la Balona vuelva a segunda división», dijo con voz inaudible. Desde una pequeña ventana veía la ladera del peñón que daba a Catalan Bay. Cerró los ojos y recuperó el sueño en el que la escalaba, alcanzando la cima una y otra vez en su onírica imaginación. «La salvación, la salvación...» repetía una voz que gritaba en su inconsciente pensamiento.

Capítulo 11. Se fue.

*“Aquí no quedaba ‘ná’ que ver,
Un barquito que aquí había
Cogió el ancla y se fue”.*

El incendio fue la noche antes de San Juan y fue de las más calurosas que se recuerdan. El aire caliente que venía del Sahara se había instalado el día anterior cubriendo los vehículos aparcados y las calles de arena del desierto, el viento galopaba por las calles de la ciudad quemando la piel y los ojos de las personas que se encontraban transitándolas buscando refugio. Las calles del barrio de La Atunara estaban vacías y, con aquel polvo en suspensión que había llegado desde el sur entrando por el poniente, tenía el mismo aspecto que aquel desierto africano; la escasa vegetación del barrio, el olor a fuego y ausencia de vida. Los vecinos no comenzaron a retornar al barrio hasta que la convivencia no se hubo arreglado. Los enfrentamientos por apellidos y la falta de lealtad no ayudaban a arreglar la situación. Catalán era historia y Cabello había desaparecido, sus dos hermanos menores habían sido asesinados; el resto de los altos cargos del clan no tenían la fuerza ni la ambición para hacerse cargo de una organización desmembrada en medio de una guerra contra las fuerzas del orden público. La amenaza a quien se dedicara a traficar con drogas en la comarca por parte de las siete alcaldesas impedía que alguien se aventurara a reflotar el negocio. Algunas familias huyeron de la zona, otros miembros fueron detenidos la noche del incendio y acusados de blanqueo de capitales. En medio de aquel escenario La Línea se había convertido en un regalo envuelto para todo aquel que quisiera llegar y tomar por la fuerza o casi sin ella lo que allí quedaba: las lanchas, los empleados, el dinero y el control de la zona.

Durante la noche de San Juan, en cambio, el cálido poniente cargado con arena del desierto dio paso, poco a poco, a un viento de levante fresco y húmedo. Un Bentley plateado aparcó frente al restaurante «Marinera 1», en el paseo marítimo de La Atunara. De él bajó un hombre grande, viejo, sin agilidad para caminar por aquella carretera mal asfaltada llena de socavones y baches. Rocío «Cuatrodedos» y otros seis camareros fumaban y reían a la entrada de uno de los restaurantes; algo que tenían terminantemente prohibido

pero, debido a la ausencia de altos mandos y el estricto control al que les tenía sometidos el difunto Jeffrey, podían realizar libremente. Se quedaron extrañados escudriñando a aquel hombre viejo con mala salud.

—Hola, vengo buscando a Helena —dijo con un fuerte acento extranjero.

—¿Y quién es Helena? —dijo uno de ellos.

—Una mujer rubia, rusa. No creo que haya muchas por aquí.

—Pues no la conocemos —dijo de la forma más borde que pudo una camarera con una gran argolla de oro en la nariz.

El hombre ruso se quedó de pie, mirando a los camareros. Los camareros intentaron ignorar su presencia un minuto más.

—Menos mal que ha entrado levante; ayer el aire era fuego, puto fuego.

—El aire era fuego porque había un incendio que se veía desde Estepona —dijo la camarera de la argolla de oro en la nariz y todos rieron.

Los camareros se sentían incómodos por la presencia de aquel hombre viejo extranjero y gordo hasta que uno de ellos, el más joven, dijo dirigiéndose a los demás.

—A lo mejor lo que le pasa es que ha quedado con esa tal Helena en el restaurante y no sabe explicarse. ¿Quiere que le acompañe a una mesa, señor?

—Sí, gracias. Eso quiero.

Alexey entró al restaurante y lo primero que vio fue el cuadro que había pintado el hermano de Eusebio Fernández «Gallo»; creyó comprender el significado de la pintura; los colores, la visión desde abajo, antinatural, la pose faraónica del gallo sobre la muralla.

—Es lo que ve el sol —dijo.

—¿Disculpe? —preguntó el joven camarero.

—El cuadro está pintado desde los ojos del sol, de ahí su enfoque. Es lo que puede contemplar el sol cuando sale por las mañanas, y lo primero que ve al asomarse al mundo es al gallo, que parece ordenarles a los demás que se despierten, que ya está haciendo acto de presencia el sol: la luz, el jefe, el que manda, vuestro dios. «Despertad ya, cabrones perezosos», eso dice el gallo desde su pequeña torre con gran autoridad moral. La autoridad que le da ser el primero en despertar.

El joven camarero se quedó impresionado ante la elocuencia de aquel ruso gordo y enfermo.

—Pues sí que sabe usted de arte. Además sabe explicarse en otro idioma, me deja impresionado, la verdad.

—Es la obligación del gallo, estar ahí el primero; quien llega primero,

gana. Quien pega primero, también.

—Sí. A quien madruga, Dios le ayuda —añadió el camarero—. Es lo que se suele decir aquí.

Alexey fue acompañado hasta su mesa por el joven camarero. Había fotos de los miembros del clan por todo el restaurante. Catalán y Miguel presidían la pared en la que, como un organigrama, habían colocado fotos de todos ellos: fotos de fiesta, borrachos, conduciendo coches de marca Maserati y Lamborghini, pilotando lanchas. Aquello parecía un trabajo de investigación de la policía. Estaban todos: Ezequiel y Cabello; Gusanito y Manuel «Lola»; Cojo y Mohamed «Sucio»; Pollo y Bolibic, Felpudo y Romario; los mellizos José Eduardo; Capullo, Francés y Paisano; Jeffrey, Goma y Ramón «Churrero»; Luis «Toto» y Larbi el Gharb.

—¿Qué desea tomar el señor?

—Vino blanco, por favor.

Alexey se sentía ya dueño de todo aquello: del barrio, del restaurante, de la gente. «Quién va a impedírmelo —pensaba—, ha sido aún más fácil de lo que esperaba».

Manuela organizaba el funeral de Miguel en el gran salón en que acostumbraban a reunirse los miembros del clan. Aquel restaurante que solía llenar todas las noches se encontraba vacío en las horas previas a una noche de San Juan en la que el paseo marítimo debía ser una fiesta de fuego y agua; «por lo pronto no queremos más fuegos», dijeron algunos vecinos que pasaban por allí. Tras ella, en una bolsa de basura guardaba el dinero que había podido salvar de la vieja casa; unos cinco millones de euros en billetes de quinientos. Cuando terminase con el funeral tendría que dedicarse a organizar, de nuevo, su vida con su nieta. En un momento en el que Manuela parecía distraída mirando la bolsa vio cómo un hombre entraba y se sentaba frente a ella, no tardó en reconocerlo. El hombre de gesto despiadado e inconformista miró la bolsa y apoyó su copa de vino sobre la mesa, después dedicó un saludo a Manuela.

—Lo siento, no tengo tiempo que perder —dijo ella, tratando de mostrar valentía.

—Vengo a llevarme a Helena —dijo él.

A Manuela le empezó a temblar el pulso. Se encontraba sola y sin protección en aquella apartada zona del restaurante, sin ningún miembro de la organización que custodiara sus pasos y pudiera protegerla. Frente a aquel mafioso ruso que había venido a llevarse a Helena poco podía hacer.

—No sé quién es —dijo titubeando.

—Sí que lo sabe. Miguel es su hijo, un ciego se daría cuenta.

—Sí, Miguel era mi hijo. Y le pido, por favor, que se vaya. Estoy organizando su funeral —dijo triste, a punto de echarse a llorar.

—Me iré, de verdad. Sólo dígame dónde está.

Manuela comprendió que, tarde o temprano, tendría que darle una respuesta. Lo único que conseguiría con su silencio era acabar golpeada o torturada y darle algo de tiempo a Helena, que debía encontrarse esperando su salida sentada junto a su maleta en alguna sala de espera para pasajeros. De todas formas acabaría dando con ella si no actuaba con rapidez.

—Está bien, se lo diré.

Alexey respiraba satisfecho, orgulloso de su poder. Aquella señora no parecía una mujer cualquiera y, aún así, había conseguido sacarle una confesión con cuatro palabras. «Sigo estando en forma», pensó.

—Se ha ido a Gibraltar. Sale un vuelo para Londres esta misma madrugada, aún debe estar esperando en el aeropuerto.

Alexey se levantó lo más rápido que pudo. Intentó incorporarse sin éxito una primera vez pero se encontraba hundido en aquel sillón. Lo consiguió al segundo intento.

—Gracias. Y no se preocupe, no le diré que usted la traicionó —dijo, hinchado de orgullo.

Alexey salió del restaurante y se montó en el asiento del copiloto. El Bentley salió disparado quemando rueda en dirección a la frontera. Cuando desaparecieron Manuela se dirigió hacia Rocío «Cuatrodedos».

—Rocío, tú sacabas tabaco para Paquita Rosales, ¿verdad?

—Sí, muchos años —contestó con tristeza—. Hasta que empezó a insinuar que yo le robaba, y no era verdad. Lo que pasó después todo el mundo lo sabe —dijo enseñando la ausencia del dedo corazón en su mano derecha.

—¿Lo hacías sólo en moto, o también en coche?

—Lo hacía en motos, coches, bicicletas. Era la mejor, imposible cogirme. Está mal que lo diga yo, pero es la verdad. Una vez saqué cartones hasta debajo de un monopatín, ¿por qué lo preguntas?

—¿Quieres ganar medio millón de euros? —preguntó Manuela.

Alexey gritaba enfurecido y golpeaba el salpicadero de su coche mientras esperaba en la cola de vehículos que entraban a Gibraltar. «Joder, va a salir el puto avión y voy a tener que mandarte a Londres a buscarla», le decía a su

guardaespaldas, quien mantenía las manos sobre el volante; los músculos de los brazos tensos, los faciales relajados. La cola iba lenta, estuvieron veinte minutos maldiciendo en ruso lo tercermundista que les parecía España y su falta de control y orden; «esto no pasa ni con los resquicios comunistas de la URSS. Ladrones ingleses y vagos andaluces, buena mezcla». Consiguieron llegar al primer punto de inspección, un policía nacional español les dio el alto.

—Documentación, por favor.

—Sí, aquí tiene, tenemos un poco de prisa —respondió Alexey asomando la cabeza desde su asiento.

—Me parece perfecto, pero tienen que esperar, como todos —respondió el agente—. ¿Para qué vienen, turismo?

—Sí, bueno. Vamos un segundo al aeropuerto que está ahí enfrente. Aquí mismo, casi no hay que ir con el coche; puedo bajarme y llegar andando —dijo Alexey mientras intentaba abrir la puerta.

—Estese quieto, no puede bajar del vehículo —dijo el policía, acto seguido se acercó a su compañero de la garita y le susurró algo. A Alexey no le gustó un pelo aquel movimiento ni las miradas que los policías lanzaban a los bajos del coche y preguntó.

—¿Podemos irnos ya, señor agente?

—Casi, sólo esperen un segundo. Echen el vehículo aquí, a este lado, por favor.

Otro policía llegó con un maletín de herramientas y se situó tras el vehículo.

—Bájense y colóquense aquí, tras esta barrera —dijo el policía nacional.

Alexey y su guardaespaldas obedecieron. «Joder, que no tarden mucho esta panda de inútiles —decía—, se me va a escapar». El policía empezó a desmontar la parte baja del maletero, que sobresalía un poco del resto de la carrocería, quitaba tornillos uno a uno, con parsimonia pero con habilidad. «Ya sólo quedan dos», dijo el agente tumbado en el suelo.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —dijo el policía que les dio el alto mientras su compañero desencajaba una pieza trasera del vehículo; en el interior había una bolsa de basura con tres millones de euros en billetes de quinientos.

—¡Qué hijos de puta, mirad quiénes son los que tienen todos los *Ben Laden*! —decía el policía riendo mientras les esposaba.

Unos agentes británicos acudieron a la escena, hicieron el amago de pedir que les dejaran detenerlos; pero sabían que seguían en deuda con los

españoles por la detención en suelo gibraltareño de Catalán.

—Estos rusos se vienen conmigo a la cárcel de Botafuegos —decía, feliz—. Blanqueando el dinero de la droga y de la prostitución aquí en Gibraltar, eh. La verdad es que esperaba que la mafia rusa supiera esconder algo en un doble fondo mejor que un matutero. Qué decepción, sobresalían casi diez centímetros de la carrocería, menudos principiantes.

Alexey y su guardaespaldas mantenían silencio mientras los policías les sentaban en los asientos traseros. Su próximo paradero sería la prisión en que Miguel Montoya había pasado cuatro años. Pasaron junto al parking del aeropuerto y vieron los carteles de las próximas salidas; ningún vuelo a Londres aquella madrugada. Puta gitana mentirosa, *lezhashchaya tsyganskaya shlyukha*.

Helena esperaba en la estación de trenes de Algeciras a que abrieran las puertas del vagón que ocuparía hasta llegar a Madrid. Le habían dicho que el trayecto duraba seis horas. Una vez llegase a Madrid, cogería otro tren hasta Barcelona, donde una prima suya le esperaba con una vida nueva, con una nueva oportunidad de empezar de cero. Aquella noche sería larga, esperaba poder dormir algo, dejar de pensar por unas horas. Quizá el vodka le ayudaría. Helena buscaba su asiento en un vagón antiguo, incómodo. Andaba apesadumbrada con una pequeña maleta en la que guardaba sus cuatro prendas; las que había podido salvar de las dos urgentes mudanzas que había realizado en menos de una semana. Caminaba torpe y cansada entre la gente por aquel estrecho pasillo hasta encontrar su asiento. Aquí está: 7A.

—Disculpe, ¿le importa? —preguntó a un señor que trabajaba con la mirada fija en un ordenador portátil.

El hombre apenas levantó el ordenador unos centímetros y encogió las piernas lo suficiente para que la chica pudiera pasar. Cuando ocupó su asiento junto a la ventanilla le asaltó una mezcla intensa de olores; pudo reconocer notas de melocotón, ceniza y arena. Apartó la mirada del ordenador y miró a la chica. Vio sentada junto a él a la bella mujer que había visto salir de la prisión de Gibraltar; a la cerilla que había prendido el incendio que había arrasado el barrio de La Atunara; a la mujer que sabría detalles sobre lo sucedido días atrás que todos los demás ignoraban. Bajó la tapa de su ordenador y la saludó.

—Es turista, imagino, ¿qué le ha parecido? ¿Le ha gustado la visita?

Helena miró extrañada a aquel hombre que le hablaba, le sorprendía

aquella confianza con la que se había dirigido a ella. Dudó por un instante si contestar, pero aún le quedaban seis horas de viaje, quizá le vendría bien algo de conversación.

—Sí, no lo olvidaré nunca, eso seguro. ¿Y a usted, le ha gustado?

—Sí, me gusta la arena blanca y los vientos que se llevan el calor, como este levante que está entrando esta noche. Nada como el levante y sus nubes, ¿no cree?

—Sí, yo también lo definiría así; arena blanca y viento de levante.

—¿Cree usted que volverá? —preguntó el periodista.

Helena permaneció un par de segundos pensando la respuesta. Miraba por la ventanilla cómo los niños tocaban las palmas a la luz de las pequeñas hogueras de San Juan que habían formado junto a las chabolas en las que vivían con sus familias y sus animales de granja próximas a las vías del tren. Burros y caballos desnutridos, gallinas y gallos, ovejas y cabras ocupaban pequeños establos cercanos a las improvisadas viviendas que las luces del tren iluminaban en la noche oscura de junio.

—No creo que vuelva en un tiempo. ¿Y usted?

—Yo vuelvo cada año. Todos los veranos los paso aquí.

—¿Para qué va al norte entonces? El verano acaba de empezar...

—Trabajo —dijo el periodista tratando de alisarse los rizos dorados del flequillo—. Espero poder volver a principios de agosto. No sé qué hay en este lugar, pero tiene un efecto adictivo en mí; ignoro si es la luz, el viento, los alcornoques, las aves migratorias, los gritos de la gente o el Mediterráneo muriendo en el Atlántico. ¿No se lo han contado? El Mediterráneo llega a estas costas a morir, viejo y cansado, y trae consigo todas las historias de lo que ha podido presenciar en su recorrido y nos las cuenta antes de desembocar en el océano, como un viejo que le cuenta sus vivencias a sus nietos. En el Estrecho mueren todas esas leyendas antiguas: egipcias, grecolatinas, turcas... de todo tipo; si guardas silencio y prestas atención puedes escucharlas todas.

Una azafata interrumpió:

—¿Desean tomar algo?

—Yo tomaré café solo —dijo Rogelio—. Y lo que quiera pedir ella, yo invito.

—Gracias. Un zumo de naranja natural —pidió.

—Cuida mucho su salud, por lo que veo —dijo el periodista.

Cuando la azafata se fue Helena sacó una pequeña botella de vodka y volcó un generoso chorro sobre el zumo.

El tren partía alejándose de la estación, lento, con un ruido monótono. La ciudad aparecía sumergida bajo las luces, allí a lo lejos, de las grúas del puerto. Las vías del tren dejaban a un lado la prisión de Botafuegos en la que Miguel había pasado sus últimos años, al otro lado las refinerías y sus infinitas chimeneas lanzaban chorros de humo que se mezclaban con las nubes que llegaban con el viento de levante para adueñarse del cielo mientras el helicóptero de vigilancia aduanera cruzaba volando de una punta a otra de la bahía.

—Me llamo Rogelio Cuaresma, ¿y usted?

—Aquí me llamaban Helena Montoya.

Agradecimientos:

A mis hermanos: Carlos, Irina, Gloria y Susanne (espero que lo lea), por eso; por ser mis hermanos. A Keko, por las horas (y la portada). A Patri, por el segundo café. A mis tíos y primos (e hijos). A los que estuvieron y a las que se fueron. A Jony, pese a todo. A Leo, por los arroces. A Pepe Aragón, por leerme. A mis compañeros, por aguantar. A Fani, por los domingos. A mis gatos, por las pulgas. A Camarón y Paco, por la banda sonora. A mis amigos, que ya nunca veo. A José Luis, por la infancia. A mi padre, por la crítica. A mi madre, por todo (todo).

Disculpas:

A los gitanos. A los moros (es una palabra preciosa, lo siento). A Miguel Poveda. A los catetos de Los Barrios. A los traficantes de La Línea y Algeciras. A los monos y a los llanitos. A quien no tenga sentido del humor.